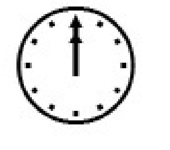

Autor best seller del *New York Times*
ADAM SILVERA
AL FINAL MUEREN LOS DOS
«Una historia audaz y
encantadora sobre la pérdida,
la esperanza y el p
LAUREN OLIVE
Lectulandia

AL
FINAL
MUEREN
LOS
DOS

ADAM SILVERA

A quienes necesitan que les recuerden que cada día de la vida tiene que ser importante.

Un abrazo a mi madre, por su amor incondicional, y a Cecilia, por su amor acompañado por la mano dura. Siempre he necesitado del uno y del otro.



PRIMERA PARTE
MUERTE SÚBITA

Vivir es lo más raro de este mundo, pues la mayoría de las personas no hacemos otra cosa que existir.
Oscar Wilde

5 de septiembre de 2017
MATEO TORREZ

00:22 horas

Los de Muerte Súbita están llamando para hacerme la advertencia definitiva en la vida: voy a morir hoy. En realidad, «advertencia» no es la palabra adecuada, pues una advertencia sugiere algo que podemos evitar, como sucede cuando un conductor hace sonar el claxon de su coche si ve que alguien está cruzando la calle con el semáforo en verde, proporcionándole la oportunidad de dar un paso atrás. Esto más bien es una alerta. La alerta, un *gong* peculiar e interminable, como el ruido de la campana de una iglesia situada a una manzana de distancia, sale por el altavoz de mi teléfono móvil, que se encuentra en la otra punta de la habitación. Y ya estoy como loco; un centenar de pensamientos borran todo cuanto me rodea, al instante. Supongo que se trata de la sensación caótica que un paracaidista siente al lanzarse al vacío desde el avión, o la que embarga al pianista que toca su primer concierto. Dicho esto, ya nunca voy a saberlo con seguridad.

Es una locura. Hace un minuto estaba leyendo la entrada más reciente en el blog *CuentaAtrás*, donde los Fiambres describen sus últimas horas de vida por medio de actualizaciones de estado, fotografías y emisiones en directo. En esta entrada en particular, un estudiante de primer año de universidad estaba intentando encontrar un hogar para su perro golden retriever… Y ahora el que va a morir soy yo.

Voy a… no… sí. Claro que sí.

Noto una opresión en el pecho. Voy a morir hoy.

Siempre he tenido miedo a morir. No sé bien por qué me decía que este miedo de hecho lo evitaría, que de un modo u otro desbarataría los planes de la muerte. No para siempre, claro está, pero el tiempo suficiente como para que pudiera crecer. Desde siempre, papá me inculcó la idea de que tengo que pensar en mí mismo como en el protagonista de un relato a quien nunca le ocurre nada malo, con particular mención a la muerte, porque este héroe en todo momento ha de estar presto a salvar a sus allegados en apuros. Pero el ruido en mi cabeza está atenuándose, y al teléfono se encuentra un heraldo de Muerte Súbita, a la espera de decirme que hoy voy a morir, a

los dieciocho años de edad.

Uf, con toda seguridad voy a…

No quiero contestar a la llamada. Me entran ganas de correr al dormitorio de mi padre, hundir la cabeza en la almohada y ponerme a maldecir, porque papá no pudo haber escogido peor momento para ir a parar a cuidados intensivos, o de soltarle un puñetazo a la pared, porque mi madre me marcó a fuego la señal de una muerte prematura cuando ella misma murió al traerme a este mundo. El teléfono suena por la que tiene que ser la trigésima vez, y a estas alturas me resulta tan imposible hacer caso omiso del móvil como de lo que va a tener lugar de forma irremediable en algún momento de esta jornada.

Dejo a un lado el ordenador portátil que tenía sobre las piernas cruzadas y me levanto de la cama; trastabilleo hacia un lado, me siento muy débil. Vengo a ser un zombi que se aproxima al escritorio, con lentitud de auténtico muerto viviente.

Como es natural, el identificador de llamada lo deja todo bien claro: *MUERTE SÚBITA*.

Estoy temblando, pero me las arreglo para pulsar *Responder*. No digo nada. No sé qué decir. Me limito a respirar, pues me quedan menos de veintiocho mil inhalaciones (es el promedio de inhalaciones que una persona —una persona no en las últimas— hace cada día al respirar), y más vale que las aproveche mientras pueda.

—Hola, te llamamos de Muerte Súbita. Mi nombre es Andrea. ¿Estás ahí, Timothy?

Timothy.

Yo no me llamo Timothy.

—Se ha equivocado de persona —le digo a Andrea. Mi corazón empieza a latir acompasado, y eso que lo siento por el tal Timothy—. Me llamo Mateo. —Llevo el mismo nombre que mi padre, quien quiere que más adelante lo lleve mi propio hijo. Ahora voy a poder hacerlo… si es que llego a tener un hijo, claro.

Al otro lado se escucha el tecleo de un ordenador; seguramente están corrigiendo la entrada, o lo que sea, en la base de datos que tienen.

—Bueno, perdona. Timothy en realidad es el caballero con el que acabo de hablar hace un minuto. El pobre no se tomó la noticia muy bien. Y bueno, tú eres Mateo Torrez, ¿correcto?

En un visto y no visto, mi última esperanza acaba de desvanecerse.

—Mateo, si eres tan amable, confírmame tu identidad. Lo siento, pero esta noche tengo que hacer muchas otras llamadas.

Siempre supuse que mi «heraldo» —ese es el nombre oficial que usan, no lo inventé yo— se mostraría compasivo y me daría la noticia con delicadeza, de forma considerada, que incluso comentaría lo especialmente trágico de mi caso, tan joven como soy. A decir verdad, entendería bien que mi interlocutora fuese algo más alegre y reconfortante, que dijese que más vale que me divierta un poco y aproveche bien el día, ahora que por lo menos tengo claro qué es lo que va a pasar. Para que no me quede en casa, empezando un rompecabezas de los de mil piezas o masturbándome porque el sexo con una persona de carne y hueso me da miedo. Pero esta heralda está viniendo a decirme que no le haga perder más el tiempo, porque, a diferencia de lo que me pasa a mí, a ella le queda tiempo.

—Entendido. Sí, soy yo. Soy Mateo.

—Mateo, siento informarte de que en algún momento de las próximas veinticuatro horas vas a sufrir una muerte prematura. No podemos hacer nada para suspenderla, pero queremos recordarte que todavía tienes la oportunidad de vivir.

La heralda se extiende sobre la circunstancia de que la vida no siempre es justa y a continuación enumera unos cuantos eventos en los que hoy podría tomar parte. No tendría que enfurecerme con ella, pero está claro que se muere de aburrimiento al recitar estas frases inscritas en su mente después de habérselas dicho a centenares, quizá a millares de personas, que muy pronto van a morir y tal. No me ofrece sus simpatías en absoluto. Lo más seguro es que esté limándose las uñas o jugando al tres en raya para matar el rato mientras habla conmigo.

En *CuentaAtrás*, los Fiambres suben entradas sobre esto y aquello, sobre la llamada teléfonica que recibieron o sobre a qué están dedicándose en este, su Último Día. Este blog es, básicamente, un Twitter para Fiambres. He leído millones de comentarios de Fiambres que reconocen haberles preguntado a sus heraldos particulares cómo van a morir, pero es sabido que nadie llega a enterarse de tales detalles, ni siquiera el antiguo presidente Reynolds, quien hace cuatro años trató de escapar a la Muerte escondiéndose en un búnker subterráneo… donde fue asesinado por uno de sus guardaespaldas del servicio secreto. Muerte Súbita solo puede proporcionar la fecha en que uno va a morir, sin especificar la forma o el minuto precisos.

—¿…Entiendes lo que acabo de decir?

—Sí, ya.

—Entra en muerte-subita.com y rellena el formulario sobre peticiones personales con respecto a tu funeral y la inscripción que quieres que pongan en tu lápida. Si de hecho prefieres ser incinerado, en tal caso…

Tan solo he ido a un funeral en toda mi vida. Mi abuela murió cuando yo tenía siete años, y en el funeral me entró un berrinche tremendo, porque no había forma de que se despertara. Cinco años pasaron volando, apareció Muerte Súbita, y de pronto todos estaban despiertos, vivos y coleando, en sus propios funerales. La ocasión de decir adiós antes de morir es una oportunidad increíble, pero, ¿no sería mejor dedicar ese tiempo *a vivirlo*? Quizá vería las cosas de otro modo si tuviera claro que a mi funeral asistirían unas cuantas personas. Si tuviera mayor número de amigos que dedos tengo en la mano.

—Y, Timothy, que sepas que en Muerte Súbita lamentamos mucho tu pérdida. Tienes que vivir este último día a tope, ¿entendido?

—Soy Mateo.

—Mis disculpas por el error, Mateo. Lo siento de veras. Llevo todo el día trabajando, y estas llamadas a veces son muy estresantes y…

Cuelgo. Es una grosería, lo sé. Lo sé. Pero no puedo continuar escuchando a alguien que me cuenta que está muy estresada cuando yo bien puedo morirme dentro de una hora o hasta dentro de diez minutos. Puede que me lleve un caramelo a la boca y que de pronto me ahogue. Puede que salga del piso para aprovechar un poco el tiempo y que me caiga por las escaleras y me rompa el cuello sin llegar a pisar la calle. Puede que alguien entre a robar y me asesine. Tan solo una cosa está clarísima:

no voy a morirme de viejo.

Me hundo; caigo al suelo de rodillas. Todo va a terminar hoy mismo, y no hay nada en absoluto que yo pueda hacer al respecto. No puedo viajar a tierras infestadas de dragones para hacerme con unos cetros capaces de detener la muerte. No puedo subirme a una alfombra mágica y partir en busca de un genio que me conceda el deseo de una vida sencilla y plena. Quizá podría encontrar a un científico loco que me congelara de forma criogénica, pero lo más probable es que muriera en el curso de semejante experimento demencial. La muerte es inevitable para todos, pero hoy es un absoluto para mí.

El listado de personas que voy a echar de menos —si es que los muertos pueden echar de menos a otros— resulta tan corto que ni siquiera merece ser llamado listado: está papá, por haber hecho todo cuanto pudo; mi mejor amiga, Lidia, quien no solo no estuvo ignorándome al cruzarse conmigo por los pasillos, sino que hasta se sentaba delante de mí durante el almuerzo e hizo conmigo un trabajo de ciencias naturales, quien me ha estado contando que de mayor quiere ser una defensora de la naturaleza y salvar el mundo, que puedo devolverle sus favores viviendo en dicho mundo. Y ya está.

Si alguien estuviera interesado en conocer el listado de gente a la que *no* voy a echar de menos, la verdad es que no tendría nada que ofrecerles.

Nadie me ha hecho verdadero daño en la vida. Y no tengo dificultad en comprender por qué ni siquiera ciertos individuos se metieron conmigo. Sí, sí, lo digo en serio. Porque tengo la mente hecha un lío, porque soy un paranoico. Las pocas veces que mis compañeros de clase me invitaron a hacer algo divertido, como ir al parque a patinar sobre ruedas o hacer una salida en auto por la noche, me rajé porque —¿quién lo sabía?— era posible que en realidad estuviésemos buscándonos la muerte, quizá, acaso. Supongo que lo que más voy a echar de menos son las oportunidades que he desechado de vivir mi vida y el irrepetible potencial de trabar grandes amistades con todos. Voy a echar de menos la circunstancia de que nunca disfruté de esa camaradería que se da cuando te quedas a dormir en casa de unos colegas y todo el mundo pasa la noche en vela jugando a juegos de mesa y al Xbox Infinity, por la simple razón de que tenía demasiados miedos.

La persona número uno a la que voy a echar de menos es al Mateo del Futuro, quien quizá hubiera dejado de estar en tensión constante y hubiera *vivido*. No es fácil hacerse una imagen de él, pero supongo que el Mateo del Futuro probaría cosas nuevas, como fumar hierba con unos amigos, sacarse el permiso de conducir o viajar en avión a Puerto Rico para aprender más sobre sus raíces. Quizá estaría saliendo con alguien y posiblemente estaría disfrutando de la compañía de esa persona. Probablemente tocaría el piano para los amigos, cantaría delante de ellos y, con toda seguridad, su funeral estaría más que concurrido. El velatorio se prolongaría un fin de semana entero después de su muerte, y a la sala estarían llegando constantemente personas que no tuvieron la oportunidad de darle un abrazo por última vez.

El Mateo del Futuro tendría un listado más largo de amigos a los que echar en falta.

Pero no voy a crecer y convertirme en ese Mateo del Futuro. Nadie va a fumar hierba conmigo, nadie va a contemplarme tocar el piano, nadie va a salir conmigo en

el coche de mi padre una vez obtenido el permiso de conducción. No voy a discutir con mis amigos sobre quién se pone el mejor par de zapatos en la bolera o hace el papel de Lobezno en los videojuegos.

Me dejo caer de espaldas y me quedo tumbado boca arriba en el suelo, diciendo que ha llegado el momento de hacer algo o de morir.

Me corrijo: de hacer algo y, después, morir.

00:42 horas

Mi padre suele tomar una ducha caliente para calmarse un poco si está disgustado por alguna cosa o si se siente decepcionado consigo mismo. Le copié la costumbre cuando tenía unos trece años de edad, antes de que empezaran a brotar los tan confusos Pensamientos de Mateo y me hiciera falta un montón de Tiempo de Mateo para ponerlos en orden (un poco). Ahora estoy duchándome porque me arrepiento de haber albergado la esperanza de que el mundo —o alguna parte del mundo, además de Lidia y papá— se entristecería por mi fallecimiento. Porque me negué a vivir de forma invencible todos los días en los que no me llegó ninguna alerta, porque malgasté todos esos ayeres y hoy no me quedan ningunos mañanas.

No voy a contárselo a nadie. Con la salvedad de papá,pero él ni siquiera se ha despertado todavía, por lo que ahora mismo tampoco cuenta mucho. No quiero pasar el último día que me queda preguntándome si la gente de verdad es sincera al dirigirme palabras de tristeza. No tiene sentido pasar tus últimas horas tratando de adivinar lo que los otros están pensando en realidad.

Eso sí, tengo que salir al exterior, al mundo, engañarme a mí mismo y convencerme de que se trata de otro día normal y corriente. Tengo que ir a ver a papá en el hospital y cogerlo de la mano por primera vez desde que era niño, por la que va a ser… pues vaya, la que va a ser la última vez en la vida.

Voy a esfumarme antes de que pueda hacerme a la idea de mi mortalidad.

También tengo que ver a Lidia y a su hija de un año, Penny. Lidia me nombró padrino de Penny tras su nacimiento, y me siento fatal al pensar que se supone que soy quien debe cuidar de Penny si Lidia se muriera, y es que su novio, Christian, falleció hace poco más de un año. Y sí, claro, tan solo tengo dieciocho años y carezco de ingresos; ¿cómo se supone que voy a cuidar de la pequeña? La respuesta en pocas palabras: de ninguna de manera. Pero bueno, estaba previsto que yo me fuera haciendo mayor y le contara a Penny historias sobre su madre empeñada en salvar el planeta y su padre tan cool, que la recibiera en mi propia casa una vez arreglada mi situación económica, cuando estuviera emocionalmente preparado para hacerlo. Y ahora me sacan volando de su vida, tan solo seré un fulano en la foto de un álbum, del que Lidia quizá contará anécdotas, mientras Penny asiente distraídamente con la cabeza, tal vez ridiculizando mis gafas, para pasar página al momento y centrarse en la familia que la niña de verdad conoce y quiere. Ni siquiera voy a ser un fantasma para ella. Pero eso tampoco es razón para no ir a verla y hacerle cosquillas una vez más, para limpiarle los manchurrones de calabaza y guisantes de la cara, para darle a Lidia un respiro, a fin de que pueda estudiar para el examen del curso preparatorio para la universidad, cepillarse los dientes, peinarse el cabello o tumbarse a echar una siesta.

Luego, de un modo u otro me marcharé del lado de mi mejor amiga y su hija para siempre y tendré que seguir viviendo lo que me quede.

Cierro la llave de la ducha, y el agua deja de llover sobre mi cuerpo; hoy no es el día más indicado para darme una ducha de una hora. Cojo las gafas que están en el lavabo y me las pongo. Salgo de la bañera, resbalo en un charco de agua y, mientras

caigo de espaldas, intento comprobar si esa teoría de que tu vida entera pasa volando por tu mente tiene algo de verdad. Pero me aferro al toallero a tiempo y consigo enderezarme. Respiro hondo hasta tranquilizarme un poco, porque irse así de este mundo sería una verdadera desgracia: seguro que alguien agregaría mi nombre al listado de «Defunciones en la ducha» del blog *MuertesIdiotas*, un portal con muchos visitantes que me repele por muchas razones.

Tengo que salir de aquí y vivir… pero antes debo asegurarme de llegar hasta la puerta del apartamento con vida.

00:56 horas

Les escribo unas notas de agradecimiento a mis vecinos de los pisos 4º F y 4º A, diciéndoles que es mi Último Día. Desde que hospitalizaron a papá, Elliot, el del 4º F, ha estado echándome un cable y trayéndome platos para cenar, sobre todo después de que la cocina se me averiase la semana pasada, cuando traté de hacer unas empanadas siguiendo la receta de mi padre. Sean, el del 4º A, tenía previsto acercarse este sábado para reparar el quemador de la cocina, pero ya no va a hacer falta. Papá sabrá cómo repararlo por su cuenta, y hasta es posible que necesite distraerse con algo después de mi desaparición.

Miro en el armario y escojo una camisa de franela azul y gris que Lidia me compró cuando cumplí los dieciocho; me la ajusto sobre la camiseta blanca. Es la primera vez que me la pongo para salir de casa. La camisa va a ser mi medio para estar cerca de Lidia durante lo que queda del día.

Consulto mi reloj de pulsera —el que mi padre me dio tras comprarse uno digital con los números fosforescentes, pues el pobre está mal de la vista— y veo que es casi la una de la madrugada. Antes solía quedarme jugando a un videojuego hasta altas horas, aunque luego fuera exhausto al colegio. Siempre tenía el recurso de dormir durante las horas libres. No tendría que haberme conformado con estar de brazos cruzados en esas horas libres. Debería haberme apuntado a otro curso, como el de expresión artística, por mucho que en la vida haya sabido dibujar. (Y está claro que ya nunca voy a aprender, y mira que me fastidia). Quizá tendría que haberme apuntado a la banda musical para tocar el piano, para conseguir un poco de reconocimiento y que me dejaran cantar en el coro, para quizá hacer un dueto con alguien bueno más tarde… y hasta hacerlo en solitario después. Qué diablos, incluso hubiera podido divertirme con el grupo de teatro, interpretando algún papel que me obligara a desatarme, a soltarme el pelo un poco. Pero no,lo que hice fue elegir otra hora libre para no pegar sello, para echarme otra siesta más.

Son las 00:58. Cuando la esfera señale la 01:00 en punto, voy a obligarme a salir del apartamento. Este pisito ha estado siendo mi santuario y, al mismo tiempo, mi prisión; por una vez en la vida necesito salir para respirar aire fresco, y no ya tan solo para ir del punto A al punto B por el camino más corto. Necesito ponerme a contar los árboles, quizá canturrear una de mis canciones preferidas mientras hundo los pies en las aguas del río Hudson y, en definitiva, hacer lo posible para que me recuerden como el joven que murió demasiado pronto.

La 01:00 en punto.

No puedo creer que nunca más voy a volver a mi dormitorio.

Descuelgo el pestillo de la puerta del piso, hago girar el pomo, abro la puerta.

Meneo la cabeza y cierro la puerta de golpe.

No voy a salir a explorar un mundo que está empeñado en matarme antes de lo debido.

RUFUS EMETERIO

01:05 horas

La llamada de Muerte Súbita suena justo cuando estoy dándole una paliza de muerte al novio de mi exnovia. Me encuentro encima de este pájaro, cuyos hombros tengo sujetos al suelo con mis rodillas, y la única razón por la que no vuelvo a soltarle un puñetazo en el ojo es el timbre de llamada que sale de mi bolsillo, ese fuerte timbre de Muerte Súbita que todo el mundo conoce a la perfección, ya sea por experiencia personal, por las noticias o por el uso que los programas más mierdosos de la tele hacen de esta alerta cuando quieren meterle el miedo en el cuerpo a los espectadores. Mis compis, Tagoe y Malcolm, dejaron de jalear mis mamporros y se sumieron en un silencio mortal. Me quedo a la espera de que el teléfono de este mamón, Peck, también comience a sonar. Pero no, tan solo suena mi móvil. Es posible que la llamada que va a decirme que pronto perderé la vida justo acabe de salvar la de Peck.

—Tienes que responder, Roof —dice Tagoe.

Tagoe estaba ocupado grabando la paliza porque le encanta mirar peleas por Internet, pero ahora se quedó con los ojos clavados en su móvil como si tuviera miedo de que también fueran a llamarlo en cualquier momento.

—Y una mierda —digo.

El corazón me late como loco, más todavía que cuando me abalancé sobre Peck, que cuando le estampé el primer guantazo y lo derribé. Su ojo izquierdo está empezando a hincharse, y en el derecho se plasma el terror más absoluto. Es sabido que los de Muerte Súbita dejan de hacer llamadas a las tres de la madrugada. Peck está preguntándose si voy a llevármelo conmigo al otro barrio.

Yo mismo estoy preguntándomelo.

Mi teléfono deja de sonar.

—Quizá fue un error —comenta Malcolm.

Mi teléfono vuelve a sonar.

Malcolm no dice ni pío.

No estaba haciéndome muchas ilusiones. No estoy al corriente de las estadísticas y demás, pero da la casualidad de que los de Muerte Súbita no suelen equivocarse al hacer sus putas llamadas. Y los de mi familia, los Emeterio, tampoco hemos tenido mucha suerte a la hora de seguir con vida. Y esto de encontrarnos con nuestro hacedor mucho antes de lo previsto… Supongo que es lo que nos ha tocado en suerte.

Estoy temblando, y noto un zumbido de pánico en la mente, como si alguien estuviera moliéndome a puñetazos, porque no tengo idea de cómo voy a morir. Lo único que sé es que voy a palmar. Y no, mi vida no pasa centelleando ante mis ojos, ni espero que vaya a hacerlo algo más tarde, cuando efectivamente esté al borde de la muerte.

Peck se revuelve bajo mi cuerpo; levanto el puño para que se calme de una maldita vez.

—Quizá tiene una pistola —avisa Malcolm.

Malcolm es el gigantón de nuestro grupo, el tipo de compañero que nos habría venido bien cuando mi hermana no lograba librarse del cinturón de seguridad después de que nuestro coche volcase y cayese a las aguas del Hudson.

Antes de que sonara esta llamada, me hubiera apostado lo que fuese a que Peck no llevaba un arma consigo, pues al fin y al cabo fuimos nosotros los que lo sorprendimos cuando estaba saliendo del trabajo. Pero ahora no pienso jugar con mi vida, no en estas circunstancias. Suelto el teléfono móvil. Cacheo sus ropas y les doy vuelta, miro si lleva un cortaplumas pegado al cinturón. Me pongo en pie. Peck sigue en el suelo.

Malcolm agarra la mochila de Peck, que está debajo del coche azul, donde Tagoe la tiró. Abre la cremallera y le da la vuelta; del interior salen unos cuantos tebeos de Black Panther y Hawkeye.

—Nada —dice.

Tagoe corre hacia Peck, y tengo la seguridad de que va a patearle la cabeza como si fuera un balón de fútbol, pero lo que hace es recoger mi móvil del suelo y responder a la llamada.

—¿Con quién quieres hablar? —Su cuello entra en tensión, sin que nadie se sorprenda—. Un momento, un momento. Yo no soy él. *Un momento*. Espera un segundo. —Me tiende el teléfono—. ¿Quieres que cuelgue, Roof?

No lo sé. Peck sigue a mis pies, ensangrentado y contusionado, en el aparcamiento de esta escuela, y tampoco tengo muchas ganas de responder a la llamada para asegurarme de que los de Muerte Súbita efectivamente van a decirme que me ha tocado la lotería. Tan confuso como rabioso, arrebato el teléfono a Tagoe y me dan ganas de vomitar. Pero mis padres y mi hermana en su momento no hicieron nada parecido, así que igual me las arreglo para contenerme como ellos.

—Vigiladlo —les digo a Tagoe y a Malcolm.

Asienten los dos. No sé cómo me las arreglé para convertirme en el macho alfa de la pandilla. El hecho es que fui a parar a la casa de acogida dos años después que ellos.

Me alejo unos pasos, como si la privacidad tuviera alguna importancia, y me aseguro de situarme fuera del alcance de la luz del rótulo de salida. No es cuestión de que me pillen en mitad de la noche con los nudillos ensangrentados.

—¿Sí?

—Hola, soy Victor, de Muerte Súbita. Llamo para hablar con Rufus Emiterrio.

El tipo está destrozando mi apellido, pero no vale la pena ponerse a corregirlo. Nadie más va a seguir llevando el apellido Emeterio.

—Sí, soy yo.

—Rufus, siento informarte de que en algún momento de las próximas veinticuatro horas…

—Veintitrés horas —interrumpo, mientras me paseo por la acera, de un extremo del coche al otro—. Estás llamando después de la una.

Es una putada por su parte. Seguro que a otros Fiambres los llamaron hace una hora. Si este fulano de Muerte Súbita me hubiera llamado hace una hora, quizá no me habría apostado junto a la puerta trasera del restaurante donde trabaja Peck —quien dejó colgados los estudios en el primer curso de la uni—, para llevármelo a este

aparcamiento.

—Sí, tienes razón. Lo siento —dice Victor.

Hago lo posible por guardar silencio, porque tampoco es cuestión de echarle la culpa a un menda que se limita a hacer su trabajo, aunque tampoco entiendo cómo demonios puede haberse buscado un empleo semejante. Yo ya no tengo futuro, pero ni en sueños se me ocurriría aceptar un trabajo en horario nocturno en el que tengo que decirle a la gente que sus vidas están por acabar. Pero Victor y otros como él sin duda lo ven de otra forma. Por lo demás, tampoco me apetece escuchar eso de que no hay que matar al mensajero, y menos aún cuando el mensajero está llamando para decirme que voy a espichar antes del final del nuevo día.

—Rufus, siento informarte que en el transcurso de las próximas veintitrés horas vas a morir de forma prematura. Por mi parte no puedo hacer nada para suspender esta circunstancia, pero te llamo para informarte de las opciones que tienes durante el día. En primer lugar, ¿cómo te encuentras? Has tardado un poco en responder. ¿Todo marcha bien?

El tipo quiere saber si todo marcha bien, nada menos. Su voz flojucha me dice que en realidad le importo tan poco como todos los demás Fiambres a los que tiene que llamar esta noche. Lo más seguro es que haya quien escuche estas llamadas, y el fulano no quiere que lo echen del trabajo por ir demasiado rápido.

—No sé cómo estoy. —Aprieto el móvil con fuerza, para no estrellarlo contra la pared en la que están pintados unos niñitos blancos y pardos cogidos de las manos bajo un arcoíris. Miro por encima del hombro y veo que Peck sigue tumbado en el suelo mientras Malcolm y Tagoe me miran fijamente; más les vale que no escape corriendo antes de que tengamos claro qué vamos a hacer con él—. Mira, limítate a explicarme las opciones que tengo. —La cosa puede tener su gracia.

Victor me brinda el pronóstico del tiempo durante la jornada (parece que lloverá por la mañana y también más tarde, por si sigo vivo y coleando a esas horas), las actividades especiales del día, que no me interesan en absoluto (lo peor de todo es una clase de yoga en el High Line Park, con lluvia o sin ella); los posibles preparativos fúnebres; así como el listado de restaurantes con los mejores descuentos para los Fiambres que se presenten con el código del día de hoy. Dejo de escuchar sus palabras, es que estoy ansioso por saber cómo va a desarrollarse mi Último Día.

—A ver, ¿y vosotros cómo lo sabéis? —interrumpo. Quizá este tipo se apiade de mí y me deje la posibilidad de aclararles este gran misterio a Tagoe y a Malcolm—. Lo de los Últimos Días. ¿Cómo lo sabéis? ¿Hay un listado de alguna clase? ¿Tenéis una bola de cristal? ¿Un calendario que os ha llegado del futuro?

Todo el mundo especula sobre el modo en que Muerte Súbita obtiene esta información que, desde luego, te cambia la vida. Tagoe me ha hablado de esas teorías disparatadas que ha encontrado en Internet, como la de que en Muerte Súbita consultan a unos videntes infalibles, o —lo más ridículo de todo— que tienen a un extraterrestre encadenado a una bañera y que el gobierno obliga a este marcianito a especificar los Últimos Días de la gente. Esta última teoría es particularmente demencial, por varias razones, pero ahora mismo no tengo tiempo para detenerme en el asunto.

—Lamento decir que los heraldos tampoco tenemos acceso a esa información —

asegura Victor—. Tenemos tanta curiosidad como todo el mundo, pero se trata de un conocimiento que no nos resulta imprescindible para hacer nuestro trabajo.

Otra respuesta anodina. Seguro que el pavo lo sabe pero no puede decir palabra, si es que quiere conservar el empleo, vaya.

Que le den por saco.

—Vamos a ver, Victor, háblame como un ser humano, aunque sea un minuto. No sé si lo sabes, pero tengo diecisiete años. Me quedan tres semanas para cumplir los dieciocho. ¿Te parece bonito que no vaya a tener ocasión de ir a la universidad? ¿De casarme? ¿De tener hijos? ¿De viajar? Algo me dice que todo eso te da lo mismo. Tú estás la mar de a gusto sentado en tu pequeño trono en tu pequeño despacho, porque tienes claro que te quedan unos cuantos decenios por delante, ¿me equivoco?

Victor se aclara la garganta.

—¿Quieres que te hable de persona a persona, Rufus? ¿Quieres que me baje de mi trono y te diga lo que pienso? Muy bien. Hace una hora estuve hablando con una mujer que se puso a llorar al saber que va a dejar de ser madre, pues su hija de cuatro años morirá hoy. Me suplicó que le dijera cómo puede salvar la vida de su niña, pero nadie tiene ese poder. Y después tuve que despachar una solicitud al Departamento de Niños y Jóvenes, para que enviaran a un agente armado, por si al final resulta que la madre es la responsable. Es la cosa más inmunda que he hecho desde que estoy en este trabajo. Rufus, lo siento por ti, y hablo en serio. Pero la culpa de tu muerte no la tengo yo, y esta noche me quedan por hacer un montón de llamadas de este tipo. La verdad, me harás un favor enorme si cooperas.

Maldición.

Coopero durante el resto de la conversación, y eso que este pavo no tiene derecho a contarme los casos de otras personas. Y no puedo dejar de pensar en esa madre cuya hija no va a ir a la escuela, cosa que yo sí que hice en su momento. Al final, Victor me viene con las frases marca de la casa, las que estoy acostumbrado a oír en las nuevas películas y series de la tele donde Muerte Súbita juega su papel en las peripecias de los personajes:

—Que sepas que en Muerte Súbita lamentamos mucho tu pérdida. Tienes que vivir este último día a tope.

No sabría decir quién fue el primero en colgar, pero no importa. El daño ya está hecho… pronto va a estar hecho. Hoy es mi Último Día, todo un armagedón para Rufus. No tengo idea de cómo va a traducirse en la práctica. Espero no morir ahogado como mis padres y mi hermana. La única persona a la que he hecho daño, daño de verdad, es a Peck, por lo que no creo que alguien vaya a pegarme un tiro, aunque es un hecho que a veces hay balas perdidas. El cómo importa menos que lo que voy a hacer hasta que llegue el momento, pero el desconocimiento sigue poniéndome de los nervios; al fin y al cabo, solo se muere una vez.

Pensándolo bien, quizá Peck es el responsable de todo esto.

Vuelvo andando hacia los tres, a paso rápido. Agarro a Peck por la parte posterior del cuello de la camisa y estrello su cabeza contra el muro de ladrillo. La sangre comienza a manar de una herida en la cabeza, y no puedo creer que este tipejo me haya hecho perder el control de esta manera. No tendría que haber ido hablando de las razones por las que Aimee ya no quería estar conmigo. De no haberme enterado

de sus palabras, ahora no estaría cerrando mi mano en torno a su garganta, metiéndole más miedo en el cuerpo del que yo mismo tengo.

—Entérate de una vez. Tú no me «robaste» a Aimee, ¿entendido? Mejor que lo vayas olvidando. Aimee me quería a mí, y aunque las cosas se complicaron, con el tiempo hubiera vuelto a mi lado. —Tengo claro que es la verdad, y Malcolm y Tagoe piensan otro tanto. Acerco mi rostro al de Peck y clavo la mirada en su único ojo bueno—. Mejor será que no vuelva a verte las narices en lo que me queda de vida. —Sí, claro, ya. No me queda mucha vida, la verdad. Pero este tío es un puto payaso, y con él nunca se sabe—. ¿Lo has captado?

Peck asiente con la cabeza.

Suelto su garganta, meto la mano en su bolsillo y pillo el teléfono móvil. Lo estampo contra la pared, y la pantalla se hace añicos. Malcolm lo pisotea con rabia.

—Y ahora piérdete de mi vista.

Malcolm me agarra por el hombro.

—No dejes que se largue así como así. Este tiene sus contactos, no lo olvides.

Peck está escabullándose pegado al muro, nervioso, como si fuera el hombre araña y avanzara en horizontal por las ventanas de uno de los rascacielos de Manhattan.

Aparto a Malcolm con brusquedad.

—¡He dicho que se pierda de vista!

Peck sale corriendo en un zigzag mareante. En ningún momento se vuelve para ver si vamos a por él o se detiene para recoger su mochila y cómics.

—Pensaba que me habías dicho que Peck tenía contactos entre los de una pandilla —observa Malcolm—. ¿Y si sus amigotes vienen a buscarte?

—No es una pandilla de verdad y, en todo caso, a Peck lo echaron de ella. No hay por qué tenerle miedo a una pandilla que tuvo a Peck como miembro. Ni siquiera va a poder llamarlos, tampoco a Aimee. Nos hemos encargado de eso. —No quiero que hable con Aimee antes de que lo haga yo. Tengo que explicarme y, ¿quién sabe?, quizá ella no quiere verme si se entera de lo que acabo de hacer, sea mi Último Día o no.

—Los de Muerte Súbita tampoco van a poder llamarlo —dice Tagoe, cuyo cuello palpita por causa de un tic, dos veces.

—No pensaba matarle.

Malcolm y Tagoe guardan silencio. Los dos vieron cómo lo estuve sacudiendo, como un maníaco de película.

No puedo dejar de temblar.

Podría haberlo matado, aunque no fuera esa mi intención. No sé si habría sido capaz de vivir en paz conmigo mismo si me lo hubiera cargado a golpes. Pero no, todo esto es una idiotez, y lo sé, tan solo estoy haciéndome el duro. Pero yo no soy duro de verdad. Apenas he logrado vivir en paz conmigo mismo tras haber sobrevivido a la muerte de mi familia, por mucho que yo no tuviera la culpa de lo que pasó. Y ni por asomo sería capaz de vivir feliz y contento tras haber matado a alguien a golpes.

Echo a correr hacia nuestras bicicletas. El manillar de mi bici se enganchó en la rueda de la de Tagoe, pues tras perseguir a Peck hasta este lugar, saltamos de las bicis

para derribarlo.

—Vosotros dos no me sigáis —digo, mientras enderezo la bicicleta—. ¿Me habéis oído?

—Nada de eso, estamos contigo y…

—Olvidadlo —interrumpo—. Soy una especie de bomba con temporizador, y cuando salte por los aires, aunque os libréis de salir volando conmigo, es muy posible que salgáis muy quemados del asunto… literalmente, incluso.

—No vas a librarte de nosotros —insiste Malcolm—. Vamos contigo adonde vayas.

Tagoe asiente con un gesto, y la cabeza se le va a la derecha, como si su cuerpo estuviera traicionando el instinto que le empuja a seguirme.

Vuelve a asentir, sin que el cuello dé sacudida alguna esta vez.

—Estáis hechos dos auténticas sombras —digo.

—¿Porque somos negros? —pregunta Malcolm.

—Porque siempre estáis siguiéndome —contesto—. Sois leales hasta el final.

El final.

Dos palabras que hacen que nos callemos. Montamos en las bicis y salimos pedaleando de la acera. Las ruedas avanzan dando tumbos, y me digo que esta noche hice mal en olvidarme del casco.

Tagoe y Malcolm no pueden seguir a mi lado todo el día, eso lo tengo claro. Pero los tres somos unos Plutones, hermanos crecidos en la misma casa de acogida, y no tenemos por costumbre darle la espalda a un hermano.

—Vamos a casa —indico.

Y hacia allí nos dirigimos.

MATEO

01:06 horas

Otra vez estoy en mi habitación —ya se ve lo que duró mi propósito de no volver a pisarla—, y de inmediato me siento mejor, como si me hubieran premiado con una nueva vida en un videojuego en el que el villano me estaba dando una paliza. No me engaño en lo referente a mi muerte. Sé bien que va a llegar. Pero no tengo por qué correr a abrazarla. Estoy ganando un poco de tiempo. Mi única aspiración ha sido la de disfrutar de una vida más o menos larga y tengo la capacidad de no pegarme un tiro en el pie y hacer trizas ese sueño saliendo por la puerta del apartamento, a estas horas de la noche sobre todo.

Me meto en la cama con la clase de alivio que tan solo sientes cuando te levantas para ir al instituto y te das cuenta de que es sábado. Me cubro con la manta hasta los hombros, vuelvo a echar mano al portátil y —tras hacer caso omiso del correo electrónico enviado por Muerte Súbita en el que consta la hora de mi conversación con Andrea— sigo leyendo la entrada que alguien subió ayer a *CuentaAtrás*, la que estaba examinando antes de recibir la llamada.

Este Fiambre se llamaba Keith y tenía veintidós años. Keith no daba muchos datos sobre su persona; tan solo decía que era un solitario que prefería dar un paseo con Turbo, su golden retriever, a hacer vida social con sus compañeros de estudios. Se había fijado el propósito de encontrar un nuevo hogar para Turbo, porque estaba seguro de que su padre le regalaría el perro al primer interesado, y sin duda habría muchos, pues Turbo es toda una preciosidad. Qué demonios, yo mismo lo hubiera adoptado, y eso que tengo una fuerte alergia a los perros. Pero antes de ponerlo en adopción, Keith y Turbo salieron a pasear por sus lugares preferidos por última vez; la entrada terminaba cuando se encontraban en algún punto del Central Park.

No sé cómo murió Keith. No sé si Turbo sigue vivo o si murió con su dueño. No sé qué destino les reservaron a Keith o a Turbo. No tengo idea. Podría consultar si en el Central Park ayer se produjo algún robo con violencia o asesinato hacia las seis menos veinte de la tarde, la hora en que Keith dejó de escribir, pero no quiero volverme loco y prefiero dejar el misterio como está. En su lugar, abro la carpeta de música y pongo Sonidos Espaciales.

Hace un par de años, un equipo de la NASA creó este instrumento especial para grabar los sonidos de distintos planetas. Sí, sí, ya sé. A mí también me resultó extraño, después de haber visto tantos programas de televisión en los que aseguraban que en el espacio no hay más que silencio. Pero resulta que sí hay sonidos, unos sonidos que tan solo existen en forma de vibraciones magnéticas. La NASA ha manipulado dichos sonidos para que el oído humano los pueda escuchar y, escondido en mi habitación, en su momento me tropecé con algo mágico brindado por el universo, algo que quienes no siguen las últimas novedades en la Red se estaban perdiendo. Algunos de los planetas emitían sonidos siniestros, propios de una película de ciencia ficción ambientada en un mundo poblado por los extraterrestres; con esto último estoy refiriéndome a un mundo con extraterrestres, y no a un mundo ajeno a la

Tierra. Neptuno suena como una rápida corriente fluvial, Saturno se caracteriza por emitir un aullido pavoroso que ya nunca quiero escuchar, y algo parecido pasa con Urano, con el detalle de que se oye el silbido de unos fuertes vientos que resuenan como naves espaciales que estuvieran disparándose rayos láser las unas a las otras. La música de los planetas es un buen tema de conversación si tienes gente con la que hablar; si no la tienes, es un estupendo ruido blanco con el que irse a dormir.

Me distraigo de mi Último Día leyendo otras entradas en *CuentaAtrás* y poniendo la música de la Tierra, que siempre me recuerda al agradable trinar de los pájaros, así como ese sonido sordo propio de las ballenas, pero en el que también hay algo raro, algo sospechoso que no consigo identificar, de forma muy parecida a la del ruido de Plutón, que está a mitad de camino entre el de una concha marina y el del silbido de una serpiente.

Pongo el tema de Neptuno.

RUFUS

01:18 horas

Vamos en bici a Plutón en mitad de la noche.

Se nos ocurrió darle el nombre de «Plutón» a la casa de acogida en que vivimos desde que nuestras familias murieron o nos dieron las espaldas. Plutón en su momento fue degradado: de planeta a planeta enano, pero entre nosotros no nos tratamos como si el otro fuera inferior.

Hace cuatro meses que los míos me dejaron, pero Tagoe y Malcolm se conocen desde hace bastante más tiempo. Los padres de Malcolm murieron en un incendio provocado por un pirómano no identificado y, fuese quien fuese, Malcolm espera que esté ardiendo en el infierno por haberse llevado a sus padres cuando tenía trece años y solo las autoridades se interesaban —apenas— por él. La madre de Tagoe murió cuando era un simple chaval, y su padre se dio el piro hace tres años, para escapar a sus deudores. Un mes más tarde, Tagoe se enteró de que su padre se había suicidado; el amigo sigue sin haber derramado una sola lágrima por su viejo y ni se molestó en averiguar cómo o dónde le pilló la muerte.

Antes incluso de saber que yo también iba a morir, tenía claro que mi hogar, Plutón, no iba a continuar siendo mi hogar durante mucho tiempo. No me quedaba mucho para cumplir los dieciocho años, y lo mismo pasaba con Tagoe y Malcolm: los dos cumplirán en noviembre. Estaba previsto que ingresara en la universidad, al igual que Tagoe, y nos decíamos que Malcolm seguramente ingresaría también, una vez que dejase de hacer tonterías. Ahora ya no tengo idea de lo que va a pasar y detesto pensar que al final no voy a tener que preocuparme por todos estos problemas. Pero bueno, lo único que ahora mismo importa es que seguimos estando juntos. Tengo a Malcolm y a Tagoe a mi lado, como llevo teniéndolos desde el primer día, desde que ingresé en la casa de acogida. Para bien o para mal, para divertirnos juntos o para discutir de nuestras cosas, siempre han estado a mi lado.

No tenía pensado dejar de pedalear, pero es lo que hago al ver la iglesia en la que entré un mes después del accidente fatal, el primer fin de semana que pasé con Aimee. Es un edificio gigantesco, con muros de ladrillo pintados de color blanquecino y las agujas en bermellón. Me gustaría tomar una foto de las vidrieras, pero lo más seguro es que el flash no las ilumine como es debido. Aunque tampoco importa. Si la imagen es de las que vale la pena subir a Instagram, siempre puedo recurrir al filtro lunar para conseguir ese clásico efecto en blanco y negro. El problema de fondo es que no veo que la foto de una iglesia tomada por un pedazo de no creyente como yo sea el mejor recuerdo que dejar a mis setenta seguidores. (Por no hablar de cómo etiquetar la imagen).

—¿Por qué te detuviste, Roof?

—Esta es la iglesia donde Aimee estuvo tocando el piano para mí — explico. Aimee es una católica bastante creyente, pero ni por asomo lo hizo con la idea de convertirme. Habíamos estado hablando de música, y mencioné que me gustaban algunas de las piezas clásicas que Olivia solía poner de fondo para estudiar. A Aimee

le dieron ganas de que las escuchara, tocadas por ella misma—. Tengo que avisarle que me llegó la alerta.

A Tagoe le entra el tic. Sin duda está pensando en recordarme que Aimee dijo que necesitaba estar un tiempo sin verme, pero, qué diablos, estas cosas no importan cuando es tu Último Día.

Me bajo de la bici y la apoyo en el caballete. No me alejo mucho; sencillamente me acerco a la puerta, en el momento preciso en que un sacerdote sale de la iglesia acompañando a una mujer llorosa. La mujer está entrechocando los puños con sus anillos, con topacios, o eso me parece, como los que mi madre empeñó la vez que quiso regalarle a Olivia unas entradas para un concierto el día que cumplía los trece años. Esta mujer debe ser un Fiambre, o quizá conoce a uno. El turno de noche aquí no es una broma. Malcolm y Tagoe no paran de burlarse de las iglesias que nada quieren saber de Muerte Súbita y sus «aberrantes maquinaciones satánicas», pero es sabido que unos cuantos curas y monjas siguen trabajando hasta bien entrada la noche, a disposición de los Fiambres deseosos de confesarse, bautizarse y cosas por el estilo.

Si de veras existe un Dios, tal y como mi madre creía, espero que en este momento esté de mi parte.

Llamo a Aimee. El timbre suena media docena de veces; se dispara el buzón de voz. Vuelvo a llamar, y lo mismo. Vuelvo a telefonear, y el timbre tan solo suena tres veces antes del buzón de voz. Aimee está pasando de mí.

Tecleo un mensaje de texto: Me llamaron de Muerte Súbita. Quizá tú también podrías llamarme?

No. Enviar un mensaje así sería una cabronada.

Me corrijo: Me llamaron de Muerte Súbita. Puedes llamarme?

El teléfono suena antes de que pase un minuto, con el tono normal, y no con ese ominoso timbre característico de Muerte Súbita. Es Aimee.

—Hola.

—¿Estás hablando en serio? —pregunta ella.

Si no estuviera hablando en serio, Aimee me mataría por jugar al que «viene el lobo» con ella. Tagoe cierta vez recurrió a este tipo de jueguecito para llamar su atención, y Aimee puso punto final al asunto volando.

—Pues sí. Tengo que verte.

—¿Dónde estás? —No lo dice con desconfianza, y no está haciendo amago de colgar, a diferencia de lo sucedido en mis anteriores llamadas.

—Pues mira, estoy delante de la iglesia a la que me llevaste aquel día —respondo. Aquí se respira una paz de campeonato; me podría quedar el día entero —. Estoy con Malcolm y Tagoe.

—¿Cómo es que no estáis en Plutón? ¿Qué hacéis en la calle un lunes por la noche?

Necesito algo de tiempo para responder a esta pregunta. Quizá otros ochenta años, pero no cuento con ellos y ahora mismo no tengo ganas de contarle la verdad.

—Justamente estamos volviendo a Plutón. ¿Te parece que nos veamos allí?

—¿Cómo…? No. Quédate en la iglesia, y ahora mismo voy.

—No pienso morirme antes de arreglarlo todo y volver contigo, hablo en seri…

—¡No eres indestructible, tontito! —Aimee ahora está llorando, y la voz le tiembla tanto como la vez que el chaparrón nos pilló sin chaquetas—. Oh, por Dios… Lo siento, pero ¿tienes idea de cuántos Fiambres hacen promesas como la tuya… y luego les cae un piano encima, o algo parecido?

—Supongo que tampoco serán tantos. La muerte por aplastamiento pianístico no me parece demasiado probable, la verdad.

—Esto no tiene ninguna gracia, Rufus. Ahora mismo me visto; no te muevas de ahí. En media hora como máximo estoy contigo.

Espero que pueda perdonármelo todo, lo de esta noche también. Voy a hablar con ella antes de que lo haga Peck y contarle mi versión de lo sucedido. Tengo claro que Peck aún debe llegar a casa y asearse, para después llamar a Aimee por el móvil de su hermano, para contarle que estoy hecho todo un monstruo. Eso sí, espero que no se le ocurra llamar a la policía, o voy a pasar mi Último Día entre rejas o molido a palos por un agente con malas pulgas. No quiero ni pensar en ello; lo único que quiero es verme con Aimee y despedirme de los dos Plutones como el amigo que sé que soy, y no como el monstruo que esta noche he sido.

—Ven a verme al hogar. Simplemente… ven. Hasta la vista, Aimee.

Cuelgo antes de que pueda protestar. Cojo la bici y me subo a ella, mientras Aimee vuelve a llamar una y otra vez.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Malcolm.

—Volvemos a Plutón —indico—. Vosotros dos vais a organizarme un funeral por todo lo alto.

Miro la hora. La 01:30.

Aún queda tiempo por delante, el suficiente como para que a alguno de los otros dos Plutones le llegue la misma notificación. No es lo que les deseo, pero quizá no voy a morir a solas.

O quizá es lo que tiene que ser.

MATEO

01:32 horas

Esto de leer las entradas en *CuentaAtrás* te deja lo que se dice hundido. Pero no puedo apartar la mirada, porque cada Fiambre registrado en el portal quiere compartir su historia contigo. Y cuando alguien sube su relato para que lo mires, lo que haces es prestar atención… aunque sepas que ese alguien al final muere.

Ya que no voy a salir de casa, siempre puedo estar presente en Internet, para los demás.

En el portal hay cinco secciones: historias más leídas, nuevas, locales, esponsorizadas, al azar. Como de costumbre, lo primero que hago es navegar por los casos locales, para asegurarme de que no hay algún conocido… No hay ninguno; bien.

Hoy no me vendría mal un poco de compañía, me digo.

Escojo un Fiambre al azar. Nombre de usuario: Geoff_Nevada88. Después de que lo llamaran cuatro minutos pasada la medianoche, Geoff se dirige a su bar preferido, con la esperanza de que en la puerta no le pregunten por su edad, pues solo tiene veinte años y hace poco perdió el carné falsificado que usaba para estos casos. Estoy seguro de que se las arreglará para colarse. Clico su entrada con el cursor; un tono sonoro me notificará la próxima actualización.

Miro otra entrada. Nombre de usuario: WebMavenMarc. Marc trabajaba como especialista en redes sociales para una empresa de refrescos, cosa que menciona dos veces en su perfil. No está seguro de que su hija vaya a poder encontrarse con él a tiempo. Me quedo con la sensación de que tengo a este Fiambre delante de las narices, de que está chasqueando los dedos para llamar mi atención, para que me ponga las pilas.

Debo visitar a papá, aunque esté inconsciente. Para que sepa que fui a verlo antes de morir.

Dejo el portátil a un lado, sin hacer caso a los tonos de aviso del par de cuentas que he clicado, y voy derecho al dormitorio de papá. Dejó la cama sin hacer la mañana que se fue al trabajo, pero yo más tarde la hice, asegurándome de doblar la colcha bien bajo las almohadas, tal y como le gusta. Me siento en su lado de la cama —el lado derecho, pues mi madre al parecer prefería el izquierdo, y él seguía viviendo la vida de forma compartida, como si ella continuara a su lado— y cojo la foto donde papá está ayudándome a soplar las velas del pastel de *Toy Story* con el que celebramos mi sexto cumpleaños. La foto deja claro que papá hizo todo el trabajo. Yo me limité a reírme de él. Según dice, lo que más le gusta de esta foto es precisamente la expresión traviesa en mi rostro.

Sé que resulta un poco raro, pero papá de hecho es mi mejor amigo, igual que la propia Lidia. Cosa que no podría reconocer en voz alta sin que los demás se rieran de mí. Tengo muy claro que la nuestra siempre fue una relación estupenda. No perfecta, pero estoy seguro de que cada par de personas en el mundo —en mi instituto, en esta ciudad, en la otra punta del planeta— tienen que vérselas con tonterías y con cosas

importantes, y que los que están más unidos se las arreglan para encontrar un modo de superar los problemas. Mi padre y yo somos incapaces de mantener una de esas relaciones en las que un cabreo provoca que las personas dejen de hablarse, a diferencia de lo que sucede con ciertos Fiambres de los que escriben en *CuentaAtrás*. Detestan tanto a sus padres que se niegan a visitarlos en sus lechos de muerte o, a la inversa, no llegan a hacer las paces antes de morir ellos mismos. Saco la foto del marco, la doblo y la me la meto en el bolsillo —no creo que papá vaya a molestarse porque esté un poco arrugada—; a continuación me levanto con la idea de ir al hospital, decirle adiós y asegurarme de que esta foto se encuentre a su lado cuando finalmente despierte. Lo que quiero es que mi padre se sienta en paz ni bien despierte, como si se tratara de otra mañana más, antes de que alguien le diga que me he ido para siempre.

Salgo de la habitación, decidido a hacer todo esto, y veo que en la cocina hay una pila de platos sucios. Mejor será que los friegue, para que papá no llegue a casa y se encuentre con esta pequeña pirámide de platos y tazones tan difíciles de lavar, manchados del chocolate caliente que estuve bebiendo.

Juro que no se trata de una excusa para no salir del piso.

En serio.

RUFUS

01:41 horas

Tenemos la costumbre de andar con las bicis por las calles, como quien compite en una carrera sin frenos, pero la cosa cambia esta noche. Constantemente miramos a uno y otro lado y paramos en todos los semáforos, como ahora mismo, aunque no se vea ni un solo coche. Estamos llegando a la manzana donde se encuentra el Cementerio de Clint, ese club nocturno en el que organizan noches especiales para los Fiambres. En la calle hay un montón de veinteañeros, y la cola es más bien caótica, lo que significa que los porteros van a ganarse el salario a la hora de controlar a todos estos Fiambres y sus amigos, ansiosos de soltarse el pelo en la pista de baile por última vez antes de que les llegue la hora.

Una chica con el cabello oscuro, guapísima, está llorando a moco tendido. Un fulano se le acerca y le viene con una frase para romper el hielo y ligar que es más vieja que mear de pie:

—Lo que tú necesitas es que te ponga una buena inyección de vitaminas… Y a vivir, que son dos días.

La amiga de la morena arremete contra él a bolsazo limpio, hasta que el pavo retrocede y se escabulle. La pobre chica no consigue librarse de los capullos como él ni ahora que está llorando su propia muerte.

El semáforo se pone en verde. Seguimos pedaleando y llegamos a Plutón unos minutos después. El hogar de acogida es un dúplex destartalado en un edificio cuya fachada está todavía más hecha polvo: faltan ladrillos, está plagada de indescifrables pintadas de colores. En las ventanas de la planta baja hay barrotes, no porque seamos unos criminales o algo por el estilo, sino para que nadie entre a robar a un puñado de chavales que ya han perdido suficiente en la vida. Dejamos las bicis al pie de las escaleras, subimos corriendo hasta la puerta y entramos. Vamos por el pasillo, sin molestarnos en andar de puntillas por el tosco suelo ajedrezado, y llegamos a la sala de estar. En la pared hay un tablero con información sobre cuestiones sexuales, cómo hacerse la prueba del VIH, el aborto y clínicas de adopción, y otras cosas de naturaleza similar, pero en este lugar de hecho nos sentimos como en casa, y no en un centro de internamiento.

Hay una chimenea, que no funciona, pero sigue teniendo un aspecto imponente. Las paredes están pintadas en un cálido color anaranjado que este verano me fue preparando para la llegada del otoño. Está la mesa de madera de roble, a la que nos sentamos a jugar a las Cartas contra la humanidad o al Tabú las noches de los días laborables, después de la cena. El televisor ante el que solía sentarme con Tagoe a mirar este reality show llamado *En la casa de los hipsters*, aunque Aimee en realidad detestaba a todos esos hipsters, hasta tal punto que hubiera preferido que me dedicase a mirar dibujos animados pornográficos en el ordenador. El sofá en el que echábamos siestas por turnos, pues resulta más cómodo que nuestras propias camas.

Subimos al piso de arriba, donde tenemos el dormitorio, un cuarto muy pequeño que ni siquiera sería cómodo para una sola persona; nosotros somos tres, pero nos las

arreglamos. Cuenta con una ventana que dejamos abierta las noches que a Tagoe le da por comer frijoles, por mucho que en la calle haya un ruido de mil demonios.

—Tengo que decir una cosa —suelta Tagoe, cerrando la puerta a sus espaldas—. Has llegado muy lejos. Piensa en todo lo que hiciste desde que viniste a este lugar.

—Podría hacer un montón de cosas más. —Me siento en la cama, me echo hacia atrás y apoyo la cabeza en la gruesa almohada—. Eso de tener que comprimir mi vida entera en un solo día es de locos. —Y es muy posible que no vaya a ser un día entero, que pueda considerarme afortunado si cuento con doce horas.

—Nadie te exige que encuentres una cura para el cáncer o que salves a los osos panda de la extinción —tercia Malcolm.

—Pues sí, y menos mal que los de Muerte Súbita no pueden predecir la muerte de un animal —observa Tagoe; frunzo los labios y meneo la cabeza, pues me cuesta creer que estén hablándome de osos pandas cuando su mejor amigo está muriéndose —. ¡Imagínate que pudieran! Supón que trabajas en Muerte Súbita y anuncias la muerte del último panda. Todo el mundo te odiaría. Te insultarían en las redes sociales, la gente se haría selfies insultándote y…

—Lo capto, lo capto —corto. No soy un oso panda, y nadie se va a preocupar por mi muerte—. Vosotros dos, hacedme un favor. Despertad a Jenn Lori y a Francis. Decidles que quiero tener mi propio funeral antes de salir a la calle.

No termino de caerle bien a Francis, pero el hecho es que vivo en este hogar con otras personas, y es una suerte que tengo.

—Mejor que no salgas de aquí —dice Malcolm. Abre el único armario que hay en la habitación—. Quizá podamos ganar esta partida. ¡Puedes ser la excepción! ¿Y si te encerramos ahí dentro?

—Me asfixiaré. O el estante con tus abrigos y chaquetones caerá sobre mi cabeza. —Más le valdría no hacerse ilusiones sobre posibles excepciones y mierdas parecidas. Me enderezo—. No me queda mucho tiempo, colegas. —Me entran temblores, un poco, pero me las arreglo para controlarlos. No es cuestión de que me vean muerto de miedo.

A Tagoe le entra el tic.

—¿Podemos dejarte solo un momento?

Necesito unos cuantos segundos para comprender qué es lo que en realidad está preguntándome.

—No voy a suicidarme —respondo.

No tengo ganas de morir, la verdad.

Me dejan a solas en el cuarto con la ropa sucia que ya no voy a tener que preocuparme por lavar y el trabajo del curso de verano que ya no voy a tener que acabar (o empezar). En una esquina de la cama se encuentra, arrugada, la manta de Aimee, esta cosa amarilla con un vistoso dibujo de grullas; me la pongo por los hombros. Aimee la tiene desde que era pequeña, y es el legado de la niñez de su madre. Comenzamos a salir cuando ella aún se encontraba aquí en Plutón; solíamos descansar juntos bajo la manta, que también usábamos en el ocasional pícnic en la sala de estar. Fue una época fantástica. Después de que rompiéramos, no me pidió que le devolviera la manta, y diría que fue su manera de no cortar conmigo del todo, por mucho que a la vez quisiera distanciarse de mí. Como si yo aún tuviera la

oportunidad de volver a su lado.

Este dormitorio no podría ser más distinto del del piso en el que crecí. Las paredes están pintadas de color beis, y no de verde; hay dos camas adicionales, y lo comparto con dos personas más; es la mitad de grande; no hay ni pesas ni pósters de videojuegos… Pero en él sigo sintiéndome como en mi propia casa, y no tardé en comprender que es porque las personas son más importantes que las cosas. Es una lección que Malcolm aprendió después de que los bomberos apagaran las llamas que le dejaron sin su casa, sin sus padres y sin sus pertenencias preferidas.

En esta habitación nos las arreglamos con pocas cosas.

Tengo varias fotos pegadas a la pared de encima de la cama, todas ellas impresas por Aimee a partir de mi cuenta de Instagram: una imagen de Althea Park, donde acostumbro a ir a pensar; una foto de mi camiseta blanca, cubierta de sudor y colgada del manillar de la bici, tomada después de participar en mi primera maratón el verano pasado; un equipo de sonido abandonado en Christopher Street, reproduciendo una canción que nunca había oído antes y nunca he vuelto a escuchar; Tagoe, con la nariz ensangrentada después de que hubiéramos estado devanándonos los sesos a fin de crear un saludo ritual para los tres Plutones y recibiera un tremendo cabezazo sin querer; un par de zapatillas deportivas —una de la talla cuarenta y cinco y la otra cuarenta y tres—, que compré encaprichado pero sin asegurarme de comprobar si eran del mismo par antes de salir de la tienda; Aimee y yo, con la mirada un tanto ida, como cuando fumo marihuana, aunque ese día no había fumado (aún), una foto que sigue siendo bonita porque la luz de las farolas ilumina a Aimee de un modo muy cool; huellas de pasos en el barro, el día que estuve persiguiendo a Aimee por el parque después de una semana entera lloviendo; dos sombras sentadas la una junto a la otra, imagen que a Malcolm no le gustaba nada pero que tomé sin hacerle caso; y un montón de fotos más que voy a dejar como recuerdo para mis compis cuando salga de aquí por última vez.

Salir de aquí…

La verdad es que no tengo ganas de salir.

MATEO

01:52 horas

Ya estoy casi a punto de salir.

Lavé los platos, barrí el polvo y los envoltorios de caramelos tirados bajo el sofá, fregué el suelo de la sala de estar, limpié los pegotes de pasta de dientes que había dejado en el lavabo y hasta hice mi cama. Vuelvo a estar sentado frente a mi ordenador portátil y me encuentro con un desafío bastante más complejo: escribir una inscripción para mi lápida que no rebase las ocho palabras. ¿Cómo resumir mi vida en ocho palabras?

Vivió allí donde murió: en su cuarto.

Qué forma de malgastar la vida.

Los niños son más osados que él.

Debo encontrar algo mejor. Todo el mundo quería mucho más de mí, y yo también. Tengo que corresponder. Es el último día que voy a poder hacerlo.

Aquí descansa Mateo: vivió para todos.

Le doy a *Enviar*.

La cosa ya no tiene vuelta atrás. Bueno, sí, claro, siempre puedo editarlo, pero las promesas no funcionan de este modo, y vivir para todos es una promesa que le hago al mundo.

Sé que el día acaba de comenzar, pero noto una opresión en el pecho porque se está haciendo tarde, para un Fiambre, por lo menos. Esto no puedo hacerlo a solas, irme para siempre sin despedirme, quiero decir. Tampoco es que vaya a contarle a Lidia que hoy es mi Último Día. Una vez que salga de aquí —porque voy a salir, ojo —, iré a ver a Lidia y a Penny, pero no voy a decírselo. No quiero que me dé por muerto antes de que en realidad lo esté, ni quiero causarle tristeza. Es posible que le envíe una postal explicándoselo todo mientras siga vivo y coleando.

Lo que necesito es un coach que a la vez pueda ser un amigo, o un amigo que pueda convertirse en mi coach. Y eso es justamente lo que promete esta aplicación tantas veces publicitada en el portal *CuentaAtrás*.

La aplicación Último Amigo está diseñada para los Fiambres solitarios y para todas aquellas almas bondadosas dispuestas a hacer compañía a un Fiambre en sus horas finales. No hay que confundirla con Necro, ideada para quienes deseen pasar una noche de sexo con un Fiambre; sin duda se trata de la definitiva aplicación para ligoteo sin ataduras. Siempre me perturbo Necro, y no solo porque el sexo me ponga nerviosoPero no, aquí estoy hablando de la aplicación Último Amigo, creada para que las personas puedan sentirse valiosas y queridas antes de morir. El usuario no tiene que pagar, a diferencia de lo que pasa con Necro, que te cobra 7,99 dólares al día… lo que me resulta inquietante, porque no puedo evitar pensar que un ser humano vale más que ocho miserables dólares.

Por lo demás, y como sucede con toda nueva amistad en potencia, el funcionamiento de las relaciones establecidas a partir de la aplicación Último Amigo puede resultar caprichoso. Cierta vez estuve siguiendo esta entrada en *CuentaAtrás*

en la que una Fiambre contaba su encuentro con un Último Amigo; la Fiambre tardaba mucho en subir actualizaciones — horas enteras a veces—, hasta tal punto que algunos de los participantes en la sala de chat la dieron por muerta. Pero de hecho estaba muy viva, sencillamente estaba viviendo a tope su último día y, después de su muerte, el Último Amigo escribió un pequeño panegírico que me enseñó más sobre la chica que todo cuanto había leído en sus actualizaciones. Pero las cosas no siempre son tan bonitas. Hace pocos meses, un Fiambre con una vida muy difícil trabó relación sin saberlo con el célebre y nefasto Último Amigo, que es un asesino en serie. Lo sucedido resultaba de lectura difícil, y es una de las muchas razones por la que me cuesta tener confianza en el mundo en que vivimos.

Creo que me haría bien tratar con un Último Amigo. Pero a la vez, no sé si es más triste morir solo o en compañía de alguien que no tan solo no significa nada para ti, sino que lo más probable es que tampoco te tenga especial aprecio.

El tiempo corre, y estoy malgastándolo.

Tengo que espabilar y encontrar la misma valentía que centenares de miles de otros Fiambres encontraron en su momento. Consulto mi cuenta bancaria por Internet y veo que me ingresaron de forma automática lo que queda de mi provisión de fondos para estudiar en la universidad. No son más que un par de miles de dólares, pero resulta más que suficiente para lo que queda del día. Puedo visitar el World Travel Arena en la parte baja de Manhattan, donde los Fiambres y otros visitantes pueden experimentar las culturas y los entornos de distintos países y ciudades.

Me descargo la aplicación Último Amigo en el teléfono móvil. La descarga es rapidísima —la más rápida de todas—, como si la aplicación fuera un ser con conciencia y entendiera que el factor decisivo en su existencia es que hay alguien a quien se le está acabando el tiempo. La aplicación tiene una interfaz azulada con una animación de un reloj gris sobre el que dos siluetas se acercan la una a la otra y se saludan palmeando las manos. Las palabras ÚLTIMO AMIGO aparecen en un zoom en el centro, y se despliega un menú.

☐ Muero hoy

☐ No muero hoy

Hago clic en la casilla «Muero hoy». Aparece un mensaje:

Todos quienes trabajamos en Último Amigo S.A. sentimos la pérdida de tu persona. Nuestras más sinceras condolencias a todos los que te quieren y a todos quienes nunca van a conocerte. Esperamos que hoy encuentres a un nuevo, apreciable amigo con el que puedas compartir tus últimas horas. Por favor, rellena el perfil para obtener los mejores resultados.

Sentimos mucho tu pérdida,

Último Amigo S.A.

Aparece un perfil en blanco, que voy rellenando.

Nombre: Mateo Torrez

Edad: 18 años.

Sexo: Hombre.

Altura: 1,78 metros.

Peso: 74 kilos.

Grupo étnico: Puertorriqueño.

Orientación sexual: <En blanco>

Profesión: <En blanco>

Intereses: Música, pasear sin rumbo por la ciudad.

Películas / programas / libros preferidos: *Lobos grises*, de Gabriel Reeds; *Plaid Is the New Black*; la serie de Scorpius Hawthorne.

Quién has sido en la vida: Soy hijo único y tan solo he tenido a mi padre. Pero papá lleva dos semanas en coma, y lo más probable es que salga de él cuando yo ya me haya ido. Antes de irme, quiero hacer algo para que se sienta orgulloso de mí. No puedo seguir conformándome con ir tirando, con pasar desapercibido, pues tan solo me ha servido para privarme de la compañía de todos vosotros; quizá hubiera podido conoceros a algunos antes.

Tareas pendientes: Quiero ir al hospital y decirle adiós a papá. Y a mi mejor amiga después, aunque no pienso decirle que voy a morir. Y

después no sé. Quiero hacer algo por los demás y, ya puestos, encontrar a un Mateo diferente.

Últimos pensamientos: Puedo hacerlo.

Envío mis respuestas. La aplicación me insta a subir una foto. Miro la galería en el móvil, donde hay muchas fotos de Penny y pantallazos de letras de canciones que le recomendé a Lidia. Hay otras en las que aparezco junto a papá en la sala de estar. Está la foto que me tomaron en primer curso del instituto, que es más bien sosa. Tropiezo con una donde salgo con una gorra verde de béisbol con la palabra «Luigi»; la gané como premio en junio tras participar en un concurso Mario Kart online. Se suponía que tenía que enviar esta foto al organizador del concurso, para que la pusiera en el portal, pero pensé que yo en realidad no era ese chaval con expresión traviesa y con la gorra de Luigi, así que nunca se la mandé.

Pero —lo que son las cosas— andaba equivocado. Esta es la persona precisa que en realidad siempre quise ser: desenvuelta, despreocupada, divertida. Nadie va a ver esta foto y decirse que no se ajusta a mi personalidad, porque ninguna de estas personas me conoce, y lo único que esperan de mí es lo que vean en la foto subida a mi perfil.

Subo la foto, y aparece un mensaje de despedida: Que te vaya bien, Mateo.

RUFUS

01:59 horas

Mis padres de acogida están esperándome abajo. Trataron de subir corriendo apenas se enteraron, pero Malcolm hizo de guardaespaldas, pues sabía que aún necesitaba un minuto. Me pongo las ropas de ciclista: los leotardos de gimnasia con unos pantalones azules de baloncesto por encima (pues no es cuestión de ir marcando paquete como si fuera el Hombre Araña), así como la chaqueta gris afelpada, mi preferida. Y es que, llegado mi Último Día, no se me ocurre moverme por la ciudad de otra forma que no sea montado en mi bici. Cojo el casco, porque la seguridad es lo primero. Echo una última mirada a la habitación. No me vengo abajo ni nada parecido —hablo en serio—, por mucho que me acuerde de las trastadas que hice con mis dos compis. Salgo, sin apagar la luz, y dejo la puerta abierta, para que a Malcolm y Tagoe no les dé repelús entra en el cuarto otra vez.

Malcolm me sonríe un poco. Finge no sentirse demasiado afectado, pero no cuela, porque tengo clarísimo que la cabeza le da vueltas, al igual que los demás. Lo mismo me pasaría a mí si las cosas fueran al revés.

—¿De verdad despertaste a Francis? —pregunto.

—Pues sí.

¿Es posible que vaya a morir a manos de mi padre de acogida? Si no eres su reloj con alarma, más te vale no despertarlo de sus sueños.

Sigo a Malcolm a la planta baja. Tagoe, Jenn Lori y Francis se encuentran allí, pero no dicen nada. Lo primero que quiero preguntarles es si saben algo de Aimee, si es posible que su tía la tenga retenida en casa, pero no me parece muy adecuado.

Espero sinceramente que no haya cambiado de idea, que siga queriendo verme.

No es cuestión de ponerme nervioso. Lo que tengo que hacer es concentrarme en las personas que están aquí.

Francis está completamente despierto y lleva puesto su albornoz predilecto, como si fuera un ricachón que gana millones con su negocio, y no un simple operario que gasta la totalidad de su pequeño salario en nosotros. Es un buen tipo, aunque tiene aspecto de estar loco de remate, porque lleva el pelo cortado a bastos tijeretazos: él mismo se lo corta, para ahorrarse unos pocos dólares, lo que es demencial, pues Tagoe está hecho todo un mago de las tijeras. Hablo en serio. Tagoe hace los mejores degradados en la ciudad, y espero que el muy cabrón abra su propia barbería de una vez y se olvide de esos sueños de ser guionista de cine. Eso sí, Francis tiene la piel demasiado blanca para lucir un corte degradado.

Jenn Lori termina de enjugarse las lágrimas con el cuello de su gastada camiseta de la universidad y vuelve a ponerse las gafas. Está sentada en el mismo borde de la silla, como suele hacer cuando miramos esas pelis sobre asesinos en serie que tanto le gustan a Tagoe, y, lo mismo que sucede en esas ocasiones, de pronto se levanta, aunque esta vez no porque sea presa de una especie de aberrante combustión interna. Me abraza y llora en mi hombro; es la primera vez que alguien me abraza desde que me dieron la alerta, y no quiero que se suelte de mí, pero es preciso pasar pronto a la

acción. Jenn sigue a mi lado mientras tengo la mirada fija en el suelo.

—Una boca menos que alimentar, ¿no? —Nadie me ríe el chiste. Me encojo de hombros. No sé como manejarme con todo esto. Nadie te enseña cómo preparar a los demás para tu muerte, y menos aún si tienes diecisiete años y estás bien de salud. Me digo que ya basta de tanta seriedad, lo que quiero es verlos reír—. ¿Alguien quiere jugar a piedra,papel y tijera?

Hago el gesto de la tijera, pero nadie acepta el reto. Vuelvo a probar, y esta vez hago el gesto de la piedra. Nada.

—Vamos, amigos.

Vuelvo a intentarlo, y Malcolm esta vez corresponde a mis tijeras con papel. Hacen falta unos cuantos minutos, pero al final jugamos bastantes rondas. No me cuesta nada ganarles a Francis y a Jenn Lori. Me enfrento a Tagoe, y la piedra se impone a las tijeras.

—No vale —protesta Malcolm—. Hay que repetir. Tagoe cambió de papel a piedra en el último segundo.

—A ver un momento. —Tagoe menea la cabeza—. No te digo que no haya engañado a Roof otras veces, pero hoy no se me ocurriría hacer trampas. Ni loco, vaya.

Le suelto un empujón, del tipo amigable.

—¡Hacerme trampas! ¡Si serás un idiota!

Suena el timbre.

Voy a la puerta corriendo, con el corazón a mil. Abro. Aimee tiene la cara tan enrojecida que casi no puedo distinguir la gran señal de nacimiento en su mejilla.

—¿Me estás tomando el pelo? —me espeta.

Niego con la cabeza.

—Si quieres, te muestro el mensaje en el móvil, con la hora y el minuto exactos.

—No estoy refiriéndome a tu Último Día —dice Aimee—. Estoy hablando de *esto*. —Da un paso atrás y señala al pie de las escaleras.

A Peck y su cara hecha pedazos. A la persona que dije que no quería volver a ver en la vida.

MATEO

02:02 horas

No sé cuántos usuarios de Último Amigo hay activos en el mundo entero, pero aquí en Nueva York en este momento son cuarenta y dos, y al mirar a estos usuarios me siento como cuando entras al auditorio del instituto la jornada inaugural del curso. Estoy muy nervioso y no sé por dónde empezar… hasta que recibo un mensaje.

En la bandeja de entrada aparece un sobre de color azul chillón, que reluce intermitentemente, a la espera de que lo abra con un clic del ratón. No hay asunto; tan solo se ve la información general: *Wendy Mae Greene. 19 años. Mujer. Manhattan, Nueva York (a 3,2 kilómetros de distancia)*. Hago clic en su perfil. No se trata de una Fiambre, sino de una simple chica que está despierta a estas horas de la noche, con intención de consolar a uno de ellos. Se describe como «una rata de biblioteca obsesionada con todo lo que tiene que ver con Scorpius Hawthorne», y supongo que lo que la llevó a entablar contacto conmigo es este interés en común. También le gusta pasear, «sobre todo a finales de mayo, cuando hace un tiempo inmejorable». No voy a estar disponible a finales de mayo, Wendy Mae. Me pregunto cuánto tiempo hace que creó este perfil y si alguien le habrá dicho que esta clase de referencia al futuro puede ser malinterpretada como muestra de jactancia por su parte, como el fanfarroneo de quien todavía tiene larga vida por delante. Dejo de leer la descripción y hago clic en su foto. Me gusta lo que veo: piel tirando a clara, ojos oscuros, cabello oscuro, un piercing en la nariz y una gran sonrisa. Abro el mensaje.

Wendy Mae G. (02:02 horas): hola mateo. tienes buen gusto en librs. ahora t gustaria saber 1 conjuro de ocultacion a la muerte, verdad?

Estoy seguro de que lo dice con buena intención, pero entre su descripción personal y este mensaje está hurgando en la herida con un destornillador en lugar de darme la palmadita amistosa en la espalda que ahora me hace falta. Pero tampoco es cuestión de ser grosero con ella.

Mateo T. (02:03 horas): Hola, Wendy Mae. Gracias. Tú también tienes buen gusto en libros.

Wendy Mae G. (02:03 horas): scorpius hawthorne es lo mas… como estas?

Mateo T. (02:03 horas): No muy bien. No tengo ganas de dejar mi cuarto, pero sé que debo salir a hacer algo.

Wendy Mae G. (02:03 horas): que sentiste al recibir la llamada? te dio miedo?

Mateo T. (02:04 horas): Me sentí un poquito confuso. Mejor dicho, totalmente confuso.

Wendy Mae G. (02:04 horas): lol. eres diver. y muy guapo. tu mama y tu papa tambien tienen ke estar cabreados, no?

Mateo T. (02:05 horas): Tendrás que perdonarme; ahora tengo que dejarte. Que pases una buena noche, Wendy Mae.

Wendy Mae G. (02:05 horas): q es lo q dije para cabrearte? no os entiendo a los muertos, siempre dejais de hablar conmigo.

Mateo T. (02:05 horas): Nada grave, pero mis padres difícilmente pueden estar

cabreados, ya que mi madre está muerta y papá está en coma.

Wendy Mae G. (02:05 horas): y yo q iba a saber eso q m estas diciendo?

Mateo T. (02:05 horas): Porque lo dice en mi perfil.

Wendy Mae G. (02:05 horas): bueno, ya. entonces estas solo en casa, no? La semana proxima voy a perder la virginidad con mi novio pero qiero practicar 1 poco antes. igual podrías ayudamer.

Abandono la conversación mientras teclea un nuevo mensaje y la bloqueo, para mayor seguridad. Entiendo que la chica se siente insegura, y lo siento por ella y por su novio si finalmente consigue ponerle los cuernos, pero yo no estoy para obras de caridad. Me llegan otros mensajes, con asunto en el encabezamiento:

Asunto: ¿Marihuana?

Kevin y Kelly. 21 años de edad. Hombre.

Bronx, Nueva York (6,4 kilómetros de distancia).

¿Fiambre? No.

Asunto: Mis condolencias, Mateo (un nombre genial, por cierto)

Philly Buiser. 24 años. Hombre.

Manhattan, Nueva York (4,8 kilómetros de distancia).

¿Fiambre? No.

Asunto: vendes un sofá, no? en buen estado?

J. Marc. 26 años. Hombre.

Manhattan, Nueva York (1,6 kilómetros de distancia).

¿Fiambre? No.

Asunto: Eso de morirte es un asco, ¿verdad?

Elle R. 20 años. Mujer.

Manhattan, Nueva York (4,8 kilómetros de distancia).

¿Fiambre? Sí.

Hago caso omiso de los mensajes de Kevin y Kelly; no me interesa fumar marihuana con ellos. Borro el mensaje de J. Marc, ya que no estoy vendiendo el sofá, que a papá le vendrá bien para sus siestas de los fines de semana. Voy a responder el mensaje de Philly, porque llegó primero.

Philly B. (02:06 horas): Hola, Mateo. ¿Cómo va eso?

Mateo T. (02:08 horas): Hola, Philly. ¿Da mucha pena si digo que estoy aguantando

Philly B. (02.08 horas): Claro que no. Estoy seguro de que no es fácil. Por mi parte, no me gustaría que los de Muerte Súbita me llamaran. ¿Estás enfermo o algo parecido? Eres muy joven para morir.

Mateo T. (02:09 horas): Estoy bien de salud. La perspectiva me aterra, pero me digo que no voy a estar a la altura si sigo quedándome en mi cuarto, si no salgo a la calle. Lo último que quiero es morirme en este lugar y dejarlo todo hecho un asco.

Philly B. (02:09 horas): Puedo ayudarte, Mateo.

Mateo T. (02:09 horas): ¿Puedes ayudarme? ¿Y cómo?

Philly B. (02:09 horas): Puedo conseguir que no mueras.

Mateo T. (02:09 horas): No hay nadie que pueda hacerlo.

Philly B. (02:10 horas): Yo sí que puedo. Salta a la vista que eres un tío muy cool y que no mereces morir. Ven a mi piso a verme. Es un secreto, pero tengo el

antídoto contra la muerte en la entrepierna de los pantalones.

Bloqueo a Philly y abro el mensaje de Elle. Dicen que a la tercera va la vencida, ¿y quién sabe?

RUFUS

02:21 horas

Aimee se planta delante de mis narices y me empuja contra la nevera con fuerza. Es una chica con cierta propensión a la violencia, lo que quizá le viene de familia, pues sus padres se pasaron de la raya la vez que robaron un pequeño supermercado a medias y agredieron al propietario y a su hijo, de veinte años. Eso sí, a diferencia de lo sucedido con sus padres, no van a meterla en la cárcel por pegarme cuatro empujones.

—¡Mira cómo lo dejaste, Rufus! ¿Se puede saber en qué coño estabas pensando?

Me niego a mirar a Peck, quien está apoyado en la encimera de la cocina. Ni bien entró vi el daño que cause: un ojo cerrado, un corte en el labio, pegotes de sangre reseca en la frente. Jenn Lori se acercó y está frotándole hielo en la frente. Tampoco soy capaz de mirarla, pues está claro que se siente decepcionada conmigo, por muy Último Día que hoy sea. Tagoe y Malcolm me flanquean, calladitos también, pues ella y Francis acaban de echarles una bronca de campeonato por haber salido a la calle conmigo después de la hora de acostarse, para sacudirle a Peck de lo lindo.

—Ahora no pareces tan valiente, ¿eh? —dice Peck.

—Cállate. —Aimee se gira con brusquedad y estampa el teléfono móvil contra la encimera, sobresaltando a todo el mundo—. Y ahora sígueme.

Abre la puerta de la cocina de golpe. Francis se ha quedado junto a las escaleras, de forma falsamente casual, para estar al tanto de lo que sucede, pero un poco alejado, para no tener que avergonzar o castigar a un Fiambre.

Aimee me agarra por la muñeca y me arrastra a la sala de estar.

—¿Y bien? Te llaman de Muerte Súbita y de pronto te sientes muy libre de andar repartiendo golpes por ahí. Pero ¿qué mierda es esa?

Adivino que Peck no le dijo que ya estaba sacándole la mierda de las orejas a golpetazo limpio antes de que me llegara la notificación.

—Yo…

—¿Qué?

—No voy a mentir. Fui a por él, es verdad.

Aimee da un paso atrás, como si yo fuera un monstruo perfectamente capaz de arremeter contra ella también. Me siento hundido.

—Mira, Ames, se me cruzaron los cables. Me estuve diciendo que soy un cero a la izquierda, un fulano sin futuro ninguno, antes incluso de que los de Muerte Súbita me vinieran con la noticia bomba. Siempre saqué unas notas de mierda, tengo casi dieciocho. Acababa de perderte y se me fue la olla porque no sabía qué hacer. Me sentía como un mierda, y Peck poco menos que vino a decirlo con palabras.

—Tú no eres un mierda —es su respuesta. Tiembla un poco al acercarse a mí; ya no se siente asustada.

Coge mi mano, y nos sentamos en el sofá, el mismo sofá en el que estuvimos sentados cuando me comunicó que se iba de Plutón porque su tía por parte de su madre tenía suficiente pasta para acogerla. Un minuto después rompió conmigo,

porque lo que quería era empezar de cero, tal y como le había aconsejado ese amigo de la escuela primaria: Peck.

—Lo nuestro no funcionaba —prosigue Aimee—. Como tú mismo acabas de decir, no vale la pena mentir, por mucho que sea tu Último Día. —Sigue cogiéndome de la mano mientras llora, cosa de la que llegué a creerla incapaz, en vista de lo rabiosa que estaba al presentarse—. Me equivoqué en lo referente a nuestro amor, pero eso no significa que no te quiera. Estuviste a mi lado cuando necesitaba hacer algo para no explotar del todo, y me hacías feliz cuando estaba cansada de odiarlo todo. Un mierda no hubiera sido capaz de ayudarme de esa manera.

Me abraza y posa la barbilla en mi hombro, tal como solía hacer para calmarse un poco de los nervios, estrechándose contra mi pecho antes de que nos pusiéramos a mirar uno de esos documentales de historia que tanto le gustan.

Continúo abrazándome a ella, pues no se me ocurre nada nuevo que decir. Quiero besarla, pero lo último que necesito es que me venga con falsedades. A la vez, en este momento no puede estar más cerca de mí; doy un paso atrás para mirarla a la cara, y es posible que un último beso de despedida también le resulte sincero. Aimee me mira. Acerco mi rostro y…

Tagoe entra en la sala de estar; se tapa los ojos con la mano.

—¡Oh! Lo siento.

Otra vez doy un paso atrás.

—Nada, nada, no pasa nada.

—Tendríamos que hacer el funeral —dice Tagoe—. Pero tómate tu tiempo, cuando mejor te vaya. Es tu día, ¿no? Bueno, lo siento, tampoco es que sea tu cumpleaños, más bien es lo contrario. —Le viene el tic—. Voy a llamar a los demás.

Se marcha.

—No quiero acapararte —dice Aimee. No permite que me separe de ella, no hasta que todos terminan de entrar.

Me hacía falta ese abrazo. Y después del funeral voy a abrazarme a los Plutones, hasta formar todo un sistema planetario plutoniano construido a base de abrazotes.

Me quedo sentado en el centro del sofá. De repente me cuesta respirar, y mucho. Malcolm está sentado a la izquierda, Aimee a la derecha y Tagoe a mis pies. Peck se mantiene a distancia, mientras juguetea con el móvil de Aimee. No me gusta nada que manosee su teléfono así, pero el hecho es que el suyo se lo rompí, así que mejor no digo ni pío.

Es mi primer funeral para Fiambres, pues mi familia no pensó en celebrar uno para ellos mismos, pues nos teníamos los unos a los otros y no necesitábamos a nadie más, por muy viejos amigos o compañeros de trabajo que fueran. Si hubiera asistido a otros, quizá estaría preparado para asumir que Jenn Lori está hablándome directamente a mí, y no a los demás asistentes. Hace que me sienta vulnerable, el centro de la atención de todos, y los ojos se me empañan, como sucede cada vez que me cantan el «Feliz cumpleaños»… Lo digo en serio, todos los años me pasa igual, nunca falla. Nunca *fallaba*.

—…Nunca lloraste, y eso que tenías todas las razones del mundo para hacerlo, como si te hubieras propuesto dejar algo muy claro. Los demás… —Jenn Lori no se gira hacia los Plutones ni siquiera un poquito. Sigue con la vista fija en mí, como si

estuviésemos enzarzados en un duelo de miradas. Aquí hay mucho respeto—. Todos los demás lloraban, pero tus ojos siempre eran muy tristes, Rufus. No nos miraste en absoluto —a ninguno— durante dos días seguidos. Me decía que si otra persona se hiciera pasar por mí, ni te darías cuenta de la diferencia. Ese vacío tuyo no resultó fácil, hasta que encontraste amigos… y más.

Me giro, y Aimee sigue con los ojos clavados en mí. En ellos se refleja el mismo brillo de tristeza que cuando me dijo que se separaba de mí.

—Siempre me he sentido reconfortado al veros a todos juntos —dice Francis.

No está hablando sobre esta noche, eso lo tengo claro. Morir es un asco, seguro que sí, pero eso de estar encerrado en una cárcel mientras la vida sigue adelante sin ti tiene que ser peor.

Francis sigue mirándonos, pero guarda silencio un momento.

—No tenemos todo el día —dice por fin. Le hace un gesto a Malcolm para que venga—. Tu turno.

Malcolm se sitúa en el centro de la habitación, dando la espalda encorvada a la cocina. Se aclara la garganta, y el sonido es áspero, como si tuviera algo obstruido; la saliva sale proyectada de su boca. Malcolm es un desastre, la clase de fulano que te deja en mal lugar sin querer, porque no sabe comportarse a la mesa o porque dice lo primero que le viene a la mente sin pensárselo dos veces. Pero también puede darte clases de álgebra y guardar un secreto, y estas son las cosas de las que yo hablaría si me tocara hacer su panegírico.

—Tú has sido… tú eres nuestro hermano, Roof. Todo esto es una mierda. ¡Todo esto es una puta mierda! —Con la cabeza gacha, se pellizca las cutículas de su mano izquierda—. Hubiera sido mejor si me llevaban a mí.

—No digas eso. En serio: cállate la boca.

—Yo también hablo en serio —dice—. Ya sé que nadie vive para siempre, pero tú tendrías que vivir más tiempo que otros. Porque eres más importante que otros. Es un hecho. Yo no soy más que un inútil, estoy hecho un grandullón que no sirve ni para trabajar de reponedor en un supermercado, pero tú estás…

—¡Muriéndome! —interrumpo, poniéndome en pie. Acalorado, le estampo un fuerte puñetazo en el brazo. Y no me disculpo—. Estoy muriéndome, y no vamos a intercambiar una vida por la otra. Ni por asomo eres un inútil, y si que puedes hacer algo más en la vida.

Tagoe está de pie, frotándose el cuello, tratando de calmar un tic.

—Roof, lo que yo voy a echar de menos es cómo nos callas, justo como acabas de hacer. Siempre te las has arreglado para que no mate a Malcolm cada vez que pilla comida de nuestros platos o no tira dos veces de la cadena. Estaba convencido de que seguiría viendo tu feo careto hasta que los tres fuéramos viejos. —Se quita las gafas, se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano y cierra el puño con fuerza. Levanta la vista, como si temiera que la muerte fuese a bajar del techo volando—. Se suponía que ibas a estar con nosotros toda la vida.

Nadie dice nada; sencillamente lloran más todavía. Todos están llorando mi muerte de antemano, y el ruido que hacen me hiela la sangre y me vuelve medio loco. Quisiera consolarlos y demás, pero no consigo salir de mi estupor. Estuve sintiéndome culpable durante largo tiempo después de la muerte de mis padres, pero

ahora que soy un Fiambre y voy a palmar, no logro imponerme a esta nueva y demencial sensación de culpabilidad. Y es que me siento culpable de abandonarlos a todos de sopetón.

Aimee se sitúa en el centro de la sala, y todos comprendemos que la cosa va a ponerse seria de verdad. Brutalmente seria.

—¿Es una cursilada si digo que me siento atrapada en una pesadilla? Siempre me decía que eso de estar atrapados en una pesadilla era una expresión que la gente usaba para llamar la atención, para dramatizarlo todo. Me decía: ¿ah, sí? ¿es lo único que se les ocurre decir cuando sucede una tragedia? No sé qué estaba esperando que dijeran, pero ahora lo veo claro: estaban dando en el clavo. Otro cliché más que gastado, ya lo sé. Pero bueno. Lo que quiero es despertar. Y si no puedo despertar, lo que quiero es dormir para siempre, en un lugar donde sea posible soñar contigo de una forma bonita. Soñar con la forma en que me miraste por primera vez, por poner un ejemplo, porque me miraste para verme tal como soy, no en plan baboso o para chulearme con la vista.

Aimee se lleva la mano al corazón, y las siguientes palabras se le atragantan.

—No sabes cómo me duele, Rufus… Cómo me duele pensar que pronto ya no vas a estar, que ya no podré llamarte, venir a verte o darte un abrazo… —Deja de mirarme; de pronto tiene los ojos entrecerrados y está contemplando algo emplazado a mis espaldas. Baja la mano y dice—: ¿Alguien llamó a la policía?

Doy un respingo en el asiento y veo que unas luces rojas y azules están centelleando frente al dúplex. Me sumo en el pánico total y absoluto, un pánico que me resulta increíblemente breve al tiempo que enloquecidamente largo, como ocho veces para siempre. Tan solo una persona no se muestra sorprendida o anonadada. Me giro hacia Aimee, y sus ojos acompañan a los míos en su trayectoria de vuelta a Peck.

—No puedo creerlo —dice Aimee, dirigiéndose hacia él a paso rápido. Le arrebata el móvil de la mano.

—¡Me agredió! —grita Peck—. ¡Y me da igual que pronto vayamos a perderlo de vista!

—¡No estamos hablando de una partida de carne defectuosa! —grita ella—. ¡Estamos hablando de un ser humano!

Joder. No sé cómo lo hizo, pues Peck no realizó ninguna llamada desde aquí, pero se las arregló para que la poli se presente en mi propio funeral. Espero que los de Muerte Súbita llamen a este bastardo cuanto antes.

—Lárgate por la puerta de atrás —dice Tagoe, cuyo tic a estas alturas es incontenible.

—Tenéis que ir conmigo. Vosotros dos también estuvisteis.

—Los distraeremos un poco —responde Malcolm—. Les daremos palique hasta que se olviden del asunto.

Un puño llama a la puerta.

Jenn Lori señala la cocina.

—Vete.

Tomo el casco y retrocedo hacia la cocina, sin dejar de mirar a los dos Plutones. Mi padre cierta vez dijo que un adiós es «el imposible más posible de todos», porque nunca quieres decirlo, pero sería estúpido no hacerlo cuando llega el momento. Y me

están dejando sin la posibilidad de decir mi último adiós porque la persona equivocada se presentó en mi funeral.

Meneo la cabeza y salgo corriendo por la puerta posterior, conteniendo la respiración. Atravieso el patio trasero que todos evitamos porque hay un montón de mosquitos y moscas de la fruta, me encaramo por la verja y me planto en el callejón. Voy hacia la fachada delantera con sigilo, para ver si puedo coger mi bicicleta y evitar una caminata. El coche de la policía está aparcado frente a la puerta, pero los dos agentes seguramente están dentro. ¿Quién sabe? Si Peck se ha ido de la lengua, hasta es posible que se encuentren en el patio trasero. Tomo la bici por el manillar, echo a correr por la acera y me subo al sillín a la que puedo.

No sé adónde voy, pero me voy.

Logré salir vivo de mi funeral, pero ojalá ya estuviera muerto.

MATEO

02:52 horas

A la tercera no fue la vencida. Ni siquiera puedo deciros si Elle es una Fiambre de verdad, pues la bloqueé sin investigar más, justo después de que me mandara links de spam del tipo «desternillantes vídeos de asesinato que no salieron según lo previsto». Y después cerré la aplicación. Tengo que reconocer que ahora me siento un poco más contento con la vida que he estado llevando, pues hay gente que es lo peor. Es difícil mantener una conversación respetuosa, y de hacer un Último Amigo ya ni os hablo.

Siguen llegándome avisos de nuevos mensajes, pero los ignoro, pues acabo de llegar al décimo nivel de *Perdido en las tinieblas*, un juego de la Xbox Infinity tan brutal que me entran ganas de hacer trampas y buscar algunos de los códigos secretos. Mi heroico personaje, Cove, es un brujo del nivel diecisiete con fuego en lugar de pelo que no puede seguir su camino por este reino sumido en la pobreza sin hacer una ofrenda a la princesa. Y bueno, voy andando —mejor dicho, Cove va andando—, dejando atrás a los mercachifles ambulantes que tratan de vender imperdibles de bronce o cerraduras herrumbrosas y se encamina directamente a la guarida de los piratas. Tengo que haberme despistado durante el trayecto hacia los muelles, porque Cove de pronto pisa una mina explosiva y no tengo tiempo para esquivar el estallido; los brazos de Cove salen volando y desaparecen por la ventana de una cabaña, su cabeza se dispara al cielo y sus piernas se hacen trizas por completo.

La pantalla vuelve a cargarse, y mi corazón late desbocado hasta que Cove reaparece intacto, como recién salido de fábrica. Cove es de los que tienen suerte.

A diferencia de él, yo no voy a resucitar.

En mi cuarto hay dos estanterías con libros. En la azul, la de abajo, se encuentran mis obras preferidas, las que no he sido capaz de quitarme de encima a la hora de hacer la donación mensual de libros para el centro de salud para adolescentes que hay calle abajo. La estantería blanca, la de arriba, está atiborrada de libros que tenía previsto leer.

Cojo los libros como si tuviera el tiempo material para leerlos todos: quiero saber cómo se las arregla este chico para manejarse con una vida que siguió adelante sin él, después de haber resucitado merced a un ritual. O cómo le fue a la niñita que no podía participar en el concurso musical de la escuela porque a sus padres les llegó la alerta de Muerte Súbita cuando ella estaba soñando con un piano. O cómo este superhéroe conocido como Paladín del Pueblo recibe el mensaje de unos profetas que parecen salidos de Muerte Súbita y le comunican que va a morir seis días antes de la batalla decisiva —y en la que su participación sería fundamental— contra el Rey de Todos los Males. Tiro todos estos libros por la habitación, y hasta pateo la estantería inferior, haciendo caer varios de mis preferidos, porque la distinción entre obras preferidas y libros que nunca van a serlo ahora carece de sentido.

Me giro hacia los altavoces, y estoy a punto de estrellarlos contra la pared, si bien me detengo en el último segundo. Los libros no funcionan con electricidad, pero los

altavoces sí, y no es cuestión de que todo termine en este preciso momento. Los altavoces y el piano vienen a ser una ofensa, pues me recuerdan las veces que volvía corriendo del colegio para pasar el mayor tiempo posible a solas antes de que papá volviera de su empleo como encargado en la tienda de artículos para manualidades y decoración. Esas veces acostumbraba a cantar, pero no muy alto, para que los vecinos no me oyeran.

Arranco un mapa de la pared. Nunca he salido de Nueva York, y ya nunca voy a embarcarme en un avión para volar a Egipto y ver los templos y las pirámides, como tampoco voy a viajar al pueblo natal de papá en Puerto Rico para visitar el bosque tropical en el que tantas horas pasó de pequeño. Hago pedazos el mapa, y los países, regiones y ciudades caen revoloteando sobre mis pies.

Aquí impera el caos. Me recuerda una de esas secuencias de película de superhéroes en las que el protagonista está de pie sobre los escombros de su pueblo natal destruido en el curso de la guerra, bombardeado por el enemigo que no ha conseguido darle caza. Con la salvedad de que en lugar de edificios demolidos y cascos de ladrillos, estoy rodeado de libros con las páginas abiertas en el suelo, con los lomos dañados y desiguales, de otros libros apilados en pilas desiguales. No puedo guardar todo en su sitio, pues eso conllevaría poner los libros en orden alfabético otra vez y pegar los fragmentos del mapa con cinta adhesiva. (Juro que no se trata de una de esas excusas para no limpiar y ordenar la habitación).

Apago la Xbox Infinity, donde Cove revivió sin mayor problema, con todas las extremidades en su sitio, como si hace unos minutos no hubiera volado por los aires por efecto de una explosión. Erguido en el punto de partida, de su brazo pende y oscila el característico bastón.

Tengo que ponerme en movimiento. Vuelvo a tomar el móvil; reabro la apliación Último Amigo. Espero pasar de puntillas sobre esas personas que son tan funestas como las minas explosivas.

RUFUS

02:59 horas

Ojalá los de Muerte Súbita me hubieran llamado antes de que esta noche echara mi vida por la borda.

Si los de Muerte Súbita me hubieran llamado9 anoche, me habrían despertado de ese sueño en el que unos niños pequeños montados en triciclos me ganaban en una maratón. Si los de Muerte Súbita me hubieran llamado hace una semana, no habría pasado las noches leyendo una y otra vez las notas que Aimee me envió cuando éramos pareja. Si los de Muerte Súbita me hubieran llamado hace dos semanas, habrían interrumpido esa tonta discusión con Malcolm y Tagoe sobre si los superhéroes de la Marvel son mejores que los de DC (y quizá hasta le hubiera pedido al heraldo que nos diera su opinión). Si los de Muerte Súbita hubieran llamado hace un mes, habrían roto el silencio mortal imperante porque no quería hablar con nadie después de que Aimee me hubiera dejado. Pero no. Los de Muerte Súbita tenían que llamar esta noche, cuando estaba golpeando a Peck, lo que provocó que Aimee lo arrastrara hasta el dúplex para encararse conmigo, lo que a su vez llevó a que Peck llamara a la poli y pusiera final a mi funeral, de manera que ahora estoy completamente solo, más solo que la una, solo al cien por cien.

Nada de todo esto habría pasado si los de Muerte Súbita hubieran llamado un día antes.

Oigo las sirenas de la policía y sigo pedaleando. Espero que estén ocupados en otra cosa.

Pedaleo durante unos cuantos minutos más y me tomo un descanso, tras detenerme entre un McDonald's y una gasolinera. El lugar está iluminado que no veas, y quizá haya sido una estupidez venir a agazaparme aquí; a la vez, quizá la mejor forma de esconderse consista en estar a la vista de todos. No lo sé, no soy James Bond y no tengo un manual que me diga lo que hay que hacer para que los malos no te atrapen.

Joder, aquí el malo soy yo.

Pero no puedo seguir huyendo. Tengo el corazón acelerado, las piernas me arden, y necesito recuperar el aliento.

Me siento en el bordillo de la acera que discurre junto a la gasolinera. Huele a meados y a cerveza barata. En la pared donde se encuentran las bombas de aire para neumáticos de bicicleta están dibujadas dos siluetas. Ambas tienen la forma del muñeco que hay en los rótulos de los cuartos de baño masculinos. Una leyenda escrita con aerosol de pintura anaranjada reza: *Aplicación Último Amigo*.

Sigo cagándola a la hora de decir adiós como tiene que ser. No pude darle un último abrazo a la familia, ni tampoco a los Plutones. Y no todo se reduce a los adioses, compañeros, es que tampoco pude darles las gracias a todos por cuanto hicieron por mí. Por la lealtad que Malcolm me ha mostrado una y otra vez. Por la diversión que Tagoe me ha proporcionado con sus guiones para películas de serie B, como *El payaso cantante y el carnaval de la muerte* o *Serpientes en un taxi*, aunque

La médico suplente era malísima, mala con avaricia, todo lo mala que puede ser una película mala. ¿Y qué decir de las imitaciones que hace Francis? Resultan tan desternillantes que más de una vez le dije que parase, porque las costillas me hacían daño de tanto reír. Tampoco voy a olvidar la tarde en que Jenn Lori me enseñó a jugar al solitario, para que pudiera distraerme sin comerme el coco cada vez que quisiera estar a solas. La estupenda conversación que tuve con Francis aquella noche en que fuimos los últimos en acostarnos; me dijo que, si quería ligar con alguien, en lugar de recurrir a los piropos consabidos, me iría mejor romper el hielo con palabras más personales, «porque unos ojos bonitos los puede tener cualquiera, pero tan solo la persona adecuada es capaz de tararear el alfabeto y brindarte el nuevo ritmo que más va a gustarte». La costumbre de Aimee de ir siempre con la verdad por delante, incluso ahora, cuando me liberó de toda obligación al decirme que no estaba enamorada de mí.

La verdad es que me hubiera gustado fundirme en un último abrazo planetario plutoniano. Pero ahora no puedo volver. Quizá hice mal en salir corriendo. No tuve tiempo para pensar con claridad, pero es posible que ahora también me acusen de escapar de la policía.

Estoy en deuda con los Plutones. En sus panegíricos no dijeron más que la verdad. Es verdad que últimamente la estuve cagando, pero en el fondo soy bueno. Malcolm y Tagoe no serían mis mejores amigos de otro modo, y Aimee no hubiera sido mi chica si yo fuera un tarado.

No pueden estar conmigo en este momento, pero eso no quiere decir que deba estar solo.

Lo cierto es que no tengo nada de ganas de estar solo.

Me enderezo y echo a andar hacia la pared donde está el dibujo de las siluetas, así como un cartelón manchado de aceite que anuncia algo llamado «Vive el momento». Me quedo mirando las siluetas anaranjadas. Tras la muerte de mi familia, algo me decía que yo iba a morir solo. Quizá es lo que va a suceder, pero el hecho de haberme quedado sin nadie en el mundo tampoco implica que no pueda disfrutar de la compañía de un Último Amigo. Sé que en mi interior anida un Rufus bueno, el Rufus de antes, y es posible que un Último Amigo pueda sacarlo a la luz.

Las aplicaciones para móvil no son lo mío, pero, bien pensado, tampoco lo es machacar la cara de alguien a golpes, por lo que hoy ya estoy fuera de mi elemento natural. Entro en el *app store* y me bajo Último Amigo. La descarga tiene lugar a velocidad de vértigo; posiblemente gaste mis datos móviles, pero eso qué más da.

Me registro como un Fiambre, establezco mi perfil, subo una vieja foto de mi cuenta en Instagram, y ya estoy listo.

El hecho de recibir siete mensajes en los primeros cinco minutos hace que me sienta menos solo… y eso que hay un fulano que asegura tener la curación de la muerte en la entrepierna de sus pantalones y, en fin, pues como que prefiero la muerte.

MATEO

03:14 horas

Configuro mi perfil para que solo puedan verlo las personas de entre dieciséis y dieciocho años; los hombres y mujeres más mayores ya no podrán molestarme. Voy más allá, y únicamente van a poder contactar conmigo los Fiambres registrados; ya no tendré que tratar con gente que quiere comprar marihuana o un sofá de segunda mano. El número de personas en línea se reduce de forma significativa. Estoy seguro de que hay centenares —quizá millares— de adolescentes que hoy han recibido la alerta, pero en la Red ahora mismo solo hay ochenta y nueve Fiambres registrados de entre dieciséis y dieciocho años. Recibo el mensaje de una chica de dieciocho llamada Zoe, pero me abstengo de responder al ver el perfil de un chico de diecisiete llamado Rufus; su nombre me hace gracia.

Hago clic en su perfil.

Nombre: Rufus Emeterio

Edad: 17 años.

Sexo: Hombre.

Altura: 1,78 metros.

Peso: 76 kilos.

Grupo étnico: De origen cubano.

Orientación sexual: Bisexual.

Profesión: Especialización en perder el tiempo y en hacérselo perder a los demás.

Intereses: Ciclismo, fotografía.

Películas / programas / libros preferidos: <En blanco>

Quién has sido en la vida: Sobreviví a algo de forma no merecida.

Tareas pendientes: Arreglarlo.

Últimos pensamientos: Ha llegado el momento. Cometí errores, pero voy a compensarlos antes de irme.

Yo quiero disponer de más tiempo, de más vidas, pero este Rufus Emeterio ya aceptó su destino. Quizá se propone suicidarse. No es posible predecir el suicidio de forma específica, pero sí que saben que la persona va a morir. Si Rufus es del tipo autodestructivo, no me conviene relacionarme con él: bien podría ser el causante de mi despedida de este mundo. Pero su foto parece desmentirlo: sonríe, y tiene una mirada agradable, acogedora. Voy a chatear con él, y si me quedo con una buena impresión, quizá se trate del tipo de chaval cuya sinceridad me obligue a enfrentarme conmigo mismo.

Sí, voy a contactar con él. Decir *hola* no supone ningún riesgo.

Mateo T. (03:17 horas): Siento que vayas a irte, Rufus.

No tengo la costumbre de contactar con desconocidos de esta manera. En el pasado estuve dándole vueltas a la idea de abrir un perfil para hacer compañía a los Fiambres, pero terminé por decirme que tampoco podría proporcionarles demasiado. Ahora que yo mismo soy un Fiambre, entiendo mejor la desesperación por conectar con otras personas.

Rufus E. (03:19 horas): Hola, Mateo. Bonita gorra.

Este chico no solo respondió, sino que le gusta la gorra «Luigi» que llevo puesta en la foto de mi perfil. El hecho es que ya está conectando con la persona en la que quiero convertirme.

Mateo T. (03:19 horas): Gracias. Creo que voy a quitarme la gorra antes de salir de casa. Tampoco quiero llamar la atención.

Rufus E. (03:19 horas): Bien pensado. Una gorra de Luigi tampoco es una gorra de béisbol normal y corriente, ¿verdad? Exacto.

Mateo T. (03:19 horas): Exacto

Rufus E. (03:20 horas): Un momento. ¿Todavía no has salido de casa?

Mateo T. (03:20 horas): Pues no.

Rufus E. (03:20 horas): ¿Acaso la alerta te llegó hace pocos minutos?

Mateo T. (03:20 horas): Los de Muerte Súbita me llamaron poco después de medianoche.

Rufus E. (03:20 horas): ¿Y qué has estado haciendo esta noche?

Mateo T. (03:20 horas): Limpiar y jugar a videojuegos.

Rufus E. (03:20 horas): A qué juego?

Rufus E. (03:21 horas): Bueno, el juego no importa. Pero ¿no quieres hacer alguna otra cosa? ¿Qué estás esperando?

Mateo T. (03:21 horas): Estuve hablando con algunos Últimos Amigos en potencia, pero no han… no han sido muy receptivos, por decirlo finamente.

Rufus E. (03:21 horas): ¿Cómo es que necesitas un Último Amigo antes de **empezar el día?**

Mateo T. (03:22 horas): ¿Y tú? ¿Cómo es que necesitas un Último Amigo teniendo amigos?

Rufus E. (03:22 horas): Yo pregunté primero.

Mateo T. (03:22 horas): De acuerdo. Me parece una locura salir de casa a sabiendas de que algo o ALGUIEN va a matarme. Y resulta que hay unos «Últimos Amigos» sueltos que aseguran poder curarte de la muerte con lo que tienen en los pantalones.

Rufus E. (03:23 horas): Yo también hablé con ese capullo! Tampoco es que me haya enseñado el capullo, ojo. Pero informé de sus mensajes y lo he bloqueé. Te prometo que yo no soy como ese pajarraco. Lo que supongo que tampoco es decir mucho. Quieres hacer un videochat? Te mando una invitación.

En la pantalla centellea el icono de una silueta que habla por teléfono. Casi rechazo la llamada, pues lo repentino de todo esto me confunde, pero termino por responder a tiempo, antes de que Rufus lo deje correr. La pantalla funde a negro un segundo, y después aparece un completo desconocido con la cara que hay en el perfil de Rufus. Está sudoroso y tiene la mirada baja, pero sus ojos encuentran los míos con rapidez, y de pronto me siento desnudo, puede que incluso un poco amenazado, como si el otro fuera una especie de aterrador monstruo de la niñez capaz de atravesar la pantalla y arrastrarme a un mundo subterráneo y tenebroso. Mi imaginación se dispara a la defensiva, y me pregunto si Rufus acaso ya se las arregló para sacarme de mi propio mundo a su capricho para llevarme a ese otro mundo subterráneo…

—Ey —dice Rufus—. ¿Me estás viendo?

—Sí, sí. Hola, soy Mateo.

—¿Qué tal, Mateo? Perdona por haberte impuesto el videochat de esta manera —comenta—. Pero a veces es difícil confiar en alguien a quien no puedes ver, no sé si me explico.

—No hay problema —respondo.

Hay un resplandor que resulta un poco cegador y no permite verlo del todo bien, aunque distingo su piel morena. Me pregunto por qué está tan sudoroso.

—Estabas preguntándote por qué prefiero tratar con un Último Amigo en lugar de con mis amigos de la vida real, ¿no?

—Eso mismo —convengo—. Si no te parece demasiado personal.

—No, nada de eso, no te preocupes. No creo que entre dos Últimos Amigos pueda haber algo que sea demasiado personal. En dos palabras: mis padres y mi hermana murieron cuando nuestro coche cayó al río Hudson; los vi morir con mis propios ojos. Desde entonces, vivo con un sentimiento de culpabilidad que no deseo para nadie, que no quiero compartir con amigos. Tengo que decirlo de antemano, para asegurarme de que puedes aceptarlo.

—¿El qué? ¿Lo de olvidarte de tus amigos?

—No. La posibilidad de que quizá vayas a verme morir con tus propios ojos.

Hoy me encuentro con la peor de las alternativas: es posible que sea yo el que vaya a verle morir, si no sucede al revés, y me entran ganas de vomitar al pensar en una y otra posibilidad. Tampoco es que me sienta muy vinculado a él, no a estas alturas, pero la idea de ver morir a otro me provoca náuseas, me entristece y me llena de rabia. Es la razón por la que él me hace preguntas. Pero la inacción tampoco es muy reconfortante, que digamos.

—Bueno, para que lo sepas, por mi parte sí que puedo hacerlo — termino por afirmar.

—¿Puedes? Pero hay un pequeño problema: eso de que estés encerrado en tu casa. Por muy Último Amigo mío que seas, no tengo pensado pasar el resto de mi vida metido en el piso de otra persona. Ojo, tampoco estoy diciendo que tengas que venir a mi casa. Lo mejor es que nos encontremos a mitad de camino, Mateo —sugiere Rufus. Me digo que pronuncia mi nombre de un modo más cálido que como lo haría ese baboso de Philly; como lo haría un director de orquesta que tratara de animarme e incentivarme antes de salir a tocar en una sala llena de público—. No te voy a mentir: a veces no soy el tío más fácil del mundo. Llegué a un punto en que me dije que no valía la pena seguir luchando por nada de todo esto.

—Ya. ¿Y cómo fue que cambiaste de idea? —No es mi intención mostrarme desconfiado, pero es lo que sucede, un poco. No voy a dejar la seguridad de mi apartamento así porque sí—. Perdiste a tu familia, ¿y después qué pasó?

—No tenía muchas ganas de vivir esta vida —responde Rufus, apartando la mirada—. Y si la muerte me llegaba, estaba dispuesto a morirme sin rechistar. Pero mis padres y mi hermanita sin duda hubieran preferido otra cosa para mí. Es de locos, pero tras sobrevivir comprendí que era mejor seguir vivo deseando la muerte que morir deseando seguir vivo para siempre. Si yo puedo perderlo todo y cambiar mi forma de ver las cosas, vas a tener que hacer lo mismo antes de que sea demasiado tarde, colega. Tú puedes hacerlo.

¡Puedo hacerlo! Es lo que puse en mi perfil. Rufus lo leyó con mayor atención que los demás y se preocupa por mí en tanta medida como lo haría un amigo de verdad.

—Muy bien —digo—. ¿Y cómo lo hacemos? ¿Propones hacer una especie de pacto de sangre? —Espero sinceramente que esta vez no vayan a aprovecharse de mi confianza como otros hicieron en el pasado.

—Podemos hacer un pacto de sangre cuando nos encontremos, pero hasta entonces prometo ser para ti lo que Super Mario es para su compinche Luigi, excepto que no acapararé toda la atención. ¿Dónde quieres que nos encontremos? Estoy en una cafetería que hay al sur de…

—Tengo que poner una condición —interrumpió. Rufus entrecierra los ojos; seguramente no las tiene todas consigo al oír estas palabras—. Sugieres que nos encontremos a mitad de camino, pero yo necesito que vengas a casa a buscarme. Te prometo que no es una trampa de ningún tipo.

—A mí me suena a trampa —objeta—. Mejor me busco otro Último Amigo.

—No, no, hablo en serio. —El móvil casi se me cae de las manos. Acabo de meter la pata hasta el fondo—. De verdad, yo no…

—Es broma, colega —dice—. Mira, te envío mi número, y me mandas un mensaje con tu dirección. Y luego ya se nos ocurrirá algo.

Siento una sensación de alivio tan profunda como cuando Andrea, la chica de Muerte Súbita, me llamó Timothy en el curso de la llamada, cuando durante un segundo creí que todo era un error, que tenía suerte e iba a seguir vivo. Pero la cosa esta vez va en serio… o eso espero.

—De acuerdo —contesto.

No dice adiós ni nada parecido; sencillamente se queda mirándome un momento más, posiblemente para hacerse una mejor idea de quién soy, o quizá preguntándose si en realidad estoy tendiéndole una emboscada o no.

—Nos vemos dentro de un rato, Mateo. Trata de no morirte antes de mi llegada.

—Y tú trata de no morirte antes de llegar —replico—. Que te vaya bien por el camino, Rufus.

Asiente con la cabeza y pone fin a la videollamada. Me envía su número de teléfono, y me siento tentado de llamar para segurarme de que es él quien responde, y no algún baboso que le paga para conseguir las direcciones de chicos jóvenes y vulnerables. Pero si continúo desconfiando tanto de Rufus, me temo que esto del Último Amigo no va a funcionar en absoluto.

Me preocupa un poco la perspectiva de pasar mi Último Día en compañía de alguien que ha aceptado la muerte, de alguien que cometió errores. No lo conozco, eso está claro, y es posible que resulte ser alguien tremendamente destructivo: al fin y al cabo, estamos hablando de una persona que salió a la calle en mitad de la noche después de que le hayan avisado de que va a morir en pocas horas. Pero, a la vez, con independencia de lo que podamos elegir —irnos solos o acompañados—, nuestro destino sigue siendo el mismo. Da igual que miremos bien a uno y otro lado antes de cruzar la calle. Da igual que no probemos a hacer paracaidismo, para no correr riesgos, por mucho que dicha renuncia implique que nunca vayamos a volar como mis superhéroes favoritos. Da igual que bajemos las miradas si nos cruzamos con

unos pandilleros en un barrio peligroso.

Da igual lo que vayamos a hacer en vida. En esta película, al final mueren los dos.



SEGUNDA PARTE
EL ÚLTIMO AMIGO

Un barco está seguro amarrado en puerto, pero ningún barco ha sido construido con esa finalidad.
John A. Shedd

ANDREA DONAHUE

03:30 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Andrea, porque hoy no va a morir. Andrea de hecho es una de las principales representantes de Muerte Súbita, desde la puesta en marcha hace ya siete años, y ha efectuado gran número de llamadas de alerta de Último Día. Esta misma noche, entre medianoche y las tres, alertó a sesenta y siete Fiambres; está lejos de ser su mejor cifra, pues no resulta fácil superar su propia marca de noventa y dos llamadas en un solo turno ahora que están supervisando su trabajo por hacerlas con demasiada rapidez.

Es lo que dicen, al menos.

Mientras sale del edificio, cojeando, ayudándose con el bastón, Andrea espera que los de recursos humanos no examinen su listado de llamadas de esta noche, aunque tiene claro que la esperanza resulta peligrosa en esta profesión. En su constante afán por pasar de un Fiambre al siguiente, se confundió de nombres varias veces. Si pierde el empleo, el despido no podría llegar en peor momento, ahora que está siguiendo tanta fisioterapia después del accidente, a lo que se suma el coste cada vez mayor de los estudios de su hija. Por no hablar de que este es el único empleo que ha desempeñado de forma verdaderamente extraordinaria, porque hace tiempo que llegó a una conclusión definitiva, sin la que hubiera seguido el camino de otros compañeros, hubiera dejado Muerte Súbita y buscado algún otro trabajo menos estresante.

Hay que atenerse a una norma única y fundamental: los Fiambres ya no son personas.

Y punto. Basta con atenerse a esta regla principalísima para no verse obligada a pasar horas y más horas en la consulta de alguno de los psicólogos a sueldo de la corporación. Andrea sabe que no puede hacer nada por todos estos Fiambres. No puede mullirles las almohadas, servirles unas últimas cenas o mantenerlos con vida. No tiene sentido esforzarse en rezar por ellos. No conviene conocer sus historias personales ni llorar por ellos. Andrea sencillamente se dice que están a punto de morir, y a otra cosa, mariposa. Cuanto más rápidamente termina con una llamada,

menos tiempo tarda en contactar con el siguiente Fiambre.

Por las noches, Andrea se dice que los Fiambres en realidad tienen la gran suerte de que quien los llame sea ella y no otro empleado. Porque ella no se limita a notificarles que van a morir. También les brinda la oportunidad de vivir sus últimas horas al máximo.

Pero Andrea no puede vivirlas por ellos. A ellos les corresponde hacerlo.

Ella ya hizo su parte del trabajo, y siempre la hace bien.

RUFUS

03:31 horas

Voy en bici a casa de ese chaval, Mateo. Espero que no sea uno de esos asesinos en serie, por Dios… No, nada de eso, ya se ve que es buena gente. Está claro que pasa demasiado tiempo comiéndose el coco y que seguramente no es muy sociable y le convendría salir a tomar el aire un poco más. Porque la cosa tiene su gracia, si lo piensas bien: aquí me tenéis, yendo a buscarlo a su casita, como si fuera una especie de príncipe atrapado en un torreón medieval, a la espera de que alguien llegue a rescatarlo. Pero algo me dice que, una vez que se le pasen esas tonterías, puede ser un buen amigote. Y si no, pues cada uno por su lado, y ya está. Lo que sería un fastidio, porque habríamos estado malgastando un tiempo que se nos está acabando, pero es lo que hay. Me digo que, por lo menos, esto de tener un Último Amigo servirá para que mis amigos se sientan un poco mejor al pensar que ando suelto por la ciudad sin ellos. Por lo menos, yo me siento un poco mejor al pensarlo.

MALCOLM ANTHONY

03:34 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Malcolm Anthony, porque hoy no va a morir. Sin embargo, su futuro no pinta muy bien. Malcolm y su mejor amigo, Tagoe, no le dieron a la policía la menor pista sobre el lugar al que creen que Rufus se dirige. Malcolm les explicó a los agentes que el fugado es un Fiambre y que no tiene ningún sentido ir a buscarlo, pero los policías no pueden dejar que Rufus se salga con la suya después de una agresión con lesiones. Razón por la que a Malcolm se le ocurrió una de esas ideas brillantes que pueden amargarte la existencia para siempre: hacer que le detuvieran a él.

Se puso a discutir con uno de los agentes y se resistió al arresto, pero su plan se vino abajo porque no pudo comunicárselo a Tagoe, quien se sumó a la discusión a voz en grito, mostrándose más agresivo que el propio Malcolm.

En estos momentos están conduciendolos a ambos a la comisaría.

—Todo esto es absurdo —rezonga Tagoe en el asiento trasero del coche patrulla. Ya no está frunciendo el ceño ni gritando que él no hizo nada malo, como cuando le esposaron las muñecas, por mucho que Malcolm y Aimee lo instaran a callarse de una vez—. No van a encontrar a Rufus ni por asomo. El colega va a esfumarse antes de que…

—Cállate de una vez —le espeta Malcolm.

A Malcolm ya no le preocupa la posibilidad de que la policía presente cargos adicionales contra Tagoe, porque tiene claro que Rufus se las arregló para escapar montado en su bicicleta. Cuando los polis los hicieron salir de casa, la bici ya no estaba en la calle. Y Malcolm sabe que Rufus efectivamente puede esfumarse montado en la bici, pero no quiere que la bofia se ponga a dar el alto a todos los ciclistas hasta encontrarlo. Si quieren echarle el guante, van a tener que esforzarse.

No puede darle a su amigo un día más de vida, pero sí que puede proporcionarle unas cuantas horas más que vivir.

Suponiendo que Rufus aún esté vivo, naturalmente.

Malcolm está dispuesto a jugársela por Rufus y a la vez sabe que él tampoco es inocente; así se lo indica el sentido común. Los Plutones se compincharon esta noche con intención de pegarle una buena paliza a Peck, cosa que Rufus después hizo a conciencia. Malcolm nunca se había metido en peleas hasta ahora, y eso que muchos dan por supuesto que es un joven del tipo violento, tan solo porque mide más de uno ochenta, es negro y pesa ciento cuarenta kilos. Pero el hecho de que tenga la complexión de un peso pesado no le convierte en un criminal. Pero, ahora, a él y a Tagoe van a etiquetarlos como delincuentes juveniles.

Mira por la ventanilla; le gustaría atisbar a Rufus doblando por una esquina montado en su bici. No puede más y rompe a llorar, a sollozar de forma sonora y entrecortada, no porque ahora vaya a estar fichado como delincuente, no porque tenga miedo de ir a comisaría, ni siquiera porque Rufus esté muriéndose, sino porque lo peor de toda esta noche fue no poder decirle adiós a su mejor amigo con un abrazo.



MATEO

03:42 horas

Un puño llama a la puerta; dejo de pasearme por la habitación.

De pronto me pongo nervioso. ¿Y si no es Rufus? Y sí, ya sé que nadie más puede estar llamando a mi puerta a esta hora de la noche. ¿Y si es Rufus y viene acompañado de una pandilla de matones o algo por el estilo? ¿Y si es papá, que no me dijo que despertó, con la idea de darme una sorpresa? En tal caso, se trataría del tipo de milagro de Último Día sobre el que hacen películas en Hollywood.

Voy hacia la puerta, poco a poco, levanto la tapa de la mirilla y escudriño a Rufus, quien está mirándome directamente, por mucho que en realidad no pueda verme.

—Soy Rufus —dice desde el otro lado.

Espero que haya venido solo, me digo mientras corro la cadena de la puerta. Abro y me encuentro con un Rufus totalmente tridimensional delante de mis narices, y no con alguien visible en una pantalla o a través de una mirilla. Viste una sudadera gris oscuro y unos pantalones cortos azules de baloncesto sobre unos leotardos Adidas de gimnasia. Me saluda con un gesto de la cabeza. No sonríe ni nada parecido, pero no por ello deja de tener la expresión amistosa. Asomo la cabeza, con el corazón a todo trapo, y miro el corredor, por si vino con unos amigos que están pegados a las paredes con la idea de robarme las pocas cosas que tengo. Pero no hay nadie en el pasillo, y Rufus ahora sonríe.

—Aquí me tienes en tu *territorio*, amigo —dice—. Si alguien tiene motivos para sospechar, ese soy yo, ¿no te parece? Y espero que no se trate de algún tipo de broma.

—No se trata de ninguna broma —prometo—. Lo siento. Yo… lo que pasa es que estoy nervioso.

—Estamos en el mismo barco. —Me tiende la mano, y se la estrecho. Tiene la palma sudorosa—. ¿Estás listo para largarte de aquí? Es una pregunta capciosa, lo reconozco.

—Más o menos listo —respondo. Vino directamente a la puerta de mi casa para hacerme compañía, para sacarme de mi santuario, para que podamos vivir hasta que dejemos de hacerlo—. Déjame coger un par de cosas.

No lo invito a entrar, y él tampoco se autoinvita. Mantiene la puerta abierta desde el rellano mientras tomo las notas para mis vecinos y las llaves de casa. Apago las luces y salgo mientras Rufus cierra la puerta a mis espaldas. Doy una vuelta a la llave en la cerradura. Rufus se dirige al ascensor, pero camino en sentido contrario.

—¿Adónde vas?

—No quiero que mis vecinos se lleven una sorpresa o se preocupen al ver que no respondo. —Dejo una de las notas delante de la puerta del 4F—. Elliott estuvo cocinando para mí, tras advertir que solo me alimentaba de gofres. —Vuelvo sobre mis pasos y dejo la segunda nota delante del 4A —. Y Sean me prometió echarle un vistazo a la cocina, que no funciona bien… aunque está claro que ahora ya no tendrá que preocuparse por el asunto.

—Muy considerado de tu parte —aprueba él—. La verdad es que a mí no se me

ocurrió hacerlo.

Me acerco al ascensor y miro de soslayo a Rufus, este desconocido que está siguiéndome. No me siento incómodo, pero sí ando con cautela. Habla como si fuéramos amigos desde hace tiempo, pero sigo teniendo mis sospechas. Lo que está justificado, pues lo único que sé de él es que se llama Rufus, que anda en bicicleta, que sobrevivió a una tragedia y que, si yo soy Luigi, él quiere ser mi Mario. Y que hoy también va a morir.

—Oye, mejor que no bajemos en el ascensor —suelta de pronto—. Dos Fiambres entran juntos en un ascensor y… eso suena como un chiste de mal gusto o como una sentencia de muerte con todas las de la ley.

—Tú lo has dicho —convengo.

El ascensor implica riesgos. En el mejor de los casos, se quedará atascado. En el peor de los casos… pues está clarísimo, ¿no? Menos mal que Rufus se encuentra a mi lado y se dio cuenta a tiempo; supongo que los Últimos Amigos también hacen las veces de consejeros personales—. Vamos por las escaleras —digo, como si hubiera otras formas de salir del edificio: descolgándonos por una cuerda desde la ventana del rellano, quizá, o por uno de esos toboganes exteriores para casos de emergencia.

Bajo los cuatro pisos como si fuera un niño al que estuvieran dejando bajar las escaleras sin ayuda por primera vez, mientras sus padres van un par de peldaños por delante. Con la salvedad de que, si me caigo, nadie va a cogerme a tiempo, y con la posibilidad añadida de que sea Rufus el que tropiece y caiga encima de mí.

Llegamos a la planta baja sin incidencias. Mi mano se paraliza sobre el pomo de la puerta de salida. No puedo hacerlo. Estoy a punto de volver corriendo escaleras arriba, pero Rufus se me adelanta y abre la puerta de golpe. El húmedo aire del final del verano resulta ser un pequeño alivio. Incluso me entra la repentina esperanza de que yo, únicamente yo —lo siento por ti, Rufus—, puedo vencer a la muerte. La sensación no dura más que un segundo, pero es una agradable interrupción de la realidad.

—Adelante —invita Rufus.

Está metiéndome presión, pero esa es precisamente nuestra dinámica. No quiero decepcionarlo, y menos aún quiero decepcionarme a mí mismo.

Salgo del vestíbulo, pero me detengo nada más dejar la puerta atrás. No he estado afuera desde ayer por la tarde, cuando volví a casa de visitar a mi padre, en la festividad del Día del Trabajo, que transcurrió sin nada más especial que reseñar. Pero estar aquí fuera en este momento resulta diferente. Contemplo los edificios entre los que he crecido; hasta ahora no los había mirado con especial atención. Hay luces en los pisos de algunos vecinos. Incluso llego a oír los gemidos de una pareja; las carcajadas del público en un programa humorístico de la tele; alguien que está riendo en otra ventana, quizá porque está viendo ese mismo programa tan estridente, acaso porque un amante está haciéndole cosquillas o porque alguien que lo aprecia acaba de enviarle un chiste por el móvil a estas horas de la noche.

Rufus me da una palmada y me saca de mi trance.

—Estás hecho un valiente; te has ganado diez puntos.

Se dirige a una barandilla y abre el candado de su bicicleta color gris metalizado.

—¿Adónde vamos? —pregunto, alejándome de la puerta centímetro a centímetro

—. Nos iría bien tener un plan de batalla.

—Los planes de batalla por lo general tienen que ver con balazos, bombazos y demás —observa él—. Prefiero tener un plan de juego. — Lleva la bici hacia la esquina y agrega—: No tiene sentido hacer listados de cosas que hacer mientras estemos a tiempo. Porque no vas a tener tiempo de hacerlo todo. Lo mejor es dejarse llevar por los acontecimientos.

—Hablas como si estuvieras hecho todo un profesional del morirse.

Es una estupidez por mi parte. Me doy cuenta antes de que Rufus menee la cabeza atónito.

—Sí, claro —dice.

—Lo siento. Yo… —Se avecina un ataque de pánico; noto una opresión en el pecho, el rostro me arde, siento picores en la piel y el cuero cabelludo—. No consigo hacerme a la idea de que hoy es el día en que posiblemente voy a necesitar un listado de cosas que hacer mientras estoy a tiempo. —Me rasco la cabeza y suspiro con fuerza—. Esto no va a funcionar. Esto va a salir mal. No es buena idea que estemos juntos, solo va a servir para duplicar nuestra probabilidad de morir antes. Esto viene a ser como meternos en una zona de peligro para Fiambres. Podemos ir andando tranquilamente por la acera, pero ¿y si tropiezo y me pego con la cabeza contra un boca de riego…?

Callo, mortificado por el dolor casi palpable que sientes al pensar que te caes y te estampas de morros contra una verja con puntas o que están sacándote los dientes a puñetazo limpio.

—Siempre puedes hacer lo que quieras, pero lo que está claro es que nos encontramos juntos —dice Rufus—. No tiene sentido asustarse.

—La cosa no es tan fácil. No vamos a morir por causas naturales. ¿Cómo podemos esforzarnos en vivir, sabiendo que un camión puede atropellarnos al cruzar la calle?

—Lo que tenemos que hacer es mirar a uno y otro lado antes de cruzar, como nos enseñaron cuando éramos pequeñitos, aunque luego no hiciéramos mucho caso.

—¿Y si aparece un tipo con una pistola y nos apunta?

—Nos mantendremos apartados de los barrios peligrosos.

—¿Y si nos arrolla un tren?

—Si se nos ocurre ir andando por las vías del tren durante nuestro Último Día, entonces lo tendremos merecido.

—¿Y si…?

—¡No te martirices más! —Rufus cierra los ojos y se los frota con el puño. Estoy volviéndolo loco—. Podemos pasar el día entero angustiándonos o podemos andar por la calle y vivir, más o menos, con un poco de suerte. No es cuestión de hacerle un feo a tu Último Día.

Tiene razón. Sé que tiene razón. No voy a seguir discutiendo.

—Voy a necesitar un poco de tiempo para ponerme a tu altura en todo este asunto. No voy a dejar de tener miedo por el simple hecho de tener claro que me quedan dos opciones: hacer algo y morir, o bien no hacer nada y morir. —Rufus guarda silencio, sin recordarme que no nos queda mucho tiempo—. Tengo que decirles adiós a mi padre y a mi mejor amiga. —Echo a andar hacia la estación de metro de 110th Street.

—De acuerdo, no hay problema —dice—. No tengo nada especial en que ocuparme. Ya me hicieron el funeral, que no salió precisamente según lo esperado. Pero tampoco espero que vayan a hacerme otro, la verdad.

No me sorprende que alguien que muestra tanto arrojo durante su Último Día a estas horas haya protagonizado su propio funeral. Estoy seguro de que tuvo que decirles adiós a más de dos personas.

—¿Y cómo fue el funeral? —pregunto.

—Una locura —zanja él.

Miro a uno y otro lado antes de cruzar la calle y me fijo en un pájaro muerto en la calzada; el rótulo encendido en la fachada de una pequeña tienda de alimentación ilumina su cuerpecillo. El pájaro ha sido aplastado y tiene la cabeza seccionada a cosa de un palmo de distancia. Seguramente lo atropelló un coche, y la rueda de una bicicleta luego lo decapitó. Espero que no fuera la bici de Rufus. Está claro de que nadie alertó a este pájaro de que iba a morir de forma inminente. Quiero pensar que el conductor que lo mató por lo menos lo vio en el último segundo e hizo sonar el claxon. Aunque es posible que el aviso llegara tarde.

Rufus también ve el pájaro muerto.

—Qué horror.

—Tenemos que quitarlo de ahí.

Miro alrededor tratando de encontrar algo con que recogerlo, pues tengo claro que no conviene tocarlo con las manos.

—¿Y ahora qué estás diciendo?

—Que yo no soy de esos que ven un animal muerto y pasan de largo — respondo.

—Pues yo tampoco soy de esos que ven un animal muerto y pasan de largo — indica Rufus, con cierto enfado en la voz.

Tengo que controlar lo que digo.

—Lo siento. Otra vez. —No insisto más—. Voy a explicarme. Cuando tenía ocho o nueve años, un día estaba jugando en la calle bajo la lluvia y vi que polluelo se caía del nido. Lo vi todo segundo a segundo, la secuencia entera: el momento en que el pajarito saltó por el borde del nido, abría las alas y caía. La forma en que sus ojos iban de un lado a otro en busca de ayuda. Se rompió la pata al estrellarse contra el suelo. Incapaz de arrastrarse y ponerse a cubierto, la lluvia estuvo azotándolo sin piedad.

—Ese pájaro no tenía el instinto muy aguzado, que digamos. ¿A quién se le ocurre saltar del árbol de ese modo? —comenta Rufus.

El pájaro por lo menos se atrevió a abandonar el hogar.

—Tuve miedo de que se muriera de frío o se ahogara en un charco, por lo que fui corriendo y me senté en el suelo a su lado, cubriéndolo un poco con las piernas.

El viento frío fue excesivo para los dos, y el lunes y el martes siguientes no fui a la escuela, pues tenía un resfriado de campeonato.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—No tengo idea —reconozco—. Recuerdo que pillé un resfriado y no fui a la escuela, pero seguramente borré de mi memoria lo que le sucedió al final al pajarito. A veces me viene a la mente lo sucedido, pues sé que no fui a buscar una escalera ni lo devolví al nido. Me cabreo conmigo mismo cuando pienso que lo dejé allí tirado,

muriéndose bajo la lluvia. —Más de una vez me he dicho que el hecho de ayudar a aquel pajarito fue mi primera muestra de bondad, pues lo hice porque quería ayudar a otro ser, y no porque me lo hubiera dicho mi padre o alguno de los maestros—. Por eso pienso que puedo hacer un poco más por este otro pájaro.

Rufus me mira, traga hondo, me da la espalda y empieza a alejarse llevando la bicicleta del manillar. Vuelvo a notar una opresión en el pecho, y es muy posible que en realidad tenga un serio problema de salud que hoy va a matarme, pero siento el mayor de los alivios cuando Rufus aparca la bici en la acera, liberando el caballete de una patada certera.

—Voy a encontrar algo con que recoger el pájaro —dice—. No lo toques.

Cruza la calle, y me aseguro de que ningún coche llega por la calzada.

Vuelve con un periódico viejo; me lo entrega.

—No encontré otra cosa mejor.

—Gracias.

Con la ayuda del periódico, recojo el cuerpecillo del pájaro y su cabeza cercenada. Voy hacia los jardines públicos situados frente a la estación de metro, entre la cancha de baloncesto y el parque infantil.

Rufus reaparece a mi lado montado en la bici, pedaleando con lentitud.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Enterrarlo.

Entro en los jardines y doy con un rincón enclavado tras un árbol, alejado de la zona donde los vecinos han estado plantando flores y árboles frutales, haciendo que el mundo adquiera un poco más de color. Me acuclillo y dejo el periódico en el suelo, nervioso por la posibilidad de que la cabeza salga rodando de su envoltorio de papel. Rufus no dice nada, pero me siento obligado a explicar:

—No puedo dejarlo tirado en la calzada, para que alguien lo meta en un contenedor de basura o que los coches terminen de aplastarlo.

Me gusta pensar que este pájaro, muerto de forma tan trágicamente prematura, va a descansar entre la vida de estos jardines. Hasta imagino que este árbol preciso una vez fue una persona, un Fiambre que fue incinerado y había pedido que metieran sus cenizas en una urna biodegradable con una semilla de árbol a la que dar vida.

—Son las cuatro y dos minutos —informa Rufus.

—En un minuto lo hago.

Me digo que no termina de entender lo que estoy haciendo. ¿Qué es eso de enterrar a un pájaro? Tengo claro que muchas personas son incapaces de comprender mi sentimiento en este instante, de aceptarlo incluso. Al fin y al cabo, para la mayoría de la gente, un pájaro no es nada en comparación con un ser humano, pues los seres humanos llevan corbata y van al trabajo por las mañanas, se enamoran y se casan, tienen niños y los crían. Pero los pájaros también hacen todas estas cosas. Trabajan —no encorbatados, claro, ya me entendéis—, se emparejan y crían a sus polluelos hasta que pueden volar. Algunos de ellos se convierten en animales de compañía para niños, que aprenden a querer a los animales, a ser bondadosos con ellos. Y muchos otros pájaros siguen con vida hasta que finalmente les llega la hora.

Pero este sentimiento es cosa de Mateo y de nadie más; quiero decir que es una de las razones por las que la gente siempre me ha considerado un rarito. No suelo

compartir los pensamientos de esta clase con el primero que pasa; de hecho raramente los comparto con papá o con Lidia.

Excavo con los dos puños en este pequeño rincón. Tomó el periódico enrollado y me dispongo a verter el cuerpo y la cabeza del ave en el agujero… y un flash centellea a mis espaldas. Lo primero que me viene a la mente es que unos extraterrestres están iluminándone para llevarme, y reconozco que es patético. Me vuelvo y veo que Rufus está apuntándome con la cámara de su móvil.

—Lo siento —se disculpa—. No todos los días ves que alguien está enterrando a un pájaro.

Amontono tierra sobre el ave, la aliso y la apisono; me levanto.

—Espero que alguien se muestre igual de considerado con nosotros cuando nos hayamos ido.

RUFUS

04:09 horas

A ver, este Mateo es *demasiado buena persona*. Desde luego, a estas alturas ya no me inspira la menor sospecha; salta a la vista que no tiene pensado hacerme alguna jugarreta. Pero la verdad es que me quedé con la boca abierta al encontrarme con alguien tan… ¿tan puro? Tampoco es que yo haya estado relacionándome nada más que con capullos, pero a Malcolm o a Tagoe jamás en la vida se les ocurriría enterrar a un puto pájaro, y eso está más que claro. La paliza que esta noche le pegamos a ese mamón de Peck demuestra que no somos precisamente unos buenazos. Me juego lo que queráis a que Mateo no tiene idea de cómo pegar un puñetazo, y no puedo imaginármelo poniéndose violento, ni siquiera cuando era pequeño, a esa edad en que te lo perdonan casi todo porque eres un chavalito y no te enteras de la mierda la mitad.

No voy a contarle lo de Peck ni loco. Es un secreto que me voy a llevar a la tumba, hoy mismo.

—¿A quién propones que vayamos a ver primero? —preguntó.

—A mi padre. El metro nos deja cerca. —Mateo señala la boca del metro —. Tan solo son dos paradas hacia el sur de Manhattan, pero es más seguro que ir andando.

Para mí, dos paradas al sur suponen un rápido trayecto de cinco minutos en bicicleta. Me entra la tentación de encontrarme con él allí, pero algo me dice que este chaval, Mateo, se las arreglará para que algo salga mal y me dejará tirado junto a la boca del metro. Cojo la bici por el manillar y el sillín, y bajo con ella por las escaleras. La empujo por el corredor y doblo por una esquina, mientras Mateo se mantiene unos pasos por detrás con cautela; veo con el rabillo del ojo que mira a uno y otro lado antes de seguirme, como sucedió cuando fui con Olivia a aquella casa encantada en Brooklyn hace unos cuantos años, con la diferencia de que yo por entonces era un niño. No sé qué es lo que está esperando encontrar, pero tampoco se lo pregunto.

—No va a pasarte nada —digo—. No hay moros en la costa.

Mateo avanza por detrás en silencio, sin dejar de sospechar del pasillo vacío que conduce hasta los torniquetes.

—Me pregunto cuántos otros Fiambres están con unos desconocidos ahora mismo. Lo más seguro es que muchos hayan muerto ya. En accidentes de tráfico, incendios, tiroteos, quizá al caer por la boca de una alcantarilla… —Se detiene. El amigo está hecho todo un maestro a la hora de describir tragedias—. Supón que todos ellos se dirigían a despedirse de sus seres queridos y que… —Da una palmada—. De repente ya no están. No es justo… Espero que por lo menos no estuvieran a solas.

Llegamos a la máquina expendedora de billetes.

—No. No es justo. Pero no creo que importe demasiado con quién estás en el momento de morir. Una vez que Muerte Súbita te ha puesto en el punto de mira, la compañía de otros no va a salvarte la vida.

Lo que acabo de decir seguramente es tabú para un Último Amigo, pero resulta

cierto. Eso sí, me arrepiento un poco al ver que que Mateo enmudece al escucharlo.

Los Fiambres tienen algunos privilegios, como tarjetas gratuitas en el metro de la ciudad, sin límite de viajes; lo único que hay que hacer es informar al empleado de turno y pedirle el oportuno formulario. Aunque lo de «sin límite de viajes» es una puta mentira, pues en realidad expiran al final de tu Último Día. Hace unas semanas, los Plutones aseguramos que estábamos a punto de diñarla, con la idea de que nos dieran unas tarjetas gratis para divertirnos en Coney Island, convencidos de que el fulano se apiadaría de nosotros y nos dejaría pasar sin más. Pero no, nos obligó a esperar a que los servidores de Muerte Súbita lo confirmaran, confirmación que a veces tarda más en llegar que un tren expreso a la isla, así que lo dejamos correr. Y bueno, ahora me compro una tarjeta de sin límite de viajes, de las normales, no de las especiales para Fiambres, sino de las que compran las personas que tienen un futuro por delante, y otra igual para Mateo.

Las pasamos por el lector y vamos al andén. Por lo que sabemos, este bien puede ser nuestro último viaje en metro. Mateo señala la garita del vendedor de billetes y dice:

—Si lo piensas, es demencial. Dentro de pocos años, el transporte público de la ciudad ya no tendrá empleados en las estaciones, porque las máquinas —y puede ser que hasta los robots— se encargarán de hacer todo el trabajo. El hecho es que ya está empezando a suceder y…

El rugido del convoy entrante me impide oír bien el final de la frase, pero capto el sentido. Lo que está claro es que salimos victoriosos al coger un tren de inmediato. Ahora podemos descartar una caída a las vías, que nos quedemos atrapados en ellas mientras las ratas corren por nuestro lado, que el tren llegue, nos aplaste y nos haga picadillo… Demonios, estoy empezando a contagiarme de la mala onda de Mateo.

Antes de que las puertas lleguen a abrirse, veo que en el vagón está teniendo lugar una de esas juergas que se han puesto de moda, de estudiantes universitarios que montan fiestas en los trenes para celebrar que no les ha llegado la alerta que a Mateo y a mí sí nos llegó. Supongo que en su momento se aburrieron de hacer fiestas en sus residencias y que por eso les ha dado por hacerlas en el metro… y resulta que ahora vamos a sumarnos a una de ellas, maldita sea.

—Vamos —le digo a Mateo cuando las puertas se abren—. Deprisa.

Entro con rapidez y termino de meter la bici, pidiéndole a la gente que me deje un poco de espacio, y cuando me giro para asegurarme de que la rueda posterior no obstaculiza la entrada de Mateo, advierto que no me está siguiendo en absoluto.

Permanece en el andén, meneando la cabeza, y, en el último segundo, antes de que se cierren las puertas, corre al vagón de delante, en el que tan solo hay unos pocos pasajeros medio dormidos en los asientos, donde la versión remezclada de «Celebration» suena a todo volumen. (Un temazo clásico, de acuerdo, pero que está más que oído).

Y bueno, no sé por qué a Mateo le ha entrado miedo, pero no voy a dejar que me amargue el trayecto. En este vagón hay una fiesta, sí, pero tampoco hay peligro, ¿verdad? No estamos hablando de practicar paracaidismo o de tirarnos por un puente.

Ahora suena «We Built This City», y una chica con dos pequeños altavoces en las manos se sube a uno de los asientos para bailar. Un tipo está mirándola con la idea de

ligar, pero ella tiene los ojos cerrados y está completamente perdida en lo suyo. En un rincón está tirado un fulano que se cubre con una capucha; o bien estuvo abusando de la juerga, o bien hay un Fiambre muerto en el tren.

El chiste no tiene ninguna gracia, lo sé.

Apoyo la bici contra un asiento vacío —sí, soy uno de esos que pone la bici donde le da la gana, pero también estoy muriéndome, así que un poquito de comprensión— y paso por entre los pies del chaval dormido en el suelo para echar un vistazo al siguiente vagón. Mateo está contemplando el nuestro como si fuera un niño pequeño al que hubieran castigado y tuviera que contentarse con mirar a sus amigos por la ventana. Lo invito a venir con un gesto, pero menea la cabeza y baja la vista al suelo, sin mirarme en absoluto.

Alguien me da un toquecito en el hombro. Me giro, y una chica negra guapísima, con los ojos color avellana, me ofrece una de las dos latas de cerveza que lleva en las manos.

—¿Quieres?

—Estoy bien, gracias. —No es momento de pillar una trompa.

—Bueno, pues más cerveza para mí. Me llamo Callie.

No acabo de pillar bien el nombre.

—¿Kelly? —pregunto.

Se acerca y aprieta los senos contra mi pecho, con los labios sobre mi oído.

—¡Callie!

—Hola, Callie. Yo soy Rufus —le digo al oído a mi vez, ya que está tan cerca —. ¿Qué es lo que…?

—Me bajo en la próxima —interrumpe—. ¿Quieres bajarte conmigo? Eres guapito, y pareces buen chico.

Desde luego, Callie es mi tipo, lo que significa que, por descontado, también es el tipo de Tagoe. (Para Tagoe, las de su tipo son todas aquellas que le hacen un poco de caso). Pero en vista de que no puedo ofrecerle mucho, más allá de lo que claramente tiene en mente, me veo obligado a pasar de ella. Eso de acostarse con una universitaria es prerrogativa de los locos de remate, y da igual que estemos hablando de gente más o menos joven, de casados, de chicos o chicas, etcétera.

—No puedo —respondo.

Tengo que volver con Mateo, y a la vez no dejo de pensar en Aimee. A quien no pienso engañar con alguien tan superficial como esta chica.

—¡Claro que puedes!

—Hablo en serio. No puedo, y te aseguro que es una cabronada —digo —. Pero estoy acompañando a mi amigo al hospital, para ver a su padre.

—Pues entonces adiós.

Callie me da la espalda, y al cabo de un minuto está hablando con otro fulano. Y le funciona, pues él, de hecho, se baja con ella en la próxima parada. Quizá Callie y el otro vayan a envejecer juntos y les cuenten a sus hijos que se conocieron en una fiesta improvisada en el metro. Pero yo más bien creo que se limitarán a echar un polvo esta noche, y que él por la mañana se confundirá y la llamará «Kelly».

Tomo algunas fotos del vagón rebosante de energía: del tipo que se las arregló para que esa preciosura se fijara en él. De dos hermanas gemelas que están bailando

juntas. De las latas de cerveza y botellas de agua aplastadas y retorcidas. De toda la pura vida que impera en este lugar. Me llevo el móvil al bolsillo, cojo la bici y la llevo por las puertas que comunican con el siguiente vagón, esas puertas que —como los anuncios por megafonía constantemente nos recuerdan— solo hay que usar en casos de emergencia. Unos anuncios que se pueden ir a cagar, sea nuestro Último Día o no. El aire en el túnel es frío, y no voy a echar de menos los chirridos y los chillidos de las ruedas sobre las vías. Entro en el próximo vagón, pero Mateo sigue con la vista clavada en el suelo.

Me siento a su lado, y tengo pensado contárselo todo de pe a pa, que acabo de rechazar la invitación de una chica mayor para irme a la cama con ella el último día de mi vida, y todo porque soy un Último Amigo como tiene que ser; pero está más que claro que lo último que Mateo necesita es que lo haga sentir culpable.

—Oye, antes estabas hablándome de esos robots. De los que van a quedarse con el trabajo de todo el mundo…

Mateo deja de mirar el suelo un momento y se vuelve para comprobar si estoy tomándole el pelo; está claro que no, se dice, ve que hablo en serio. Sonríe sin alegría y se embarca en una atropellada perorata:

—Va a llevar su tiempo, porque la evolución nunca es tan rápida, pero los robots ya están entre nosotros. Lo sabes, ¿no? Hay robots que pueden prepararte la cena y vaciar el lavavajillas. Puedes enseñarles a darte la mano con un saludo secreto, lo que es en verdad asombroso, y pueden resolver un Cubo de Rubik. Hace un par de meses, incluso vi un vídeo donde aparecía un robot bailando *break dance*. Pero a veces pienso que los robots de este tipo son un señuelo, una gran distracción, para que no sepamos que en algún cuartel general subterráneo para robots están formándolos para quedarse con nuestros empleos. Porque, a ver, ¿qué sentido tiene pagarle a alguien veinte dólares por hora para que te dé unas direcciones cuando todo el mundo puede conseguirlas gratis en el móvil? ¿O, incluso mejor, cuando un robot puede dártelas y llevarte a donde sea? Estamos jodidos. —Mateo calla, y ahora no sonríe en absoluto.

—Qué deprimente, ¿no?

—Ya lo creo.

—Por lo menos, tú no vas a tener que preocuparte de que tu jefe pueda despedirte para contratar a un robot —comento.

—Es un consuelo más bien macabro —dice él.

—Compañero, hoy todo es un consuelo más bien macabro. ¿Cómo es que no subiste al vagón de la juerga?

—Porque no tiene sentido estar en ese vagón —contesta—. ¿Qué es lo que vamos a celebrar? ¿Que nos morimos? No tengo ganas de bailar con desconocidos mientras voy a decir adiós a mi padre y a mi mejor amiga, sabiendo que es perfectamente posible que ni siquiera llegue a verlos. Esos rollos no me van, y esa gente no es mi gente.

—No es más que una fiesta.

El tren se detiene. Mateo no responde. Es posible que el hecho de que sea tan cobarde logre que vivamos algo más de tiempo, pero no confío en que este Último Día vaya a ser memorable.



AIMEE DUBOIS

04:17 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Aimee Dubois, porque hoy no va a morir. Pero sí está perdiendo a Rufus… D hecho, ya lo ha perdido, y la culpa la tiene su propio novio.

Aimee vuelve a casa andando a paso rápido, seguida por Peck.

—Eres un monstruo. ¿A qué persona se le ocurre tratar de que detengan a alguien en su propio funeral?

—¡Esos tres tipos me dieron una paliza!

—¡Malcolm y Tagoe ni te tocaron! Y ahora van a pasar la noche en el calabozo.

Peck suelta un escupitajo.

—Porque se pusieron respondones con los policías. De eso no tengo la culpa.

—Vas a tener que dejarme a solas. Sé que Rufus nunca te cayó bien, aunque tampoco te dio nunca razón para que le tuvieras tirria, pero sigue siendo alguien muy importante para mí. Quería que siguiera formando parte de mi vida, pero ahora ya no va poder ser. Últimamente estuve viéndolo todavía menos, por tu culpa. Y si ya no puedo verlo, tampoco quiero verte a ti.

—¿Me estás diciendo que me dejas?

Ella se detiene. No está preparada para responder a la pregunta de Peck, porque todavía no ha meditado la cuestión. Las personas cometen errores. Rufus se equivocó al agredir a Peck. Él no tendría que haber hecho que sus amigos pusieran a la policía tras la pista de Rufus, aunque no se equivocó al hacerlo. eses decir, legalmente no. Moralmente, sí, y mucho.

—Ese tipo siempre parece ser lo primero para ti; yo vengo después — dice Peck —. Pero cada vez que tienes un problema, con quien hablas es conmigo. No con ese sujeto que por poco me mata. Sugiero que pienses en lo que acabo de decirte.

Aimee se lo queda mirando. Peck es un adolescente blanco, vestido con un suéter holgado y unos pantalones medio caídos, con el pelo cortado a tazón. Tiene sangre reseca en la cara, porque está saliendo con ella.

Él se marcha en silencio, sin que ella trate de evitarlo.

Aimee no sabe qué es lo que siente por Peck en este mundo marcado por el gris.

Tampoco sabe muy bien qué pensar sobre sí misma.

MATEO

04:26 horas

No consigo quitarme este peso de encima.

Y eso que no pude rodearme de más desconocidos. En su mayoría eran inofensivos, y lo único que pasa es que no tengo ganas de estar con gente que se emborracha tanto que pierde el conocimiento y hasta se olvida de lo sucedido durante las noches que ha tenido la suerte de vivir. Pero no le dije la verdad a Rufus, porque, en el fondo, eso de montar una fiesta en el metro sí que es un rollo que me va.

Lo que pasa es que el miedo a decepcionar a otros o a hacer el ridículo siempre termina por imponerse.

El hecho es que me sorprende que Rufus ate la bici a la verja con la cadena y me siga al interior del hospital. Vamos al mostrador del vestíbulo, donde un recepcionista con los ojos enrojecidos me sonríe, pero sin llegar a preguntar en qué puede ayudarme.

—Hola. Me gustaría ver a mi padre. Mateo Torrez, en cuidados intensivos. —Saco mi documento de identidad, lo paso por debajo del cristal y se lo entrego a Jared, como informa el nombre que aparece rotulado en la chapa prendida a su uniforme azul celeste de enfermero.

—Lo siento, pero no se admiten visitas después de las nueve de la noche.

—Solo será un momento, lo prometo. —No puedo irme de este mundo sin decir adiós.

—A estas horas es imposible, amigo —responde Jared, cuya sonrisa sigue en su lugar, si bien de forma un tanto inquietante—. El horario de visitas empieza a las nueve de la mañana. De nueve a nueve. Es fácil de recordar, ¿no?

—Muy bien —digo.

—Está muriéndose —interviene Rufus.

—¿Su padre está muriéndose? —me pregunta Jard. De su rostro se ha esfumado la sonrisa difícil de leer propia de quien está trabajando en el turno de las cuatro de la mañana.

—No. —Rufus lleva la mano a mi hombro y lo aprieta—. Quien se está muriendo es *él*. Pórtate como es debido y déjalo subir a decirle adiós a su padre.

A Jared no parece gustarle mucho que le hablen en ese tono, que a mí tampoco me entusiasma, pero, ¿que sería de mí si no contara con la mediación de Rufus? De hecho, sé lo que sería de mí: en este momento estaría fuera del hospital, seguramente llorando y acurrucado en cualquier rincón, rezando por llegar con vida a las nueve de la mañana. O, quizá, seguiría encerrado en casa, jugando a los videojuegos o tratando de encontrar nuevos pretextos para no salir del piso.

—Tu padre está en coma —declara Jared, tras consultar la pantalla del ordenador.

Rufus abre mucho los ojos, como si la noticia lo hubiera dejado estupefacto.

—Vaya. ¿Lo sabías?

—Lo sabía. —Se me ocurre que este Jared tiene que ser nuevo en el trabajo. O quizá lleva cuarenta horas seguidas de turno y ya no sabe ni lo que dice—. Pero

igualmente quiero decirle adiós.

Jared entra en razón y deja de hacerme preguntas. Entiendo su resistencia inicial, pues las normas son las normas, pero me alegro de que no prolongue todo esto exigiéndome pruebas. Nos toma unas fotos, imprime nuestros pases de visitantes y me los entrega.

—Lo siento, siento mucho todo esto. Y ya sabes…

Aunque no lo haya expresado de forma directa, sus condolencias me resultan más sinceras que las ofrecidas por Andrea, la operadora de Muerte Súbita.

Vamos hacia el ascensor.

—¿No te dieron ganas de soltarle un puñetazo a ese tipo y borrarle la sonrisa de la jeta? —pregunta Rufus.

—Pues no. —Es la primera vez que Rufus y yo cruzamos palabra tras salir del metro. Fijo bien el pase adhesivo a mi camiseta y agrego—: Pero gracias por haber conseguido que nos dejara entrar. A mí no se me hubiera ocurrido jugar la carta del Fiambre.

—Por mi parte no hay problema. No tenemos mucho tiempo para andarnos con miramientos.

Pulso el botón del ascensor.

—Siento no haberme sumado a la fiesta en el vagón del metro.

—No hace falta que te disculpes. Si estás contento con tu decisión, por mí perfecto. —Le da la espalda al ascensor y se dirige a las escaleras—. Eso sí, no me hace mucha gracia que subamos por el ascensor. Mejor vamos por las escaleras.

Claro. Me olvidé. Mejor que el ascensor quede libre para las enfermeras, médicos y pacientes, a esta hora de la noche por lo menos.

Sigo a Rufus por las escaleras. Al llegar al segundo piso voy jadeando, sin aliento. Hablo en serio, es posible que tenga un problema físico de algún tipo, que quizá vaya a morir en estos escalones sin llegar a ver a mi padre, a Lidia o al Mateo del Futuro. Rufus se impacienta y acelera, hasta subir los escalones de dos en dos.

Se planta en el quinto piso y me grita desde lo alto: —¡Espero que hablaras en serio cuando dijiste que querías abrirte a nuevas experiencias! Para que lo sepas, no todo se reduce a una fiestecita en un vagón del metro.

—Me sentiré más valiente una vez que haya dicho mis adioses — respondo.

—Eso que dices hay que respetarlo —sentencia él.

Tropiezo en los escalones y caigo de bruces en el sexto piso. Respiro hondo mientras Rufus retrocede para ayudarme.

—Vaya caída más tonta, propia de un niño de cinco años —comento.

Rufus se encoge de hombros.

—Mejor caer hacia delante que hacia atrás.

Seguimos hasta el octavo piso. La sala de espera está justo delante, y en ella hay máquinas expendedoras y un sofá color melocotón enclavado entre sillas plegables.

—¿Te importaría esperar aquí? La verdad es que me gustaría estar con él a solas.

—Hay que respetarlo.

Abro las dobles puertas color azul y entro. La unidad de cuidados intensivos está en un silencio apenas roto por alguna conversación en voz baja y el *bip-bip* de las máquinas. Hace un par de años vi un documental de treinta minutos en Netflix sobre

lo mucho que los hospitales han cambiado desde la aparición de Muerte Súbita. Los médicos trabajan en estrecha colaboración con Muerte Súbita y reciben actualizaciones instantáneas sobre aquellos pacientes terminales que así lo han autorizado por escrito. Una vez que llegan las alertas, las enfermeras reciben instrucciones de desconectar el soporte vital de los pacientes, a quienes preparan para «una muerte confortable» con últimas comidas a su gusto, llamadas telefónicas a familiares, arreglos fúnebres, preparación final de testamentos, sacerdotes para rezos y confesiones, y todas las demás peticiones que resulten razonables.

Papá lleva casi dos semanas aquí. Lo trajeron justo después de que sufriera la primera embolia, cuando estaba en el trabajo. Me entró verdadero pánico y, antes de autorizar mediante firma que subieran su información de contacto a la base de datos del hospital, pasé la noche de su ingreso rezando por que su teléfono móvil no sonara. Ahora ya dejó de angustiarme la posibilidad de que el doctor Quintana llame para notificarme que papá va a morir, y es bueno saber que al viejo le queda por lo menos un día más; muchísimos más, si hay suerte.

Le muestro mi pase de entrada a una enfermera y voy derecho a la habitación de mi padre. Está casi enteramente inmóvil, pues las máquinas se encargan de respirar por él. Durante un segundo estoy a punto de venirme abajo, al pensar que papá bien puede despertar a un mundo sin mí, que no estaré a su lado para brindarle cuidados. Pero no me derrumbo. Me siento a su lado, deslizo mi mano bajo la de él y dejo que mi cabeza descanse sobre ellas. La última vez que lloré fue durante la primera noche en el hospital, cerca de la medianoche, cuando las cosas tenían pero que muy mal aspecto. Llegué a convencerme de que apenas le quedaban unos minutos de vida.

Odio reconocerlo, pero me siento un poco frustrado porque papá no esté despierto en este preciso momento. Estuvo aquí cuando mi madre me trajo a esta vida, y también cuando nos dejó, y ahora tendría que estar para mí. Sin mí, todo en su vida va a cambiar: se acabaron las cenas en que, lejos de contarme cómo le había ido el día, se explayaba sobre lo mal que mi madre se lo hizo pasar antes de aceptar casarse con él, sobre el amor que compartieron, tan valioso mientras duró; se acabaron las risas cada vez que yo decía alguna tontería, acompañadas por la promesa de contárselo todo a mis futuros hijos con la idea de dejarme en ridículo, por mucho que yo nunca terminara de creerme que fuera a tener hijos; se acabó eso de ser un padre o, por lo menos, se acabó eso de tener a alguien para el que ser un padre.

Suelto la mano de papá, cojo un bolígrafo que hay en la cómoda vecina a la cama, saco nuestra foto y escribo en el reverso con la mano temblorosa:

Gracias por todo, papá.

Voy a ser valiente, y todo irá bien.

Sigo queriéndote desde donde me encuentro.

Mateo.

Dejo la foto sobre la cómoda.

Alguien llama a la puerta. Me vuelvo, esperando ver a Rufus, pero es Elizabeth, la enfermera asignada a mi padre. Ella ha estado cuidando de papá durante el turno de noche, y siempre se ha mostrado muy paciente conmigo cada vez que he llamado al hospital para saber si hay novedades.

—¿Mateo…?

Me mira con los ojos apesadumbrados. Tiene que saberlo.

—Hola, Elizabeth.

—Mis disculpas por la interrupción. ¿Cómo te encuentras? ¿Quieres que llame a la cafetería y pregunte si han preparado ya los desayunos?

Sí, es evidente que lo sabe.

—No, gracias. —Vuelvo a contemplar a mi padre, tan vulnerable e inmóvil—. ¿Cómo está él?

—Estable. No tienes por qué preocuparte. Está en buenas manos, Mateo.

—Lo sé.

Tamborileo con los dedos sobre la cómoda, en la que están las llaves de casa, la cartera y las ropas de mi padre. Tengo que decirle adiós de una vez. Da igual que Rufus esté ahí fuera, dispuesto a esperar lo que haga falta; mi padre no querría que pasara mi Último Día encerrado en esta habitación, incluso si estuviera despierto.

—Te enteraste de lo mío, ¿no?

—Sí. —Elizabeth cubre el delgado cuerpo de papá con una sábana limpia.

—No es justo. No quiero irme de aquí sin volver a escuchar su voz.

Elizabeth se encuentra al otro lado de la cama, de espaldas a la ventana; yo estoy delante de la puerta.

—¿Podrías hablarme un poco de él? —Pide ella—. Llevo dos semanas cuidándolo, y lo único que sé sobre su vida personal es que lleva los calcetines disparejos y que tiene un hijo estupendo.

Espero que no esté preguntándomelo porque no cree que papá vaya a despertar para contárselo él mismo. No quiero que papá muera poco después de que lo haga yo. En su momento me contó unas historias que pueden convertir a una persona en inmortal, siempre que haya alguien dispuesto a escuchar. Lo que quiero es que siga manteniéndome vivo, del mismo modo que mantuvo viva a mi madre.

—A papá le encanta hacer listados, de todo tipo de cosas. Un día me pidió que creara un blog para subir sus listados. Estaba convencido de que un día seríamos ricos y famosos, y que la gente consultaría el blog y dejaría comentarios pidiéndonos más listados. Incluso se decía que terminaría por salir en televisión, gracias a sus listados. Eso de salir en televisión es una obsesión que tiene desde que era un niño. Nunca tuve el valor de decirle que esos listados tampoco eran tan originales ni divertidos, pero me gustaba ver cómo se devanaba los sesos para hacerlos y me alegraba cada vez que me daba uno nuevo para que lo leyera. Era un narrador de primera. A veces siento un dolor casi físico al acordarme de sus palabras, como si yo mismo hubiera estado paseando por la playa de Coney Island con él cuando le pidió la mano a mi madre por primera vez…

—¿Por *primera* vez …?

Rufus. Me giro y veo que está de pie en el umbral.

—Siento meterme donde no me llaman. Solo entré para ver cómo estabas.

—No pasa nada. Entra, entra —invito—. Elizabeth, te presento a Rufus.

Es mi… mi Último Amigo.

Espero que esté diciéndome la verdad, que efectivamente haya entrado preocupado por mí, y no para despedirse y sugerir que cada uno se marche por su lado.

Rufus apoya la espalda en la pared y cruza los brazos.

—Entonces, ¿tu padre pidió su mano dos veces…?

—Y mi madre le dijo dos veces que no. Papá aseguraba que porque quería hacerse la interesante. Pero ella después descubrió que estaba embarazada de mí. Él entonces se lo pidió de rodillas en el cuarto de baño, y ella esta vez aceptó.

Me encanta pensar en ese momento.

Sí, ya sé que no estuve presente, pero el recuerdo que me he formado en la mente a lo largo de los años no puede ser más nítido. No sé qué aspecto tenía aquel cuarto de baño, pues era el de su primer y minúsculo pisito, pero papá se acordaba de que las paredes estaban pintadas en un tono dorado apagado —que yo interpretaba como un amarillo envejecido por los años— y que tenía el suelo con baldosas ajedrezadas. Y está la presencia de mi madre, que en los relatos de mi padre siempre cobra auténtica vida. En este en particular, mamá ríe y llora a la vez al insistir en que no quiere que yo venga al mundo como hijo ilegítimo, pues su familia es del tipo tradicional. A mí en realidad me hubiera dado igual ser un hijo ilegítimo. Los prejuicios de esta clase me parecen una idiotez.

—Ojalá pudiera despertarlo para ti en este momento, socio.

Es una lástima que la vida no permita dar marcha atrás cuando necesitamos más tiempo, como si fuera el mecanismo de un reloj que se puede adelantar.

—¿Puedo estar diez minutos a solas con él? Creo que ya tengo decidido cómo voy a decirle adiós.

—Tómate tu tiempo, colega —responde Rufus. Lo que resulta sorprendente y generoso por su parte.

—No me has entendido —digo—. Déjame diez minutos a solas y vuelve a entrar a buscarme.

Asiente con la cabeza.

—Cuenta con ello.

Elizabeth posa su mano en mi hombro.

—Si necesitas algo, estoy en el mostrador de ahí afuera.

Salen los dos. Cierran la puerta.

Cojo la mano de mi padre.

—Esta vez voy a ser yo el que te cuente una historia. Siempre estabas pidiéndome —incluso suplicándome— que te contara más sobre mi vida, que te dijera cómo me había ido el día, y yo nunca decía ni una palabra. Pero ahora soy el único de los dos que puede hablar, y cruzo los dedos de las manos, los de los pies y hasta las partes pudendas para que puedas oírme. —Aprieto su mano, ansiando que corresponda a la presión de mis dedos.

—Papá, yo…

Me educaron para que fuera sincero, pero la verdad a veces puede ser complicada. No importa si esa verdad de hecho no va a causar destrozos; las palabras a veces no te salen hasta que te encuentras a solas. Ni siquiera eso es seguro. La verdad a veces es un secreto que te escondes a ti mismo, porque vivir una mentira resulta más fácil.

Canturreo «Take This Waltz», el tema del fallecido Leonard Cohen, una de esas canciones cuya letra en realidad nada tiene que ver conmigo pero que sin embargo me ayuda a perderme en mi interior. Canto los versos que recuerdo, aunque hay

palabras de las que me olvido y en ocasiones repito otras en el momento inadecuado, pero se trata de una canción que a papá le encantaba, y espero que me esté oyendo cantarla, ya que él no puede hacerlo.

RUFUS

04:46 horas

Estoy sentado junto a la puerta de la habitación de su padre y siento la necesidad de entrar y decirle a Mateo que tenemos que irnos de una vez. No fue fácil hacerle salir de casa, pero lo más seguro es que ahora tenga que darle una colleja y arrastrarlo hasta la salida del hospital; si yo estuviera en su lugar, es lo que tendrían que hacerme para apartarme del lado de mi padre, comatoso o no.

La enfermera, esa tal Elizabeth, consulta el reloj de pared y me mira; se marcha con una bandeja con comida que huele a pasado a otra de las habitaciones.

Será mejor que entre a buscar a Mateo de una vez.

Me levanto del suelo y abro la puerta de la habitación. Mateo está cogido de la mano de su padre mientras canta una canción que no me suena de nada en absoluto. Doy con los nudillos en la puerta, y, sobresaltado, pega un respingo.

—Lo siento, compañero. ¿Todo bien?

Mateo se levanta. Tiene el rostro enrojecido, como si hubiéramos estado intercambiando pullas, y lo hubiera dejado mal parado delante de un público del tipo agresivo.

—Todo bien, sí. —Lo que es una clarísima mentira—. Un momento, y lo dejo todo arreglado. —Le lleva un minuto soltar la mano de su padre, como si el viejo estuviera reteniéndole; finalmente se las arregla para apartarse de su lado. Coge una tablilla que está por ahí y la deja en la repisa sobre la cama—. Mi padre suele dejar la limpieza del piso para los sábados, pues no le hace ninguna gracia volver del trabajo y ponerse a trabajar en otra cosa. Los fines de semana hacíamos limpieza a fondo y luego pasábamos horas enteras viendo la tele; nos lo habíamos ganado.

Mateo mira a su alrededor. Encuentro que la habitación está muy limpia y ordenada. Tampoco es que yo esté hecho un guarro, ojo, pero es lo que suele pasar en los hospitales.

—¿Has podido decirle adiós como tenías pensado?

Asiente con la cabeza y responde: —Más o menos. —Echa a andar hacia el cuarto de baño—. Voy a asegurarme de que el baño también está limpio.

—Seguro que lo está, hombre.

—Quiero cerciorarme de que los vasos van a estar bien limpios cuando se despierte.

—Van a ocuparse de ello, no te preocupes.

—Quizá necesita una sábana más gruesa. El pobre no puede decirnos si tiene frío o no.

Me acerco y llevo las manos a sus hombros, con la idea de que se calme un poco; está temblando.

—Tu padre no quiere que estés aquí, ¿entendido? —Mateo frunce el ceño, y los ojos se le enrojecen. De tristeza, no de indignación—. A ver si me explico. A veces soy un poco bruto al hablar. Lo que quiero decir es que tu padre seguramente no quiere que sigas perdiendo el tiempo en este lugar. Mira, ya has tenido ocasión de

decirle adiós. Yo no pude hacerlo con mi propia familia. No tuve el tiempo necesario para pensar qué iba a decirles exactamente. Me alegro de que tú hayas podido hacerlo, y te aseguro que me das envidia. Y si con esto no basta para hacerte salir de aquí, voy a decirte otra cosa: te necesito. Necesito tener a un amigo a mi lado.

Mateo vuelve a mirar a su alrededor, y está claro que trata de convencerse de que no necesita limpiar el inodoro en este mismo segundo, o asegurarse de que todos y cada uno de los vasos que hay en el hospital están impolutos para que a su padre no vaya a tocarle uno sucio. Presiono sus hombros para sacarle de sus pensamientos. Se dirige a la cama y besa a su padre en la frente.

—Adiós, papá.

Retrocede sin dejar de mirar a la cama, arrastrando los pies, se despide de su padre dormido con un gesto de la mano. Reconozco que mi corazón late desbocado, y eso que no soy más que un testigo de este momento, y no su protagonista. Mateo tiene que estar a punto de explotar. Llevo la mano a su hombro, y se aparta de modo instintivo.

—Lo siento —dice en el umbral—. Espero de verdad que despierte hoy, justo a tiempo, ya me entiendes.

Lo dudo mucho, pero me limito a asentir con la cabeza.

Salimos. Mateo echa una última mirada antes de cerrar la puerta.

MATEO

04:58 horas

Me detengo al llegar a la esquina del hospital.

Aún estoy a tiempo de volver corriendo a la habitación de papá y limitarme a pasar mi Último Día en ella. Pero eso no sería justo, poner en riesgo a otras personas en el hospital, en riesgo por mi culpa, pues soy una bomba andante que puede estallar en cualquier momento. No puedo creer que otra vez estoy fuera, en un mundo que va a matarme, en compañía de otro Último Amigo que tiene tan jodida suerte como yo.

Está claro que nuestra valentía tiene las horas contadas.

—¿Todo bien? —pregunta Rufus.

Asiento con un gesto. Lo que de verdad quiero en este momento es escuchar un poco de música, seguramente porque estuve cantando en la habitación de mi padre. Me estremezco al recordar que Rufus me sorprendió cantando, pero bueno, tampoco pasa nada. No dijo nada al respecto, así que quizá no me oyó bien o no prestó atención. Todo esto es tan difícil que me entran nuevas ansias de escuchar música, de refugiarme en algo que para mí siempre ha sido un placer muy solitario. Otra de las canciones preferidas por mi padre es «Come What May», que mi madre nos cantó a los dos —cuando yo aún estaba en el útero—, mientras se duchaban juntos antes de que finalmente rompiera aguas. El verso donde se habla de querer al otro hasta el final de los tiempos me resulta fascinante. Lo mismo se puede decir de mi otra canción favorita, «One Song Glory», del musical *Rent*. De pronto me muero de ganas de escucharla, posiblemente porque soy un Fiambre y la letra trata de oportunidades perdidas, vidas vacías y el tiempo que se agota. Mi verso preferido es el que dice *«Una canción más antes de irme…»*

—Siento haberte metido presión para marcharnos —comenta Rufus—. Me pediste que te sacara de allí, pero no estoy seguro de si hablabas en serio.

—Me alegro de que lo hayas hecho —reconozco. Mi padre hubiera preferido que me fuera.

Miro a uno y otro lado antes de cruzar la calle. No circulan coches, pero en la esquina hay un hombre que está abriendo las bolsas de basura de forma furiosa, como si el camión del servicio municipal estuviese a punto de llegar para arrebatárselas. Es posible que esté buscando algo que tiró por accidente, pero, a juzgar por la pernera rasgada del pantalón y la mugre de su chaleco, es casi seguro que se trata de un indigente. El hombre encuentra una naranja a medio comer, se la encaja en la axila y sigue revolviendo en las bolsas de basura. Se gira hacia nosotros cuando nos acercamos a la esquina.

—¿Tenéis un dólar? ¿Unas monedas?

Mantengo la cabeza gacha, al igual que Rufus, y pasamos de largo. No insiste ni añade más.

—Me entran ganas de darle algo de dinero —digo a Rufus, aunque la idea de volver sobre mis pasos a solas me pone más bien nervioso. Rebusco en los bolsillos y encuentro dieciocho dólares—. ¿Tú tienes algo más para él?

—No quiero ser un capullo, pero, ¿por qué?

—Porque el dinero le vendría bien. Este hombre está tratando de encontrar algo que comer entre la basura.

—Quizá ni siquiera es un indigente. No sería la primera vez que me engañan con ese cuento.

Me detengo.

—A mí también me han engañado antes. —Y también cometí el error de ignorar a otros que pedían ayuda, lo que no está bien—. No estoy proponiendo que le entreguemos todos nuestros ahorros, sino unos pocos dólares.

—¿Cuándo te engañaron?

—Cuando tenía diez u once años, un día que iba a la escuela. Un tipo me pidió un dólar, y cuando saqué los cinco billetes de uno que mi padre me había dado para el almuerzo, me estampó un puñetazo y se los quedó todos. —Me avergüenza bastante reconocer que en la escuela luego me mostré inconsolable, que lloré tanto que papá tuvo que ausentarse del trabajo para venir a la enfermería para ver cómo estaba. Estuvo acompañándome a la escuela durante las dos semanas posteriores y me suplicó que en adelante tuviera más cuidado con los desconocidos, en lo referente al dinero, sobre todo—. No creo que me corresponda juzgar quién necesita mi dinero de verdad o no, ni pienso que tengan que cantarme una canción o hacer un número de baile para demostrar que se lo merecen. Me parece suficiente pedir ayuda cuando la necesitas. Y al fin al cabo, ¿qué importa un dólar de más o de menos? Ya habrá tiempo para ganar otro dólar, ¿no?

No, de hecho no va a haberlo, pero si Rufus es tan avispado (o paranoico) como yo en los últimos años, a estas alturas también debería tener más que suficiente en su cuenta del banco. No alcanzo a leer la expresión en su rostro, pero de pronto se detiene, aparca la bicicleta y despliega el caballete con una patada.

—Muy bien, pues vamos a hacer como dices.

Lleva la mano al bolsillo y encuentra veinte dólares en billetes y monedas. Echa a andar con decisión, y le sigo, con el corazón acelerado, inquieto por la posibilidad de que este hombre resulte ser agresivo. Rufus se detiene a un paso de él y me hace un gesto, en el momento preciso en que el tipo se gira y me mira directamente a los ojos.

Rufus quiere que sea yo el que hable.

—Señor, aquí tiene todo lo que llevamos encima. —Tomo el dinero de la mano de Rufus y le entrego todo.

—¿Están de broma? —El hombre mira a su alrededor, como si estuviera tendiéndole una trampa de algún tipo. La aceptación de ayuda no tendría por qué ir acompañada por la sospecha.

—Nada de eso, señor. —Me acerco un poco más a él. Rufus permanece a mi lado —. Sé que no es mucho, y lo siento.

—Esto es… —El hombre echa a andar hacia mí, y juro que voy a morir de un ataque al corazón, siento como si tuviera los pies metidos en cemento en una pista de carreras mientras una decena de coches aceleran en mi dirección en un torbellino de colores… pero no me golpea. Lo que hace es abrazarme, y la naranja que tenía encajada en la axila cae a nuestros pies. Necesito un largo instante para rehacerme, pero finalmente correspondo a su abrazo, y todo en él, desde su altura hasta su cuerpo

delgado, me recuerda a papá.

—Gracias, gracias —dice.

Me suelta, y no sé si tiene los ojos enrojecidos porque seguramente no tiene donde echarse y está exhausto, o porque está a punto de llorar, pero no me esfuerzo en averiguarlo, pues este hombre no tiene que demostrarme nada. Es una actitud nueva en mí, y me gustaría ser siempre así.

El hombre saluda a Rufus con un gesto de la cabeza y se mete el dinero en el bolsillo. No pide nada más; no me pega en absoluto. Se aleja andando, con los hombros un poco más erguidos. Me gustaría haber sabido cómo se llama o, por lo menos, haberme presentado.

—Bien hecho —aprueba Rufus—. Esperemos que el karma con el tiempo te recompense por lo que acabas de hacer.

—Esto no tiene nada que ver con el karma. No estoy tratando de dármelas de santito.

Uno no debería hacer donaciones para caridad, ayudar a los ancianos a cruzar la calle o rescatar a animalitos con la esperanza de que más tarde te lo paguen. No estoy en disposición de curar el cáncer o acabar con el hambre en el mundo, pero los pequeños gestos de amabilidad cuentan, y mucho. No le digo nada de esto a Rufus, porque mis compañeros de clase siempre estaban riéndose de mí al respecto, y nadie tendría que sentirse mal por haber estado haciendo el bien.

—Creo que le dimos la alegría del día al no fingir que es invisible — aventuro—. Y gracias por acompañarme.

—Espero que le hayamos echado una mano a la persona adecuada — dice Rufus.

De la misma manera que él no puede esperar que me convierta en un valiente de forma instantánea, yo tampoco puedo esperar que al momento se convierta en generoso a más no poder.

Me alegro de que Rufus no haya mencionado el hecho de que ambos estamos muriéndonos. Porque nuestro gesto entonces habría sido del tipo barato —o eso me parece—, si este hombre pensara que tan solo le dimos el dinero porque es posible que no vayamos a necesitarlo dentro de diez minutos.

Es posible que el desconocido ahora vaya a confiar en otros, después de haberse encontrado con nosotros esta noche. Está claro que él me ayudó a mí en este sentido.

DELILAH GREY

05:00 horas

Los de Muerte Súbita llamaron a Delilah Grey a las 02:52 de la madrugada para decirle que va a morir, pero Delilah está convencida de que no es verdad. Y no porque esté sumida en esa etapa del duelo conocida como denegación, no. Esto tiene que ser una broma pesada —pesadísima, del tipo cruel— ideada por su ex, quien trabaja en Muerte Súbita y sin duda quiere meterle el miedo en el cuerpo después de que Delilah anoche rompiera con él después de un año de noviazgo formal.

Está más que prohibido jugar así con una persona. El responsable de un fraude de este calibre puede ser condenado a un mínimo de veinte años de cárcel. No solo eso, sino que su nombre pasará a engrosar una lista negra que le impedirá volver a trabajar en casi cualquier cosa durante el resto de sus días. Quien trabaja en Muerte Súbita y hace este tipo de jugarretas se expone a… bueno, la muerte en vida.

A Delilah le cuesta creer que Victor haya podido abusar así de su poder.

Borra el correo electrónico con la notificación oficial, con hora incluida, de la llamada hecha por el heraldo, Mickey. Antes de colgar, Delilah no pudo evitarlo y le soltó un par de insultos. Coge el teléfono de nuevo, pues está tentada de llamar a Victor. Se dice que no con la cabeza y vuelve a dejar el móvil sobre la almohada del lado de la cama que hasta hace poco tiempo estuvo reservado a Victor, cada vez que este se quedaba a dormir. Delilah se niega a darle la satisfacción de pensar que está sumida en la paranoia, pues no es el caso. Lo más seguro es que él esté esperando que ella entre en el portal muerte-subita.com para ver si su nombre efectivamente aparece registrado entre los Fiambres del día, o quizá espere que Delilah llame presa de los nervios y lo amenace con una denuncia a no ser que reconozca que Mickey es un amigo del trabajo que se prestó a pegarle este literal susto de muerte. Pero, en uno u otro caso, Victor va a tener que esperar muy largo tiempo. Si algo le sobra a ella, es precisamente tiempo.

Delilah sigue con su ritmo cotidiano porque, del mismo modo en que no le dio más vueltas a su decisión de romper el noviazgo, tampoco va a darle más vueltas a a esa estúpida llamada de mierda.

Entra en el cuarto de baño y se cepilla los dientes mientras admira su cabello en el espejo. Lleva un peinado llamativo, demasiado llamativo, en opinión de su jefa en el trabajo. Durante las últimas semanas estuvo diciéndose que necesitaba un cambio en su vida, lo que era una forma de hacer caso omiso a la voz en su mente que le decía que había llegado el momento de separarse de Victor. Mucho más fácil resultaba teñirse el cabello. Sin lágrimas de por medio. Cuando la peluquera le preguntó qué quería, Delilah pidió un teñido arco iris. La combinación de rosa, morado, verde y azul precisa de algunos retoques, pero van a tener que esperar hasta la semana próxima, hasta que se ponga al día con los encargos profesionales pendientes.

Vuelve a la cama y abre el portátil. Anoche tuvo que olvidarse del trabajo para romper con Victor antes de que este empezara su turno, y tiene a medio completar la recapitulación de lo sucedido en los nuevos programas y series de la temporada que

está escribiendo para *Infinite Weekly*, revista para la que trabaja como asistente de edición desde que se graduó de la universidad la primavera pasada. No le interesa mucho *En la casa de los hipsters*, pero está claro que esos hipsters son más propensos a hacer clic en los enlaces-cebo que los seguidores del programa *Jersey Shore*, y alguien tiene que redactar los textos, pues los editores están ocupados en cubrir las series y los programas más establecidos. Delilah sabe bien que tiene mucha suerte de que le concedan estas labores menores, y hasta de que le den trabajo en general, si tenemos en cuenta que se trata de la última contratada y que se saltó varios plazos de entrega porque estaba con la cabeza puesta en la preparación de su boda con alguien a quien tan solo conocía desde hacía catorce meses.

Enciende el televisor para volver a mirar este nuevo programa tan absurdo que da grima —en un abarrotado café de Brooklyn, unos hipsters se enfrentan al reto de coescribir unos relatos en máquina de escribir—, pero antes de que pueda conectar el reproductor de DVD, un presentador del canal Fox 5 le informa de algo impactante, en vista de sus propios intereses personales.

—…y hemos entrevistado a sus agentes artísticos para que comenten esta situación. Este actor de veinticinco años de edad es conocido por interpretar al joven rival del protagonista en la tan taquillera serie de películas de Scorpius Hawthorne sobre un joven dotado de poderes mágicos y demoníacos. Sin embargo, de forma paradójica, los fans de todos los países no hacen más que proclamar en la Red lo mucho que admiran y quieren a Howie Maldonado. Síganos en Twitter y Facebook para nuevas actualizaciones inmediatas de esta noticia en desarrollo…

Delilah salta de la cama, con el corazón latiéndole alocadamente.

No va a quedarse esperando a que esta noticia termine de desarrollarse.

Ella va a ser la periodista que informará sobre esta noticia.

MATEO

05:20 horas

Voy hacia el cajero automático de la esquina mientras Rufus me guarda las espaldas. Por fortuna, mi padre tuvo el sentido común de hacerme ir al banco después de cumplir los dieciocho años para que me dieran una tarjeta de débito. Retiro cuatrocientos dólares, el límite máximo en este cajero. El corazón me late con fuerza mientra los meto en un sobre para Lidia, rezando por que nadie aparezca de la nada y nos apunte con una pistola para robarnos el dinero… pues está más que claro cual sería el desenlace. Cojo el recibo y me fijo en que aún tengo 2.076,27 dólares en la cuenta antes de romper el papelito. No necesito todo eso. Puedo sacar más dinero para Lidia y para Penny en otro cajero o en el banco, cuando abran.

—Quizá es un poco pronto para ir a ver a Lidia. —Doblo el sobre y lo llevo a mi bolsillo—. Sin duda se dará cuenta de que pasa algo. ¿Y si nos quedamos esperando en el vestíbulo de su edificio?

—Nada de eso, socio. No vamos a quedarnos plantados en un vestíbulo a estas horas. Son las cinco, ¿no? Pues vamos a comer algo. ¿Quién sabe? Podría ser nuestra Última Cena. —Echa a andar y añade—: Mi cafetería preferida está abierta las veinticuatro horas.

—Eso suena bien.

Me encantan las mañanas, desde siempre. Sigo varias páginas de Facebook en las que se muestran cómo son las mañanas en otras ciudades («¡Buenos días, San Francisco!») y países («¡Buenos días, India!») y, da igual la hora del día, en mi página de inicio siempre aparecen imágenes de edificios relucientes, desayunos y gente que se asoma a sus vidas. El sol naciente siempre brinda novedad, y aunque existe la posibilidad de que yo no vaya a durar hasta el nuevo día o ver los rayos de sol que se filtran entre los árboles del parque, lo mejor que puedo hacer es considerar que este nuevo día no es más que una larga mañana. Tengo que levantarme, tengo que empezar el día.

Las calles están lo que se dice vacías a esta hora. No es que tenga algo en contra de la gente; lo que pasa es que me falta el valor para romper a cantar delante de otros. Si en este momento estuviera solo, seguramente reproduciría alguna canción deprimente y me pondría a canturrear su letra. Papá me enseñó que está bien dar rienda suelta a las emociones, pero que conviene evadirse a las que son del tipo negativo. Al día siguiente de su ingreso en el hospital estuve poniendo canciones positivas y con sentimiento, como «Just the Way You Are» de Billy Joel, para no sentirme hundido.

Llegamos al Cannon Café. Sobre la puerta hay un rótulo triangular con el logotipo de un cañón que dispara una hamburguesa con queso a través del nombre del establecimiento, con patatas fritas que explotan alrededor como fuegos artificiales amarillos. Rufus encadena la bici a un parquímetro, y le sigo al interior de la cafetería, que está semivacía y en la que al momento te llega el olor de los huevos revueltos y las torrijas.

Un encargado con los ojos cansados nos indica que podemos sentarnos donde queramos. Rufus se adelanta y camina hasta el fondo, donde escoge un reservado para dos personas situado junto a los servicios. Los asientos de cuero azul marino están agrietados en varios sitios, y me recuerdan al sofá que teníamos de niño cuando tenía por costumbre arrancar tiras de la tapicería sin darme cuenta, hasta que quedó tanta guata a la vista que papá compró nuestro actual sofá y tiró el viejo a la basura.

—Siempre me siento aquí; este es mi lugar —explica Rufus—. Vengo dos o tres veces por semana, lo que me permite decir cosas como «ponme lo de siempre».

—¿Cómo es que vienes aquí? ¿Vives en este barrio?

La verdad es que no tengo idea de dónde vive mi Último Amigo ni de dónde procede.

—Sí, pero solo desde hace cuatro meses —responde—. He acabado en un hogar de acogida.

No tan solo ignoro casi todo sobre Rufus, sino que no he hecho nada por él. Por su parte ha estado empleándose a fondo en la misión de acompañarme en este trayecto final: me ha hecho salir de casa, ha ido conmigo y me ha sacado del hospital, pronto va a acompañarme a ver a Lidia. Por el momento, esta Última Amistad no está siendo muy recíproca.

Rufus me pasa la carta por encima de la mesa.

—En la parte de atrás hay una oferta especial para los Fiambres. Todo es gratis, y hablo en serio.

Esta sí que es buena. En las entradas que leí en *CuentaAtrás*, los Fiambres van a restaurantes de cinco estrellas con la esperanza de que los traten como a reyes y los inviten, pero como máximo les hacen algún que otro descuento, y para de contar. Me gusta que Rufus haya decidido volver a este lugar.

Una camarera viene del interior y nos saluda. Tiene el pelo rubio recogido en un tenso moño, y en la chapa prendida en la corbata amarilla se lee su nombre: «Rae».

—Buenos días —dice con acento sureño. Coge el bolígrafo que lleva sobre la oreja, y atisbo un tatuaje curvado sobre el codo… ¡con el miedo que a mí me dan las agujas! Hace girar el bolígrafo entre los dedos y agrega—: La nochecita al final está siendo larga, ¿eh?

—Pues sí —afirma Rufus.

—Aunque ya es casi de día —comento.

Rae no da muestras de estar muy interesada en mi matización.

—¿Qué puedo serviros?

Rufus examina la carta.

—Pensaba que ibas a pedir lo de siempre —digo.

—Hoy voy a cambiar. Es mi última oportunidad, y todo eso. —Deja la carta en la mesa y levanta la vista hacia Rae—. ¿Qué nos sugieres?

—A ver, chicos, ni que os hubiera llegado la alerta. —Su risa no dura mucho. Se gira hacia mí, y bajo la cabeza. Rae se agacha entre los dos y añade—: No puede ser. —Deja caer el bolígrafo y la libreta en la mesa—. ¿Vosotros dos os encontráis bien? No estaréis viniéndome con un cuento chino para desayunar gratis, ¿verdad?

Rufus niega con la cabeza.

—No, nada de eso. Vengo mucho por aquí y me apetecía entrar por última vez.

—¿Lo de que queréis comer en un momento como este va en serio?

Rufus alarga el cuello y lee lo que pone en su chapa.

—Rae. ¿Qué te parece que pida?

Ella se tapa el rostro con la mano, agita los hombros y musita:

—No sé. ¿Queréis probar el Especial con Todo? Es un platazo con huevos, mini-hamburguesas, patatas fritas, solomillo, pasta… Lleva todo lo que tenemos en la cocina.

—No voy a comerme todo eso ni loco. ¿Cuál es tu plato preferido? — pregunta Rufus—. Y por favor, no me digas uno de pescado.

—A mí me gusta la ensalada con pechuga de pollo a la parrilla, pero es que yo como como un pajarito.

—Pues una de esas para mí —se decide él. Me mira—. ¿Y tú qué quieres, Mateo?

Ni me molesto en mirar la carta.

—Yo voy a pedir eso que tú pides siempre. —Lo mismo que él, espero que no lleve pescado.

—Pero si no sabes ni lo que es.

—Mientras no sean varitas de pollo frito, seguro que me resulta nuevo.

Rufus asiente con la cabeza. Señala un par de cosas en la carta, y Rae nos dice que vuelve en un momento. Se marcha volando, olvidándose el bolígrafo y la libreta en la mesa. Oímos que le dice al cocinero que le dé prioridad a nuestro pedido porque «los chicos de esa mesa son unos Fiambres». No parece que haya otras órdenes pendientes, pues en el comedor no veo más que a un hombre sentado al fondo y que toma un café mientras lee el periódico. Sin embargo, es un detalle por parte de Rae, y me pregunto si Andrea —la de Muerte Súbita— alguna vez fue como ella, antes de que su trabajo eliminara toda su compasión.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —interpelo a Rufus.

—No malgastes el aliento haciendo preguntas como esta. Sencillamente sé directo y di lo que tengas que decir.

Se muestra un poco imperioso, pero tiene razón.

—¿Por qué le contaste a Rae que estamos muriéndonos? Me temo que le amargaste el día a la pobre.

—Supongo que sí. Pero esto de morirnos también me amarga el día a mí, y no hay nada que pueda hacer al respecto —es su respuesta.

—Yo no voy a contarle a Lida que estoy muriéndome.

—Eso no tiene sentido —dice Rufus—. No seas un monstruo. Ya que cuentas con la oportunidad de despedirte, lo que tienes que hacer es aprovecharla.

—No quiero amargarle el día a Lidia. Es madre soltera y ha estado pasando por una mala racha desde la muerte de su novio.

Es posible que en realidad no sea tan abnegado. Es posible que no decírselo más bien sea muy egoísta, pero el hecho es que no tengo fuerzas para hacerlo… ¿Cómo le dices a tu mejor amiga que mañana ya no vas a estar? ¿Cómo la convences de que te deje a tu aire, para que tengas la oportunidad de vivir un poco antes de morir?

Me echo hacia atrás en la silla, bastante disgustado conmigo mismo.

—Si has tomado esa decisión, por mí bien —afirma Rufus—. No sé si ella llegará a comprenderla; quien la conoce eres tú. Pero, vamos a ver, lo que tenemos que hacer

es dejar de preocuparnos por cómo reaccionarán los demás ante nuestras muertes y dejar de darle vueltas en la cabeza a todo lo que hacemos o dejamos de hacer.

—Pero quizá valga la pena darle vueltas en la cabeza a todo eso. O dejaremos de ser quienes somos, ¿no te parece? —comento—. A veces me digo que todo esto es de locos. ¿Nunca te has preguntado si la vida era mejor antes de Muerte Súbita?

La cuestión resulta asfixiante.

—¿Que si era mejor? —dice Rufus—. Quizá. Sí. No. La respuesta no importa; desde luego no va a cambiar las cosas. Déjalo estar, Mateo.

No se equivoca. Es una pregunta que estoy haciéndome a mí mismo. Lo que pasa es que no me atrevo a formulármela directamente. Pasé años seguidos viviendo con cautela para asegurarme una vida más larga, y ya veis de qué me sirvió. Estoy llegando al final, pero esta es una carrera en la que nunca llegué a competir de verdad.

Rae vuelve con unas bebidas, sirve una ensalada con pollo a la parrilla a Rufus y deja un plato con tiras de yuca frita y torrijas delante de mí.

—Si necesitáis algo más, no dudéis en llamarme, aunque esté en la parte de atrás u ocupada con otra mesa. Estoy a vuestra disposición.

Le damos las gracias, y reparo en que le cuesta marcharse, que tiene ganas de acercarse y hablar con nosotros un poco más. Pero finalmente se rehace y se va.

Rufus pega un golpecito en mi plato con el tenedor.

—¿Qué te parece eso que pido siempre?

—Hace años que no como torrijas. En los últimos años, mi padre se acostumbro a preparar tortillas de maíz tostadas con bacon, lechuga y tomate para el desayuno. —Casi me había olvidado de las torrijas, pero este olor a canela me trae muchos recuerdos de las que solía comer con papá sentados a la mesa desvencijada mientras escuchábamos las noticias o ideábamos listados que podría escribir—. Está todo buenísimo. ¿Quieres un poco?

Asiente con la cabeza, pero no lleva la mano a mi plato. Tiene la mente puesta en otro lugar mientras picotea de la ensalada, sin mucho entusiasmo que digamos; al final tan solo come el pollo. Deja el tenedor en el plato y coge el bolígrafo y la libreta olvidados por Rae. Dibuja un círculo con trazo grueso.

—Lo que yo quería era viajar por el mundo y tomar fotografías.

Procede a dibujar el mundo entero, delineando los países que ya nunca va a visitar.

—¿Querías trabajar en fotoperiodismo?-No —contesta—. Lo que quería era ir a mi bola, hacerlo por mi cuenta.

—¿Qué te parece si vamos al Travel Arena? —propongo—. Es la mejor manera de recorrer el mundo en un solo día. En *CuentaAtrás* hablan muy bien de ese lugar.

—Nunca leo esa clase de cosas —responde Rufus.

—Yo las leo todos los días —reconozco—. Es bonito ver lo que otras personas hacen antes de irse de este mundo.

Levanta la vista del dibujo, menea la cabeza y dice:

—Tú Último Amigo va a asegurarse de que te vayas de este mundo a lo grande. No a lo grande pero mal, ojo. A lo grande pero bien. No sé si me explico.

—Creo que lo pillo.

—¿Y tú? ¿En qué tenías previsto trabajar de mayor? —pregunta.

—Me decía que quería ser arquitecto. Me gustaba la idea de construir casas y oficinas, escenarios y parques. —No le digo que lo de trabajar en una de esas oficinas no estaba hecho para mí; tampoco le digo que a veces soñaba con actuar en uno de esos escenarios que construía—. De chico me gustaba jugar al Lego.

—Lo mismo digo. Las naves espaciales siempre se me caían a pedazos.

Aquellos sonrientes pilotos con la cabeza cuadrada no tenían oportunidad.

Tiende la mano y corta un trozo de torrija y la mastica con deleite, saboreándola con la cabeza gacha y los ojos cerrados. No es fácil mirar a una persona que está engullendo su plato preferido por última vez.

Tengo que armarme de valor.

Por lo general, las cosas empeoran antes de mejorar, pero está claro que hoy sucede al revés.

Una vez que hemos dejado los platos limpios, Rufus se levanta y llama la atención de Rae.

—Cuando puedas, la cuenta, por favor.

—Invita la casa —responde ella.

—Por favor, dejanos pagar. Para mí es importante —intervengo. Espero que no se lo tome como una especie de chantaje emocional.

—Apoyo la moción —dice Rufus.

Mi Último Amigo seguramente no va a volver, pero queremos hacer lo posible por que el establecimiento siga abierto para otros cuanto más tiempo mejor, y las facturas se pagan con dinero.

Rae asiente con un gesto vigoroso y nos entrega la cuenta. Le paso la tarjeta de débito. Cuando vuelve, le dejo una propina que triplica lo que nos costó el económico desayuno.

Ahora me quedan menos de dos mil dólares en la tarjeta de débito. Una suma insuficiente para arreglarle la vida a alguien, pero toda contribución es de ayuda.

Rufus se lleva el dibujo del mundo al bolsillo.

—¿Estás listo para que nos marchemos?

Permanezco sentado.

—Eso de levantarse de la silla significa marcharse —indico.

—Sí, claro —conviene.

—Y marcharse significa morir —concluyo.

—Ni hablar. Marcharse significa vivir antes de morir. Así que en marcha.

Me levanto y le doy las gracias a Rae, al otro camarero y al encargado antes de salir por la puerta.

El día de hoy está siendo una larga mañana. Y esta vez me ha tocado ser el que se levanta y sale de la cama. Contemplo las calles vacías y echo a andar hacia Rufus y su bici, caminando hacia la muerte a cada minuto que pasa, haciéndole frente a un mundo que ahora está en nuestra contra.

RUFUS

05:53 horas

Voy a decirlo clarito. Mateo es un neurótico muy cool, y su compañía resulta agradable, pero sería lo que se dice fantástico sentarme a charlar con los Plutones por última vez en el Cannon, recordar los momentos buenos y malos vividos juntos. Pero es demasiado arriesgado. Tengo claro cómo están las cosas y no quiero que se metan en problemas por mi culpa.

Eso sí, los muy cabroncetes podrían enviarme un mensaje de texto.

Suelto la cadena, tomo la bicicleta por el manillar y voy andando por la calle. Le lanzo el casco a Mateo, quien lo pilla al vuelo con dificultad.

—Y bueno, ¿dónde me dijiste que vive Lidia?

—¿Por qué me pasas el casco? —pregunta Mateo.

—Para que no te rompas el cráneo si te caes de la bici. —Me acomodo en el sillín—. Sería un asco que tu Último Amigo te matara, ¿no crees?

—Pero esta no es una de esas bicicletas tándem.

—Pero tiene estribos.

Tagoe siempre solía ir montado sobre los estribos posteriores, confiando en que no me la pegaría contra un coche, lo que lo llevaría a salir volando por los aires.

—¿Estás diciéndome que vaya subido en la parte trasera de la bici mientras pedaleas en la oscuridad? —dice Mateo.

—Te recuerdo que tienes un casco —contesto.

Joder. Y yo que me decía que seguramente estaba dispuesto a correr algún que otro riesgo…

—Olvídalo. Nos vamos a matar con tu bici del demonio.

Esto del Último Día está afectándolo de verdad.

—No, nada de eso. Hazme caso. Llevo casi dos años yendo en esta misma bici. Súbete, Mateo.

Lo piensa y repiensa de un modo exasperante, pero finalmente se cubre con el casco. Me propongo ir con mucho cuidado, pues no me gustaría pasarme la eternidad escuchando «¡Mira que te avisé! ¡Ya lo decía yo!» en el más allá. Mateo se sujeta con las manos de mis hombros, que presiona con fuerza tras subirse a los estribos. Está dispuesto a jugársela un poco, y me siento orgulloso de él. Me digo que estoy empujando a un pajarillo fuera de su nido, aunque sea de forma un tanto expeditiva, porque hace años que tendría que haber aprendido a volar por su cuenta.

Calle abajo, alguien está levantando la persiana de una pequeña tienda de alimentación; la luna pende en lo alto sobre un banco situado más allá. Me veo obligado a sustentarme con fuerza en el pedal cuando Mateo se baja de golpe.

—Mejor no. Voy caminando. Y tendrías que hacer lo mismo. —Abre el cierre del casco, se lo quita y me lo devuelve—. Lo siento, pero tengo un mal presentimiento. Y tengo que confiar en el instinto.

Tendría que tirar el casco el suelo y largarme pedaleando. Que Mateo vaya a ver a Lidia, y ya me ocuparé de mis asuntos, sean los que sean. Pero, en lugar de

despedirme, cuelgo el casco del manillar y me bajo del sillín.

—Vamos andando, entonces. No sé cuánto nos queda de vida, pero tampoco es cuestión de que nos la perdamos.

MATEO

06:14 horas

A estas alturas tengo que ser el peor Último Amigo del mundo. Es hora de que me convierta en el peor mejor amigo de todos.

—Esto va a ser complicado —comento.

—¿Por qué? ¿Porque no vas a contarle lo de tu muerte?

—Ey, que todavía no estoy muerto. —Doblo por la esquina. Lidia vive en un edificio a un par de manzanas de distancia—. Y no, no lo digo por eso. —El cielo por fin está iluminándose; el resplandor anaranjado de mi Último Día comienza a imponerse—. Lidia se vino abajo cuando supo que su novio, el chico con el que iba a casarse, estaba muriéndose. El pobre nunca llegó a conocer a Penny.

—Entiendo que Penny es la hija de los dos —dice Rufus.

—Justamente. Nació una semana después de la muerte de Christian.

—¿Qué fue lo que pasó? —pregunta él—. Si estoy metiéndome donde no me llaman, tampoco tienes que contestarme. Lo de mi familia fue una pesadilla, y reconozco que no me gusta mucho hablar del asunto.

Me dispongo a confiarle lo sucedido, siempre que me prometa no contárselo a nadie, a Lidia sobre todo. Y de pronto me doy cuenta de que Rufus va a morir con esta historia en su interior. Mientras no le dé por matar el tiempo chismorreando en el más allá, soy muy libre de contárselo todo con lujo de detalles.

—Christian estaba viajando por el interior del estado de Pennsylvania para venderle una colección de dagas y espadas raras a un coleccionista. La había heredado de su abuelo.

—Las dagas y espadas raras acostumbran a salir por un ojo de la cara— observa Rufus.

—Lidia no quería que fuera, esos días andaba medio histérica, pero Christian decía que el dinero les vendría bien. Les permitiría comprar una cuna nueva, pañales y leche maternizada para un par de meses. Y ropa, claro. Salió para allí, hizo noche en Pennsylvania, y el teléfono lo despertó hacia la una: era la alerta. —Siento una opresión en el pecho al revivir el episodio, las lágrimas y los gritos que siguieron. Me detengo y me apoyo en el muro—. Christian trató de hablar con Lidia, pero ella no oyó sus llamadas. Había hecho el viaje en autostop, en el camión de otro Fiambre, y ambos murieron mientras regresaban a Nueva York para hablar con sus respectivas familias.

—Joder —dice Rufus.

Lidia estaba inconsolable. No hacía más que leer los últimos frenéticos mensajes de texto enviados por Christian y se odiaba por no haberse despertado con sus llamadas. Incluso tuvo la oportunidad de verlo por última vez, por medio del Velo —una aplicación de videochat que gasta mucha batería pero crea una buena cobertura para quien se encuentra en un lugar donde no llega mucha señal, como un Fiambre en una autopista… pero tampoco se enteró de las repetidas invitaciones enviadas por Christian.

No sé si estoy en lo cierto, pero Lidia al principio hablaba de Penny como si le echase en cara haberla agotado hacia el final del embarazo, hasta tal punto de que se durmió y fue incapaz de despertar durante las últimas horas de vida de su novio. En todo caso, tengo claro que estaba sumida en el duelo y que ahora ve las cosas de otra manera.

Desde entonces, Lidia dejó el instituto para cuidar de Penny a tiempo completo en el pisito que comparte con su abuela. No tiene mucha relación con sus padres, y los de Christian viven en Florida. Su vida ya resulta demasiado complicada sin necesidad de que alguien venga y le diga adiós para siempre. Pero sencillamente quiero ver a mi mejor amiga por última vez.

—Todo esto es muy fuerte —dice Rufus.

—Sí que lo ha sido. —Que él diga eso es muy significativo—. Deja que la llame.

Me alejo unos pasos para gozar de un poco de privacidad. Pulso la tecla *Llamar*.

Me cuesta creer que no voy a estar presente para ayudar a Penny si a Lidia le pasa algo irremediable. A la vez, es un alivio saber que, si a Lidia le llega la llamada fatal, no voy a estar allí para enterarme.

—¿Mateo? —responde ella con voz adormilada.

—Yo mismo. ¿Estabas durmiendo? Lo siento, pensaba que Penny ya estaría despierta.

—Bueno, sí que está despierta. Supongo que soy una mala madre al esconder la cabeza bajo la almohada mientras habla a solas en la cuna. ¿Y cómo es que tú también estás despierto a estas horas del demonio?

—Yo… quería ir a ver a mi padre. —Es un hecho; no estoy mintiendo—. ¿Puedo ir a verte un momento? Ando por tu barrio.

—¡Sí, por favor!

—Guay. Nos vemos en unos minutos.

Seguido por Rufus, me encamino hacia su casa. Su piso se encuentra en uno de esos bloques de protección oficial en la que el conserje se pasa el día leyendo el periódico sentado en un escalón de la entrada cuando está claro que hay mucho trabajo por hacer, como barrer y fregar el suelo, arreglar la lámpara que parpadea en el vestíbulo o poner ratoneras en los rincones. Pero a Lidia todo eso le da lo mismo. Está encantada con la brisa que llega a su ventana en las tardes lluviosas y le tomó cariño a la gata del vecino, *Chloe*, que acostumbra a deambular por los pasillos pero les tiene miedo a los ratones. Sencillamente, Lidia ha encontrado un hogar.

—Subo a verla yo solo —le indico a Rufus—. ¿Te importa esperar aquí abajo?

—No hay problema. Tengo que llamar a mis amigos, de todas formas. No me han enviado ninguna respuesta desde que me fui.

Subo corriendo las escaleras y casi me caigo de cabeza al pisar el borde de uno de los escalones; me agarro al pasamanos al tiempo y me digo que estuve a un pelo de morir. No puedo ir a ver a Lidia corriendo de esta forma alocada. Hoy es mi Último Día, y estas urgencias podrían matarme. Casi lo hacen. Llego al tercer piso y llamo a la puerta. Penny grita desde el interior:

—¡ESTÁ ABIERTA!

Entro, y el lugar huele a leche y a ropa limpia. Junto a la puerta hay una cesta con ropa sucia que se desparrama por el suelo. Una cuantas botellas de leche maternizada

están tiradas a un lado. Y hay un parque para bebés, en cuyo interior se encuentra Penny, quien no tiene la piel tirando a oscura de su madre colombiana, sino que es de tez muy blanca, como la que tenía Christian. Lidia está en la cocina, calentando un biberón al baño maría.

—Vienes en buen momento —dice—. Te daría un abrazo, pero no me cepillo los dientes desde el domingo pasado.

—Pues no estaría de más que te pusieras al día.

—¡Oye, qué camisa más bonita! —Lidia asegura la tapa del biberón y me lo lanza a las manos, en el momento preciso en que Penny redobla sus chillidos—. Solo dáselo. Se pone como loca si no tiene el biberón en las manos. —Recoge sus cabellos desgreñados con ayuda de una goma elástica y swe dirige al baño a paso rápido—. Por fin puedo ir sola al baño. No puedo esperar un segundo más.

Me arrodillo frente a Penny y le ofrezco el biberón. Sus ojos oscuros me miran con recelo, pero me lo arrebata y vuelve a sentarse sobre un oso de peluche. Sonríe, me muestra sus cuatro dientes de leche y se lleva el biberón a los labios. En todos los libros sobre maternidad aconsejan que los bebés de su edad dejen de tomar leche maternizada, pero Penny se resiste a aceptar la realidad. En eso nos parecemos.

Lidia sale del baño con un cepillo de dientes en la boca y pone unas pilas nuevas en un juguete de plástico con forma de mariposa. Está preguntándome algo, pero por su barbilla corre un reguero de saliva mezclada con pasta de dientes; entra en la cocina y escupe en el fregadero.

—Lo siento. Sé que es una asquerosidad. ¿Quieres desayunar algo? Estás demasiado delgado. Perdón. Hablo como si fuera tu madre. —Menea la cabeza y añade—: Por Dios, ya me entiendes, quiero decir que no es cuestión de que te diga lo que tienes que hacer.

—No hay problema, Lidia. Ya desayuné, pero gracias.

Le hago cosquillas en los pies a Penny mientras bebe; baja el biberón y ríe. El sinsentido que vocaliza sin duda tiene sentido para ella y, a continuación, vuelve a concentrarse en el biberón.

—¿A que no sabes a quién le llegó la alerta? —pregunta Lidia, con el móvil en la mano.

Me quedo helado, con la mano en el pie de Penny. No tiene forma de saber que estoy muriéndome, ni tiene sentido que se muestre así de despreocupada si lo que se propone es comunicarme que la han llamado a ella.

—¿A quién?

—¡A Howie Maldonado! —Lidia consulta la pantalla del móvil—. Sus fans están hundidos.

—Seguro que sí.

Ahora resulta que mi Último Día también es el de mi malo preferido de la ficción. No sé bien qué pensar al respecto.

—¿Cómo se encuentra tu padre? —pregunta ella.

—Estable. Sigo ansiando que se produzca uno de esos milagros que salen en la tele, que oiga mi voz y despierte de golpe, pero bueno, no sucedió. Lo único que podemos hacer es esperar.

Se me revuelven las entrañas al hablar de esta manera. Me siento junto al parque

de la bebé y levanto algunos de los animales de peluche —un cordero sonriente, un búho amarillo— que tiro sobre el cuerpecito de Penny antes de hacerle cosquillas otra vez. Nunca voy a disfrutar de un momento así con mis propios hijos.

—Siento que la situación siga igual. Pero se recuperará. Tu padre es un hueso muy duro de roer. Siempre me digo que sencillamente está echándose una siestecita para descansar de tanta mierda.

—Lo más seguro. Penny ya ha terminado con el biberón. ¿Quieres que haga que eructe?

—Mateo, eres una bendición del cielo.

Le limpio la cara, la levanto y le doy palmaditas en la espalda hasta que suelta el eructo y una risa. A continuación hago lo acostumbrado y echo a andar como si fuera un dinosaurio con Penny entre los brazos, cosa que siempre parece relajarla. Lidia se acerca y enciende el televisor.

—Las seis y media ya. Llegó la hora de los dibujos animados, el único momento que tengo para limpiar el desastre del día anterior antes de que todo vuelva a estar hecho un asquito. —Lidia le sonríe a Penny, viene y la besa en la nariz—. Lo que mamá está diciendo es que la pequeña Penny está hecha un tesoro. —Sin dejar de sonreír, agrega por lo bajo—: Un tesoro que siempre está tirándolo todo por los suelos.

Río yo también y dejo a Penny en el suelo. Lidia le entrega la mariposa de plástico y se pone a recoger las ropas esparcidas a su alrededor.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunto.

—Puedes ayudarme no cambiando nunca, por ejemplo. Y luego puedes meter todos esos juguetes en esa caja grande, pero no el corderito, o le dará una pataleta. A cambio, voy a quererte para siempre. Voy a poner sus ropas en los cajones. En un minuto termino. O en diez. —Se marcha con el cesto de la ropa.

—Tómate tu tiempo.

—¡Sí que eres una bendición!

Quiero a Lidia en todas sus formas. Antes de la llegada de Penny quería graduarse de secundaria con matrícula, entrar en la universidad para estudiar Ciencias Políticas, Arquitectura e Historia de la Música. Soñaba con viajar a Buenos Aires, a España, a Alemania y a Colombia, pero entonces conoció a Christian, quedó embarazada y encontró la felicidad en su nuevo mundo.

Lidia era una chica que se hacía alisar el cabello todos los jueves después del colegio, que siempre estaba radiante sin maquillar, a quien le encantaba colarse en las fotos de desconocidos haciendo muecas grotescas. Ahora lleva el cabello de un modo que describe como «entre arregladito y la melena de una leona» y se niega a que suban fotos de ella a Internet porque cree que se le ve agotada y ajada. Yo creo que mi mejor amiga está más radiante que nunca, porque pasó por un cambio, por una evolución que muchas personas no son capaces de sobrellevar. Y lo hizo a solas.

Una vez que he guardado todos los juguetes en la caja, me siento en el suelo junto a Penny y miro cómo hace pedorretas con los labios cada vez que uno de los personajes en la pantalla le dirige una pregunta. Penny está empezando a vivir. Pero un día la llamarán de Muerte Súbita y le darán la noticia terrible, y es un horror que todos hayamos crecido para morir. Sí, es verdad que vivimos o por lo menos nos dan

la oportunidad de hacerlo, pero vivir a veces resulta duro y complicado por culpa del miedo.

—Penny, espero que te las arregles para convertirte en inmortal, para que puedas llevar las riendas de este mundo durante tanto tiempo como te plazca.

Se trata de mi utopía personal: un mundo sin violencia ni tragedias, en el que cada persona viva para siempre o hasta que, después de llevar unas vidas plenas y felices, decidan por su cuenta que quieren probar qué es lo que nos está reservado a continuación.

Penny me responde con un nuevo disparate.

Lidia sale del cuarto adyacente.

—¿Cómo es que estás deseándole a Penny la inmortalidad y la jefatura del mundo cuando aún no ha aprendido a decir «uno» en español?

—Porque quiero que viva para siempre, está claro. —Sonrío—. Y porque quiero que tenga a todo el mundo a sus pies.

Lidia arquea las cejas. Se agacha, recoge a la pequeña y me la tiende.

—¿Te entrego a la pequeña a cambio de conocer tu historia? —Los dos esbozamos sendas muecas de horror—. Es un chiste que no tiene la menor gracia, está claro. No sé ni por qué digo estas cosas.

—Al menos lo intentaste.

—Tampoco tienes por qué contarme nada, si no quieres. Si lo que te apetece es tener a Penny en brazos, pues aquí la tienes. —Da la vuelta al bebé, la besa en los ojos y le hace cosquillas—. Lo que mamá estaba diciendo es que eres una preciosidad. La Penny más preciosa del planeta. —Deja a la niña frente al televisor y sigue limpiando el apartamento.

La relación que tengo con Lidia no es de las que aparecen en las películas o, quizá, del tipo que normalmente tienes con tus amigos. Nos queremos a morir, pero no nos pasamos el día hablando de ello. Es algo que se sobreentiende. Y las palabras a veces pueden ser incómodas, por mucho que conozcas a la otra persona desde hace ocho años. Pero hoy tengo que decir algo más que otras veces.

Levanto una foto enmarcada de Lidia y Christian que estaba volcada.

—Christian tiene que sentirse increíblemente orgulloso de ti, supongo que te das cuenta. Eres quien garantiza la felicidad de Penny en un mundo en el que te hacen promesas baratas, en el que nadie te asegura nada, que no siempre recompensa a los que nunca han hecho nada malo. Por lo que parece, este mundo tiene tan poco reparo en machacar a una buena persona como a otra bastante menos buena, pero tú le dedicas el día entero a otra persona, de forma completamente desinteresada. No todos están programados como tú.

Lidia deja de barrer.

—Mateo, ¿a qué vienen todos estos elogios enloquecidos? ¿Qué es lo que está pasando?

Llevo una botella de zumo al fregadero.

—Todo está en orden. —Y todo va a seguir estándolo. Ella va a seguir estando bien—. Creo que voy a irme pronto. Estoy cansado.

No miento.

Lidia parpadea repetidamente.

—Antes de marcharte, ¿puedes ayudarme con un par de cosas más?

Vamos por la sala de estar sin decir palabra. Limpia una mancha de papilla de un cojín, mientra yo saco el polvo al aparato del aire acondicionado. Recoge unas tazas, ordeno todos los zapatitos de Penny en el recibidor. Lidia dobla la ropa recién lavada, mirándome de soslayo, mientras despachurro un par de envoltorios de cartón para pañales.

—¿Te importa sacar la basura? —pregunta, y la voz le falla un poco—. Y te pediría que luego me ayudes a montar la pequeña estantería que tu padre y tú le regalasteis a la niña.

—Muy bien.

Creo que empieza a intuir lo que ocurre.

Sale de la cocina, y aprovecho para dejar el sobre con el dinero en la encimera.

Cuando saco la bolsa de basura del cubo, ya tengo claro que no voy a poder volver. Salgo al pasillo y tiro la bolsa por el bajante para los residuos. Si vuelvo a entrar, ya no voy a salir. Y si no salgo, moriré en su pisito, quizá delante de Penny, y no es así como quiero que me recuerden… La verdad es que el planteamiento de Rufus es muy inteligente y meditado.

Cojo mi teléfono móvil y bloqueo el número de Lidia, para que no pueda llamarme o enviarme mensajes de texto diciéndome que vuelva.

Tengo náuseas, me siento un poco mareado. Bajo por las escaleras poco a poco, con la esperanza de que Lidia lo entienda, pero de pronto me detesto de tal modo que bajo cada vez más rápido, corriendo…

RUFUS

06:48 horas

Espero que alguien haya apostado diez dólares a que mi foto aparecerá en Instagram durante mi Último Día. Porque ese alguien ahora será diez dólares más rico.

Los Plutones todavía no han respondido a uno solo de mis mensajes o llamadas. No soy presa del pánico porque ellos no son unos Fiambres, pero, qué diablos, por lo menos podrían decirme si la policía sigue buscándome o no. Me digo que probablemente se olvidaron del asunto. Y tengo un sueño que no veas; si me trajerais una cama, me pegaría una siestecita de las buenas. O si me trajerais un sillón de los gordos. Pero en esta banqueta del vestíbulo no hay quien duerma; es tan pequeña que apenas hay espacio para dos personas. Y yo no soy de los que duermen en posición fetal, nada de eso.

Estoy mirando Instagram, diciéndome que Malcolm (@ manthony012) seguramente habrá subido algo nuevo a su cuenta, pero no hay más que la imagen que subió hace nueve horas: una foto no retocadada con filtros de una botella de Coca-Cola en la que aparece su nombre. Malcolm está del bando de Pepsi en esa especie de guerra mundial entablada entre Pepsi y Coca-Cola, pero se puso tan contento al ver su nombre en el interior de la nevera de un pequeño supermercado que no pudo resistirse. La cafeína terminó de ponerlo a tono para la pelea.

Hago mal en llamar «pelea» a lo sucedido con Peck. Inmovilizado como estaba, el tipo no pudo soltarme un solo puñetazo.

Le estoy enviando un mensaje de texto a Aimee con mis disculpas. Que no terminan de ser sinceras, porque el mierda de su amiguito hizo venir a la policía a mi maldito funeral. De pronto, Mateo sale corriendo de las escaleras, a velocidad peligrosa. Tiene los ojos enrojecidos y respira con dificultad, como si se esforzara en no romper a llorar a moco tendido.

—¿Estás bien? —No lo está. Vaya pregunta más imbécil.

—No. —Abre la puerta del vestíbulo—. Vámonos antes de que Lidia salga a buscarme.

También tengo ganas de largarme de aquí, claro, pero antes quiero que me diga qué es lo que está pasando.

—Venga, hombre, suéltalo de una vez. No vas a pasarte el día entero sin escupirlo.

—¡No tengo el día entero! —grita Mateo, como si de pronto lo enfureciera la perspectiva de morir a los dieciocho años. Resulta que hay algo de fuego en su interior. Se detiene en el bordillo de la acera y se sienta, nervioso a más no poder, quizá con la idea de que un coche lo arrolle y ponga fin a su tristeza.

Echo el caballete de la bici, me bajo de ella y cojo a Mateo por debajo de los brazos, obligándolo a erguirse. Nos alejamos de la calzada y vamos hacia un muro; apoyados en él, veo que Mateo está temblando, como si lo último que quisiera en el mundo es encontrarse aquí. Se deja caer al suelo, y yo lo mismo. Se quita las gafas y

apoya la frente en las rodillas.

—Mira, no voy a soltarte un discursito del tipo apasionado. No se me ocurre ninguno, y ese tipo de cosas no me van. —Tengo que encontrar algo mejor que decirle—. Pero entiendo bien que te sientas frustrado, colega. Por suerte, tú puedes elegir. Si quieres, puedes volver a ver a tu padre o a tu mejor amiga. No seré yo quien te lo impida. Si quieres librarte de mí, no voy a perseguirte. Es tu Último Día, así que vívelo como te dé la gana. Si lo que quieres es que alguien te ayude a vivirlo, puedes contar conmigo.

Mateo levanta la cabeza y me mira con los ojos entrecerrados.

—Oye, lo que acabas de decir suena muy apasionado.

—Ya. Perdona. —Me gusta más cuando lleva las gafas puestas, aunque sin gafas tampoco está nada mal—. ¿Qué es lo que quieres hacer?

Si pasa de mí, respetaré su decisión y pensaré en lo que voy a hacer a continuación. Tengo que ver qué es lo que pasa con los Plutones, pero no puedo volver allí, aunque sea de tapadillo. No sé si la poli estará vigilando el lugar.

—Lo que quiero es seguir adelante con todo esto —responde Mateo.

—Bien dicho.

Vuelve a ponerse las gafas y, a ver, no sé cómo expresarlo, si ha llegado el momento de elaborar una analogía y decir que está viendo el mundo con nuevos ojos, pues adelante, sois muy libres de decirlo. Por mi parte, sencillamente me siento aliviado al ver que no voy a afrontar esta jornada a solas.

—Siento haber levantado la voz —dice Mateo—. Sigo pensando que hice bien en no decir adiós, pero, a la vez, voy a tener remordimientos todo el día.

—Yo tampoco les dije adiós a mis amigos —comento.

—¿Qué fue lo que pasó en tu funeral?

Tanto hablar de la necesidad de ser sinceros y decir lo que te reconcome por dentro, y ahora no termino de contarle la verdad:

—Se produjo una interrupción. No tuve ocasión de volver a hablar con mis amigos. Espero que se pongan en contacto conmigo antes de que… — Hago crujir los nudillos mientras los coches circulan por nuestro lado—. Quiero que sepan que estoy bien. Que no estén preguntándose si ya me morí o no. Lo que no quiero son misterios. Pero no puedo seguir enviándoles mensajes de texto hasta que finalmente pase lo que tiene que pasar.

—Puedes abrir un perfil en *CuentaAtrás* —sugiere Mateo—. Estoy acostumbrado a leer lo que la gente sube a ese portal y puedo ayudarte a navegar por él.

Seguro que sí. Según esa lógica suya, estuve mirando las suficientes páginas porno como para convertirme en todo un atleta sexual.

—Bah. Esas cosas no me van. Ni siquiera he abierto una cuenta en Tumblr o Twitter. Con Instagram me basta y sobra. Ojo, tampoco llevo tanto tiempo subiendo fotografías; nada más que unos pocos meses. Pero Instagram es la bomba.

—¿Puedo ver tu cuenta?

—Sí, claro.

Le paso mi teléfono móvil.

Tengo un perfil público, porque me da igual que un desconocido pueda mirarlo. Pero eso es una cosa, y otra muy distinta es ver que otra persona está contemplando

tus fotos delante de tus narices. Me siento desnudo, como si acabara de salir de la ducha y alguien me viera antes de cubrirme con una toalla. Las primeras fotos que subí son de aficionado, pues no terminan de estar bien iluminadas, pero no cuento con una tecla para editarlas, lo que seguramente es mejor.

—¿Cómo es que todas son en blanco y negro?

—Abrí la cuenta pocos días después de entrar a vivir en la casa de acogida. Mi amigo Malcolm me hizo esta foto tan interesante, mira… — Me acerco a su lado y voy desplazándome hacia abajo, hasta llegar a mi primera serie de fotos. Durante medio segundo me siento avergonzado de la suciedad en la uña de mi dedo; finalmente me importa una mierda. Hago clic en la foto donde salgo sentado en mi cama en Plutón con la cara hundida entre las manos. La fotografía viene firmada por Malcolm—. Me la hizo cuando yo tan solo llevaba tres o cuatro noches en la casa. Estábamos jugando a juegos de mesa, y me entró un bajón porque eso de divertirme un poco me producía remordimientos… Me corrijo: no estaba divirtiéndome un poco, sino que estaba pasándolo en grande, y eso era lo peor de todo. Me fui de la mesa sin decir palabra, Malcolm vino a ver qué pasaba, por qué tardaba tanto en volver, y tomó esta imagen de mi momento de crisis.

—¿Por qué lo hizo? —pregunta Mateo.

—Me dijo que le gustaba hacer el seguimiento del crecimiento de una persona, y no solo en el plano físico. Malcolm puede ser demasiado exigente consigo mismo, pero es más listo que el hambre. —No le cuento que le propiné una patada en la rodilla cuando me enseñó estas fotos unas semanas después. El muy desgraciado —.Hago fotos en blanco y negro porque mi vida perdió el color después de que todos murieran.

—Entonces, ¿estás viviendo tu vida, pero sin olvidar las de ellos? — pregunta Mateo.

—Exacto.

—Yo pensaba que la gente se registraba en Instagram nada más que para estar en Instagram.

Me encojo de hombros.

—Supongo que estoy chapado a la antigua.

—Tus fotos parecen estar chapadas a la antigua —dice Mateo. Se gira un poco y me mira con los ojos muy abiertos. Me sonríe por primera vez y, qué cosa, esta no es la expresión que ves en la cara de un Fiambre—. No necesitas la aplicación *CuentaAtrás*, puedes subirlo aquí. Puedes crear un *hashtag* o lo que sea. Pero creo que harías mejor en subir tu vida en color… Para que los Plutones te recuerden así. —La sonrisa se borra de su rostro, y es que hoy no es un día para sonreír—. Olvídalo. Estoy diciendo una idiotez.

—No es una idiotez —objeto—. Tu idea me convence, la verdad. Los Plutones siempre podrán revisitar los momentos que pasé a su lado en blanco y negro, como si estuvieran mirando un estilizado libro de historia, pero las fotos de mi Último Día puedo subirlas sin filtros de ningún tipo, para subrayar la diferencia. ¿Te importa hacerme una foto aquí sentado? ¿Quién sabe? Quizá es lo último que subo… Quiero que todos me vean bien vivo.

Mateo vuelve a sonreír, como si él fuera quien va a posar para la imagen.

Se levanta y apunta con la cámara en mi dirección.

No poso en absoluto. Sigo aquí sentado, con la espalda contra el muro, en el lugar donde convencí a mi Último Amigo de la necesidad de seguir viviendo una aventura, allí donde él me dio la idea de aportar un poco de vida a mi perfil. Ni siquiera sonrío. Nunca he sido muy de sonreír, y ahora no es el momento de cambiar. No quiero que los demás vean a un desconocido.

—La tengo —anuncia Mateo. Me pasa el móvil—. Si no te gusta, hago otra.

Tampoco soy de los que siempre necesitan salir impecables en las fotos. Pero resulta que la imagen es sorprendentemente buena. Mateo me ha retratado con la expresión triste al tiempo que orgullosa, la misma expresión que mis padres tenían cuando Olivia se graduó del instituto. Y la rueda delantera de mi bicicleta aparece visible de forma interesante.

—Gracias, socio.

Subo la foto, sin usar filtro alguno. Me planteo poner una etiqueta del tipo #ÚltimoDía, pero no quiero que me lleguen falsas muestras de compasión del tipo «Oh, no, QEPD!» o que algún troll se burle de mí poniendo que «descanse en pis» o algo por el estilo. Las personas que de verdad me importan ya están al corriente de lo que pasa.

Y espero que me recuerden como era, y no como el fulano que pocas horas antes estuvo moliendo a otro a puñetazos sin verdadero motivo para hacerlo.

PATRICK «PECK» GAVIN

07:08 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Patrick «Peck» Gavin, porque hoy no va a morir, y eso que Peck estaba esperando que le llegara la alerta antes de que fuera su propio agresor el que la recibiera.

Ahora está en casa, apretando una hamburguesa congelada contra los moratones en su cara. Huele mal, pero la migraña está comenzando a desaparecer.

No tendría que haber dejado a Aimee en la calle, pero ella no quería verlo, y él tampoco está muy contento con ella. Había buscado su móvil viejo y la llamó; pero, después de una corta discusión, Aimee casi no podía ni hablar por el cansancio, y a Peck le costó lo suyo no colgar con brusquedad cuando ella dijo que quería hacer un esfuerzo y volver a ver a Rufus, estar con él durante su Último Día.

Peck siempre tuvo por costumbre atenerse a unas normas al tratar con personas como Rufus.

Unas normas que son de aplicación cuando alguien está empeñado en avasallarte.

Peck tiene motivos sobrados para quedarse dormido. Pero Rufus va a encontrarse con problemas si sigue vivo una vez que Peck despierte de su descanso.

RUFUS

07:12 horas

Mi teléfono suena, y espero que sean los Plutones, pero al instante me desengaña el sonido de una campanada. Mateo mira su móvil y recibe la misma notificación. A los dos nos llegó un mensaje idéntico: instalaciones de Vive el Momento situadas en las cercanías, a 1,6 kilómetros.

Frunzo los labios.

—¿Y esto qué demonios es?

—¿No has oído hablar del asunto? —pregunta Mateo—. Es algo bastante nuevo, lo lanzaron el otoño pasado.

—Pues ni idea. —Sigo andando calle abajo, escuchándole sin poner mucha atención, pues sigo preguntándome por qué los Plutones no responden en absoluto.

—Funciona de forma un poco parecida a esas fundaciones que llevan regalos a los niños hospitalizados de gravedad —explica él—. Pero esto no es solo es para pequeños; cualquier Fiambre puede ir. Han instalado una serie de centros de realidad virtual simple, para que los Fiambres puedan pasar su Último Día probando cosas como tirarte en paracaídas, conducir un coche de carreras y otros deportes de riesgo.

—¿Me estás hablando de una especie de montaje sentimentaloide para que no demos tanta pena?

—Hombre, no me parece que sea algo tan malo —responde Mateo.

Vuelvo a consultar el móvil para ver si se me escapó algún mensaje. Doy un paso para bajar de la acera, pero Mateo me bloquea el paso poniéndome el brazo en el pecho.

Miro a la derecha. Mateo mira a la derecha. Miro a la izquierda. Mateo mira a la izquierda.

No se ve un solo coche. La calle no puede estar más vacía.

—Para que lo sepas, estoy acostumbrado a cruzar la calle —digo—. De hecho, llevo toda la vida haciéndolo.

—Estabas mirando el móvil —indica.

—Porque sabía que no venía ningún coche.

A estas alturas, cruzar la calle resulta más bien instintivo. Si no vienen coches, cruzas. Si vienen coches, no cruzas… o cruzas corriendo.

—Lo siento —se disculpa—, pero quiero que este día dure lo más posible.

Está hecho un manojo de nervios, lo sé. Pero tiene que calmarse un poco.

—Ya. Pero tampoco pasa nada, hombre. Sencillamente, estamos andando. Y sé lo que tengo que hacer.

Miro a uno y otro lado antes de cruzar la calle vacía. Si alguien tendría que estar nervioso, ese soy yo, el que vio a su familia ahogarse dentro de un coche que se hundía en las aguas. Después de lo sucedido, no tengo muchas ganas de meterme en un coche, que digamos, y es curioso que a Malcolm le guste tanto arrimarse al calor de una chimenea, por mucho que sus padres murieran en el incendio de su casa. No soy tan duro de pelar como él. Pero tampoco hago como Mateo, quien no deja de

mirar a derecha e izquierda, a izquierda y derecha, hasta que llegamos a la otra acera, como si un coche pudiera surgir de la nada y atropellarnos en cero coma cinco segundos.

Su teléfono suena.

—¿Los de Vive el Momento también te llaman directamente? — pregunto.

Niega con la cabeza y dice: —Es Lidia. Está llamándome por el móvil de su abuela. No sé si… — Guarda el teléfono en el bolsillo, sin responder.

—Bien hecho por su parte —digo—. Por lo menos está tratando de contactar contigo. Yo sigo sin saber una mierda de mis amigos.

—Sigue intentándolo.

¿Por qué no? Dejo la bici contra un muro y les envío una solicitud de videochat por FaceTime a Malcolm y Tagoe. Nada. Le envío otra solicitud por FaceTime a Aimee y, justo cuando estoy a punto de colgar y enviarles a todos ellos una foto enseñándoles el dedo, el rostro de Aimee aparece en la pantalla. Respira de forma entrecortada, tiene los ojos cansados y el cabello desordenado y pegado a la frente. Está en casa.

—¡Me había quedado frita! —Menea la cabeza y agrega—: ¿Qué hora es…? Estás vivo. Tú… —Pierde de vista mis ojos un segundo; está mirando la mitad de la cara de Mateo. Alarga el cuello, como si la cámara del teléfono fuese una ventana a la que puede asomarse para ver mejor. Como cuando yo tenía trece años y ojeaba las revistas en busca de chicas vestidas con faldas y chicos con pantalones cortos; cuando encontraba lo que buscaba, inclinaba la página para ver qué había debajo—. ¿Y ese quién es? —pregunta ella.

—Mateo —contesto—. Es mi Último Amigo. —Mateo saluda con la mano—. Te presento a mi amiga Aimee. —Me abstengo de añadir que es la chica que me hizo trizas el corazón, pues no tengo intención de incomodar a nadie—. He estado llamándote.

—Lo siento. Las cosas están patas arriba desde que te fuiste —explica ella, frotándose los ojos con el puño—. Llegué a casa hace un par de horas, sin batería en el móvil. Lo puse a cargar, pero me quedé dormida antes de poder usarlo.

—¿Qué demonios pasó?

—La policía detuvo a Malcolm y Tagoe —dice—. Se enfrentaron a los agentes y se fueron de la boca. Y como habían estado contigo, Peck los denunció a los polis.

Le digo a Mateo que se quede donde está y me alejo unos pasos. Mateo da la impresión de estar asustado; después de lo que acaba de oír, es posible que se vaya a la tumba con la sospecha de que, sí, en realidad soy una persona de mierda.

—¿Sabes si esos dos están bien? ¿A qué comisaría los llevaron?

—No lo sé, Roof. Pero mejor que no vayas a buscarlos, o pasarás tu Último Día encerrado en un calabozo donde te puede pasar de todo.

—Todo esto es una mierda. ¡Ellos no hicieron nada! —Hago amago de soltarle un puñetazo a la ventanilla de un coche aparcado, pero yo en realidad no hago estas cosas, nada de eso, nunca se me ocurriría soltarle un golpe a una cosa o a un fulano de carne y hueso. Lo de Peck fue un error puntual, y no hay más que hablar—. ¿Y qué se sabe del bueno de Peck?

—Me acompañó hasta casa, pero me negué a hablar con él.

—Entonces, has roto con él, ¿es eso?

No responde.

Si estuviéramos hablando por teléfono, y no por videochat, me ahorraría el disgusto que me llevo al verle la cara. Podría suponer que asiente con la cabeza, que está decidida a dejar a Peck, si es que no lo hizo ya. Pero no es esto lo que veo.

—Es complicado —dice Aimee.

—Una cosa, Ames: cuando rompiste conmigo, no me pareció que lo encontraras tan complicado o confuso. Eso ya fue malo de por sí, pero no hay peor patada en los cojones que ver cómo les estás dando la espalda a los Plutones por ese baboso que hizo que los encierren. Se supone que tenemos que estar unidos, y yo muy pronto voy a estar fuera de escena, y sin embargo, estás diciéndome a la cara que vas a seguir relacionándote con ese hijo de la gran puta. —Me da igual que mi corazón esté a punto de estallar; esta chica sencillamente ha hecho lo posible por despojarse de su propio corazón, y desde hace tiempo—. Los dos son inocentes, para que lo sepas.

—Rufus, tampoco son inocentes del todo. Lo sabes, ¿no?

—Claro, sí. Adiós. Estoy con un amigo de verdad, así que tengo que dejarte.

Aimee me suplica que no cuelgue, pero lo hago de todos modos. No puede creer que mis colegas estén en el calabozo por culpa de mi estupidez. Y no puedo creer que ella no me lo haya dicho antes.

Me giro para explicarle todo a Mateo… pero se ha ido.

AIMEE DUBOIS

07:18 horas

Aimee desiste de llamar a Rufus. Hay tres posibles explicaciones de por qué Rufus no responde, en orden de mejor a peor:

1. Está ignorándola, pero más tarde la llamará.
2. Ha bloqueado su número y no tiene intención de hablar con ella.
3. Ha muerto.

Aimee abre la cuenta de Rufus en Instagram, deja comentarios bajo sus fotos, le pide que le devuelva las llamadas. Carga la batería del móvil, se cambia de ropas: pantalones cortos y una vieja camiseta de Rufus.

A Aimee le dio por hacer ejercicio físico en serio desde su llegada a Plutón. Poco después de su ingreso, un día se aventuró por el dormitorio del matrimonio de acogida con la idea de mirar si Francis tenía algo que valiera la pena robar —Francis no la había recibido con mucho entusiasmo, que digamos—, y terminó por fijarse en las mancuernas que Jenn Lori tenía junto a la cama. Se le ocurrió probar a levantar las pesas. Sus padres, que ahora cumplían condena de cárcel por haber atracado la taquilla de un pequeño cine, le habían metido la cleptomanía en el cuerpo, pero Aimee con el tiempo descubrió que se sentía más poderosa al trabajarse el cuerpo que al robarles cosas a los demás.

En este momento lo daría todo por salir a correr acompañada por Rufus en su bicicleta.

Y nunca va a olvidarse de la vez que él le enseñó a hacer flexiones de forma correcta.

Y no tiene la menor idea de lo que va a pasar ahora.

MATEO

07:22 horas

Sigo corriendo calle abajo, alejándome de Rufus.

Estoy sin mi Último Amigo, pero morir a solas quizá es el Último Día adecuado para alguien que ha vivido prácticamente a solas.

No sé qué fue lo que hizo Rufus que llevó a la detención de sus amigos. Es posible que estuviera pensando en utilizarme para tener una coartada de algún tipo. Pero ahora me he esfumado.

Me detengo para recuperar el aliento. Me siento en el escalón de esta guardería que hay aquí y llevo la palma de la mano a mis costillas doloridas.

Quizá haría bien en volver a casa y jugar a unos videojuegos. Escribir algunas cartas. Incluso me dan ganas de estar en el instituto, en la clase del señor Kalampouka, quien siempre se fija en mí y hace que me sienta visible. Aunque estar en clase con todos esos chavales que no paran de enviar mensajes de texto a la vez que manipulan peligrosas sustancias químicas resulta aterrador; ya lo es en los días normales, así que imaginad en mi Último Día.

—¡MATEO!

Rufus viene en bicicleta calle abajo, con el casco oscilando bajo el manillar. Me levanto y echo a andar otra vez, pero no sirve de nada. Rufus se detiene a mi lado, pasa la pierna izquierda por encima del sillín y se baja de la bici. Esta acaba tirada en el suelo en el mismo momento en que él me agarra del brazo. Me mira a los ojos, y cuando veo que no está furioso conmigo, sino más bien asustado, tengo la completa seguridad de que él no va a ser el causante de mi muerte.

—¿Estás loco? —pregunta—. Se suponía que íbamos a seguir juntos.

—Y se supone que a estas alturas te conozco algo —replico. Llevamos varias horas juntos ya. Fui con él a su cafetería preferida, donde me contó qué le gustaría hacer si le quedaran unos cuantos años por delante—. Pero ahora me entero de que andas huyendo de la policía, cosa que no me dijiste en ningún momento.

—No sé si la poli está buscándome de verdad —contesta Rufus—. Tienen que haberse enterado de que soy un Fiambre, y tampoco es que haya robado un banco o algo parecido, de manera que no van a esforzarse tratando de encontrarme.

—¿Se puede saber qué es lo que hiciste?

Me suelta y mira alrededor.

—Vamos a charlar a otro sitio. Y te lo cuento todo. Sobre el accidente que acabó con mi familia y la estupidez que hice anoche. Se acabaron los secretitos.

—Sígueme.

Yo soy el que va a escoger el lugar. Me fío bastante de Rufus, pero hasta que no lo sepa todo en detalle, no quiero volver a estar completamente a solas con él.

Andamos en silencio y entramos en Central Park, donde nos cruzamos con algunos madrugadores. Hay los suficientes ciclistas y corredores como para que me sienta cómodo, y Rufus además se mantiene a distancia, caminando por el césped, donde un joven golden retriever está persiguiendo a su amo. El perro me lleva a

pensar en la historia que estuve leyendo en *CuentaAtrás* cuando me llegó la alerta, aunque estoy seguro de que este perro y aquel no son el mismo.

Al principio me mantengo en silencio porque quiero que nos tranquilicemos un poco antes de que Rufus se explique, pero a medida que nos adentramos en el parque, lo que me enmudece es tanta maravilla, sobre todo al encontrarnos ante una escultura de bronce con los personajes de *Alicia en el País de las Maravillas*. Las hojas verdeoscuras crujen bajo mis pies mientras me acerco a Alicia, al Conejo Blanco y al Sombrerero Loco.

—¿Esto cuánto tiempo lleva aquí? —pregunto y me avergüenzo en el acto, porque seguro que no tiene nada de nuevo.

—No sé. Desde siempre, seguramente —dice Rufus—. ¿Nunca lo habías visto?

—No. —Levanto la vista y miro a Alicia, sentada en un hongo gigantesco.

—Pues vaya. Eres un turista en tu propia ciudad —observa él.

—Me temo que los turistas conocen mi propia ciudad mejor que yo.

La escultura es todo un descubrimiento. Mi padre y yo preferimos pasear por Althea Park, pero hemos estado en Central Park muchas veces. A papá le encantan las representaciones de obras de Shakespeare que tienen lugar en el parque en verano. Yo no soy muy aficionado al teatro, pero una vez fui con él y me divertí, en parte porque el recinto al aire libre me recordaba a los coliseos de las novelas de fantasía que me gustan y de las luchas de gladiadores en las películas de romanos. Ojalá hubiera descubierto esta escultura del País de las Maravillas cuando era pequeño para encaramarme a estas setas con Alicia e imaginar aventuras por mi cuenta.

—Ya, pero acabas de descubrir este lugar —dice Rufus—. Hoy. Lo que tiene su yo-qué-sé.

—Es verdad.

Sigue dejándome boquiabierto que esto haya estado aquí desde siempre, porque cuando piensas en un parque, piensas en árboles y fuentes, en estanques y toboganes para los niños. Tiene su encanto que un parque pueda sorprenderme de esta manera, y me brinda la esperanza de que quizá yo también pueda sorprender al mundo.

Pero, ojo: no todas las sorpresas son agradables.

Me siento en el hongo que hay junto al Conejo Blanco; Rufus se acomoda junto al Sombrerero. Su silencio es significativo, como el que se daba en las clases de Historia cuando estudiábamos los acontecimientos cataclísmicos de la antigüedad. La profesora, la señora Poland decía: «No sabéis la suerte que tenéis al contar con los servicios de Muerte Súbita». Nos hacía redactar trabajos en los que imaginábamos encontrarnos en períodos mortales significativos —las epidemias de peste, las guerras mundiales, los atentados de las torres gemelas y demás— y tratábamos de discernir cómo hubieran reaccionado las personas de haber contado con alertas procedentes de Muerte Súbita. Para ser sincero, estos trabajos hacían que me sintiera culpable por vivir en una época en la que disfrutamos de una novedad de las que mejoran la existencia, como sucede con los medicamentos que hoy curan enfermedades normales y corrientes que en el pasado se llevaban a mucha gente por delante.

—No cometiste un asesinato, ¿verdad? —pregunto finalmente.

Tan solo hay una respuesta válida para que siga permaneciendo a su lado. La alternativa me empujará a llamar a la policía para que puedan detenerlo antes de que

cometa otro asesinato.

—¡Por supuesto que no!

Puse el listón tan alto que tendría que resultarle fácil mantenerse por debajo.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Le pegué una paliza a uno —responde Rufus. Tiene los ojos clavados en la bicicleta aparcada en el caminillo—. Al nuevo novio de Aimee. Estaba poniéndome verde, y me pilló en un momento en que me sentía frustrado, porque tenía la sensación de que mi vida estaba llegando a un callejón sin salida, en muchos sentidos. Estaba cabreado, me decía que nadie me quería, y necesitaba hacérselo pagar a alguien. Pero yo no soy así. Fue un desliz que tuve.

Le creo. Rufus no es un monstruo. Los monstruos no vienen a tu casa para ayudarte a vivir; lo que hacen es atraparte en la cama y devorarte en vida.

—Todos cometemos errores —le recuerdo.

—Y los que lo están pagando son mis amigos —prosigue—. El último recuerdo que van a tener de mí es el de que me fugué de mi propio funeral por la puerta trasera cuando la poli vino a buscarme. Los dejé tirados… Durante los últimos cuatro meses estuve sintiéndome abandonado por completo, después de la muerte de mi familia y, en un abrir y cerrar de ojos, ahora soy yo el que hizo exactamente lo mismo con mi nueva familia.

—No tienes que contarme más sobre el accidente, si no quieres hacerlo —digo.

Ya se siente lo bastante culpable y, del mismo modo que nunca se me ocurriría exigirle a un indigente que me contara la historia de su vida para determinar si voy a ayudarlo o no, tampoco necesito que Rufus me venga con mayores explicaciones a fin de que siga confiando en él.

—No quiero hablar del asunto —responde—. Pero tengo que hacerlo.

RUFUS

07:53 horas

Tengo suerte al contar con mi Último Amigo, sobre todo ahora que mis colegas están en el calabozo y mi exnovia pasa de mí. Estoy obligado a hablar de mi familia, para que siga viva.

El cielo está cubriéndose, y empiezan a llegar unas fuertes ráfagas de viento, aunque la lluvia todavía no cae.

—La noche del diez de mayo, mis padres ya se habían acostado cuando el teléfono sonó. Los de Muerte Súbita les dieron la alerta. —Me siento hundido al recordarlo—. Olivia y yo estábamos jugando a las cartas cuando les llegó la llamada. Corrimos a su dormitorio, y mamá estaba al teléfono, manteniéndose serena mientras mi padre paseaba por la habitación maldiciéndolos en español y llorando. Nunca antes lo había visto llorar.

La impresión fue brutal. Tampoco es que mi padre tampoco fuera de macho por la vida, pero yo siempre tuve la impresión de que eso de llorar era una idiotez propia de nenazas. Está claro que el idiota era yo.

—El heraldo de Muerte Súbita finalmente pidió hablar con mi padre, y mi madre entonces perdió los estribos. Toda aquella mierda parecía salida de una pesadilla. No hay nada más aterrador que ver que a tus padres les entra el pánico. A mí también me entró el pánico, pero sabía que me quedaría Olivia. —Por lo menos no iba a estar solo —. Pero el de Muerte Súbita pidió hablar con Olivia a continuación. Mi padre colgó de golpe y tiró el teléfono contra la pared.

Se diría que eso de tirar los teléfonos por los aires nos viene de familia.

Mateo está a punto de preguntar algo, pero se refrena.

—Dispara.

—Da lo mismo —dice él—. No es importante. Bueno, estaba preguntándome si te ponía nervioso la posibilidad de que también estuvieras en el listado de esa jornada y no lo supieras. ¿Consultaste la base de datos en la Red?

Asiento con la cabeza. Muerte-subita.com es de ayuda en estos casos. Tras teclear mi número de la seguridad social para identificarme, vi que mi nombre no aparecía en la base de datos. Mi alivio fue relativo.

—Me parecía injusto que mi familia estuviera condenada, y yo no. Mierda… lo estoy diciendo como si me hubieran excluido de unas vacaciones en familia o algo parecido, y no es eso. Pero empecé a echarlos de menos durante ese mismo día, su Último Día. La pobre Olivia casi ni podía mirarme a los ojos.

Lo sé. No fue culpa mía que yo siguiera con vida, ni la suya que ella fuera a morir.

—¿Tu hermana y tú estabais muy unidos?

—Unidos a más no poder. Olivia era un año mayor que yo. Y mis padres estaban ahorrando para que los dos ingresáramos este otoño en la Universidad de Antioch, en California. Ella había obtenido una pequeña beca, pero se apuntó a un centro de formación profesional de por aquí, para que no nos separásemos, y fuéramos juntos.

Me cuesta respirar, como sucedió cuando le propiné la golpiza a Peck. Mis padres insistían en que se marchase a Los Ángeles por su cuenta y dejara de una vez este centro en Nueva York, donde estaba a disgusto. Pero ella se negó en redondo. No puedo dejar de pensar en que hoy estaría viva si les hubiera hecho caso a nuestros padres, es algo que me obsesiona por completo. Pero lo que ella quería era que pasáramos página y comenzáramos desde cero, los dos juntos—. Cuando salí del armario, Olivia fue la primera a la que se lo conté.

—Ah.

No sé si está fingiendo que no lo vio en mi perfil de Último Amigo, si se quedó impresionado por lo estrecho de la relación de mi hermana o si efectivamente no se fijó bien en mi perfil y es uno de esos capullos que tiene prejuicios contra los que besan a la persona indebida. Espero que no sea esto último. Ahora somos amigos, está claro, y no de manera forzada. Hace unas horas que conozco a este chico, gracias a un diseñador creativo cuyo nombre desconozco pero desarrolló una aplicación para establecer conexiones personales. Sentiría mucho tener que desconectar.

—¿Que quieres decir con eso de «ah»?

—Nada. En serio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Lo mejor es dejar las cosas claras cuanto antes.

—¿Llegaste a contárselo a tus padres? —pregunta Mateo a su vez.

Esto de eludir una pregunta con otra pregunta resulta típico.

—Sí. Les conté la verdad el último día que estuvimos juntos. Ya no podía esconderlo más. —Mis padres me abrazaron con mayor fuerza que nunca durante su Último Día. Y me siento muy orgulloso de haberles dicho la verdad, de la forma en que respondieron—. Mi madre se puso muy triste, porque no iba a tener ocasión de conocer a su futura nuera… o a su futuro yerno. Seguía estando un poquito nervioso, por lo que me reí y le pregunté a Olivia si había algo que pudiéramos hacer juntos, para cambiar de tema y para que dejara de mirarme con odio. Mis padres en ese momento querían que me fuera de su lado.

—Para que no lo pasaras mal, claro está.

—Sí, pero lo que yo quería era estar con ellos hasta el último minuto, aunque tuviera que verlos morir delante de mis ojos y quedarme con el recuerdo para siempre —digo—. No sabía lo que hacía. —La mía fue una estupidez que también pasó a mejor vida.

—¿Qué ocurrió entonces? —pregunta Mateo.

— Prefiero no darte los detalles. Es mejor que no los sepas.

—Ya que tienes que cargar con todo eso, me gustaría que lo compartieras conmigo.

—Tú lo has querido.

Se lo cuento todo: que Olivia quiso ir a la casita que teníamos cerca de Albany, donde siempre celebrábamos sus cumpleaños, para verla por última vez. Las carreteras estaban resbaladizas en el trayecto hacia el norte, y nuestro coche fue a parar al río Hudson. Yo estaba en el asiento del copiloto, porque pensaba que era mejor que mis padres no fueran los dos delante; si colisionábamos de frente, sería menos probable que murieran en un accidente. No funcionó.

—La misma canción, pero con otra letra —le digo a Mateo, antes de hablar del chillido de los neumáticos, del choque contra el guardarraíl, de la caída dando tumbos hacia el río…

—A veces me olvido de sus voces —explico. Tan solo han pasado cuatro meses, pero es un hecho—. Las suyas se mezclan con las voces de la gente que me rodea, pero sí que podría reconocer sus gritos, en cualquier lugar. —Cuando pienso en ello, se me pone la piel de gallina.

—No tienes que seguir, Rufus. Lo siento, no tendría que haberte pedido hablar de estas cosas.

Mateo sabe cómo termina esta historia, pero todavía no se lo he contado todo. Guardo silencio un momento, porque ya sabe lo principal, estoy llorando un poco y necesito calmarme para no asustarlo. Lleva la mano a mi hombro y me da una palmadita en la espalda, lo que me lleva a pensar en todos los demás adultos que trataron de animarme un tanto con sus SMS o mensajes en Facebook pero no sabían qué decir o hacer porque no habían perdido a queridos como yo.

—Ahora te sientes mejor —agrega Mateo—. Hablemos de otra cosa, como por ejemplo… —Mira alrededor—. De los pájaros. O de esos edificios medio ruinosos. O de…

Me enderezo.

—Y en fin, esto viene a ser todo. Acabé por irme a vivir con Malcolm, Tagoe y Aimee. Nos convertimos en los Plutones, y su compañía era justamente lo que necesitaba. Todos nos sentíamos perdidos y nos decíamos que mejor que nadie nos encontrara durante un tiempo. Me enjuago las lágrimas con el puño y me vuelvo hacia él—. Y ahora te ha tocado estar a mi lado hasta el final. No vuelvas a escapar corriendo, a ver si te secuestran y acaban haciendo una película mala sobre tu caso.

—No voy a ir a ninguna parte —dice él. Su sonrisa es dulce—. Pero bueno, ¿ahora qué hacemos?

—Estoy abierto a todo.

—¿Qué te parece si vivimos el momento?

—Pensaba que ya estábamos haciéndolo. Pero, ¿por qué no?

MATEO

08:32 horas

De camino al centro Vive el momento, Rufus se detiene frente a una tienda de artículos deportivos. En el escaparate hay imágenes de un ciclista, una mujer vestida con ropas de esquí y una pareja que corre; todos ellos sonríen como si fueran famosos de la tele, y ninguno suda en absoluto.

Rufus señala a la esquiadora y dice:

—Solía enviarle fotos de gente esquiando a Olivia. Porque todos los años íbamos a esquiar a Windham. No sé por qué siempre volvíamos, ni que fuéramos tontos. El primer año, mi padre se rompió la nariz contra una roca; fue un milagro que no muriera, por mucho que no lo hubieran llamado de Muerte Súbita. Mi madre se torció el tobillo al año siguiente. Hace dos años me pegué un golpetazo tremendo en un descenso. Siempre me ha costado frenar, y estaba a punto de arrollar a un niño, por lo que giré a la izquierda en el último segundo y me estrellé contra un árbol, como en los putos dibujos animados.

—Tienes razón: no entiendo por qué siempre volvíais.

—Olivia dejó de esquiar después de que me ingresaran en el hospital. Pero seguimos yendo a Windham siempre que podíamos, porque nos encantaban las montañas, la nieve, jugar a alguna cosa al calor del hogar en la casita… —Rufus concluye—: Espero que este lugar al que vamos sea tan divertido y seguro como nuestra casita.

Al cabo de unos minutos llegamos al centro Vive el momento. Rufus se detiene, toma una foto de la entrada y del cartelón azul desplegado sobre las puertas: «¡Emoción sin riesgos!», anuncia. Sube la imagen a Instagram, en color.

—Mira. —Me pasa el móvil, donde hay comentarios sobre sus fotos anteriores—. La gente pregunta qué hago despierto a esta hora.

Aimee hizo un par de comentarios, rogándole que responda al teléfono.

—¿Qué pasó con Aimee?

Menea la cabeza y responde:

—Terminé con ella. Su novio es el responsable de que Malcolm y Tagoe estén en el calabozo, por algo que hice yo, pero ella sigue saliendo con él. Aimee no es leal.

—¿No será que sigues sintiendo algo por ella?

—No —dice, mientras encadena la bici a un parquímetro.

No importa si está diciendo la verdad o no.

Dejo correr el tema; entramos.

No esperaba que este lugar tuviera aspecto de agencia de viajes. Una mitad de la pared situada tras el mostrador está pintada de un tono anaranjado crepúsculo; la otra mitad es de un color azul oscuro. Hay fotos enmarcadas de personas que practican escalada, surf y demás. Supongo que porque alegran la vista. La recepcionista es una joven negra de veintitantos años ocupada en anotar algo en un cuaderno. Lo hace a un lado al vernos entrar. Lleva puesto un polo amarillo y en la chapa de identificación consta el nombre «Deirdre». Este nombre me suena de antes, es posible que lo haya

visto en alguna novela de fantasía.

—Bienvenidos a Vive el momento —saluda Deirdre, sin demasiada jovialidad pero sin mostrarse distante. Con el adecuado punto de solemnidad. Ni siquiera nos pregunta si somos unos Fiambres. Nos pasa una carpeta y explica—: Hay que esperar media hora para volar en globo y nadar con los tiburones.

—¿Y a quién demonios se le ocurre…? —Rufus se gira hacia mí un segundo, vuelve a mirar a Deirdre y agrega—: ¿Estás diciéndome que hay gente que lo que quiere hacer en este momento es nadar con los tiburones?

—Se trata de una experiencia muy solicitada —responde ella—. ¿A ti no te gustaría nadar entre tiburones, a sabiendas de que no van a morderte?

Rufus frunce los labios y contesta:

—Le tengo mucho respeto al agua, eso es lo que pasa.

Deirdre asiente con la cabeza, como si estuviera familiarizada con la historia personal de Rufus.

—No hay problema. Estoy aquí para responder a vuestras preguntas.

Tomamos asiento y hojeamos las páginas de la carpeta. Además de volar en globo y nadar con los tiburones, podemos hacer paracaidismo, conducir un coche de carreras, correr en carrera libre, probar la tirolesa, montar a caballo, hacer salto base, navegar en descenso por rápidos, volar con ala delta, practicar la escalada en roca o hielo, montar en bicicleta de montaña ladera abajo, hacer windsurf y un montón de cosas más. Me pregunto si con el tiempo incluirán opciones ficticias como escapar de unos dragones, combatir a un cíclope o volar en alfombra mágica.

No vamos a durar lo suficiente para saberlo.

Aventuro:

—¿Y si probamos con la bicicleta de montaña? —A Rufus le encantan las bicis, y no hay agua de por medio.

—Paso. Quiero hacer algo nuevo. ¿Qué te parece el paracaidismo?

—Peligroso —contesto—. Pero bueno, si la cosa sale mal, cuéntale a los míos cómo fue todo. —No me sorprendería morir en un lugar donde prometen emoción exenta de riesgos.

—Cuenta con ello.

Deirdre nos hace entrega de unos documentos de renuncia a toda posible reclamación, de seis páginas cada uno, para que los firmemos. Los negocios orientados a los Fiambres a veces te los proporcionan, pero casi ni miramos las cláusulas, pues tampoco vamos a tener tiempo material para denunciarlos si algo no sale según lo previsto. En cualquier momento puede suceder el accidente más inesperado. Cada minuto que seguimos con vida supone un milagro.

La firma de Rufus es un garabato indescifrable. Apenas logro distinguir las dos primeras letras; las siguientes se pierden en una sucesión de curvas que me recuerdan unos diagramas de ventas comerciales que suben y bajan con regularidad.

—Pues muy bien —dice—. Acabo de renunciar a mi derecho a armar un escándalo si me muero.

Deirdre no ríe. Pagamos doscientos cuarenta dólares cada uno. Se trata del tipo de precio que puedes cobrar a la gente que muy pronto no va a necesitar de sus ahorros.

—Seguidme.

El largo corredor me recuerda el almacén donde mi padre trabajaba, con la salvedad de que en el interior de ese lugar no oías risas ni gritos. Por lo menos yo nunca oí ninguno (es broma). Las salas de este lugar son como salas de karaoke, con la diferencia de que algunas de ellas son dos o tres veces más grandes. Mientras vamos por el corredor, zigzagueando como una bola en una máquina del millón, miro por las ventanas y veo que en todas las salas hay Fiambres equipados con gafas especiales. Algunos de ellos están sentados en unos coches de carreras que se mueven y se estremecen, pero sin acelerar por unas pistas. Otro Fiambre está practicando el equivalente de la escalada en roca mientras un empleado situado a su lado teclea en el teléfono móvil. Una pareja está besándose en la cesta de un globo que flota a un par de metros del suelo, pero no en el aire. Un hombre que no lleva las gafas de protección llora mientras sostiene por la espalda a una chica que ríe montada a lomos de un caballo; no sabría decir cuál de los dos es un Fiambre, o si los dos lo son, pero la imagen me resulta tan triste que dejo de escudriñar las salas.

Nuestra sala no es muy grande, pero en ella hay unos enormes respiraderos, así como unas colchonetas de seguridad junto a las paredes. Al mando está una monitora vestida de aviadora y con el cabello oscuro y rizado recogido en una cola de caballo. Nos vestimos con idénticas ropas de aviador, nos colocamos unos arneses idénticos, y los tres de pronto parecemos ir disfrazados como los X-Men. Rufus le pide a la joven, Madeline, que nos tome una foto a los dos. No termino de atreverme a pasarle la mano por el hombro, así que copio su postura y me limito a posar las manos sobre mi cintura.

—¿Así está bien? —pregunta ella, mostrándonos la pantalla del móvil.

Nuestro aspecto es el de dos tipos que van muy en serio, que se niegan a morir antes de haber eliminado toda la fealdad de este mundo.

—Fantástica —aprueba Rufus.

—¡Puedo tomar más fotos mientras os tiráis!

—Eso sería estupendo.

Madeleine nos explica cómo funciona la cosa. Tenemos que ponernos las gafas especiales, la experiencia virtual empezará, y la sala entera se conjugará para hacer que todo resulte lo más real posible. Madeleine amarra nuestros arneses a unos ganchos de suspensión que hay en la pared y subimos por una escalera hasta llegar a una plancha que me recuerda a un trampolín de piscina y se encuentra a un par de metros del suelo.

—Cuando estéis listos, pulsad la tecla que hay en las gafas y saltad — indica Madeleine, mientras arrastra las colchonetas y las sitúa bajo nuestros cuerpos—. Todo irá bien, ya lo veréis. —Conecta los potentes ventiladores, y en la sala resuena el viento.

—¿Preparado? —me dice Rufus, ajustándose las gafas.

Ajusto las mías también y asiento con la cabeza. Pulso la tecla verde que hay junto a la lente. La realidad virtual se inicia de golpe. Estamos dentro de un avión que lleva la portezuela abierta, y un hombre tridimensional está haciéndome un gesto con el pulgar hacia arriba para que salte al abierto cielo azul. Tengo miedo de saltar, no del avión, sino al gran espacio abierto que se extiende ante mis ojos. Es posible que el arnés ceda… pero en realidad me siento seguro al cien por cien.

Rufus grita durante unos segundos, mientras desciende bajo mis pies; de pronto no se le oye.

Me subo las gafas especiales a la frente, rogando por no ver a Rufus tirado en el suelo y con el cuello roto, pero está suspendido en el aire, yendo de un lado a otro por efecto del viento procedente de los ventiladores. Hago mal en ver qué tal le va a Rufus, pero tenía que asegurarme de que se encontraba bien, aunque la experiencia ahora ya no vaya a ser la misma. Quiero disfrutar de la misma emoción vivida por Rufus, de manera que me ajusto las gafas otra vez, hago la cuenta atrás desde tres y salto. Me siento ingrávido mientras estrecho los brazos en torno a mi pecho, como si estuviera bajando por un túnel a toda velocidad, en lugar de bajar en caída libre entre las nubes, cosa que en realidad tampoco estoy haciendo, o eso supongo. Extiendo los brazos al máximo, con la idea de tocar los jirones en los extremos de una y otra nube, como si pudiera agarrar una físicamente y darle forma entre mis manos como una bola de nieve.

Un par de minutos después, la magia se desvanece. Veo la verde pradera a la que estamos precipitándonos, y sé que tendría que sentirme aliviado de estar llegando a ella, de encontrarme casi a salvo de nuevo, pero el hecho es que en ningún momento hubo verdadero peligro. Esto no resulta excitante. Es demasiado seguro.

Es exactamente aquello a lo que me apunté.

El Mateo virtual aterriza en el preciso momento en que lo hago yo; mis pies se hunden en la colchoneta. Me obligo a sonreírle a Rufus, quien me devuelve la sonrisa. Le damos las gracias a Madeleine por su ayuda, nos quitamos las ropas de aviadores y nos vamos.

—Fue divertido, ¿no? —comento.

—Hubiéramos hecho mejor en esperar a nadar con los tiburones — responde Rufus, mientras pasamos frente a la chica de la recepción.

—Gracias, Deirdre —digo —Felicidades por vivir el momento —responde, despidiéndose con la mano.

Es raro que te elogien por vivir, pero supongo que tampoco puede invitarnos a volver siempre que queramos.

Asiento en su dirección y sigo a Rufus al exterior.

—¡Pensaba que lo estabas pasando bien! Estabas gritando.

Abre el candado de la cadena de su bici. Es una pena que no se la hayan robado.

—Disfruté en el momento del salto, pero luego me dejó frío. ¿A ti te gustó? Dime la verdad, anda.

—Me pasó lo mismo que a ti.

—La idea fue tuya —dice, mientras lleva la bici por el manillar—. ¿Se te ocurre alguna otra idea fabulosa?

—Lo siento.

—Es broma, chico. Fue interesante, pero ese lugar es a prueba de riesgos, y la diversión sin riesgos de ninguna clase no es diversión ni es nada. Tendríamos que habernos informado mejor antes de gastar tanto en la entrada.

—No hay muchos usuarios que hayan dejado descripciones en Internet —explico. Se trata de un servicio exclusivo para Fiambres, y no es de esperar que dejen muchas descripciones de la experiencia vivida. El tiempo les resulta demasiado valioso como

para perderlo en elogios o críticas a lo ofrecido por la fundación—. Y lo siento mucho, de verdad. No porque hayamos tirado el dinero, sino por la pérdida de tiempo.

Rufus se detiene y coge su teléfono.

—No ha sido una pérdida de tiempo.

Me enseña la foto donde salimos vestidos de aviadores y la sube a Instagram. La etiqueta como #UltimoAmigo.

—Yo digo que van a ponerme diez o doce «me gusta».

LIDIA VARGAS

09:14 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Lidia Vargas, porque hoy no va a morir. Pero si fuera el caso, Lidia se lo diría a todos sus seres queridos, a diferencia de su mejor amigo, quien no se atrevió a contarle que está muriéndose.

Lidia terminó comprendiéndolo. Las pistas eran muchas, y todas las piezas encajan: Mateo se presentó a una hora supertemprana; la colmó de unos elogios tan gentiles como inesperados, insistiendo en que es una madre fantástica; dejó un sobre con cuatrocientos dólares en la encimera de la cocina; bloqueó su número, tal y como ella misma le enseñó a hacer.

Durante los minutos posteriores al acto de desaparición de Mateo, a Lidia le entró el pánico. Finalmente llamó a su abuela y le pidió que viniera a casa desde la farmacia donde trabaja. Sin hacer caso a las incesantes preguntas de la abuelita, cogió el móvil y llamó a Mateo una y otra vez, sin que él contestara. Lidia reza por que la razón sea la más simple: porque Mateo tiene el número de la abuelita en su listado de contactos. Y no porque haya dejado de existir.

Ella en realidad no piensa de este modo. Mateo no va a disfrutar de una larga vida, lo que es una mierda pinchada en un palo, porque es el ser más maravilloso en todo el universo, pero sí que va a vivir un largo día. Puede morir a las 23:59, pero ni un minuto antes.

Penny está llorando, y la abuelita no consigue entender qué es lo que marcha mal. Lidia está versada en los lloros de Penny y sabe cómo calmarla. Si tiene fiebre, hace que se siente en su regazo y le canturrea al oído. Si se cae, la recoge al momento y le pasa un juguete con luces centelleantes o sonidos llamativos; por desgracia, hay juguetes que tienen lo uno y lo otro. Si la pequeña tiene hambre o necesita que le cambien los pañales, la solución está más que clara. Penny echa en falta a su tío Mateo. Pero Lidia no puede seguir diciéndole hola por FaceTime una y otra vez, porque Mateo, una vez más, ha bloqueado su número.

Entra en Facebook. Antes usaba su cuenta para estar en contacto con los amigos del instituto, pero ahora sube fotos de Penny a ella, para que la familia de Christian las vea, con lo que se ahorra enviar constantes mensajes a los padres, abuelos, tíos y tías de su novio muerto, o a ese primo de él que siempre está pidiéndole consejos antes de salir a cenar con una chica que conoció en la Red.

Visita la página de Mateo, una tierra baldía en la que apenas hay diecinueve amigos, dos espléndidas fotos del amanecer en Brooklyn, procedentes de una página de seguidores de «¡Buenos días, Nueva York!», y un artículo sobre cierto instrumento inventado por la NASA que te permite escuchar los sonidos del espacio exterior, así como una notificación de estado subida meses atrás, que pasó prácticamente desapercibida, dando las gracias a su mejor compinche en la Red por haber aceptado su solicitud de amistad. Mateo nunca ha sido muy ducho a la hora de compartir sus propias cosas, y esto está más que claro, pero siempre puedes contar con él para que comente tu foto o comunique su deleite por tu entrada. Si hay algo que te importa, a

él también le importa.

A Lidia no le gusta nada que Mateo ande solo por las calles. No estamos a principios de la década del 2000, cuando la gente caía muerta sin previo aviso. La función de Muerte Súbita consiste en preparar a los Fiambres y a sus allegados para lo que está por venir, no para que los Fiambres les den la espalda a sus allegados. Lidia se dice que ojalá Mateo la hubiera dejado entrar en su vida, hasta el último minuto de su existencia.

Revisa las fotos de su amigo, empezando por las más recientes: Mateo y Penny, durmiendo la siesta en el sofá ahora ocupado por la propia Lidia; Mateo, andando con Penny a cuestas por la sala de los reptiles del zoológico, donde ambos estuvieron muertos de miedo por la posibilidad de que alguna serpiente escapara; Mateo y su padre, en la cocina del piso de Lidia, la vez que su padre le enseñó a preparar el arroz *pegao* típico de su isla; Mateo, colgando unas serpentinas en el primer cumpleaños de la niña; Mateo, Lidia y Penny, sonrientes en el asiento trasero del coche de la abuelita; Mateo, en la ceremonia de graduación, ataviado con toga y birrete, abrazándose a Lidia, quien le había traído flores y globos. Lidia cierra la página con las fotos. El baúl de los recuerdos resulta demasiado doloroso a sabiendas de que él sigue ahí afuera, vivo. Contempla la foto de su perfil, una imagen que ella misma tomó en el dormitorio de Mateo, mientras este miraba por la ventana, por si el cartero se presentaba de una vez y le entregaba la nueva Xbox Infinity.

Mañana a esta hora, Lidia subirá una entrada a Facebook, anunciando el fallecimiento de su mejor amigo. La gente responderá y le dará el pésame, como pasó con la muerte de Christian. Y después de que todos se acuerden de Mateo, ya sea porque estuvo de visita en sus casas o comiendo con ellos a la mesa, se dirigirán a su página en tropel y dejarán comentarios, creando una suerte de memorial digital. Esperando que descanse en paz. Diciendo que era demasiado joven para morir. Que les hubiera gustado hablar largo y tendido con él antes de su desaparición.

Lidia nunca va a saber qué está haciendo Mateo a lo largo de su Último Día, pero espera que su mejor amigo encuentre aquello que anda buscando.

RUFUS

09:41 horas

Nos tropezamos con siete viejas cabinas telefónicas abandonadas en una zanja bajo la autovía que lleva al norte por el puente de Queensboro.

—Tenemos que ir a ver.

Mateo hace amago de protestar, pero levanto el dedo y lo hago callar de inmediato.

Dejo la bicicleta en el suelo, y reptamos por un boquete que hay en la parte inferior del vallado metálico, entre cañerías oxidadas y bolsas de basura llenas a rebosar de algo que huele a alimentos podridos y a mierda; en torno a las cabinas hay regueros de una sustancia negruzca y pegajosa. Alguien pintarrajeó con aerosol una botella de Pepsi que está dándole una paliza a otra de Coca-Cola; hago una foto, la subo a Instagram y etiqueto a Malcolm, para que quede claro que estuvo conmigo durante mi Último Día.

—Esto es como un cementerio —comenta Mateo. Se agacha y recoge un par de zapatillas deportivas.

—Ojo, que dentro puede haber unos dedos gordos rebanados — bromeo.

Mateo inspecciona el interior de las zapatillas.

—Ni dedos gordos, ni cualquier otro resto humano. —Las deja caer y agrega—: El año pasado me tropecé con un tío que andaba por la calle descalzo y con la nariz ensangrentada.

—¿Un indigente?

—No, no, un chico de nuestra edad. Le habían pegado y robado, así que le di mis propias zapatillas.

—Seguro que se las diste —convengo—. Porque eres lo que no hay. Eres todo corazón.

—Tampoco lo hice para que dijeran que soy muy buena persona. Perdón. Y bueno, tengo curiosidad por saber en qué anda metido ese chico. No creo que lo reconociera, porque tenía la cara cubierta de sangre.

Mateo menea la cabeza, como si el gesto pudiera borrar este recuerdo de mi mente.

Me acuclillo junto a una de las cabinas de teléfono. Junto al hueco dejado por el auricular arrancado alguien escribió con rotulador azul: LENA, TE QUIERO. LLÁMAME.

El pretendiente de Lena se olvidó de dejar su propio número, así que no veo mucho futuro a su relación con ella.

—Esto que hemos encontrado es la bomba —observo, la mar de interesado, mientras voy hacia la siguiente cabina—. Me siento como si fuera Indiana Jones. —Mateo me mira y sonríe—. ¿Qué?

—De chico miraba sus películas una y otra vez, hasta aprendérmelas de memoria —explica—. No lo recordaba hasta que dijiste eso.

Me cuenta que su padre solía esconder algún tesoro en el piso; el tesoro muchas

veces era el frasco donde guardaban las monedas sueltas para la lavandería automática. Mateo se encasquetaba el sombrero de vaquero de su disfraz del Woody de *Toy Story* y empuñaba un cordón de zapato a modo de látigo. Cuando finalmente encontraba el tesoro, su padre se cubría con una máscara de luchador mexicano regalada por un vecino, tiraba a Mateo al sofá y peleaba con él ruidosamente.

—Qué bueno. Se nota que tu padre era un padrazo.

—Digamos que tuve suerte —responde Mateo—. Pero, perdona, eras tú el que estaba hablando.

—No pasa nada. Tampoco estaba contando algo sensacional. No voy a soltar un discursito sobre la eliminación de las cabinas telefónicas en la ciudad, diciendo que se trata del comienzo de la desconexión universal u otra chorrada parecida. Lo único que digo es que estas cabinas son fantásticas. —Tomo unas cuantas fotos con el móvil—. Si lo piensas, es de locos, ¿verdad? Pronto no va a quedar un solo teléfono de monedas en Nueva York. La verdad es que yo ya no me sé ningún número de memoria.

—Yo solo me sé el de mi padre y el de Lidia.

—Si hubieran llegado a meterme en el calabozo, me habrían fastidiado de verdad. Y daría igual que recordase algún número de memoria. Se acabó eso de meter una monedita por la ranura y hablar con alguien. — Levanto el móvil—. ¡Mira! ¡Ni siquiera estoy usando una cámara de verdad! Las cámaras con película también van a pasar a la historia muy pronto, ¡ya lo verás!

—Y lo siguiente en desaparecer será el correo postal: las cartas escritas a mano y las oficinas de correos —asegura Mateo.

—Por no hablar de los negocios de alquiler de deuvedés de películas… y hasta de los reproductores de DVD.

—O de los cables telefónicos y los contestadores automáticos.

—De los periódicos —prosigo—. De los relojes, de pulsera o de pared. Seguro que alguien está diseñando un servicio que nos permitirá saber la hora de forma automática.

—De los libros en papel y de las bibliotecas. No de la noche a la mañana, pero con el tiempo. —Mateo guarda silencio; seguramente está pensando en los libros de Scorpius Hawthorne mencionados en su perfil —. ¿Y qué me dices de las especies animales en riesgo de extinción? Me había olvidado de ellas por completo.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. Todo va a desaparecer; todo y todos estamos muriéndonos. El ser humano es un asco, amigo. Creemos que somos lo que se dice indestructibles e infinitos, porque podemos pensar y cuidar de nosotros mismos, a diferencia de los teléfonos a monedas o los libros, pero estoy seguro de que los dinosaurios en su momento también pensaban que iban a seguir siendo los reyes para siempre.

—Nunca hacemos nada —dice Mateo—. Tan solo hacemos algo cuando el tiempo corre en nuestra contra. —Se señala a sí mismo y añade—: Yo mismo soy una prueba de lo que estoy diciendo.

—Supongo que somos los próximos en el listado —indico—. Va a llegarnos el momento antes que a los periódicos, los relojes o las bibliotecas. —Seguido por Mateo, repto por el boquete; salimos al otro lado—. Pero supongo que sabes que ya

nadie usa cables telefónicos a estas alturas, ¿no?

TAGOE HAYES

09:48 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Tagoe Hayes, porque hoy no va a morir. Pero nunca va a olvidar el momento en que a su mejor amigo sí que le llegó la alerta. La expresión en el rostro de Rufus va a obsesionar a Tagoe durante mucho más largo tiempo que las sangrientas secuencias en sus películas preferidas de asesinos en serie.

Tagoe y Malcolm siguen en la comisaría, encerrados en un calabozo que resulta ser dos veces más grande que su habitación.

—Estaba segurísimo de que este lugar olería a meados —dice Tagoe.

Está sentado en el suelo, porque la banqueta es inestable y cruje cada vez que se mueve un poco en el asiento.

—Pero solo huele a vómito —comenta Malcolm, mordiéndose las uñas.

Tagoe se dice que tan pronto como vuelva a casa tirará a la basura los vaqueros que lleva puestos. Se quita las gafas, y Malcolm se convierte en un borrón, al igual que el escritorio del agente al otro lado de las rejas. Es algo que hace de vez en cuando, para que los demás sepan que quiere abstraerse un rato de cuanto tiene lugar a su alrededor. Malcolm solo se molestó por dicho gesto una vez, un día que estaban jugando a *Cartas contra la humanidad*. Tagoe no llegó a decirle que lo hizo porque en el naipe que extrajo del montón había un chiste sobre el suicidio, circunstancia que lo llevó a pensar en el hombre que lo abandonó para siempre.

Se pregunta si Rufus está vivo y se encuentra bien, y tiene dolores en el cuello al hacerlo.

Tagoe con frecuencia reprime ese tic suyo, porque el hecho de que su cuello dé una sacudida por minuto no solo resulta incómodo, sino que también provoca que la gente lo vea como alguien no muy de fiar, a quien es mejor evitar. Rufus en cierta ocasión le preguntó qué sensación tenía al reprimirlo, y Tagoe entonces les pidió a Rufus, a Malcolm y a Aimee que contuvieran la respiración y no pestañearan durante tanto tiempo como pudieran. A Tagoe no le hizo falta sumarse a ellos para saber el alivio que sintieron al respirar y pestañear de nuevo. En su caso, el tic era tan natural como la respiración o los parpadeos. Pero, cuando el cuello se le va en una u otra dirección, nota unos pequeños crujidos y suele imaginar que sus huesos se vienen abajo a cada giro.

Vuelve a ponerse las gafas y pregunta: —Si te llamaran a ti, ¿qué es lo que harías?

Malcolm suelta un gruñido y responde:

—Igual que Roof, lo más probable. Con la diferencia de que no se me ocurriría invitar a mi funeral a una exnovia a cuyo novio acabara de darle una paliza.

—Está claro que Roof metió la pata.

—¿Y qué harías tú? —pregunta Malcolm.

—Lo mismo.

—¿Tú…?

Malcolm se detiene. Y no porque sea tímido, como pasó cuando Tagoe estaba

bloqueado al escribir el guion de *La médico suplente* y no se atrevió a sugerirle una posibilidad estupenda: la de que la médico demoníaca llevara un estetoscopio que le permitiera leerles la mente a sus pacientes. No, ahora calla porque Tagoe sin duda va a enfadarse si le hace la pregunta.

—Yo no me pondría a buscar a mi madre ni trataría de averiguar cómo murió mi padre —responde Tagoe de todas maneras.

—¿Y por qué no? Si yo supiera algo sobre el hijo de perra que le pegó fuego a mi casa, me metería en una pelea por primera vez en la vida — asegura Malcolm.

—A mí tan solo me importa la gente que quiere formar parte de mi vida. Como Rufus. ¿Te acuerdas de lo nervioso que se puso cuando habló con nosotros y salió del armario? Tenía miedo de que lo echáramos de la habitación, porque lo pasaba bien con nosotros. Esa es una persona que quiere formar parte de mi vida. Y yo quiero formar parte de la suya. De lo que quede de ella.

Tagoe se quita las gafas y deja que su cuello se encabrite.

KENDRICK O’CONNELL

10:03 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Kendrick O’Connell, porque hoy no va a morir. Es posible que no vaya a perder la vida, pero sí que va a perder el empleo en el establecimiento donde sirven emparedados. A Kendrick le importa una mierda. No se molesta en quitarse el delantal y sale a la calle, donde prende un cigarrillo.

Kendrick nunca ha tenido suerte en la vida. Incluso cuando el año pasado le tocó la lotería, esto es, cuando sus padres por fin se divorciaron, la suerte no tardó en darle la espalda otra vez. Su madre y su padre eran tan incompatibles como el pie de un adulto y un zapato para niño; él lo sabía desde que tenía nueve años. Por entonces no se enteraba de muchas cosas, pero tenía claro que eso de que su padre durmiera en el sofá y a su madre le diera igual que cada dos por tres la engañara con chicas jóvenes en Atlantic City nada tenía que ver con el amor. (Kendrick tiene un problema a la hora de ocuparse de sus propios asuntos y no meter las narices donde no le llaman; seguramente sería más feliz si fuera un tanto más ignorante de las cosas).

El primer chelque de la ayuda para las madres solteras llegó justo cuando Kendrick necesitaba unas zapatillas nuevas. Las viejas tenían rajadas las suelas delanteras, y sus compañeros de clase constantemente estaban burlándose de él por llevar aquellas deportivas que «hablaban» cada vez que andaba: abrían las bocazas, las cerraban, las abrían, las cerraban. Kendrick le suplicó a su madre un par de Nike Air Jordan último modelo, y ella accedió y se gastó trescientos dólares en comprarlas porque Kendrick «necesitaba sentirse un ganador». Por lo menos, eso fue lo que le contó al abuelo paterno de su hijo, un hombre muy complicado que… bueno, su personalidad de hecho no tiene importancia en este relato.

Kendrick creía estar volando al andar con las zapatillas nuevas… hasta que cuatro grandullones aparecieron de la nada y se las robaron. La nariz le sangraba, y los pies le dolían al volver descalzo a casa. Tuvo suerte de cruzarse con aquel chico de gafas que le pasó un paquete de pañuelitos de papel que llevaba en la mochila y hasta se descalzó y le dio sus propias deportivas, a cambio de nada. Kendrick nunca más volvió a verlo, ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero tampoco se comía el coco al respecto. Lo único que le importaba era que nunca más volvieran a sacudirle de esa manera.

Y al poco tiempo, Daniel Rivas —un antiguo compañero de clase que había dejdo los estudios y se sentía muy contento por ello— hizo que Kendrick se convertiera en un fortachón. En un solo fin de semana le enseñó a Kendrick a romperle la muñeca a quien tratara de asestarle un golpe. Damien hizo que saliera a la calle, como quien suelta a un pitbull peligroso, para que se las viera con otros adolescentes que ni sospechaban la que se les venía encima. Kendrick se acercaba a alguien y, sin decir palabra, le pegaba un puñetazo y lo derribaba en el acto.

Kendrick se convirtió en todo un malo con puños de hierro, y es lo que hoy sigue siendo.

Un malo con puños de hierro, pero sin trabajo.

Un malo con puños de hierro que no tiene a quien sacudir, pues su pequeña pandilla se disolvió después de que el tercero de los miembros, Peck, tuviera novia y tratara de llevar una vida menos peligrosa.

Un malo con puños de hierro que vive rodeado de personas cuyas pretensiones vitales le resultan insultantes, que están pidiendo a gritos que alguien les rompa la mandíbula de un puñetazo.

MATEO

10:12 horas

—Sí, ya lo sé. Hemos quedado en que no se me iban a ocurrir más ideas fabulosas…

—Ya estamos otra vez —dice Rufus, quien me acompaña montado en la bicicleta. Estuvo insistiendo para que me subiera a ese cacharro mortífero con él. No lo hice antes, y no voy a hacerlo ahora. Pero tampoco es cuestión de que no pueda ir en bici por mis miedos—. ¿En qué estás pensando?

—Quiero ir al cementerio y visitar a mi madre. Tan solo la conozco por lo que mi padre me ha contado de ella, y me gustaría pasar un poco más de tiempo a su lado —respondo—. Creo que ese cementerio de cabinas telefónicas me dejó un poco trastornado. —Mi padre normalmente visitaba a mi madre a solas porque yo estaba demasiado nervioso para acompañarlo—. A no ser que prefieras hacer alguna otra cosa.

—¿Hablas en serio? ¿De verdad quieres ir al cementerio el día en que vas a morir?

—Pues sí.

—Entonces me apunto. ¿Qué cementerio es?

—El cementerio Evergreens, en Brooklyn. Está cerca del vecindario donde creció mi madre.

Debemos coger la línea A del metro en la parada de Columbus Circle y viajar hasta Broadway Junction.

Al pasar frente a una pequeña tienda, Rufus dice que quiere entrar.

—¿Qué es lo te hace falta? —pregunto—. ¿Agua?

—Tú sígueme —dice.

Lleva la bici por el manillar a través de los pasillos y se detiene ante el estante con los juguetes en oferta. Hay pistolas de agua, arcilla para modelar, muñecos de acción, pelotas, gomas de borrar con olores y cajas de Lego. Rufus coge una de las cajas.

—Aquí está.

—Vaya… no entiendo.

—Ponte las pilas, arquitecto. —Rufus se dirige a la caja—. Vas a tener que enseñarme lo que sabes. —Sonrío ante este pequeño milagro; no creo que yo mismo hubiera sido capaz de producirlo. Saco la billetera, pero la aparta a un lado—. No. Esto lo pago yo. Es mi forma de corresponder a tu sugerencia de subir fotos a Instagram.

Compra la caja de Lego y salimos. Mete la bolsa de plástico dentro de su mochililla y camina a mi lado. Explica que siempre quiso tener una mascota, pero no un perro o un gato, pues su madre era tremendamente alérgica a las dos especies. Se decía que un día compraría algo propio de un chico malo, como una serpiente, o bien gracioso, como un conejito. No me parece mala idea, siempre que no comprara los dos a la vez y les obligara a compartir un mismo espacio.

Llegamos a la parada de metro de Columbus Circle. Baja la bici por las escaleras, nos abrimos paso entre el gentío y logramos subir a un tren un momento antes de la salida.

—Justo a tiempo —observo.

—Podríamos haber llegado antes si hubiéramos ido en la bici los dos — bromea Rufus. O parece bromear.

—Podríamos llegar antes al cementero si nos llevara un coche fúnebre.

Al igual que el tren que cogimos en mitad de la noche, este convoy está casi vacío; apenas habrá diez o doce pasajeros. Nos sentamos con las espaldas contra un cartel que anuncia el World Travel Arena.

—¿A qué sitios te hubiera gustado viajar? —pregunto.

—A un montón. Quería probar cosas cool, practicar surf en Marruecos, ala delta en Rio de Janeiro, quizá nadar con los delfines en México. Ojo, con los delfines, no con los tiburones —puntualiza Rufus. Tengo la impresión de que si fuéramos a vivir más allá de este día, aprovecharía para mofarse a conciencia de esos Fiambres que nadan con los tiburones —. También me atraía la idea de hacer fotos de distintos lugares del mundo, sitios poco conocidos pero que tienen su encanto, aunque no sean tan famosos como la torre de Pisa o el Coliseo romano.

—Suena muy interesante. ¿Qué crees que…?

Las luces del tren parpadean, y todo se detiene de golpe, hasta el zumbido de los ventiladores. Estamos bajo tierra, sumidos en una oscuridad total. Por megafonía avisan de que estamos experimentado un pequeño retraso y que el sistema seguramente volverá a estar en funcionamiento muy pronto. Un niño pequeño llora; un hombre masculla una maldición y se queja de este enésimo retraso. *Tampoco es para tanto,* me digo. Rufus y yo tenemos unas preocupaciones más importantes que la posibilidad de llegar tarde a algún sitio. No me ha parecido que en el vagón viajen elementos peligrosos, pero el hecho es que estamos parados. Alguien podría clavarnos una cuchillada, y nadie se enteraría hasta que volvieran las luces. Me acerco a Rufus un poco, hasta que mi pierna roza la suya, y ahora estoy protegiéndolo con mi cuerpo, porque quizá puedo hacerle ganar algo de tiempo, lo suficiente como para que vea a los Plutones, si es que hoy los dejan en libertad. ¿Quién sabe? Quizá voy a ser el escudo que va salvarlo de la muerte, quizá voy a irme de este mundo como un héroe, quizá Rufus va a ser la excepción a la regla de que en Muerte Súbita jamás cometen una equivocación.

Algo resplandese a mi lado, parece ser una linterna.

Es la luz del teléfono de Rufus.

Me cuesta mucho respirar, el corazón me late a mil y no consigo sentirme mejor, ni siquiera cuando Rufus me frota el hombro con la mano.

—No hay de qué inquietarse, chico. Esto pasa cada dos por tres.

—No tanto.

Los retrasos sí que son habituales, pero no es normal que se apaguen las luces.

—Tienes razón. No tanto. —Mete la mano en la mochililla y saca el Lego; abre la caja, y algunas de las piezas van a caer en mi regazo—. Mira, aquí tienes. Constrúyenos algo, Mateo.

No sé si también considera que estamos a puntos de morir y quiere que cree

alguna cosa bonita antes de que palme, pero hago lo que me dice. El corazón sigue latiéndome con fuerza, pero dejo de temblar cuando cojo el primer ladrillo. No tengo idea de qué es lo que estoy construyendo, pero dejo que mis manos vayan por su cuenta y construyan unos cimientos con los ladrillos de mayor tamaño, mientras el punto de luz sigue iluminándome en este vagón por lo demás a oscuras.

—¿Y tú? ¿Había algún lugar al que te hacía ilusión viajar? —pregunta Rufus.

Me siento sofocado, por la oscuridad y por esta pregunta.

Ojalá hubiera tenido el valor necesario para viajar. Ahora que no tengo tiempo para ir a ningún lugar, quiero ir a todas partes: quiero perderme en los desiertos de Arabia Saudí; encontrarme corriendo bajo los murciélagos del puente de Congress Avenue en Austin, Texas; pasar una noche en la isla japonesa de Hashima, donde hay una mina de carbón abandonada, por lo que también es conocida como «la isla fantasma»; viajar en el ferrocarril de la muerte por Tailandia, porque, a pesar de que lleve semejante nombre, existe la posibilidad de que sobreviva a los acantilados cortados a pico y los endebles puentes de madera; y quiero ir a todos los demás lugares. Quiero escalar hasta la última montaña, descender remando por hasta el último de los ríos, explorar hasta la última de las grutas, correr por hasta la última de las playas, visitar hasta la última de las ciudades, cruzar hasta el último de los puentes, visitar hasta el último de los pueblos, ciudades, países. En todos los rincones del mundo. Tendría que haber hecho algo más que limitarme a mirar documentales y videos por Internet sobre todos estos lugares.

—Me gustaría ir a un sitio que me dejara alucinado —respondo—. Eso de practicar el ala delta en Rio suena increíble.

En mitad del proceso de construcción, me doy cuenta de qué es lo que estoy creando: un santuario. Me lleva a pensar en mi casa, en el lugar en el que me refugiaba de posibles sobresaltos, pero ahora estoy viendo la otra cara de la moneda y comprendo que mi casa hizo que siguiera vivo durante todo este tiempo. No tan solo que siguiera vivo, sino que me sintiera feliz también. Mi casa nada tiene de malo, no es la culpable de nada.

Cuando finalmente termino —mientras Rufus explica que sus padres estuvieron a punto de ponerle el nombre de Kane en homenaje al luchador de lucha libre preferido por su madre—, se me cierran los ojos y bajo la cabeza sin querer. Me rehago al momento.

—Perdón. No estás aburriéndome. Me gusta hablar contigo. Lo que pasa es que, eh, estoy muy cansado. Exhausto, a decir verdad. Pero tengo claro que haría mal en dormir, pues no hay tiempo que perder en siestecitas. —La verdad es que esta jornada está consumiendo mis energías.

—Cierra los ojos un rato —sugiere él—. Seguimos parados, así que, ¿por qué no descansar? Te despierto cuando estemos llegando al cementerio. Te lo prometo.

—Tú también tendrías que dormir.

—No estoy cansado.

Es mentira, pero sé que no va a dar su brazo a torcer.

—Muy bien.

Descanso la cabeza contra el respaldo, con el santuario de juguete en el regazo. El teléfono dejó de iluminarme. Pero sigo notando que Rufus me mira, aunque puede

tratarse de mi imaginación. Al principio me resulta extraño, pero luego es agradable, incluso si no está mirándome, porque tengo la impresión de contar con un ángel guardián para mí solo.

Mi Último Amigo va a estar conmigo hasta el final.

RUFUS

10:39 horas

Tengo que tomarle una foto a Mateo dormido.

Lo que digo suena un poco rarito, lo reconozco. Pero he de inmortalizar esta expresión soñadora en su cara. Lo que también suena bastante rarito, ahora que caigo. Mierda. También se trata de capturar el momento. No es habitual encontrarte en un tren parado y a oscuras con un chico de dieciocho años que tiene una casa del Lego en el regazo y se dirige al cementerio para visitar la tumba de su madre. Exacto. Lo que me estoy diciendo. Merece la pena subir una imagen así a Instagram.

Me levanto para que la imagen sea más amplia. Apunto en la oscuridad y hago la foto; el flash me ciega. Un momento después, y no se trata de un chiste, las luces y los ventiladores del tren se encienden de nuevo. Nos ponemos en movimiento.

«Estoy hecho todo un hechicero», murmuro.

Mierda. Acabo de descubrir que tengo superpoderes… en mi Último Día. Ojalá alguien me hubiera estado grabando en video. Se haría viral con rapidez.

La foto es buenísima. Voy a subirla a la que tenga cobertura otra vez.

Menos mal que tomé esta foto de Mateo dormido —sí, sí, ya hemos quedado en que la idea es un poco rarita—, porque su rostro de pronto se contrae y tiene un tic en el ojo izquierdo. Tiene mal aspecto y respira con dificultad cada vez mayor. Está temblando. Mierda, tal vez resulta que es epiléptico. No lo sé, en ningún momento me contó algo parecido.Tendría que haberle preguntado. Estoy a punto de pedir ayuda, por si algún pasajero sabe lo que hay que hacer en caso de crisis de epilepsia, pero Mateo de repente susurra:

—No.

Lo repite una y otra vez. Sencillamente tiene una pesadilla.

Me siento a su lado y lo tomó por el brazo para salvarlo.

MATEO

10:42 horas

Rufus me despierta de una sacudida.

Ya no estoy en la montaña; vuelvo a encontrarme en el tren. Las luces están encendidas, y estamos en movimiento.

Respiro hondo y me giro hacia la ventana, como si esperase ver peñascos y pájaros descabezados volando en mi dirección.

—¿Un mal sueño, colega?

—Soñaba que estaba esquiando.

—Eso es mi culpa. ¿Y qué pasaba en el sueño?

—Al principio estaba deslizándome por una de esas pistas para niños, —¿Una pista facilona?

Asiento con la cabeza.

—Pero la pista de pronto se volvía mucho más pronunciada, en la montaña había hielo, y se me cayeron los bastones de las manos. Me giré para buscarlos y vi que un peñasco se había desprendido y bajaba rodando hacia mí. Cada vez era más ruidoso, y me decía que tenía que arrojarme al montículo de nieve que había a mi lado, pero me entró el pánico. Torcí en dirección a otra de las montañas y vi mi santuario, el que construí con el Lego, que de pronto era tan grande como una cabaña. Un momento después, mis esquíes desaparecieron… y me encontré cayendo por un precipicio, mientras unos pájaros sin cabeza volaban en círculos más arriba. Y yo seguía cayendo y cayendo…

Rufus esboza una media sonrisa.

—¡No tiene ninguna gracia! —protesto.

Se acerca, y su rodilla roza la mía.

—Todo está bien. Te prometo que hoy no vas a tener que escapar de ningún peñasco que rueda ladera abajo ni vas a caerte por un precipicio cubierto de nieve.

—¿Y lo demás?

Se encoge de hombros.

—Tampoco creo que vayan a atacarte unos pájaros sin cabeza.

Es un asco que este vaya a ser mi último sueño.

Ni siquiera fue uno de los buenos.

DELILAH GREY

11:08 horas

Infinity Weekly consiguió que Howie Maldonado le conceda su última entrevista.

Delilah hizo lo posible para que le asignen la entrevista, pero no lo ha logrado.

—Pero yo lo sé todo sobre Howie Maldonado… —protesta Delilah, sin que su directora, la redactora jefe Sandy Guerrero, le haga caso.

—Eres demasiado nueva para un perfil tan importante —contesta Sandy, mientras se encamina hacia el automóvil negro enviado por la gente de Howie.

—Lo que está claro es que me habéis puesto a trabajar en el peor cubículo de todos, con el ordenador más viejo, pero eso no significa que no esté cualificada para al menos ayudarte durante la entrevista —alega Delilah.

Está quedando como una ingrata y una engreída, pero no da su brazo a torcer. Para ascender en el periodismo, una ha de tener claro su mérito… conseguir que su firma aparezca en esta entrevista. Es muy posible que el representante artístico de Howie seguramente se haya decantado por *Infinite Weekly*, en lugar de por la revista *People*, atendiendo a la reputación profesional de Sandy, pero Delilah no solo creció con los libros de Scorpius Hawthorne, sino también con sus películas, ocho en total, lo que la convierte en apasionada de este medio. Antes era una fan normal y corriente, pero ahora le pagan por serlo.

—No desesperes, que Howie Maldonado no va a ser el último en morirse —dice Sandy, mientras abre la portezuela del coche y se quita las gafas de sol—. Tienes toda una vida por delante para escribir panegíricos de famosos.

A Delilah sigue costándole creer que Victor haya podido caer tan bajo como para enviarle esa falsa alerta de Muerte Súbita ayer en la noche.

Sandy alisa ligeramente el vistoso cabello de Delilah, y esta se reprocha no haber hecho caso a las insinuaciones de la redactora jefe de que se lo tiñera de castaño otra vez, aunque solo fuese para volver a estar a buenas con Sandy.

—¿Tú sabes cuántos premios cinematográficos del canal MTV ha ganado Howie? —pregunta Delilah—. ¿O qué deporte de competición practicaba en la niñez? ¿Cuántos hermanos tiene? ¿Qué idiomas habla?

Sandy no responde a una sola de sus preguntas.

Delilah procede a contestarlas:

—Dos premios al mejor malo de película. Esgrima de competición. Es hijo único. Habla inglés y francés… Sandy, por favor. Te prometo que no voy a dejarme llevar por la admiración, que no voy a estropearte la entrevista. Nunca más voy a tener la oportunidad de conocer a Howie…

La muerte de Howie bien podría ser el trampolín definitivo en su carrera como periodista.

Sandy menea con la cabeza y suspira produndamente.

—De acuerdo,vienes conmigo. Howie en principio aceptó hacer la entrevista, pero eso no garantiza nada. laro que no. Hemos reservado un comedor privado en un restaurante del centro y estamos a la espera de que su representante nos confirme que

Howie efectivamente va a venir. Como muy pronto, se presentará a las dos.

Delilah se dispone a entrar en el coche con ella, pero Sandy levanta el dedo índice y añade:

—Hay tiempo de sobra hasta las dos. Por favor, encuéntrame un ejemplar del libro de Howie, ese que escribió *él mismo*. —El sarcasmo en su voz es tan patente que no hace falta que esboce unas comillas en el aire—. Mi hijo se pondrá contentísimo si le traigo un ejemplar dedicado. — Cierra la portezuela y baja la ventanilla un poco—. Yo en tu lugar me daría prisa en buscarlo.

El auto arranca. Delilah saca el móvil y echa a andar hacia la esquina, mientras consulta la pantalla en busca de librerías cercanas. Tropieza con el bordillo de la acera y cae de bruces sobre la calzada; un coche viene en su dirección y hace sonar el claxon. El vehículo frena, a medio metro de su cara. Delilah tiene el corazón a mil, y el llanto aflora a sus ojos.

Pero salió indemne, porque ella no va a morir hoy. Todo el mundo puede caerse al andar por la calle.

Y ella también, se dice Delilah, aunque no la hayan señalado como una Fiambre.

MATEO

11:32 horas

El cielo está llenándose de nubes cuando entramos en el cementerio Evergreens. No he estado en este lugar desde que tenía doce años, y no recuerdo en absoluto cuál de las entradas es la más cercana a la tumba de mi madre, por lo que deambulamos sin rumbo un rato. La brisa nos trae el olor de la hierba recién cortada.

—Voy a hacerte una pregunta un poco rara —aviso—. ¿Tú crees en la vida después de la muerte?

—No tiene nada de rara. Porque estamos muriéndonos.

—Claro.

—Voy a darte una respuesta un poco rara. Yo creo que hay dos vidas después de la muerte.

—¿Dos?

—Dos.

—¿Qué vidas son esas? —pregunto.

Seguimos paseando entre las lápidas. Algunas de ellas están tan desgastadas que los nombres ya no son visibles; otras tienen cruces clavadas, tan altas que parecen espadas hincadas sobre unas rocas. A la sombra de los grandes robles, Rufus explica su teoría de las dos vidas después de la muerte.

—Yo creo que ya estamos muertos, amigo. No todo el mundo, ojo, solo los Fiambres. Todo esto de Muerte Súbita me parece demasiado fantástico para ser verdad. ¿Eso de saber cuándo vamos a palmar para que podamos vivir nuestro Último Día a lo grande? Una fantasía de pies a cabeza. La primera vida después de la muerte se inicia cuando los de Muerte Súbita nos dicen que vivamos el próximo día a sabiendas de que es el último; así lo aprovecharemos al máximo, convencidos de que aún continuamos vivos. Y a continuación entramos en la siguiente y última vida posterior a la muerte sin arrepentimientos. ¿Me entiendes?

Asiento con la cabeza.

—Es interesante.

Desde luego, su concepción del más allá es bastante más imponente y elaborada que la de mi padre. Papá cree en la habitual isla maravillosa en los cielos. Con todo, un más allá del tipo consabido siempre es mejor que el ningún más allá en absoluto en el que cree Lidia.

—Pero, ¿no sería mejor que fuéramos conscientes de que ya estamos muertos? —pregunto—. ¿Para no vivir sumidos en el miedo de cómo vamos a morir?

—No, nada de eso. —Rufus rodea un querubín de piedra con la bicicleta—. Porque entonces no tendría sentido. La gracia está en que todo parezca real, que el riesgo inminente te provoque miedo, que te sientas fatal al decirle adiós a la gente. De lo contrario, la sensación sería falsa, como pasa en eso de Vive el Momento. Si lo vives como tiene que ser, con un día basta. Si nos quedáramos aquí más tiempo, entonces nos convertiríamos en unos espectros empeñados en hacer el mal y matar, y eso no interesa.

Reímos mientras seguimos paseando entre tumbas de desconocidos, y aunque estamos hablando de nuestras propias vidas después de la muerte, durante un segundo me olvido de que ese es precisamente nuestro destino.

—¿Y cuál es el siguiente nivel? ¿Quizá entras en una especie de ascensor y vas hacia arriba?

—No, hombre, no. Se te acaba el tiempo y… pues no sé, te desvaneces de un modo u otro y reapareces en lo que la gente llama «Cielo». No soy del tipo religioso. Creo que existe un creador que está fuera de este mundo y que hay un lugar para las personas que han muerto, pero no consigo explicármelo como un Dios y un Cielo.

—¡Lo mismo pienso yo! Eso que dices de Dios. —Es posible que también tenga razón en el resto de su teoría. Quizá de hecho ya estoy muerto y me han emparejado con una persona capaz de cambiarte la vida como recompensa por haberme atrevido a hacer algo nuevo, como probar la aplicación Último Amigo—. ¿Y cómo ves tu vida posterior a la muerte posterior a tu vida posterior a la muerte?

—Es lo que quieres que sea. Sin limitaciones de ninguna clase. Si te gustan los ángeles, los halos y los perros fantasmales que te siguen allí donde vayas, pues muy bien. Si lo que quieres es volar, pues vuela. Si lo que quieres es volver atrás en el tiempo, no te prives de hacerlo.

—Se nota que has estado pensando mucho en todo esto —observo.

—Al conversar por las noches con los Plutones —indica Rufus.

—Espero que la reencarnación exista.

Estoy comenzando a encontrar que esta solitaria jornada para hacerlo todo bien no resulta suficiente. Que la vida que has estado llevando hasta ahora, tampoco. Palmeo una y otra piedra sepulcral, preguntándome si alguno de los aquí enterrados terminó por reencarnarse. Es posible que yo antes haya sido uno de ellos, ahora que lo pienso. En tal caso, la reencarnación dejó bastante que pensar.

—Yo también lo espero —secunda Rufus—. Quiero tener una segunda oportunidad, pero no confío mucho en ello. ¿Cómo piensas que va a ser tu propia vida después de la muerte?

Nos encontramos con una vistosa lápida cuya forma lleva a pensar en una gran tetera azul claro, y recuerdo que la tumba de mi madre se encuentra unas pocas hileras por detrás. Cuando era niño, me gustaba pensar que esta tumba-tetera en realidad era una lámpara mágica con su genio y todo. Al que podrías pedirle que tu madre volviera a tu lado, que tu familia nunca más se viera obligada a trabajar.

—Mi vida posterior a la muerte es como una pequeña sala de cine en la que puedes volver a mirar tu vida desde el principio al fin. Y supongamos que mi madre me invitara a su propio minicine; entonces también podría contemplar su vida. Eso sí, espero que alguien tenga claro qué partes han de fundir a negro, para no sentirme traumatizado durante toda mi vida después de la muerte. —Lidia no terminaba de estar convencida por esta idea mía, aunque reconocía que tenía su gracia—. ¡Ah! Y también me gusta pensar que hay una transcripción de todas las cosas que has dicho desde que naciste y…

Me callo, porque hemos llegado a la esquina, y en el espacio situado junto a la lápida de mi madre hay un hombre que está cavando otra fosa; un segundo desconocido está instalando una piedra mortuoria con mi nombre y fechas de

nacimiento y muerte.

Y eso que todavía no he muerto.

Las manos me tiemblan, y el santuario de juguete por poco se me cae de ellas.

—¿Y…? —Rufus al momento agrega—: Oh.

Echo a caminar hacia mi tumba.

Soy consciente de que es posible cavar una tumba de forma acelerada; tan solo han pasado ocho horas desde que me anunciaron que iba a morir. Mi lápida permanente de seguro no va a estar lista hasta dentro de unos días, pero la imagen de la losa temporal no es lo que más me impresiona. Nadie merece ver cómo están cavando su fosa.

Me siento desesperanzado, muy poco después de haberme dicho que Rufus está cambiándome la vida. Él deja caer la bici. Avanza hacia el sepulturero, pone la mano en su hombro y dice:

—Oiga. ¿Podríamos estar unos minutos a solas?

El enterrador, barbado, vestido con una astrosa camisa a cuadros, se gira hacia mí y a continuación mira la tumba de mi madre.

—Esta es la madre del chaval, ¿no? —Vuelve a sumirse en su labor.

—Sí lo es. Y usted está ocupado en cavar su tumba, ¿es eso? —dice Rufus, mientras el viento estremece las hojas de los árboles, y la pala del sepulturero se hunde en la tierra.

—Justamente. Mi más sentido pésame, pero si interrumpo lo que estoy haciendo, nadie va a salir beneficiado. Lo único que conseguiremos será ir con retraso. Quiero terminar con esto pronto para tomar el tren de vuelta a casa y…

—¡Me da lo mismo! —Rufus da un paso atrás y cierra los puños. Temo que vaya a darle una paliza al otro—. Y mire, ayúdeme… ¡Denos diez minutos! ¡Vaya a cavar la tumba de otro que no esté ahí delante!

El otro tipo, el que estaba colocando mi lápida, agarra al enterrador y se lo lleva. Ambos rezongan sobre «estos Fiambres de hoy día», pero terminan por irse.

Quiero darles las gracias por su trabajo, y dárselas a Rufus también, pero de repente siento que me estoy hundiendo. Mareado, me las compongo para seguir en pie y acercarme a la tumba de mi madre.

ESTRELLA TORREZ-ROSA

7 DE JULIO DE 1969

7 DE JULIO DE 1999

NUESTRA QUERIDA ESPOSA Y MADRE,

POR SIEMPRE EN NUESTROS CORAZONES

—¿Puedo estar a solas con mi madre un momento?

No me giro al decirlo, pues tengo la vista clavada en su Último Día y mi fecha de nacimiento.

—Me quedo por aquí —responde Rufus.

Es posible que no vaya muy lejos, que sencillamente se aparte medio metro, o que no se mueva en absoluto. Pero confío en él; sé que estará conmigo cuando me gire.

El círculo se ha cerrado entre mi madre y yo. Murió el día en que nací, y ahora van a enterrarme a su lado. Una reunión. Cuando tenía ocho años, encontraba raro que la describieran como una madre «abnegada», pues todo cuanto hizo fue llevarme

en su interior a lo largo de nueve meses; han pasado diez años, y ahora lo entiendo mucho mejor. Lo que pasaba era que me costaba considerarla una madre de verdad porque nunca tuvo ocasión de jugar conmigo, abrir los brazos para estrecharme mientras aprendía a dar mis primeros pasos, enseñarme a atarme los cordones de los zapatos, nada de todo eso ni ninguna otra cosa. Pero papá en su momento me recordó, con amabilidad, sin forzar las cosas, que no pudo hacerlo porque el parto fue complicado —»muy difícil», en sus propias palabras—, y ella hizo todo lo posible por asegurarse de que yo estuviera bien en vez de pensar en sí misma. Lo que, desde luego, no puede ser más «abnegado».

Me arrodillo ante su lápida.

—Hola, mamá, ¿qué tal? ¿Te alegras de verme? Tengo claro que soy tu creación, pero seguimos siendo unos extraños, si uno lo piensa bien. Estoy seguro de que tú misma has estado pensando sobre esta cuestión. Has pasado largo tiempo en tu pequeña sala privada de cine, mirando cuanto aparece después de los títulos de crédito, porque falleciste mientras yo estaba llorando en brazos de una enfermera. Quizá esa enfermera habría podido contener la hemorragia si no hubiera estado ocupada conmigo, no lo sé. Espero que no rechaces mi compañía una vez que yo también muera.

«Pero sé que no lo harás, por las historias que papá me ha contado. Una de mis preferidas es la de cuando visitasteis a tu madre en el hospital, pocos antes de su muerte, cuando su compañera de habitación insistió en preguntarte si querías saber cuál era su secreto. Dijiste que sí, una y otra vez, aunque ya te había contado que su secreto era que acostumbraba a esconderles el chocolate a sus hijos pequeños, porque ella misma era muy golosa. —Pongo la palma de mi mano en el rostro tallado en la lápida; es lo más cerca que estoy de cogerla de la mano—. Mamá, quiero hacerte una pregunta. ¿Voy a encontrar el amor ahí arriba? Lo pregunto porque nunca tuve la oportunidad de encontrarlo aquí abajo.

No responde. Ninguna misteriosa calidez envuelve mi cuerpo, el viento no me trae voz alguna. Pero no pasa nada. Muy pronto voy a saberlo.

—Por favor, mamá, cuida de mí hoy. Por última vez, porque tengo claro que aún no estoy muerto, por mucho que Rufus piense otra cosa, y me gustaría que este día fuera el día en que mi vida va a cambiar. Nos vemos más tarde.

Me enderezo y me vuelvo hacia mi tumba abierta, que tiene menos de un metro de profundidad y es desigual. Pongo el pie en ella, me siento y descanso la cabeza contra el lado que el sepulturero no ha terminado de completar. Sigo teniendo el santuario de juguete en el regazo; supongo que parezco un niño que está jugando al Lego en un parque.

—¿Puedo entrar contigo? —pregunta Rufus.

—Solo hay sitio para uno. Encuentra tu propia tumba, anda.

No hace caso y entra, aparta mis pies con una pequeña patada y se aprieta a mi lado, posando una pierna sobre la mía para caber.

—Paso de tumbas, amigo. A mí van a incinerarme, como a mi familia.

—¿Aún conservas sus cenizas? Podríamos diseminarlas en algún lugar. En *CuentaAtrás* hay una sección sobre cómo decirle el Último Adiós a las cenizas y…

—Los Plutones y yo ya nos ocupamos del asunto hace un mes — interrumpe.

Está claro que debo refrenar el impulso de hablar sobre lo que gente desconocida sube a la Red—. Las diseminamos delante de mi vieja casa. Sigo sintiéndome rabioso por lo sucedido, pero por lo menos están en su hogar. Y quiero que los Plutones también diseminen mis cenizas.

—¿Dónde tienes pensado que lo hagan? ¿En Plutón?

—En Althea Park.

—Ese parque me encanta —comento.

—¿Cómo es que lo conoces?

—Mi padre me llevó muchas veces de pequeño. Me mostraba las distintas formas de las nubes, y yo después le anunciaba a gritos qué tipos de nubes había en lo alto mientras corría hacia ellas… ¿Cómo es que el parque es tan importante para ti?

—No lo sé. Porque he estado un montón de veces en él. Fue donde besé a una chica por primera vez, a una chica llamada Cathy. Fui a Althea Park después de la muerte de mi familia. Y también después de mi primera maratón ciclista.

Comienza a llover sobre el cementerio, y seguimos intercambiando historias, sentados en mi tumba a medio excavar, como si hoy no fuésemos a morir. Estos momentos de olvido y de alivio son suficientes para empujarme a seguir adelante el resto del día.

—Otra pregunta un poco rara —digo—. ¿Tú crees en el destino?

—Otra respuesta un poco rara: yo creo en dos destinos.

—¿En serio?

—No. —Rufus sonríe—. Ni siquiera creo en uno solo. ¿Y tú?

—Si no existe, ¿cómo se explica nuestro encuentro?

—Porque los dos nos bajamos la misma aplicación y convenimos en vernos —es su respuesta.

—Pero piénsalo bien —insisto—. Mi madre está muerta, tus padres también. Mi padre está fuera de la circulación. Si nuestros padres se encontraran a nuestro lado, no nos habríamos encontrado en Último Amigo. —Se trata de una aplicación en principio diseñada para adultos, que no para adolescentes—. Si puedes creer en dos vidas después de la muerte, también puedes creer que el universo a veces hace de marionetista, ¿no?

Rufus asiente con la cabeza; arrecia la lluvia. Se levanta y me tiende la mano. La acepto. No se me escapa lo irónico de que Rufus esté ayudándome a salir de mi tumba. Termino de salir y me acerco a la lápida de mi madre. Beso su nombre inscrito en la piedra. Dejo mi santuario de juguete al lado de la estela. Me giro a tiempo de ver que Rufus está tomándome una foto; está claro que capturar momentos con su cámara es lo suyo.

Me vuelvo hacia mi propia lápida por última vez.

AQUÍ DESCANSA

MATEO TORREZ JÚNIOR

17 DE JULIO DE 1999

No tardarán en añadir mi Último Día: 5 DE SEPTIEMBRE DE 2017.

Y también la leyenda. No me molesta que por el momento haya un espacio en blanco en la piedra. Sé lo que dirá y tengo claro que voy a asegurarme de que he vivido tal y como establecerá: *Vivió para todos*. Las palabras con el tiempo se irán

desgastando, pero habrán sido ciertas.

Rufus empuja la bicicleta por el senderillo mojado y lodoso, dejando las huellas de los neumáticos. Le sigo, y noto que algo me pesa en el interior, de forma creciente a cada paso que me aleja de mi madre y de mi tumba abierta, sabiendo que pronto voy a estar de vuelta.

—Me has convencido en lo referente al destino —dice Rufus—. Ahora háblame de tu vida posterior a la muerte.

Y eso hago.



TERCERA PARTE
EL COMIENZO

El hombre no ha de temer la muerte. Lo que ha de temer es nunca comenzar a vivir.

Marco Aurelio, emperador romano

MATEO

12:22 horas

Han pasado doce horas desde que recibí la llamada telefónica avisándome que voy a morir hoy. Siendo el Mateo de siempre, ya he dado un montón de últimos adioses: a papá, a mi mejor amiga, a mi ahijada. Pero el principal adiós de todos es el que le doy al antiguo Mateo, al que dejé atrás en casa cuando mi Último Amigo me acompañó a un mundo que es nuestro. Rufus ha hecho muchísimo por mí, y estoy decidido a ayudarle a hacer frente a todos los demonios que le acosan, aunque —a diferencia de lo que sucede en los libros del género fantástico— no podamos recurrir a espadas flameantes o a cruces que también son estrellas en lo alto. Su compañía me ha sido de ayuda, y es posible que la mía también le ayude a sobrellevar el dolor que pueda sentir.

Han pasado doce horas desde que recibí la llamada telefónica avisándome que voy a morir hoy, y ahora estoy más vivo que en el momento en que la recibí.

RUFUS

12:35 horas

No sé adónde me está llevando Mateo, pero no hay problema, pues dejó de llover, me siento como si me hubieran recargado las pilas tras haberme pegado una buena siesta en el tren de regreso al centro. Lo único malo es que no he soñado nada, aunque tampoco tuve pesadillas. Algo es algo, ¿no?

Estoy terminando de cruzar por el Travel Arena en dirección a la salida, porque, como Mateo indicó, a estas horas del día está llenísimo de gente. Si seguimos con vida, volveremos dentro de unas horas, para no malgastar el tiempo haciendo cola. Debemos esperar a que la manada siga su camino. Sé que es feo decirlo, pero es lo que hay. Espero que lo que vayamos a hacer no sea una pérdida de tiempo, otra chorrada como eso de Vive el Momento. Quizá Mateo insistió en venir a este lugar con la idea de trabajar como voluntarios en un proyecto social de alguna clase o, quizá, en realidad ha estado hablando en secreto con Aimee y quiere que nos encontremos para que yo pueda arreglar las cosas un poco antes de irme al otro barrio.

Llevamos más de diez minutos en la zona de Chelsea, paseando por el parque junto al embarcadero. Me he convertido en uno de esos fulanos que tanto odio, los que van andando por el carril-bici cuando al lado hay un camino para los paseantes y corredores. A este paso voy a tener un karma terrible. Mateo me conduce hasta el muelle, donde nos detenemos.

—¿Quieres tirarme al agua? —le pregunto.

—Te recuerdo que eres mucho más fuerte. Me sacas casi veinte kilos de peso —responde Mateo—. No te preocupes, no voy a hacerte nada. Y bien, me dijiste que no te fue de mucha ayuda esparcir las cenizas de tus padres y tu hermana. Se me ha ocurrido que quizá podrías encontrar algo de algo de paz en este lugar, que te iría bien venir aquí para pasar página.

—No veo la relación. Te recuerdo que murieron mientras estábamos viajando en coche por el norte del estado —digo.

Cruzo los dedos por que hayan reparado el guardarraíl que nuestro coche destrozó cuando se produjo el accidente, antes de precipitarse al río. Pero ¿quién sabe?

—No hace falta ir al lugar preciso del accidente. Estas aguas son las del mismo río, ¿no? Las aguas del Hudson. Quizá es suficiente.

—No entiendo muy bien de qué va a servirme todo esto.

—Yo tampoco lo tengo muy claro, no creas, y si no estás a gusto, siempre podemos irnos y hacer otra cosa. La visita al cementerio me dio una paz que no esperaba, y lo que quiero es que tengas esta misma sensación maravillosa.

Me encojo de hombros.

—Bueno, ya estamos aquí. ¿Dónde está esa sensación maravillosa de la que me hablas?

No hay barcos amarrados al muelle, que es enorme y lleva a pensar en un gran aparcamiento vacío. En julio vine al muelle con Aimee y Tagoe, quienes querían ver

estas esculturas que hay junto al río. Una semana después volví, en compañía de Malcolm, quien se había perdido la excursión anterior por culpa de una intoxicación alimentaria.

Paseamos por una de las bifurcaciones del muelle. Es un embarcadero sólido, que no fue construido con tablones, y menos mal, pues de lo contrario estaría demasiado nervioso para seguir adelante. Estoy contagiándome de la paranoia de Mateo como si fuera un resfriado. Este muelle es de hormigón y resulta firme a más no poder; no estamos hablando de una estructura endeble que en cualquier momento puede hundirse bajo mis pies, pero tengo los nervios de punta y sigo sin verlo claro del todo. Llegamos al final, donde me sujeto a la barandilla de acero pintada de gris para asomarme y contemplar las corrientes del río tal y como son.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta Mateo.

—Me siento como si todo esto, como si todo este día, fuera una broma pesada que el mundo entero está gastándome. Me siento como si fueras un actor que está interpretando un papel por encargo, como si mis padres, Olivia y los Plutones en cualquier momento fueran a salir corriendo de su escondite para darme la sorpresa del año. Ni siquiera me enojaría con ellos, la verdad. Primero los abrazaría a todos… y luego los mataría por haberme hecho esta jugarreta.

La ocurrencia, aunque del tipo truculento, tiene su gracia.

—Un poco enojado sí que se te ve —acota Mateo.

—Llevo mucho tiempo enojado con mi familia, Mateo, por haberme dejado solo en el mundo. Sé que no tendría que sentirme culpable por haber sobrevivido, pero… —No se lo dije a los Plutones, ni tampoco a Aimee cuando estábamos juntos, porque es demasiado horrible—. Pero, si lo piensas bien, yo fui el que los dejó. Yo fui el que escapó del coche que estaba hundiéndose y nadó hasta la superficie. Sigo preguntándome si el que lo hizo fui yo, o sencillamente se trató de un acto reflejo, del más puro instinto. Como sucede cuando tratas de mantener la palma de la mano sobre una estufa caliente, sin que el cerebro te obligue a retirarla. Lo más fácil habría sido hundirme con todos ellos, por mucho que los de Muerte Súbita aún no me hubieran llamado. Lo más fácil habría sido morir, así que es posible que en Muerte Súbita se hayan equivocado conmigo. ¡Es posible que hayan metido la pata!

Mateo se acerca y pone la mano en mi hombro.

—No te comas el coco de esta manera. En *CuentaAtrás* hay varios foros dedicados a los Fiambres que se sienten especiales y creen que la cosa no va con ellos. Cuando los de Muerte Súbita te llaman, se acabó lo que se daba. No hay nada que hayas podido hacer para evitarlo, y no hay nada que ellos puedan hacer para cambiar las cosas.

—Pero, ¿y si hubiera conducido yo? —suelto, apartándome de su mano —. Fue lo que Olivia me propuso, ya que iba con ellos. Para que no fuera un Fiambre al volante. Pero estaba demasiado nervioso, demasiado rabioso, me sentía demasiado solo… Podría haber conducido, podría haber hecho que vivieran unas cuantas horas más. Quizá no se hubieran rendido cuando todo pintaba mal. Cuando logré salir del coche, se quedaron allí sentados, Mateo. No trataron de luchar en absoluto. —Lo único que querían era que yo escapara—. Mi padre al instante fue a abrir la puerta de mi lado, y mi madre hizo lo mismo por detrás. Hubiera podido abrirla por mi cuenta,

pues tenía las manos libres. Después de que el puto coche fuera a parar al río, no sabía ni lo que me hacía… pero conseguí escabullirme. Pero ellos sencillamente se rindieron, por mucho que mi puerta estuviera abierta. Olivia tampoco hizo nada por salir, ¡ni siquiera ella!

Mientras el equipo de rescate sacaba el coche del río, me encontré tumbado en la parte posterior de una ambulancia, envuelto en una toalla que olía a lejía.

—No tuviste la menor culpa —dice Mateo, con la cabeza gacha—. Voy a dejarte un minuto a solas, pero te estaré esperando. Quizá es lo que necesitas. —Se marcha, llevándose mi bici consigo, antes de que pueda responder.

No me parece que un minuto sea suficiente. Pero de repente me rompo por dentro y lloro con más fuerza de lo que he hecho en muchas semanas, mientras golpeo la barandilla con la base del puño. Sigo llorando sin cesar, golpeando la barandilla porque mi familia ha muerto, golpeando porque mis mejores amigos están encerrados, golpeando porque mi exnovia nos traicionó, golpeando porque hice un nuevo amigo que es estupendo, pero ni siquiera vamos a estar juntos un día entero. Me detengo, sin aliento, como si acabara de salir victorioso en una pelea contra diez fulanos. Ni siquiera me apetece tomar una foto del Hudson; doy media vuelta y lo dejo a mis espaldas, mientras camino hacia Mateo, quien está paseando en círculos sin sentido con las manos en el manillar de mi bici.

—Has ganado —digo—. Ha sido una buena idea. —No hincha el pecho, como haría Malcolm, ni se burla de mí como hacía Aimee cuando jugábamos a los barquitos y me ganaba—. Siento haber estallado de esa forma.

—Lo que necesitabas era estallar.

Continúa andando en círculos. Lo miro y termino por marearme un poco.

—Es la pura verdad.

—Si necesitas estallar otra vez, aquí me tienes. Últimos Amigos para toda la vida.

DELILAH GREY

12:52 horas

Delilah avanza a paso rápido hacia la única librería de la ciudad en la que, milagrosamente, quedan ejemplares de la novela de cienciaficción firmada por Howie Maldonado: *El hermano gemelo perdido de Bone Bay*.

Avanza a paso rápido, manteniéndose a distancia de la calzada, haciendo caso omiso del silbido de admiración que le dedica un individuo medio calvo y con una bolsa de deportes en la mano. Se cruza con dos chavales que llevan una bici por el manillar.

Delilah reza por que Howie Maldonado no dé por terminada la entrevista antes de que ella se presente. Y de pronto se acuerda de que en la agonizante existencia de Howie hay otros factores más importantes en juego.

VIN PEARCE

12:55 horas

Los de Muerte Súbita llamaron a Vin Pearce a las 00:02 horas para notificarle que va a morir hoy. Lo que tampoco es muy sorprendente.

A Vin le fastidia que la mujer hermosa con el pelo de colores no le haya hecho ni caso, le fastidia no estar casado, le fastidia que todas y cada una de las mujeres que hay en Necro hayan pasado de él esta mañana, le fastidia que su antiguo entrenador le impidiera hacer sus sueños realidad, le fastidia que estos dos chavales con una bicicleta sean un estorbo para la destrucción que se propone dejar como recuerdo. El que va vestido de ciclista camina a paso de tortuga y ocupa gran parte de la acera con la bici cogida por el manillar. ¡Una bici es para usarla! No fue diseñada para que la lleves por la acera como si fuese un cochecito de niño. Vin avanza con decisión, sin preguntarse por las consecuencias, y pega con su hombro en el del chaval.

A Vin le gusta inspirar miedo. En la calle, pero también en el ring de la lucha libre. Hace cuatro meses comenzó a notar unos dolores musculares, pero se negó a reconocer la nueva debilidad. Cada vez le costaba más levantar las pesas; un buen día las series de veinte se convirtieron en series de cuatro, en un buen día. Y su entrenador terminó prohibiéndole subir al cuadrilátero, de forma indefinida, porque iba a serle imposible combatir. En su familia siempre hubo muchas enfermedades —su padre murió hace años después de que le diagnosticaran una esclerosis múltiple, su tía falleció por la rotura de un embarazo ectópico, etcétera—, pero Vin siempre se consideraba mejor, más fuerte. Estaba destinado a ser un grande, y de eso estaba seguro, a ganar campeonatos del mundo y a hacerse increíblemente rico. Pero el dolor muscular crónico pudo con él, y lo perdió todo.

Entra en el gimnasio donde pasó siete años entrenando para convertirse en el próximo campeón mundial de los pesos pesados; el olor a sudor y zapatillas sucias le trae un sinfín de recuerdos. Pero el único recuerdo que ahora importa es el de su entrenador obligándole a sacar sus cosas de la taquilla e instándole a buscar otra salida profesional, como comentarista por televisión o, quizá, como entrenador él mismo.

Completamente insultante.

Vin se cuela en el cuarto donde está la instalación eléctrica, abre la bolsa de deportes y saca una bomba de fabricación casera.

Vin se dispone a morir allí donde lo hicieron lo que es. Y no va a morir solo.

MATEO

12:58 horas

Pasamos frente al escaparate de una librería decorado con unas sillitas para niños en las que han acomodado novelas clásicas y lanzamientos recientes, como si fuera una especie de sala de espera en la que uno solo tiene que tomar un libro y ponerse a leer. No me vendría mal un poco de distracción después del inquietante tropiezo con ese hombre con la bolsa de gimnasia.

Rufus toma una foto del escaparate.

—Podemos entrar —sugiere.

—Prometo no quedarme más de veinte minutos.

Entramos en Open Bookstore, la «Librería Abierta». Me gusta que lleve ese nombre que tanto invita a entrar.

Es la mejor mala idea que he tenido en la vida. No me queda tiempo material para leer ninguno de estos libros. Pero nunca había entrado en esta librería, porque normalmente compro los libros por Internet o los tomo prestados de la biblioteca del instituto. Es posible que una de las estanterías ceda y se desplome sobre mí. Resultaría doloroso, pero supongo que hay formas peores de irse de este mundo.

Absorto en la contemplación de un reloj antiguo situado sobre una estantería, me la pego contra una de las mesas situadas a la altura de la cintura, tirando al suelo varios manuales escolares en exposición. Pido disculpas al dependiente —Joel, según la chapa con su nombre—, quien responde que no me preocupe y me ayuda a recogerlos.

Rufus deja la bici frente a la puerta y me sigue mientras recorro los pasillos. Leo las anotaciones con recomendaciones del personal para un género u otro, escritas a mano por distintas personas, algunas más legibles que otras. Hago lo posible por no mirar la sección en la que hay libros relacionados con el duelo y la aflicción, pero no puedo evitarlo y me fijo en dos volúmenes. Uno es *Hola, Deborah, mi querida amiga*, la biografía de Katherine Everett-Hasting que ha estado causando cierta polémica. Otro corresponde a esa guía que está en boca de todos, *Cómo hablar de la muerte cuando estás muriéndote de forma inesperada*, escrita por un hombre que sigue vivo y coleando. No termino de entenderlo.

Veo que hay obras de mis autores preferidos en las secciones de thrillers, novela policíaca y literatura para jóvenes adultos.

Me detengo en la sección de novela romántica, donde hay una decena de libros envueltos en una especie de sobre de papel manila con un sello que pone «Cita a ciegas con un libro». En el sobre dan algunas pistas sobre la novela, para que te dé curiosidad, como si fuera el perfil de alguien que conoces online. Como el de mi Último Amigo.

—¿Alguna vez saliste con una persona? —pregunta Rufus—. ¿De forma habitual, quiero decir?

Diría que la respuesta es evidente. Pero le agradezco el detalle de que me conceda el beneficio de la duda.

—No.

Solo tuve algunos enamoramientos pasajeros… de personajes en libros o la televisión, y me da vergüenza admitirlo.

Eso no he llegado a probarlo. Quizá en mi próxima vida.

—Quizá —afirma Rufus.

Me quedo con la impresión de que quiere decirme algo más; quizá quiere hacer un chiste y decirme que tendría que hacerme una cuenta en Necro, para no morir virgen, como si el sexo y el amor fueran lo mismo. Pero no dice nada.

Es posible que esté equivocándome por completo.

—¿Tu primera novia fue Aimee? —pregunto.

Cojo uno de los libros envueltos en papel manila; este lleva la ilustración de un delincuente que se fuga corriendo y lleva un naipe de gran tamaño en la mano, con un as de corazones. La leyenda es: «Te robará el corazón».

—Fue mi primera relación —responde Rufus, mientras hace girar el expositor de postales con temas neoyorquinos—. En mi colegio anterior estuve encaprichado de alguna que otra persona de la clase. Lo intenté, pero la cosa no funcionó. ¿Tú has tenido alguna relación? —Saca una postal del puente de Brooklyn—. Siempre puedes enviarle una postal, ¿no?

Postales.

Sonrío y cojo una, dos cuatro, seis, doce.

—Veo que te gustaban muchas personas —comenta Rufus.

Voy a la caja, donde me atiende Joel.

—Tenemos que enviar postales a unas cuantas personas, ¿sabes? —No especifico más, porque no quiero darle la noticia a este dependiente, no quiero que sepa que los dos chavales a los que atiende van a morir a los diecisiete y dieciocho años de edad. No quiero arruinarle el día—. A los Plutones, a los compañeros de clase que hagan falta…

—No tengo sus direcciones —dice Rufus.

—Envíalas al instituto. Allí tendrán las direcciones de todas las personas con las que te graduaste el último año.

Es lo que quiero hacer. Compro una de las novelas policíacas y las postales, le doy las gracias a Joel por su amabilidad, y nos vamos. Rufus dice que la clave en sus relaciones personales era decir siempre lo que pensaba, decir la verdad. Es algo que puedo hacer por medio de estas postales, pero es preciso que lo haga usando mi propia voz.

—Cuando tenía nueve años le pregunté a mi padre sobre el amor por primera vez —recuerdo, mientras contemplo las postales con rincones de mi propia ciudad que nunca he llegado a visitar—. Pregunté si el amor estaba escondido bajo el sofá o en lo alto del armario, allí donde yo no podía llegar. No me dijo que «el amor está en el interior de la persona» o que «el amor te rodea por todas partes».

Con la mano en el manillar de la bici, Rufus camina a mi lado. Pasamos frente a las puertas de un gimnasio.

—Tengo curiosidad. ¿Y qué fue lo que te dijo?

—Que el amor es un superpoder que todos tenemos, pero que no siempre somos capaces de controlarlo. Sobre todo cuando nos hacemos mayores. Es posible que a

veces se descontrole, y no debía asustarme si mi poder algún día se centraba en una persona inesperada. —Me arde el rostro, y me digo que ojalá tuviera el superpoder del sentido común, porque no tendría que estar diciendo nada de todo esto en voz alta —. Estoy diciendo idioteces. Perdona.

Rufus se detiene y sonríe.

—No, amigo. Yo lo encuentro bonito. Gracias por contarme esta historia, Supermateo.

—Mejor llámame Megamateo el Grandioso, ya que me acompañas en esta aventura. —Dejo de mirar las postales. Rufus tiene los ojos muy bonitos. Oscuros, y cansados, por mucho que haya descansado un poco—. ¿Y tú? ¿Cómo reconoces que el amor es amor verdadero?

—Yo…

Se produce un estallido de cristales, y de pronto nos vemos proyectados hacia atrás en el aire, mientras unas lenguas de fuego se extienden hacia el gentío presa del pánico. *Ha llegado el momento*. Golpeo contra el costado de un coche, y mi hombro choca con el espejo retrovisor. La vista se me nubla… oscuridad, fuego, oscuridad, fuego. Mi cuello cruje cuando me giro y veo que Rufus está a un paso; tiene cerrados los bonitos ojos oscuros; lo rodean mis postales del puente de Brooklyn, la estatua de la Libertad, Union Square y el Empire State Building. Me arrastro a su lado y entro en tensión al tocarlo. Su corazón late con fuerza contra mi muñeca; al igual que el mío, su corazón hace esfuerzos desesperados para no dejar de latir, y menos aún en este caos que nos rodea. Estamos respirando de forma errática, dificultosa, miedosa. No tengo idea de qué es lo que pasó; tan solo veo que Rufus lucha por abrir los ojos y que hay gente gritando. Pero no toda la gente. Hay cuerpos desparramados por el suelo, rostros que besan el hormigón. Una mujer con el cabello colorido hace lo posible por levantarse; a su lado hay otra, pero esta tiene los ojos clavados en el cielo, y su sangre tiñe un charco de lluvia.

RUFUS

13:14 horas

Cielos. Pasaron poco más de doce horas desde que el tipo de Muerte Súbita me sorprendió con la noticia de que hoy voy a espicharla. Estoy sentado en el bordillo de la acera, con los brazos en torno a las rodillas, como cuando estaba en la parte trasera de la ambulancia después de que mi familia muriera, estremecido de pies a cabeza por esa explosión igualita a las que aparecen en las películas de acción. Suenan las sirenas de la policía y las ambulancias, y los bomberos están ocupándose del gimnasio en llamas, pero ya es demasiado tarde para un montón de gente. Los Fiambres deberíamos llevar unas chaquetas o collares identificativos especiales, algo que nos indique la conveniencia de no apelotonarnos en un mismo lugar. Si hubiéramos pasado un minuto o dos más tarde, Mateo y yo podríamos estar tan muertos como ellos. Quizá, o quizá no. Tengo clara una cosa: Hace doce horas y pico que me llamaron avisando que hoy iba a morir, y pensaba que ya me había hecho a la idea y lo había aceptado, pero nunca en la vida he estado tan asustado por lo que va a pasar a continuación.

MATEO

13:28 horas

Terminaron de apagar el incendio.

Hace veinte minutos que el estómago me exige a gritos que lo alimente, como si pudiera seguir dedicando más minutos de mi Último Día a la comida, sin perder un tiempo precioso, como si Rufus y yo no hubiéramos estado a punto de morir en una explosión que se llevó a otros Fiambres por delante.

La policía está interrogando a varios testigos, y no sé muy bien qué van a poder contarles. El estallido que destruyó este gimnasio se produjo de forma completamente inesperada.

Estoy sentado junto a Rufus, su bicicleta y mi bolsa de la librería. Las postales están esparcidas a nuestro alrededor, y no voy a molestarme en recogerlas. No tengo fuerzas para escribir cuando los enfermeros están llevándose a numerosos Fiambres al depósito de cadáveres.

Hoy es el día en que no puedo fiarme de nada.

RUFUS

13:46 horas

No puedo quedarme quieto.

Lo que más ansío en este momento en sentarme con los Plutones y hablar de tonterías, pero lo otro que puede sacarme de este estadu es un paseo en bicicleta. Fue lo que hice tras la muerte de mis padres y de Olivia, y cuando Aimee me dejó y, esta mañana, después de pegarle una paliza a Peck y de que me llegara la alerta. Una vez que nos hemos alejado del caos, monto en la bici y cierro las manos en torno a los frenos. Mateo elude mis ojos.

—Súbete, por favor —indico. Es lo primero que digo después de que me hayan hecho saltar por los aires como un luchador de lucha libre.

—No —responde él—. Lo siento. No es seguro.

—Mateo.

—Rufus.

—Mateo.

—Rufus.

—Mateo, por favor. Tengo que andar un rato en bicicleta. Lo necesito después de esto que nos pasó, y no quiero dejarte solo. Se supone que tenemos que seguir vivos, y punto. Sabemos qué es lo que nos espera a los dos, pero no quiero terminar sabiendo que en algún momento perdimos nuestro tiempo. Esto no es un sueño… ¡no vamos a despertar de lo que nos está pasando!

No sé qué más puedo hacer. ¿Ponerme de rodillas y suplicar? No es mi forma de ser, pero estoy dispuesto a intentarlo si así consigo que venga conmigo.

Mateo da la impresión de estar mareado.

—Prométeme que no correrás, ¿de acuerdo? No vayas por calles en pendiente y evita los charcos.

—Prometido.

Le paso el casco, y me dice que no, pero insisto, pues está clarísimo que no voy a estar peor que él. Se ajusta el casco, cuelga la bolsa de la librería del manillar, se sube a los estribos traseros y me agarra por los hombros.

—¿Te hago daño? Es que no quiero caerme, con casco o sin él.

—No, no, no hay problema.

—Cool.

—¿Preparado?

—Preparado.

Me pongo a pedalear, poco a poco, y las pantorrillas me arden por el esfuerzo de trasladar a dos personas; es como si estuviera corriendo cuesta arriba. Doy con el ritmo adecuado y dejo a nuestras espaldas la policía, los cadáveres, el gimnasio humeante y en ruinas.

DEIRDRE CLAYTON

13:50 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Deirdre Clayton, porque hoy no va a morir… pero Deirdre va a demostrarles que están equivocados.

Está en la cornisa del tejado del edificio en el que vive, cornisa que se encuentra a ocho pisos de altura. Dos operarios la miran desde la calle, ya sea porque se proponen amortiguar la caída con el sofá que están trasladando o porque están apostando si esta chica es una Fiambre o no. La sangre y los huesos rotos en la calzada pronto van a sacarlos de dudas.

No es la primera vez que Deirdre se encuentra en lo alto del mundo. Hace siete años, cuando estaba en el instituto (unos meses de que estuvieran disponibles los servicios de Muerte Súbita), unas alumnas la retaron a pelear después de clase. Cuando Charlotte Simmons, las instigadoras y otro0s estudiantes que tan solo la conocían como «esa lesbiana a la que se le murieron los padres» llegaron al que tenía que ser el campo de batalla, resultó que Deirdre se había subido al tejado. Porque le resultaba imposible entender que sus preferencias personales en el amor le granjearan tantos odios; porque no tenía ganas de seguir con vida hasta encontrar ese amor por el que todo el mundo la detestaba. Con la salvedad de que entonces por lo menos contaba con su mejor amiga de la niñez, quien le convenció de que se bajara.

Deirdre hoy está sola, las rodillas le tiemblan, y llora, porque le gustaría pensar en la posibilidad de un futuro mejor, pero su trabajo se lo impide. Deirdre trabaja en Vive el momento, donde les cobra a los Fiambres la entrada para que se distraigan y vivan falsas experiencias, para que tengan unos recuerdos *falsos*. No entiende por qué estos Fiambres no se quedan en sus hogares con sus seres queridos, como sucedió con esos dos chavales de hoy, los que al marcharse comentaban que la experiencia de realidad virtual había sido decepcionante. Una pérdida de tiempo.

Esos chavales la llevaron a pensar en el relato que terminó de escribir esta mañana, un cuento que estuvo escribiendo para sí y que le mantuvo distraída durante los ratos muertos en el trabajo. La historia está ambientada en un mundo alternativo en el que Muerte Súbita cuenta con otra rama llamada Vida Súbita. Esta extensión les comunica a los Fiambres cuándo van a reencarnarse, para que sus familiares y amigos sepan dónde encontrarlos en su próxima vida. Las protagonistas son dos quinceañeras gemelas, Angel y Skylar, quienes, abrumadas tras enterarse de que una de ellas está a punto de morir, recurren a los servicios de Vida Súbita para saber cuándo tendrá lugar la reencarnación de Skylar. Angel se lleva un gran disgusto al enterarse de que no va a volver a reunirse con su hermana hasta dentro de siete años, cuando Skylar se reencarne como el hijo varón de cierta familia australiana. Skylar entonces muere salvándole la vida a su hermana, y la devastada Angel mete un billete de cien dólares en una vieja hucha con la idea de ir ahorrando para viajar a Australia pasados siete años y darle la bienvenida a su hermana otra vez… su hermana renacida como un bebé niño.

Deirdre tenía pensado escribir una continuación del relato, pero al demonio con

eso. No existe Vida Súbita, y no va a esperar a que Muerte Súbita le informe que llegó su hora. Este es un mundo de violencia, de miedo y de niños que mueren sin haber vivido, y ella no quiere tener nada que ver.

Va a ser tan fácil saltar…

Levanta un pie, su cuerpo entero tiembla, está claro que en cualquier momento va a precipitarse dando tumbos por el vacío. En el trabajo, Deirdre una vez escaló la pared de un edificio hasta llegar al tejado, pero lo hizo de forma virtual, tan solo fue una ilusión.

Mira hacia abajo, preparada para volar, en el momento preciso en que dos chicos aparecen en una bicicleta por la esquina. Se parecen a los chicos de antes.

Rebusca en lo más hondo de su ser, por debajo del lugar donde las mentiras y la desesperación brotan con facilidad, por debajo incluso de su muy sincera aceptación de lo que está por venir, del claro alivio que indudablemente sentirá al lanzarse desde este tejado. Ve a dos chicos vivos, y de pronto se siente menos muerta por dentro.

Es muy posible que con la intención no baste para matarse de verdad. Deirdre lo sabe por todas las demás incontables mañanas en las que despertó a la fealdad. Al hacer frente a la oportunidad de demostrar que en Muerte Súbita también pueden equivocarse, toma la decisión correcta y vive.

MATEO

13:52 horas

La bici no es lo peor.

Aprieto el hombro de Rufus con fuerza cuando gira bruscamente a la izquierda, para sortear a unos operarios que están mirando al cielo en lugar de llevar un sofá al interior del edificio. Y continuamos avanzando calle abajo.

Al principio me sentía muy inseguro en la parte de atrás de la bicicleta, pero a medida que Rufus coge velocidad y el viento azota nuestros rostros, disfruto del control que le confié.

Resulta liberador.

No espero que vayamos a ir mucho más rápido, pero esto es más emocionante que el salto en paracaídas en Vive el momento. Sí, montar en una bici de verdad tiene más emoción que tirarse en un paracaídas de mentira desde un avión de mentira.

Si no fuera tan cobarde, o un Fiambre, me apoyaría en Rufus con todo mi peso, abriría bien los brazos y cerraría los ojos, pero es demasiado peligroso, por lo que sigo agarrándome a él, lo que tampoco está mal. Eso sí, cuando lleguemos a nuestro destino voy a hacer algo pequeño pero valeroso.

RUFUS

14:12 horas

Aminoro la velocidad para girar y entrar en Althea Park. La mano de Mateo se suelta de mi hombro, y la bici pesa mucho menos. Freno. Me giro para ver si se partió la cara o se fracturó el cráneo a pesar de llevar el casco puesto, pero Mateo viene corriendo y en su rostro se pinta una sonrisa.

—¿Acabas de saltar? —pregunto.

—¡Sí! —responde, quitándose el casco.

—Antes te negabas a montar en la bici… ¿y ahora te da por tirarte en marcha?

—Estaba viviendo el momento.

Quisiera atribuirme todo el mérito por esto, pero es algo que Mateo ya llevaba dentro, que sencillamente terminó por salir a la luz. Siempre ansiaba hacer algo excitante, pero se sentía demasiado asustado para atreverse y hacerlo de una vez.

—¿Te sientes mejor? —pregunta Mateo.

—Un poco —reconozco. Me bajo de la bici. Cojeando, voy hacia el parque infantil vacío, mientras unos chicos con aspecto de ser universitarios juegan al balonmano en una cancha cercana, chapoteando en los charcos tras el balón cada vez que alguien falla un lanzamiento. Tengo los pantalones cortos de baloncesto sucios y húmedos tras nuestro paso por el cementerio, y lo mismo pasa con los vaqueros de Mateo, por lo que nos da igual sentarnos en el banco mojado por la lluvia.

—Eso de encontrarnos en el lugar de la explosión fue horroroso.

—Ya lo creo. Siempre es lamentable ver la muerte de otros, aunque no los conozcas para nada —dice Mateo.

—Pero me sirvió para dejarme de tonterías de una vez. Mi idea de estar preparado para lo que vaya a ser de nosotros es una tontería y una mentira. En realidad estoy que me cago de miedo. Podríamos morir dentro de treinta segundos, por causa de unas balas perdidas, y la idea me da escalofríos. Siempre que me pongo a darle vueltas al asunto y me como el coco termino por encontrarme en este parque. Nunca falla.

—Pero hay veces en que viniste aquí por una razón agradable — comenta—. Como cuando acabaste una maratón por primera vez. — Respira hondo y agrega—: O como cuando te besaste con una chica por primera vez.

—Sí, claro. —Esto del beso no le hace mucha gracia. Creo que el instinto no me estaba fallando. Guardo silencio durante un largo instante, con los ojos puestos en las ardillas que trepan por los árboles y los pájaros que se persiguen los unos a los otros en el césped—. ¿Alguna vez has jugado a los gladiadores?

—Conozco el juego, sí —responde.

— Pero, ¿alguna vez jugaste?

—He visto a otros.

—O sea, que no.

—No.

Me levanto, cojo a Mateo por las muñecas y lo llevo hacia la estructura de

barrotes para trepar.

—Te desafío a jugar a los gladiadores.

—Supongo que no puedo decir que no, ¿verdad?

—Claro que no.

—Te recuerdo que acabamos de salir vivos de una explosión.

—Y qué más da alguna que otra magulladura más.

El juego de gladiadores en los barrotes no es tan despiadado como los enfrentamientos en los antiguos coliseos, pero más de una vez he visto a compañeros de clase hacerse daño al jugar. Qué demonios, de hecho soy la razón precisa por la que algunos de ellos salieron malparados. Los dos jugadores —los gladiadores— se cuelgan de las manos de los barrotes situados a uno y otro lado y hacen lo posible por derribar al oponente. Es el juego de niños más salvaje que existe; la mar de divertido. Los dos somos bastante altos, por lo que bien podríamos ponernos de puntillas para agarrarnos a los barrotes de arriba, pero opto por dar un pequeño salto y subirme a pulso, como si estuviera en un gimnasio. Mateo trata de hacer lo mismo, pero no tiene ninguna fuerza en los brazos y al cabo de unos segundos se cae de pie. Vuelve a saltar, y esta vez consigue subirse. Hago una cuenta atrás —tres, dos, uno, cero— y oscilamos el uno hacia el otro, cubriendo la corta distancia que nos separa. Suelto una patada, y Mateo ladea el cuerpo y casi se cae. Levanto las piernas en el aire y golpeo su abdomen con ellas. Intenta liberarse de mis piernas, pero las afianzo en torno a sus costados, así que no tiene como soltarse. Las manos me duelen un poco, y cuando se suelta, riendo, caigo a su lado sobre la colchoneta. El golpe es bastante fuerte, y el dolor reverbera por todo mi cuerpo, pero esto no va a matarme. Estamos el uno junto al otro, riendo mientras nos masajeamos los codos y piernas doloridos. Nuestras espaldas ahora están completamente mojadas, y resbalamos una y otra vez al tratar de enderezarnos. Qué par de payasos. Mateo se las arregla para levantarse y me ayuda a incorporarme.

—Gané, ¿no? —digo.

—Yo creo que empatamos —objeta él.

—¿Probamos otra vez?

—Mejor no. Creí ver que mi vida entera pasaba ante mis ojos en el momento de la caída.

Sonrío.

—Voy a hablarte con claridad, Mateo —No hago más que repetir su nombre, aunque esté de más (es evidente que estoy hablando con él y no con otro), pero es que me encanta el sonido de su nombre, «Mateo», y lo digo en serio—. Los últimos meses han sido un infierno para mí. Tenía la sensación de que mi vida se había acabado para siempre, antes incluso de que me llegase la alerta. Hubo días en los que me creía capaz de demostrar que en Muerte Súbita no siempre aciertan, de tirarme al río montado en la bici. Pero, ahora, no solo tengo miedo, sino que me siento rabioso porque hay muchas cosas que ya nunca voy a conocer. Va a faltarme el tiempo… van a faltarme otras cosas, como…

—No estarás pensando en suicidarte en tu Último Día, ¿verdad? — interrumpe.

—No soy un peligro para mí mismo, y eso te lo prometo. No tengo ganas de que todo esto acabe. Pero, por favor, prométeme que no vas a morirte antes que yo. Eso sí

que sería insoportable.

—Te lo prometo, pero solo si tú me prometes lo mismo.

—No podemos prometerlo los dos.

—Pues entonces no te prometo nada —dice Mateo—. No quiero que me veas morir, pero tampoco puedo verte morir.

—Mira que eres retorcido. ¿De verdad estás dispuesto a dejar este mundo como un Fiambre que le negó su último deseo a otro Fiambre?

—Ponte como quieras, pero no pienso prometerte que voy a obligarme a ver cómo mueres. Eres mi Último Amigo, y eso me dejaría hecho polvo.

—Tú no mereces morir, Mateo.

—Yo creo que nadie merece la muerte.

—Con la excepción de esos asesinos en serie, ¿no?

No responde, porque seguramente cree que su respuesta no va a gustarme. Lo que es otra muestra de lo que acabo de decir: Mateo no merece morir.

Una pelota de balonmano llega botando en nuestra dirección. Mateo se me adelanta y va corriendo a buscarla. Un desconocido también corre en su dirección, pero Mateo es más rápido y se la devuelve.

—Gracias, amigo —dice el otro.

El fulano está blanco como el papel, como si casi nunca saliera de casa. Vaya día de mierda que escogió para salir a jugar al balonmano. Parece tener diecinueve o veinte años, aunque quizá tenga nuestra edad.

—No hay problema —responde Mateo.

El chico hace amago de irse, pero de pronto se fija en mi bicicleta.

—¡Bonita bici! ¿Es una Trek?

—Sí. La compré para competir. ¿Tú también tienes una?

—Tenía, hasta que me la cargué —explica—. El cable de los frenos reventó y la barra del sillín quedó hecha un acordeón. Voy a comprarme otra igual cuando consiga un empleo en el que me paguen más de ocho dólares la hora.

—Puedes quedarte la mía —digo. Puedo hacerlo. Me acerco a la bicicleta, la que estuvo acompañándome fielmente durante una carrera brutal, la que siempre me llevó donde yo quería, la cojo por el manillar y voy con ella hacia este desconocido—. Hoy es tu día de suerte, y hablo en serio. A mi amigo no le gusta mucho que ande en este cacharro, así que te la regalo.

—¿De verdad?

—¿Estás seguro? —pregunta Mateo.

Asiento con la cabeza.

—Es tuya —le digo al otro—. Quédatela, hombre. Voy a irme pronto de la ciudad, y no puedo llevármela.

El fulano arroja el balón a sus amigos, quienes están gritándole que vuelva a jugar con ellos. Se monta en la bici y juguetea con los frenos.

—Espera. No se la habrás robado a alguien, ¿verdad?

—Nada de eso.

—¿Y no está rota? ¿No será que no funciona, y por eso te quieres librar de ella?

—Está en perfecto estado.¿La quieres o no?

—Sí, sí, claro. ¿Puedo pagarte algo por ella?

Niego con la cabeza.

—Estamos en paz.

Mateo le entrega el casco, que no se pone, y se marcha pedaleando en dirección a sus amigos. Saco el móvil y le tomo unas fotos montado en mi bici, dándome la espalda, mientras se sube a los pedales y sus colegas juegan al balonmano. Buena foto, la de este grupo de chavales —porque son unos chavales, algo mayores que yo, pero da lo mismo—, demasiado jóvenes para inquietarse por mierdas como las alertas de Muerte Súbita. Tienen claro que su jornada va a terminar como casi todas las anteriores.

—Bien hecho —aprueba Mateo.

—Ya he montado lo suficiente en esa bici. —Hago nuevas fotos, del partidillo de balonmano en la cancha, de la estructura de barrotes en la que jugamos a los gladiadores—. Vamos.

Estoy a punto de ir a por la bici, pero recuerdo que acabo de regalarla. Me siento más ligero, como si mi sombra se hubiera despedido y alejado de mí para dedicarse a otra cosa. Mateo me sigue hasta los columpios.

—Me habías dicho que solías venir a este lugar con tu padre, para mirar las nubes y todo eso. Te propongo una cosa: subámonos a los columpios.

Mateo se sienta en uno de ellos, se agarra como si se le fuera la vida en ello —eso está más que claro—, coge un poco de carrerilla y se lanza hacia delante con las piernas extendidas, como si se propusiera derribar un edificio a patada limpia. Tomo una foto y me subo a su columpio también, con los brazos en torno a las cadenas; me las arreglo para hacer más fotos. Lo que supone un riesgo, para mí y para mi teléfono móvil, claro está, pero por cada cuatro imágenes borrosas consigo una de las buenas. Mateo señala las oscuras nubes de tormenta en el cielo, y me siento maravillado por vivir este momento en compañía de alguien que no merece morir.

Pronto va a llover otra vez, y con fuerza, pero por el momento seguimos balanceándonos. Me pregunto si Mateo está diciéndose que el hecho de compartir un columpio con otro Fiambre es señal de que la estructura va a venirse abajo y matarnos a los dos, o de que de tanto columpiarnos terminaremos por salir volando para caer y morir al estrellarnos contra el suelo. Por mi parte, me siento seguro.

Nos columpiamos un poco más lentamente, y grito a su oído:

—¡Los Plutones se encargarán de esparcir mis cenizas en este lugar!

—¡El lugar en el que cambias de humor! —grita Mateo a su vez, mientras el columpio echa su espalda hacia atrás—. ¿Algún otro cambio más? Además de lo que está claro, quiero decir.

—¡Sí!

—¿El qué?

Sonrío en lo alto, mientras dejamos de columpiarnos.

—Bueno, regalé mi bicicleta.

Tengo claro qué es lo que me está preguntando Mateo en realidad, pero no muerdo el anzuelo. Él es quien tiene que dar el primer paso; no pienso privarle de este momento, que resulta demasiado importante. Se levanta del columpio; me quedo sentado en él.

—Es extraño pensar que se trata de la última vez que estoy en este parque… en

carne y hueso, quiero decir.

Mateo mira alrededor; también es su última vez aquí.

—¿Alguna vez has oído hablar de esos Fiambres que se convierten en árboles? Sí, sí, ya sé que suena a cuento de hadas. Pero existe esta compañía, la Urna Viviente, que ofrece la posibilidad de meter tus cenizas en una urna biodegradable con una semilla de árbol que absorbe nutrientes y cosas parecidas de las cenizas. Al principio pensé que se trataba de un cuento chino, pero no: es un hecho científico.

—O sea, que en lugar de hacer que esparzan mis cenizas por el suelo, para que un perro luego venga y se cague encima, ¿ puedo seguir vivo en forma de árbol?

—Sí. Para que otros chavales luego inscriban corazones en tu corteza, al mismo tiempo que produces oxígeno. A todo el mundo le gusta respirar, ¿no? —dice Mateo.

Empieza a lloviznar, por lo que me levanto del columpio. La cadena traquetea a mis espaldas.

—Vamos a ponernos a cubierto, rarito.

No estaría nada mal regresar a la vida en forma de árbol, para volver a crecer en Althea Park. Tampoco pienso comentarlo en voz alta; si le dices a la gente que quieres convertirte en un árbol, no puedes esperar que te tomen en serio.

DAMIEN RIVAS

14:22 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Damien Rivas, porque hoy no va a morir, lo que a Damien le parece una vergüenza, porque no se siente muy contento con su vida últimamente. Damien siempre ha sido un adicto a la adrenalina. Cuando era niño, cada verano probaba a subir a una montaña rusa de mayor tamaño que la del año anterior. Con el tiempo se acostumbró a robar caramelos en las tiendas y a sisar dinero del monedero de su padre. Y a pelearse con quienes venían a ser un Goliat para su David. Eventualmente formaron una pandilla.

Se aburre como una ostra cuando está jugando solo a los dardos.

Tampoco se pone de muy buen humor al hablar con Peck por teléfono.

—Eso de llamar a la policía es una mierda propia de nenazas —asegura Damien lo bastante fuerte como para que lo capte el móvil en modo manos libres—. Hacerme llamar a la policía va contra mis principios.

—Ya lo sé. Tú solo disfrutas cuando llaman a la poli para que venga a hablar contigo —dice Peck.

Damien asiente con la cabeza, como si Peck pudiera verle.

—Tendríamos que habernos ocupado de este asunto nosotros mismos.

—Tienes razón —conviene Peck—. De hecho, la poli no llegó a ni a ver a Rufus. Supongo que lo dejaron correr porque saben que es un Fiambre.

—Ese niñato te hizo una jugada, así que vamos a hacer justicia — propone Damien.

De pronto se siente rebosante de entusiasmo y determinación. No se metió en problemas en todo el verano, y por fin llegó la oportunidad de hacer lo que más le gusta de todo.

Se imagina la cabeza de Rufus donde está el tablero de los dardos. Arroja un dardo y acierta dn el centro, justo entre los ojos de Rufus.

MATEO

14:34 horas

Otra vez está lloviendo, con mayor fuerza que en el cementerio. Me siento como el pájaro de mi niñez, el pajarito estremecido por la lluvia. El que salió del nido antes de estar preparado para hacerlo.

—Tendríamos que ponernos a cubierto —digo.

—¿Tienes miedo de pillar un resfriado?

—Tengo miedo de engrosar las estadísticas de personas fulminadas por un rayo.

Estamos cobijados bajo la marquesina de una tienda de mascotas; los cachorros del escaparate nos distraen de la necesidad de planear qué vamos a hacer a continuación.

—Ya que vas de explorador por la vida, se me ocurre una idea que puede gustarte —aventuro—. Podríamos viajar en el metro sin rumbo, ¿qué te parece? Hay muchas cosas que sigo desconociendo de mi propia ciudad. Quizá nos tropezamos con algo fantástico, ¿quién sabe? Mejor pensado, olvídate de todo esto. Es una estupidez.

—No es ninguna estupidez. ¡Entiendo perfectamente qué es lo que quieres decir! —Rufus echa a andar hacia la boca del metro—. Y nuestra ciudad es gigantesca, una monstruosidad. Es posible vivir en ella toda la vida sin llegar a conocer todas y cada una de sus calles, en cada barrio. Una vez soñé que emprendía un espectacular recorrido en bicicleta. Los neumáticos de mi bici estaban pintados con pintura fosforescente, y mi intención era conseguir que todas las calles de la ciudad estuvieran iluminadas a medianoche.

Sonrío.

—¿Lo conseguías? —Es un sueño interesante, con suspense, con una lucha contra el tiempo…

—Pues no. Creo que me puse a soñar con otras cosas, sexo o algo por el estilo, y lo siguiente que pasó fue que desperté —responde Rufus.

Me digo que seguramente no es virgen, pero no pregunto, porque no es de mi incumbencia.

Volvemos a poner rumbo al sur de Manhattan. Quién sabe hasta dónde llegaremos. Quizá vamos con el metro hasta la última parada de la línea, para después subir a un autobús e ir más lejos aún. Es posible que vayamos a parar a otro estado, como Nueva Jersey.

Llegamos al andén, y resulta que hay un tren detenido y con las puertas abiertas; corremos y nos sentamos en una banqueta en un rincón.

—Propongo que juguemos a un juego —dice Rufus.

—¿A los gladiadores otra vez? ¡No, por favor!

Niega con la cabeza y añade:

—No, no. Este otro juego se llama «el viajero». Olivia y yo jugábamos mucho al viajero. Se trata de imaginar la historia personal de otro pasajero, quién es y adónde se dirige. —Se mueve un poco, y su cuerpo se roza con el mío mientras señala con discreción a una mujer vestida con una bata azul claro de hospital bajo la chaqueta,

quien lleva una cesta con la compra—. Yo digo que cuando llegue a casa va a pegarse una siesta y que luego va a poner música a todo volumen mientras se prepara para disfrutar de su día libre después de nueve jornadas seguidas de trabajo. Aún no lo sabe, pero cuando baje a la calle va a encontrarse con que su bar de siempre está cerrado por reformas.

—Una mierda —comento. Rufus se vuelve hacia mí y hace girar la muñeca, animándome a continuar—. Bueno. La mujer entonces va a volver a casa y se pondrá a mirar una de sus películas preferidas; durante los intermedios para la publicidad aprovechará para ponerse al día y responder los correos electrónicos de sus amigos. —Rufus esboza una sonrisa traviesa—. ¿Qué?

—Comenzó su noche sintiéndose aventurera —observa.

—Sí, bueno, antes durmió una siesta.

—¡Y seguro que tiene energía para pasarlo bien durante toda la noche!

—Lo más probable es que mire qué planes tienen sus amigos. Seguro que muchas veces no responde a los mensajes y correos que le mandan, porque se pasa el día salvando vidas y trayendo bebés al mundo. La pobre necesita divertirse un poco, segurísimo. —Con un gesto de la cabeza señalo a una chica con unos auriculares más grandes que unos puños. Lleva el pelo teñido de color platino y está haciendo un vistoso dibujo en su tableta con un lápiz óptico—. A esta chica le regalaron la tableta la semana pasada por su cumpleaños; al principio la quería para jugar a juegos y para hablar con sus amigas por videochat, pero descubrió esta aplicación para dibujar y empezó a experimentar con ella para matar el rato. Y se está convirtiendo en una nueva obsesión.

—Me gusta —aprueba Rufus. El metro se detiene, y la chica se apresura a recoger su bolsa de mano, que tiene una curiosa ilustración en un lado. Sale corriendo del vagón en el momento preciso en que se abren las puertas, como sucede en las películas de acción—. Y ahora se dirige a casa, donde va a ponerse a chatear con sus amigas, aunque más tarde de la hora convenida, porque sigue dándole vueltas a este dibujo que tiene pensado.

Seguimos jugando al viajero. Rufus señala a otra joven, una que lleva una maleta, y dice que seguramente se escapó de casa. Lo corrijo: en realidad está volviendo a su hogar, del que se marchó tras una gran pelea con su hermana; pero ahora van a hacer las paces. Eso salta a la vista, está más que claro, todo el mundo tendría que darse cuenta. Ese otro pasajero, el que está empapado de pies a cabeza, seguramente estaba conduciendo una camioneta y sufrió una avería… No conducía una camioneta, sino que estaba al volante de su Mercedes último modelo, me corrige Rufus. El tío es un ricachón, y esto de viajar en metro le está bajando un poco los humos.

Unos alumnos de la universidad suben al vagón pertrechados con paraguas cerrados; posiblemente vienen de una clase de orientación profesional. Tienen toda una vida por delante, y nos ponemos a adivinar qué van a ser el día de mañana: un juez de lo familiar procedente de una familia de artistas; un humorista en Los Ángeles, donde sabrán apreciar sus chistes sobre atascos de tráfico; una cazatalentos que lo pasará mal unos años pero terminará por triunfar; el guionista de una serie de televisión sobre unos monstruos que practican deportes; un monitor de paracaidismo, cuyo mostacho nos hace reír un poco, porque cada vez que se tire del avión dará la

impresión de estar sonriendo contra el viento.

Si fueran otros los que estuvieran jugando al viajero, ¿qué pensarían de Rufus y de mí?

Las puertas del vagón se abren. Rufus me da un golpecito en el hombro y señala la salida.

—Oye, ¿esta no es la parada donde nos bajamos porque de pronto se nos ocurrió apuntarnos al gimnasio?

—¿Cómo? ¿Y ahora que me estás diciendo?

—Sí, hombre, ¿no te acuerdas? Quisiste ponerte todo musculoso, después de que aquel capullo te pegara un empujón en el concierto de los Bleachers —dice Rufus, en el mismo momento en que las puertas se cierran.

Nunca he estado en un concierto de los Bleachers, pero entiendo la broma.

—Te equivocas de concierto, Rufus. El fulano aquel me pegó el empujón en un concierto de los Fun. Ah, mira, esta es la parada en la que nos bajamos para hacernos unos tatuajes.

—Eso mismo. ¿Cómo se llamaba el tatuador…? Barclay, ¿no?

—Baker —corrijo—. ¿No te acuerdas? Nos contó que se había hecho tatuador después de dejar los estudios de medicina.

—¡Justamente! Se notaba que Baker estaba de buen humor; nos hizo esa oferta: dos tatuajes por el precio de uno. Hice que me pusiera una rueda de bicicleta en el antebrazo. —Se lo toca con la mano—. ¿Y tú…?

—Hice que me tatuara un caballito de mar. Un caballito de mar varón, esto es.

Rufus me mira tan confuso que se diría que está a punto de pedir que lo dejemos, que no cree que estemos jugando al mismo juego de hace unos segundos.

—Eh… Refréscame la memoria, que no me acuerdo bien. ¿Por qué te hiciste este tatuaje?

—Como sabes, los caballitos de mar varones pueden dar a luz. Es la razón por la que a mi padre le encantan. Porque estuvo cuidándome solo durante toda la vida, ¿recuerdas? No puedo creer que no recuerdes el significado de este caballito de mar que llevo en el hombro. No, en la muñeca. En la muñeca, claro que sí. En la muñeca es más cool.

—Y yo no puedo creer que no recuerdes dónde llevas el tatuaje.

Llegamos a la parada siguiente, y Rufus se proyecta hacia el futuro.

—Mira, esta es la parada en la que suelo bajarme para ir al trabajo. Cuando tengo que ir a las oficinas, no cuando estoy viajando por el mundo para escribir reseñas sobre hoteles de lujo. No está nada mal eso de trabajar en un edificio que has diseñado y construido tú mismo.

—Tiene que ser estupendo, Rufus.

Miro mi muñeca, allí donde tendría que estar el caballito de mar.

Convenimos en que, en el futuro, Rufus tiene un blog sobre viajes y yo soy arquitecto. Tenemos unos tatuajes que nos hicimos a la vez. Hemos estado en tantos conciertos que él ya ni se acuerda bien. Casi preferiría que fuéramos un poco menos creativos en este momento, porque estos falsos recuerdos de nuestra amistad son fantásticos. Imaginad: ¡estamos reviviendo cosas que en realidad nunca hemos vivido!

—Tenemos que dejar una huella de nuestro paso —digo, mientras me levanto del asiento.

—¿Piensas salir para mear en una boca de riego?

Dejo el libro del robacorazones en la banqueta.

—No sé quién va a encontrarlo aquí tirado. Pero tiene su gracia que alguien lo encuentre en este lugar, ¿no te parece?

—Tiene su gracia. Este es un asiento muy especial —dice Rufus, levantándose a su vez.

El tren se detiene; las puertas se abren. En la vida tiene que haber algo más que imaginar el futuro que te espera. No me basta con imaginar mi futuro; tengo que arriesgarme para crearlo.

—Hay una cosa que en verdad quiero hacer —comento.

—Tenemos que salir —dice Rufus, con una sonrisa.

Bajamos del vagón antes de que las puertas se cierren; casi chocamos con dos chicas al hacerlo. No tardamos en dejar el metro atrás.

ZOE LANDON

14:57 horas

Los de Muerte Súbita llamaron a Zoe Landon algo después de medianoche, porque hoy va a morir. Zoe se sentía sola, pues apenas llevaba ocho días en Nueva York, para estudiar en la universidad *a partir de hoy mismo*. Apenas había tenido tiempo de deshacer el equipaje, y menos aún para hacer amigos. Pero, por suerte, la aplicación Último Amigo estaba a un solo clic de distancia. Envió un primer mensaje a este chico, Mateo, quien no le respondió. Quizá ya había muerto. Quizá había hecho caso omiso de su mensaje. Quizá ya había encontrado a otro Último Amigo.

Como la propia Zoe terminó por hacer.

Zoe y Gabriella suben al vagón un segundo antes de que las puertas se cierren, y se ven obligadas a esquivar a dos chicos para hacerlo. Se dirigen a la banqueta situada en un rincón y se detienen al ver que hay un objeto envuelto en papel manila. Un objeto rectangular. Zoe sabe que el metro está lleno de carteles que instan a los usuarios a dar aviso si ven algo inusual. Y esto es inusual.

—Esto tiene mala pinta —dice —. Lo mejor es que te bajes en la siguiente parada.

Gabriella no tiene miedo, pues a ella no la llamaron los de Muerte Súbita. Recoge el objeto.

Zoe hace una mueca de nerviosismo.

—Es un libro —indica Gabriella—. ¡Oh, mira! Es un libro-sorpresa… — Se sienta y contempla la imagen de un delincuente que está dándose a la fuga—. Qué dibujo tan bueno.

Zoe toma asiento a su lado. Se dice que el dibujo es pasable, pero respeta la opinión de Gabriella.

—Ahora voy a ser yo la que te cuente un secreto —dice esta última—. Si quieres.

Zoe estuvo contándole a Gabriella todos sus secretos. Todos los secretos que hizo jurar a sus mejores amigas de la niñez que nunca revelarían. Todos los del tipo desgarrador que guardó para sí porque era demasiado doloroso revelarlos. Hoy, las dos rieron y lloraron, como si fueran mejores amigas desde siempre.

—Tu secreto va a morir conmigo —responde Zoe.

No ríe, y Gabriella tampoco lo hace, pero coge la mano de Zoe con fuerza para que sepa que va a encontrarse bien. Se trata de una promesa que no tiene más fundamento que lo que el instinto está diciéndole en este momento, sin pararse a pensar demasiado en la existencia de otra vida después de la muerte.

—Tampoco es un secreto enorme, pero bueno: resulta que soy Batman, el misterioso pintor de grafitis por toda Manhattan —afirma Gabriella.

—Vaya, la verdad es que han gustado mucho tus obras, Batman… misteriosa pintora de grafitis por toda Manhattan —responde Zoe.

—Mi especialidad es dibujar grafitis que animan a la gente a convertirse en Últimos Amigos. A veces hago dibujitos con rotulador: en las cartas de los restaurantes o en los carteles del metro. Pero lo que más me gusta es el grafiti, las

pintadas del tipo complicado. He dibujado firmas especiales para los Últimos Amigos que he conocido. En todos los lugares posibles. Durante la última semana hice una pintada en la que aparecen esas bonitas siluetas de la aplicación de McDonald's junto con dos hospitales y un tazón de sopa caliente. Espero que todo el mundo se fije en el mensaje y lo copie. —Gabriella tamborilea con los dedos sobre el libro. Zoe al principio pensaba que tenía esas coloraciones junto a las uñas de sus dedos porque se las había estado pintando fatal, pero ahora sabe cuál es su origen—. Como decía, me encanta el arte y prometo etiquetar un buzón o algo parecido con tu nombre.

—¿Quizá podrías hacerlo en Broadway? —sugiere Zoe—. No será lo mismo que un rótulo luminoso con mi nombre, pero por lo menos habré triunfado en Broadway. —Al visualizar lo que acaba de sugerir, la imagen la lleva a sentirse colmada a la vez que vacía.

Los pasajeros levantan la vista de sus periódicos y pantallas de móvil y fijan la mirada en Zoe. Con indiferencia en uno de los rostros, con lástima en otro de ellos. Con la más absoluta tristeza en el de una mujer negra con un maravilloso peinado afro.

—Siento mucho que vayamos a perderte —dice la mujer.

—Gracias —responde Zoe.

La desconocida vuelve a fijar la vista en su móvil.

Se acerca un poco a Gabriela, hasta rozarse con ella, y dice:

—Me siento como una especie de friki. —Su tono de voz ahora es más bajo.

—Mientras puedas, no te cortes al hablar —sugiere Gabriella.

—Vamos a ver qué libro es este… —dice Zoe. Tiene curiosidad—. Ábrelo.

Gabriella se lo pasa.

—Mejor ábrelo tú. Al fin y al cabo, es tu…

—Es mi Último Día, no mi cumpleaños —interrumpe Zoe—. No necesito que me hagan regalos y tampoco creo que vaya a leer el libro en las próximas… —Consulta su reloj y se siente un tanto mareada. Como mucho le quedan nueve hora por delante. Y es de las que leen con mucha lentitud—. Se me ocurre una idea. Quiero regalarte este regalo dejado por un desconocido. Gracias por ser mi Última Amiga.

La mujer sentada en la banqueta de delante levanta la vista. Abre bien los ojos y dice:

—Perdón por meterme donde no me llaman, pero es estupendo oír que sois Últimas Amigas. Y es estupendo saber que has encontrado a una persona durante tu Último Día. —Señala a Gabriella y añade—: Y que haces lo posible por que otros disfruten de un día pleno y con sentido. Es algo bonito.

Gabriella pasa el brazo por los hombros de Zoe y la aprieta contra su costado. Ambas le dan las gracias a la mujer.

Los neoyorquinos tienen fama de ser desagradables, pero Zoe acaba de tropezarse con la neoyorquina más agradable de todas. ¡Tenía que suceder en su Último Día!

—Abrámoslo juntas —dice Gabriella, señalando el libro.

—Trato hecho —conviene Zoe.

Ella espera que Gabriella siga trabando amistad con otros Fiambres cada vez que pueda.

No tiene sentido vivir la vida a solas. Y lo mismo sucede con los Últimos Días.



MATEO

15:18 horas

El riesgo es enorme si vuelvo a ver a Lidia, pero es lo que quiero hacer.

El autobús se detiene, y dejamos que todo el mundo suba antes de hacerlo nosotros. Le pregunto al conductor si hoy le llegó la alerta, y él sacude la cabeza. Se supone que este trayecto no va a resultar peligroso. Sí que podemos morir en el autobús, claro, pero parece poco probable que el vehículo sufra un accidente en el que muramos los dos pero todos los demás solo resulten heridos.

Tomo prestado el teléfono de Rufus para llamar a Lidia. Mi móvil está quedándose sin carga —la batería está al treinta por ciento —, y quiero asegurarme de que los del hospital puedan contactarme si mi padre despierta. Voy a otro asiento del vehículo y tecleo el número de Lidia.

Atiende la llamada casi al instante, pero se produce una pausa antes de que suene su voz, como estuvo pasando durante las semanas posteriores a la muerte de Christian.

—¿Sí?

—Hola —digo.

—¡Mateo!

—Lo siento. Yo…

—¡Bloqueaste mi número! ¡Yo misma te enseñé a hacerlo!

—Tuve que…

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Yo…

—Mateo. Soy tu puta mejor amiga… No hagas caso de lo que dice mamá, Penny. Y bueno, ¿por qué no me dijiste la puta verdad, que estás muriéndote?

—No quería…

—Cállate. ¿Estás bien? ¿Cómo te encuentras?

Siempre he pensado que Lidia es como una moneda que están tirando a cara o cruz. La cruz tiene lugar cuando está tan cabreada que casi te da la espalda, y cara se produce cuando te ve tal y como eres, con total claridad. Diría que ahora es cara, pero, ¿quién sabe?

—Estoy bien, Lidia. Estoy con otra persona. Una persona nueva — explico.

—¿Quién es esa chica? ¿Cómo la conociste?

—A través de la aplicación Último Amigo —respondo—. Se llama Rufus y es un chico. También es un Fiambre.

—Quiero verte.

—Yo también quiero verte. Por eso te estoy llamando. ¿Te parece que podrías dejar a Penny con alguien y encontrarte conmigo en el Travel Arena?

—La abuelita está aquí en casa. La llamé hace horas, medio histérica, y vino directamente del trabajo. Ahora mismo voy al Arena, pero, por favor, ten cuidado al dirigirte allí. No corras. Camina con lentitud, excepto cuando estés cruzando la calle. Solo cruza si te corresponde y si no hay ningún coche a la vista, incluso si está parado

frente al semáforo en rojo o aparcado junto a la acera. Mira, mejor no te muevas; quédate donde estás. ¿Dónde te encuentras en este momento? Voy a buscarte. No te muevas… a no ser que veas a algún sujeto sospechoso cerca.

—Pero ya me subí al autobús con Rufus —objeto.

—¿Dos Fiambres en un mismo autobús? ¿Es que estás empeñado en morir? Mateo, estás forzando la situación. El autobús bien puede tener un accidente, volcar…

Tengo el rostro acalorado.

—No tengo ningunas ganas de morir —respondo sin levantar la voz.

—Lo siento. Me callo la boca. Ten cuidado, por favor. Tengo que verte por última… ejem, tengo que verte, ¿entendido?

—Vas a verme. Y voy a verte. Te lo prometo.

—No quiero colgar —dice Lidia.

—Yo tampoco.

No colgamos. Seguramente haríamos mejor en aprovechar los minutos para hablar de nuestros recuerdos o para disculparnos por algún posible malentendido, pues nada garantiza que pueda mantener la promesa que acabo de hacer. Pero no. Lo que hacemos es hablar de que Penny acaba de golpearse en la cabeza con un juguete muy grande pero no está llorando, pues es una niñita muy valerosa. Me digo que disponer de un nuevo recuerdo divertido es tan bueno como rememorar otro antiguo. Hasta es posible que resulte mejor. No quiero agotar la batería del móvil de Rufus, por si los Plutones tratan de contactar con él, por lo que Lidia y yo finalmente nos ponemos de acuerdo y colgamos a la vez. Pulso la tecla *Finalizar*. El ánimo de pronto se me ensombrece; el mundo otra vez parece ser una carga insoportable.

PECK

15:21 horas

Peck consiguió reunir a la pandilla.

A la pandilla sin nombre.

Peck tiene este apodo porque sus puñetazos son como picotazos, no tienen ninguna fuerza. Son más irritantes que otra cosa, como los picotazos de un pajarito. Si lo que quieres es noquear a alguien, lo que te conviene es hacer que un tipo malo con puños de hierro lo sacuda. Peck solo vale para patear a quien ya está en el suelo, pero Damien y Kendrick prefieren operar por su cuenta, porque Peck en realidad les resulta un estorbo. Eso sí, les conviene seguir siendo amigos de él, porque Peck tiene acceso a una pipa.

Peck abre el gran armario de su cuarto, a sabiendas de que Damien y Kendrick tienen los ojos posados en él. El interior del armario viene a ser una serie de muñecas rusas, diseñada por el propio Peck. Lleva la mano al interior, preguntándose si va a tener lo que se necesita para hacer lo que se propone hacer. Abre el cesto de la ropa sucia, preguntándose si podrá soportar no volver a ver a Aimee nunca más en la vida, sabiendo que ella nunca se lo perdonará, si llega a enterarse de que el responsable fue él. Abre una última caja, una caja de cartón para zapatos, diciéndose que tiene que hacerse respetar de una vez por todas y para siempre.

Peck va a hacerse respetar vaciando el cargador de esta pistola en la persona que le faltó el respeto.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Damien.

Peck entra en Instagram, se dirige a la cuenta de Rufus y se enoja realmente al encontrar nuevos comentarios de Aimee diciendo que lo echa mucho de menos. Actualiza la página, una y otra vez.

—Vamos a esperar.

MATEO

15:26 horas

La lluvia se convirtió en llovizna cuando el autobús para frente al World Travel Arena, en la esquina de la calle Treinta con la Doce. Me bajo primero del autobús, y al momento oigo que algo rechina.

—¡JODER! —se escucha a continuación.

Me giro a tiempo para agarrarme al pasamanos y evitar que Rufus caiga de bruces y me arrolle hasta estamparnos de cabeza contra la acera. Es tirando a musculoso, por lo que el peso de su cuerpo me hace daño en los hombros. Recupera el equilibrio, y yo también.

—El suelo del autobús está mojado —dice—. Lo siento.

Hemos llegado; estamos aquí. A salvo.

Contamos el uno con el otro. Vamos a prolongar este día tanto como podamos, como si se tratara del solsticio de verano.

Encuentro que el edificio del Travel Arena se parece al del Museo de Historia Natural, con la salvedad de que es la mitad de grande y tiene banderas de todos los países ondeando en torno a su cúpula. El río Hudson está a dos calles de distancia, pero me abstengo de comentárselo a Rufus. Este recinto tiene capacidad para tres mil personas, idónea para los Fiambres, sus invitados, las personas con enfermedades incurables y, en general, todos quienes tengan ganas de disfrutar de la experiencia que aquí te ofrecen.

Decidimos comprar las entradas a la espera de que Lidia llegue.

Un empleado nos asiste. Hay tres colas, organizadas según el nivel de urgencia: para los que están enfermos, para los que hoy vamos a morir por obra de una fuerza desconocida y para los curiosos que quieren matar el rato. Basta con echar un vistazo para saber cuál es la cola que nos corresponde. En la cola a nuestra derecha, la gente ríe, se hace selfies, envía mensajes de texto. En la de la derecha no hay nada de todo esto. Hay una mujer joven con un pañuelo anudado en torno a la cabeza que respira por medio de una botella de oxígeno; algunos respiran jadeantes; otros están desfigurados o tienen unas quemaduras horrorosas. De repente me siento muy triste, no ya solo por ellos, ni siquiera por mí mismo, sino por los que nos preceden en nuestra cola, quienes han sido avisados de que se acabó lo que se daba y saben que les quedan pocas horas — incluso puede ser que minutos—por delante. Y luego están los que ni siquiera lograron continuar vivos hasta esta hora del día.

—¿Cómo se explica que no tengamos una oportunidad? —pregunto a Rufus.

—¿Una oportunidad para qué? —Mi Último Amigo está mirando alrededor, tomando fotos del recinto y de la gente.

—La oportunidad para tener otra oportunidad —respondo—. ¿Por qué no podemos llamar a las puertas de la muerte y rogarle que nos conceda la oportunidad de seguir con vida, o batirnos a duelo, o a un concurso de miradas? Hasta lucharía por la oportunidad de decidir cómo muero. A mí me gustaría irme de aquí mientras estoy durmiendo.

Y solo me quedaría dormido después de haber vivido valerosamente, para que otra persona me pasara el brazo por los hombros, rozara mi barbilla y mi hombro y me dijera con claridad que seguir vivos juntos es pura maravilla, que nos tenemos el uno al otro y que no hace falta pedir más.

Rufus deja de tomar fotos y me mira a los ojos.

—¿Hablas en serio? ¿Te crees capaz de echarle un pulso a la muerte y vencerla?

Comienzo a reír y aparto la mirada, pues el rostro se me acalora de tanto mirarlo a los ojos. Un coche de Uber se detiene a nuestro lado, y Lidia se baja del asiento trasero con rapidez. Mira a un lado y otro, de forma frenética, tratando de encontrarme. Aunque no es su Último Día, me pongo nervioso cuando un ciclista casi la derriba, angustiado por la posibilidad de que caiga, pierda el conocimiento y despierte en el hospital junto a mi padre.

—¡Lidia!

Salgo corriendo de la cola, y ella consigue encontrarme. Casi tropiezo por el nerviosismo, como si llevara años sin verla. Abre los brazos y me estrecha contra su cuerpo, con fuerza, como si acabara de sacarme del interior de un automóvil que se estuviera hundiendo o de recogerme tras haber salido despedido por la ventanilla de un avión estrellado contra el suelo. Está diciéndomelo todo con este abrazo: todos sus agradecimientos, todas sus expresiones de cariño, todas sus disculpas. Aprieto su cuerpo yo también, para darle las gracias, para que reconozca el amor que me inspira, para disculparme, por todo cuanto está encerrado en estos ámbitos y termina por sobrepasarlos. Se trata del momento más dulce en toda la historia de nuestra amistad, desde que me pasó el recién nacido cuerpecillo de Penny. De pronto da un paso atrás y me suelta una bofetada en la cara.

—Tendrías que habérmelo dicho.

Y me abraza con fuerza otra vez. La mejilla me escuece, pero hundo el mentón en su hombro, y mi amiga huele a algo con canela que seguramente le dio de comer a Penny, pues sigue llevando puesta la holgada camisa de estar por casa. Bailamos al abrazarnos, veo a Rufus en la cola y me fijo en que se quedó anonadado por la bofetada que acabo de recibir. Es un poco raro, desde luego, pero Rufus no sabe que así es Lidia, que, como dije antes, mi amiga siempre está yendo de un extremo al otro. Me digo que en realidad tan solo conozco a Rufus de hoy, lo que también es un tanto extraño.

—Tienes razón —le respondo a Lidia—. Pero sabes que lo siento, y que lo hice con la idea de protegerte.

—Se supone que tienes que decírmelo todo, que estarás conmigo para siempre —dice Lidia entre sollozos—. Se supone que tienes que estar a mi lado para hacer de policía malo cuando Penny traiga a su primer noviete a casa. Se supone que tienes que hacerme compañía, jugar a las cartas y mirar las tonterías de la televisión conmigo, una vez que se haya ido a la universidad. Se supone que tienes que estar aquí para votar a Penny como presidenta del país, porque con lo mandona que es, está claro que su destino es gobernarnos a todos. No solo eso, sino que se supone que tienes que estar aquí para evitar que haga un pacto con el diablo a fin de dominar el mundo entero, como si fuese una Fausta de andar por casa.

No sé qué decir. Confuso, asiento al tiempo que digo que no con la cabeza. No

tengo idea de qué es lo que puedo hacer.

—Lo siento.

—La culpa no es tuya. —Lleva su mano a mi hombro y lo aprieta.

—Quizá sí que lo es. Si no hubiera pasado media vida encerrado en casa, escondiéndome de todo y de todos, quizá sería más espabilado y sabría mejor qué hacer. Es un poco pronto para culparme a mí mismo de lo que va a pasar, pero es posible que la culpa al final la tenga yo, Lidia.

Este Último Día está siendo muy peculiar. Tengo la impresión de que me han dejado tirado en plena selva, pertrechado con todo cuanto necesito para sobrevivir, pero sin saber ni cómo encender un fuego.

—No digas tonterías —me espeta Lidia—. La culpa no es tuya. Todos te hemos fallado.

—Las tonterías las estás diciendo tú.

—Nunca te he oído hablar de forma tan desagradable —comenta Lidia, sonriente, como si se enorgulleciera de que finalmente me haya mostrado grosero—. Está claro que el mundo es un lugar peligroso, lo sabemos después de lo que pasó con Christian, después de ver que todos los días mueren personas. Pero tendría que haberte enseñado a correr algún que otro riesgo. A veces vale la pena arriesgarse.

Y hay quien de pronto tiene una hija, de forma inesperada, y la quieres más que a nada en el mundo. Es algo importante que Lidia me enseñó.

—Hoy estoy corriendo algunos riesgos —indico—. Y lo que quiero es que ahora estés a mi lado, porque, con Penny en tu vida, no siempre puedes soltarte el pelo y disfrutar de la aventura. Siempre quisiste conocer el mundo, y ya que no nos queda tiempo para viajar juntos por las carreteras del planeta, por lo menos voy a llevarme la alegría de recorrer el mundo a tu lado en este preciso momento.

Cojo su mano. Señalo a Rufus con la cabeza.

Lidia se gira hacia él con tanto nerviosismo como cuando estuvimos juntos en su cuarto de baño pendientes del test del embarazo. Y lo mismo que entonces, cuando dio la vuelta al palito para ver el resultado, Lidia dice:

—A por ello.

Aprieta mi mano, y Rufus se fija.

—Hola, ¿cómo va todo? —saluda él.

—He conocido días mejores —responde ella—. Todo esto es una puta mierda. Y lo siento muchísimo.

—Tú no tienes ninguna culpa —dice Rufus.

Lidia me mira como si se sorprendiera al ver que sigo a su lado en la cola.

Llegamos a la entrada. Vestida con una alegre camiseta amarilla, la taquillera nos sonríe con aire solemne.

—Bienvenidos al World Travel Arena. Sentimos perderos.

—Yo no estoy muriéndome —corrije Lidia.

—Ah, bueno. El precio de la entrada para invitados es de cien dólares — indica la cajera. Nos mira a Rufus y a mí y agrega—: En el caso de los Fiambres, se recomienda que hagan un donativo mínimo de un dólar.

Compro tres entradas, y dejo un donativo de doscientos dólares, con la esperanza de que este recinto siga abierto durante muchísimos años. El World Travel Arena les

ofrece a los Fiambres algo que parece ser incomparablemente mejor que la experiencia Vive el momento. La taquillera nos da las gracias sin inmutarse por tanto donativo: es sabido que los Fiambres no reparan en gastos. A Rufus y a mí nos dan una pulsera amarilla (la reservada a los Fiambres que gozan de buena salud), mientras que a Lidia le corresponde una anaranjada (la de los visitantes). Vamos hacia el interior.

Nos mantenemos unidos al hacerlo, sin que ninguno se quede rezagado. La entrada principal está bastante llena, pues Fiambres y visitantes se agolpan para contemplar la pantalla gigantesca en la que aparecen todas las regiones que uno puede visitar. Hay diferentes recorridos a elegir: la vuelta al mundo en ochenta minutos, tierras salvajes, viaje al centro de Estados Unidos, y muchos otros.

—¿Os parece que nos apuntemos a un recorrido? —sugiere Rufus—. A mí cualquiera me viene bien, menos eso de «tú, yo y el mar azul».

—La vuelta al mundo en ochenta minutos empieza dentro de diez — aviso.

—A mí me encantaría —afirma Lidia, quien está cogida de mi brazo. Avergonzada, se gira hacia Rufus y agrega—: Lo siento. Oh, por Dios, lo siento. Está claro que vosotros decidís. Yo no tengo voz ni voto. Lo siento.

—Por mí está bien bien —digo—. Rufus, ¿a ti te parece bien?

—A dar la vuelta al mundo se ha dicho.

Encontramos la sala 16 y subimos a un tranvía de dos pisos con una veintena de personas. Rufus y yo somos los únicos Fiambres con pulseras amarillas. Hay seis Fiambres con pulseras azules. En la Red he seguido a muchos Fiambres que tienen enfermedades incurables y toman la decisión de viajar por los países y ciudades del mundo mientras están a tiempo. Pero los que no pueden pagárselo se decantan por este sucedáneo, al igual que nosotros.

La conductora se encuentra de pie en el pasillo, hablándonos por unos auriculares.

—Buenas tardes. Gracias por acompañarme en este maravilloso recorrido que va a llevarnos por el mundo entero a lo largo de ochenta minutos, más o menos. Puede que sean setenta, puede que sean noventa. Me llamo Leslie y voy a ser vuestra guía en este viaje. En nombre de todos los que trabajamos en el World Travel Arena, os doy mi pésame, a vosotros y a vuestras familias. Espero que el recorrido de hoy sirva para que en vuestros rostros se pinten una sonrisas y para que los invitados que os acompañan se queden con un recuerdo maravilloso.

«Si en algún momento queréis deteneros un poco en alguna región, que sepáis que no hay problema, pero, por favor, tened en cuenta que el recorrido tiene que seguir adelante para completarlo en unos ochenta minutos. Y bien, ajustad vuestros cinturones… ¡y en marcha!

Nos ponemos los cinturones y comenzamos el recorrido. No es que yo sea un cartógrafo, pero pronto me doy cuenta de que el mapa con los destinos fijado al respaldo del asiento de delante —parecido a la retícula del metro—no es el geográficamente correcto. Pero bueno, disfrutamos de un viaje magnífico, pues en cada una de las salas hay una réplica increíblemente convincente, a lo que se suman los comentarios divertidos hechos por Lidia, quien ha estudiado este tipo de cosas. Avanzamos por unos raíles y de pronto vemos a unos Fiambres e invitados que también están pasándolo bomba y hasta nos saludan con las manos, como si no fueran

unos turistas iguales que nosotros.

Llegados a Londres, pasamos frente al palacio de Westminster; corre la leyenda urbana de que está prohibido morir en este lugar. En todo caso, lo que más me gusta es escuchar las campanadas del Big Ben, y eso que la imagen de las manecillas en su reloj provoca que vuelva a ser muy consciente de la realidad. Una vez en Jamaica, decenas de grandes mariposas —del tipo cometa gigante—nos dan la bienvenida, y vemos que hay personas sentadas en el suelo y pegándose un festín de platos como pescado con seso vegetal, esa fruta típica del Caribe. Al viajar por África pasamos ante una pecera gigantesca con especies del lago Malawi; me siento tan fascinado por los azules y amarillos que surcan el agua que casi me pierdo la pantalla con imágenes en directo de una leona que lleva a uno de sus cachorros cogido por el peludo cogote. En Cuba, algunos de los invitados se han puesto a jugar al dominó con unos paisanos; en las inmediaciones hay gente que hace cola para comprar cajas con terrones de azúcar. En presencia de sus raíces familiares, Rufus suelta un grito de entusiasmo. En Australia vemos flores exóticas y competiciones de cometas; a los niños que viajan con nosotros les regalan unos pequeños koalas de peluche. En Irak, el sonido del ave nacional, la perdiz chucar, resuena a través de los altavoces discretamente ocultos tras los carromatos de los mercaderes que comercian con hermosas camisas y bufandas de seda. Nos encontramos en Colombia, y Lidia cuenta que es el país del verano permanente; estamos tentados de comprar unos vasos con zumos de frutas a los vendedores ambulantes. Llegados a Egipto, hay dos réplicas de las pirámides; en la sala hace un fuerte calor seco, y unos empleados nos ofrecen botellas de agua mineral marca Río Nilo. Vamos a parar a China, y Lidia bromea con que la reencarnación está prohibida en este país sin una autorización especial del gobierno; no quiero pensar en el tema y prefiero contemplar las réplicas de los rascacielos iluminados y divertirme mirando a los jugadores de ping-pon. Subimos hasta Corea, y vemos un par de robots de un color entre amarillo y anaranjado, de los que se usan en las aulas de Seúl —«roboprofes», los llaman—; unos Fiambres aprovechan para que les maquillen las caras. De pronto nos hallamos en Puerto Rico, donde el tranvía se detiene para hacer la anunciada pausa de cuarenta segundos. Rufus me toma del brazo y me lleva a otro lugar; Lidia nos sigue.

—¿Qué pasa? —pregunto, mientras un coro de ranas arborícolas croa alrededor, sin que tenga claro si los animales son de verdad o se trata de una grabación.

Los sonidos de la naturaleza me resultan un tanto inquietantes, pues soy de ciudad y estoy acostumbrado a las sirenas y loss claxones de los coches, por lo que me siento aliviado al escuchar a unas personas que charlan agrupadas en torno al carrito del vendedor ambulante de bebidas con ron.

—Dijiste que te gustaría hacer algo diferente, emocionante, si un día tenías ocasión de viajar, ¿no es así? —me recuerda Rufus—. He estado buscando algo desde que empezamos el recorrido… ¡y mira! —Señala un letrero junto a la boca de un túnel en el que se lee «Salto sobre la selva»—. No sé bien de qué se trata, pero seguramente es mejor que esa tontería del paracaidismo de antes.

—¿Os habéis lanzado en paracaídas? —pregunta Lidia.

Su tono está a mitad de camino entre la incredulidad —como si nos hubiéramos vuelto locos—y los celos desatados. Lidia es posesiva a la vez que protectora, como

una hermana mayor.

Los tres avanzamos por las baldosas color beis, salpicadas con arena de verdad, hasta llegar a la boca del túnel. Un empleado nos entrega un folleto informativo sobre la sala selvática El Yunque y nos ofrece un recorrido guiado por auriculares, sin dejar de advertirnos que con los auriculares nos perderemos gran parte de la música natural del lugar. Nos olvidamos de los auriculares y entramos en el túnel, cuya atmósfera es cálida y húmeda.

La espesa arboleda contiene la llovizna, mientras que los rayos de un sol artificial se filtran por entre las hojas voluminosas. Caminamos entre los retorcidos troncos de los árboles, siguiendo un sendero que nos conduce hacia el melodioso croar de más ranas arbóreas. Papá solía contarme que cuando era niño, él y sus amigos se encaramaban a los árboles para capturar ranas que luego les vendían a otros niños que querían tener animales de compañía. Nos adentramos en la espesura, y al sonido de las ranas le siguen los de personas y una cascada. Creo que esto último es una grabación, pero al atravesar un claro veo que el agua se precipita desde una altura de unos seis metros a un remanso en el que hay varios Fiambres y vigilantes, todos descamisados. Supongo que este tiene que ser el lugar del salto selvático que anunciaban. No sé bien por qué, pensaba que sería algo más tontorrón, como saltar de una roca a otra en terreno llano.

He visto tantas cosas que la idea de salir de este recinto es más vívida que la del final de este día, como si fueran a arrebatarme de un sueño que ansié soñar toda la vida. Pero no estoy soñando. Estoy despierto, y voy a por todas.

—Mi hija no soporta la lluvia —le comenta Lidia a Rufus—. Porque detesta todo aquello que no puede controlar.

—Ya se le pasará —digo.

Avanzamos hasta el borde del pequeño precipicio, por el que están saltando unos Fiambres. Una chica menuda y cubierta con un pañuelo, con una pulsera azul y flotadores en los antebrazos hace algo peligroso en el último segundo. Se gira y se tira de espaldas, como si alguien la hubiera empujado desde lo alto de un edificio. Uno de los socorristas hace sonar el silbato, y los demás nadan hacia el centro, allí donde la muchacha acaba de sumergirse. Vuelve a la superficie, riendo, y los socorristas le riñen, un poco, pero a ella le da igual. ¿Cómo no va a darle igual en un día como este?

RUFUS

16:24 horas

Me la pasé diciendo que tenemos que ser valientes, pero no estoy tan seguro con esto de saltar. No he puesto un pie en una playa o una piscina municipal desde la muerte de mi familia. Lo más cerca que he estado de unas aguas como estas fue cuando Aimee se puso a pescar en el East River, y la consecuencia fue que tuve una pesadilla en la que quien estaba pescando era yo, allí donde el coche de mi familia se había hundido en el Hudson, y sacaba con la caña sus esqueletos vestidos con las ropas que llevaban en el momento de la muerte, lo que me recordaba que fui *yo* el que los abandonó.

—Salta tú si quieres, Mateo. Yo voy a pasar.

—Tú también tendrías que pasar–le dice Lidia—. No me corresponde tomar una decisión, ya lo sé, pero yo digo que no, no y no.

La chica insiste de lo lindo, pero yo quiero que Mateo salte. Ya no se oye el croar de las ranas, por lo que estoy seguro de que me ha escuchado. Este chico ha cambiado. Tengo claro que no perdéis comba de esta historia, pero vale la pena mirarlo con atención: se ha puesto a la cola para saltar de un precipio, y estoy seguro de que ni siquiera sabe nadar. Se vuelve hacia nosotros y hace gestos con la mano, invitándonos a ir con él, como si se dispusiera a montar en una montaña rusa.

—Vamos —insiste Mateo, fijando la vista en mí—. O, si lo prefieres, volvemos a las instalaciones de Vivir el Momento y nadamos en una de sus piscinas. Estoy convencido de que te sentirás mejor una vez que vuelvas al agua… Tiene su gracia que esta vez sea yo el que te diga lo que tienes que hacer, ¿no?

—Pues sí —convengo—. Es el mundo al revés, un poco.

—En pocas palabras: no necesitamos esas instalaciones de Vive el momento ni sus realidades virtuales. Podemos vivir nuestro propio momento en este lugar.

—¿En este bosque artificial? —Le devuelvo la sonrisa al preguntarlo.

—No estoy diciendo que este lugar sea real.

Una empleada le indica a Mateo que es el siguiente.

—¿Mis amigos y yo podemos saltar juntos? —pregunta él.

—No hay problema–es la respuesta.

—¡Yo no voy! —dice Lidia.

—Sí que vienes —contesta Mateo—. Si no lo haces, vas a arrepentirte.

—Quisiera pegarte un buen empujón desde lo alto —le digo a Mateo—. Pero no voy a hacerlo, porque tienes razón. —Puedo controlar mis miedos, especialmente en un entorno controlado como este, en el que hay socorristas y flotadores para los brazos.

No teníamos planeado bañarnos, por lo que nos desvestimos y quedamos en ropa interior. Y, vaya, no tenía idea de que Mateo fuese tan flacucho. Elude mis ojos —cosa que me divierte—, a diferencia de Lidia, que tan solo lleva puestos el sujetador y los vaqueros pero ni se inmnuta y me mira de arriba abajo con descaro.

Los empleados nos pasan el equipo —lo de «equipo» suena mejor que «los

flotadores», la verdad—, y nos lo ponemos. La chica de antes nos dice que saltemos cuando nos sintamos preparados. Más vale que lo estemos pronto, pues a nuestras espaldas se está formando una cola.

—¿A la de tres? —propone Mateo.

—Vale.

—Uno. Dos…

Sujeto la mano de Mateo con fuerza y entrelazo mis dedos con los de él. Gira el rostro hacia mí, con las mejillas encendidas, y coge a Lidia de la mano.

—Tres.

Miramos al frente los tres, luego hacia abajo, y saltamos. Tengo la sensación de estar desplomándome en el aire con mayor rapidez, arrastrando a Mateo en mi caída. Él grita y, justo antes de estrellarme contra el agua, grito yo también. Lidia exclama *¡Bravo!* Choco contra el agua, con Mateo a mi lado, y nos encontramos bajo la superficie unos segundos, pero abro los ojos y veo que sigue junto a mí. No fue presa del pánico, y de repente me acuerdo de la expresión de conformidad en los rostros de mis padres después de facilitar mi libertad. Lidia se soltó; la perdimos de vista. Mateo y yo flotamos hacia lo alto con las manos todavía unidas. Hay socorristas a uno y otro lado. Me acerco a Mateo, entre risas, y lo abrazo en agradecimiento por esta libertad en la que me obligó a encontrarme. Tengo la sensación de que me bautizaron o algo por el estilo, de que dejé gran parte de mi rabia, mi tristeza, mi remordimiento y mi frustración bajo la superficie, allí donde pueden terminar de hundirse y perderse de vista para siempre.

El agua de la cascada golpetea la superficie; uno de los socorristas nos conduce hacia el pie de la ladera. Otro de los empleados nos ofrece unas toallas. Mateo se pone la suya sobre los hombros, tiritando de frío.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

—Nada mal —respondo.

No mencionamos el hecho de que nos cogimos de las manos ni nada parecido, pero espero que ahora sepa entenderme mejor, si es que tenía alguna duda. Subimos por la pendiente, secándonos con las toallas, tomamos nuestras ropas y nos vestimos. Salimos por la tienda de artículos de regalo, donde Mateo se pone a canturrear la canción que suena en la radio.

Lo arrincono cuando se dispone a coger una de las postales con un mensaje de ¡ADIÓS! a la venta en este lugar.

—Me hiciste saltar, y ahora es tu turno.

—Pero si salté contigo…

—No estoy refiriéndome a eso. Quiero que me acompañes a este sótano donde hay un club con pista de baile… Está lleno de Fiambres que quieren bailar, cantar y relajarse un poco.¿Vamos?

AGENTE DE POLICÍA ANDRADE

16:32 horas

Los de Muerte Súbita llamaron a Ariel Andrade, porque hoy no va a morir, pero, dado que Andrade es agente de la policía, cada noche se siente aterrorizado por la posibilidad de que le llegue la llamada cuando el reloj dé la medianoche. Su miedo no ha hecho más que crecer en los últimos dos meses, desde la muerte de su compañero de patrulla. Él y Graham bien hubieran podido protagonizar una de esas películas sobre policías que son amigotes del alma, por su forma de manejarse en el oficio, por los chistes y bromas que se hacían a la hora de tomar unas cervezas juntos.

Andrade no deja de pensar en Graham, y hoy no es una excepción, por mucho que en el calabozo estén encerrados estos dos chavales de una casa de acogida que no paran de quejarse de que su hermano es un Fiambre. No hace falta compartir ADN para que otro sea tu hermano, y Andrade lo sabe bien. Y no hace falta que otro tenga tu misma sangre para que una parte de ti muera después de su muerte.

Andrade no cree que el Fiambre, Rufus Emeterio, al que renunció a perseguir durante la madrugada, vaya a meterse en líos… si es que todavía sigue vivo. El policía siempre tuvo un sexto sentido para detectar a los Fiambres que van a causar problemas durante sus últimas horas en este mundo. Como el Fiambre responsable de la muerte de Graham.

Cuando le llegó la alerta, Graham insistió en pasar el Último Día trabajando. Era posible que le salvase la vida a alguien, y eso era preferible a echar un último polvo de despedida. Los agentes estaban tratando de encontrar a un Fiambre que se había inscrito en el Bombazo, un portal en el que se compite para conseguir el mayor número de visualizaciones y al que, lamentablemente, cada vez más chicos se han estado apuntando y subiendo vídeos durante los últimos cuatro meses. La gente se conecta a cada hora para ver cómo estos Fiambres se matan de las maneras más originales posibles, para pegar un bombazo al marcharse de este mundo, por así decirlo. La muerte con más visualizaciones recibe un considerable premio en metálico para la familia del difunto, una suma que no se sabe de dónde procede. Pero, por lo general, en el portal abundan los Fiambres que se matan de formas no demasiado creativas y… bueno, es una lástima, pero no tienen una segunda oportunidad en absoluto. Ese día Graham hizo lo posible por impedir que un Fiambre se tirase con la moto por el puente de Williamsburg y solo le sirvió para morir él también.

Andrade se juró conseguir que cierren ese asqueroso portal antes de final de año. Se dice que no va a poder tomarse unas cervezas con Graham en el cielo si no logra su objetivo. Y lo que quiere es concentrarse en su función profesional, no en hacer de cuidador de desamparados. Razón por la que ahora mismo está haciendo que el matrimonio de la casa de acogida firme las debidas autorizaciones. Así estos dos chavales pueden volver a casa, después de recibir una seria reprimenda, y descansar un poco.

Y llorar por su amigo.

Pero, ¿quién sabe? Hasta quizá es posible que lo encuentren, si es que todavía vive.

Si estás muy cerca de un Fiambre cuando muere, luego vas a tener problemas para articular tus sentimientos con palabras y durante largo tiempo. Pero son pocos los que no quieren encontrarse a su lado hasta el último minuto de su existencia.

PATRICK «PECK» GAVIN

16:59 horas

—Tal vez ya se murió.

Peck hizo que Instagram le avise de todas las nuevas notificaciones de Rufus, pero no por ello deja de mirar la pantalla del móvil a cada segundo que pasa.

—Vamos, vamos, vamos de una vez…

Peck quiere que Rufus muera, claro está. Y también quiere ser el que aseste el golpe mortal.

RUFUS

17:01 horas

La cola ante el Cementerio de Clint no es tan larga como anoche, cuando pasé por aquí mientras regresaba a Plutón. Pero no quiero ponerme a especular si esto significa que todos están dentro o si se fueron y ya están muertos. Está más que claro que Mateo tiene que pisar este club. Más les vale que me dejen entrar aunque me falten unas cuantas semanas para cumplir los dieciocho.

—Un poco raro esto de ir a un club a las cinco de la tarde, ¿no? — comenta Lidia.

Mi teléfono suena, y creo que se trata de Aimee, pero de pronto veo la foto del perfil de Malcolm, esa foto en la que aparece con una pinta horrorosa.

—¡Los Plutones! —exclamo—. Mierda.

—¿Los Plutones? —repite Lidia.

—¡Sus mejores amigos! —dice Mateo.

Sus palabras no llegan a reflejar ni por asomo lo que representan para mí, pero lo dejo correr, porque la llamada es tan inesperada que hasta al propio Mateo se le saltan las lágrimas. Supongo que se sentiría igual que yo si su padre lo llamara de pronto.

Respondo a la videollamada de FaceTime y me alejo unos pasos. Malcolm está con Tagoe, y se llevan una tremenda sorpresa al verme. Me sonríen anchamente, como si estuvieran considerando follarme el uno después del otro.

—¡ROOF!

—Joder —digo.

—¡Estás vivo, tío! —grita Malcolm.

—¡No están encerrados!

—No hay quien pueda con nosotros —dice Tagoe, luchando por aparecer en la pantalla del móvil—. ¿Nos ves?

—No le hagas caso a ese memo, Roof. ¿Por dónde andas? —Malcolm tiene los ojos entrecerrados, está mirando más allá de mi hombro. Por mi parte tampoco sé dónde se encuentran.

—Estoy delante del Cementerio de Clint. —Puedo despedirme de ellos como corresponde. Puedo abrazarlos—. ¿Venís? ¿Pronto? —Conseguí llegar con vida a las cinco de la tarde, lo que es un puto milagro, pero el tiempo continúa corriendo, y no hay que olvidarlo. Mateo y Lidia están cogidos de la mano, y yo también quiero encontrarme junto a mis mejores amigos. Con todos ellos—. ¿Podéis venir con Aimee? Pero no con ese capullo de Peck; si se presenta, lo muelo a palos otra vez.

Se supone que tendría que haber aprendido la lección, pero no es el caso. Ese tipejo me arruinó el funeral e hizo que encerraran a mis amigos. Si viene, volveré a sacudirlo, y que nadie trate de quitarme la idea de la cabeza.

—Ese Peck tiene suerte de que sigas vivo —indica Malcolm—. Porque, si no, no pararíamos hasta encontrarlo y darle su merecido.

—No os mováis de Clint —dice Tagoe—. Estamos contigo en veinte minutos. Nos encontraréis por el olor a calabozo. —Tiene su gracia que Tagoe ahora vaya de delincuente encallecido por la vida.

—No me muevo de aquí. Estoy con un amigo. Vosotros venid, ¿entendido?
—Más te vale no moverte —insiste Malcolm.
Entiendo qué es lo que están diciéndome en realidad. Que más me vale seguir vivo.
Tomo una foto del rótulo del club y la subo a Instagram a todo color.

PATRICK «PECK» GAVIN

17:05 horas

—Lo tengo —dice Peck, saltando de la cama. El Cementerio de Clint. Mete la pistola cargada en su mochililla—. Hay que darse prisa. Vamos de una vez.



CUARTA PARTE

EL FINAL

Nadie quiere morir. Incluso los que quieren ir al cielo no quieren morir para llegar allí. Y sin embargo, la muerte es nuestro destino común. Nadie ha conseguido eludirla. Y es mejor que así sea, porque la Muerte seguramente es la mejor invención hecha por la Vida. Es el agente transformador al servicio de la Vida. Elimina lo viejo para que lo nuevo pueda vivir.

Steve Jobs

MATEO

17:14 horas

Hoy se han producido unos cuantos milagros.

He encontrado a un Último Amigo: Rufus. Nuestros mejores amigos van a estar con nosotros en nuestro Último Día. Superamos varios de nuestros miedos. Y ahora nos encontramos en el Cementerio de Clint, siempre tan elogiado en Internet, lugar que puede ser el escenario perfecto para mí, si también consigo superar unas cuantas de mis inseguridades… dentro de unos minutos.

En las películas que he visto, los de seguridad de discoteca siempre son unos tipos grandullones que intimidan solo con verlos y nunca dan su brazo a torcer. Pero ante la puerta de lo de Clint solo hay una chica joven, con una gorra echada hacia atrás, que le da la bienvenida a todo el mundo.

Pide mi documento de identidad y dice:

—Sentimos tu pérdida, Mateo. Que te diviertas a tope ahí dentro.

Asiento con la cabeza. Dejo algo de dinero en un recipiente de plástico para las donaciones y espero que Rufus termine de pagar su entrada. La chica está mirándolo de arriba abajo, y el rostro se me enciende. Pero finalmente le deja pasar, Rufus viene y posa la mano en mi hombro… y el acaloramiento ahora es distinto, parecido al que sentí cuando me cogió de la mano en el Travel Arena.

Mientras esperamos a Lidia, la música atruena desde el otro lado de la puerta.

—¿Estás bien? —pregunta Rufus.

—Nervioso pero ilusionado… eh, más nervioso que otra cosa.

—¿Te arrepientes de haberme obligado a tirarme de ese acantilado?

—¿Tú te arrepientes de haberte tirado?

—No.

—Entonces yo tampoco.

—Vas a divertirte ahí dentro, ¿no?

—No hace falta que me metas presión —digo.

Hay una diferencia entre saltar de un acantilado y divertirse. Una vez que has saltado, ya no hay vuelta atrás, no vas poder detenerte en mitad de la caída. Pero hace falta una clase especial de valor para divertirte de un modo que puede resultar osado y embarazoso delante de unos desconocidos.

—No quiero meterte presión —responde Rufus—. Se trata de disfrutar de las pocas horas que nos quedan en este mundo, para no tener que arrepentirnos. Pero sin presiones, claro está.

Para no tener que arrepentirnos. Está en lo cierto.

Mis amigos se quedan a mis espaldas cuando abro la puerta y entro en un mundo nuevo. Al momento me arrepiento… de no haber pasado hasta el último minuto en él. Hay luces estroboscópicas, flashes azules, amarillos y grises. En las paredes hay pintadas hechas por Fiambres y sus amigos; en algunos casos, es lo último que dejó atrás un Fiambre u otro, algo que los inmortaliza. Da igual el momento, todos terminamos por llegar al final del camino. Nadie escapa a esta regla, pero lo que dejamos atrás hace que sigamos con vida para otros. Contemplo la sala atestada de gente, de Fiambres y sus amigos, y me digo que todos están viviendo al máximo.

Una mano se cierra en torno a la mía, y no se trata de la misma de hace menos de una hora; esta mano tiene historia. Es la mano que sostuve mientras mi ahijada venía al mundo, y durante las muchas mañanas y noches posteriores a la muerte de Christian. Viajar por este mundo-dentro-de-un-mundo en compañía de Lidia fue increíble, y tenerla a mi lado en este momento, un momento que no se puede comprar con dinero, me hace feliz a pesar de que tengo todas las razones posibles para sentirme hundido. Rufus viene a mi lado y me pasa el brazo por los hombros.

—La pista de baile es tuya —invita—. El escenario también, si te apetece intentarlo.

—Ahora mismo voy —digo. Tengo que hacerlo.

En el escenario, un chico con unas muletas está cantando «Can’t Fight This Feeling» y, como diría Rufus, el chaval está que se sale. Dos o tres personas están bailando a sus espaldas —amigos, desconocidos, qué más da, a quién le importa—, y tanta energía termina de levantarme el ánimo. Supongo que esta energía puede ser llamada libertad. Mañana no va haber nadie que me vaya a juzgar. No va a haber nadie que les envíe mensajes a sus amigos burlándose del chico desgarbado que no tiene sentido del ritmo. Y en este momento comprendo lo estúpido que fui al preocuparme siempre tanto por el qué dirán; la revelación es tan fuerte como un puñetazo en plena cara.

Estuve perdiendo el tiempo y perdiéndome cosas divertidas porque estaba demasiado preocupado por lo que no resulta importante.

—¿Se te ocurrió alguna canción?

—No —respondo.

Hay un montón de canciones que me gustan mucho: «Vienna», de Billy Joel; «Tomorrow, Tomorrow», de Elliott Smith. «Born to Run», de Bruce Springsteen, es una de las preferidas de mi padre. Todas estas canciones tienen unas notas altas que ni loco voy a conseguir alcanzar, pero no es esto lo que me lleva a dudar. Lo que quiero es dar con la canción *perfecta*.

Sobre la barra, la carta de bebidas está ilustrada con una calavera y dos tibias cruzadas, y la calaveras sonríe de un modo que llama la atención. «El último día para reír», reza la leyenda a su lado. En este local solo sirven bebidas sin alcohol, lo que tiene sentido, pues la muerte no tiene que ser excusa para venderles alcohol a menores. Hace un par de años hubo una gran polémica sobre si los Fiambres mayores de dieciocho años podían tomarse unas copas durante su Último Día. Pero unos abogados divulgaron las estadísticas de adolescentes muertos por comas etílicos y accidentes de tráfico, y las cosas al final siguieron como estaban… legalmente, quiero decir, pues, por lo que entiendo, sigue siendo muy fácil conseguir cervezas y licores fuertes aunque no tengas la edad legal para ello. Es lo que pasa desde siempre, es lo que siempre va a seguir pasando.

—Vamos a pedir algo en la barra —sugiero.

Nos abrimos paso entre el gentío, y los desconocidos rozan nuestros cuerpos al bailar. El DJ habla por el micrófono y pide que un chico con barba llamado David suba al escenario. David llega corriendo al escenario y anuncia que va a cantar «A Fond Farewell», otro tema de Elliott Smith. No sé si este David es un Fiambre o está cantando en homenaje a un amigo, pero todo es muy bonito.

Llegamos a la barra.

No estoy de humor para este cóctel sin alcohol llamado Sepulturero Helado. Tampoco me apetece tomar una Muerte Inevitable.

Lidia pide un Ejecutor. Le sirven la mezcla con rapidez, y bebe un sorbito del mejunje color rojo rubí. Al momento tuerce el gesto, como si hubiera probado un caramelo de sabor inesperado.

—¿Quieres probar?

—Estoy bien.

—Ojalá llevara un poco de combustible del fuerte —dice ella—. Una vez que te haya perdido, no voy a tener ganas de estar sobria.

Rufus pide un refresco, y yo también. Levanto el vaso y brindo:

—Para que sigamos sonriendo mientras podamos.

Unimos nuestros vasos. Lidia está mordiéndose el labio inferior, que le tiembla un poco. Rufus sonríe, lo mismo que yo.

Él se acerca a mi lado, tanto, que su hombro se roza con el mío. La música y los gritos resuenan con fuerza en la sala, por lo que me habla directamente al oído.

—Esta es tu noche, Mateo. Lo digo en serio. Antes estuviste cantando para tu padre, pero te detuviste al verme entrar. Nadie va a juzgarte, debes saberlo. Estás aguantándote las ganas, no terminas de decidirte, pero tienes que subir y darlo todo.

El tal David termina de cantar, y todo el mundo aplaude. Y no por simple cortesía; quien entrara en el local pensaría que en el escenario se encuentra toda una leyenda del rock.

—¿Lo ves? Lo único que quieren es divertirse, pasarlo en grande con los amigos.

Sonrío y le respondo al oído:

—Pero tienes que cantar conmigo. Tú escoges la canción.

Rufus asiente con un gesto y apoya su cabeza en la mía.

—Muy bien. «American Pie». ¿Te atreves?

Me encanta esta canción.

—Me atrevo.

Le pido a Lidia que vigile nuestras bebidas, y Rufus y yo vamos a hacerle nuestra petición al DJ. Una chica de origen turco llamada Jasmine está cantando «Because the Night», de Patti Smith, y encuentro asombroso que una pequeña tan físicamente diminuta pueda tener la atención de todos y contagiarles su entusiasmo incendiario. Una morenita con una ancha sonrisa —el tipo de sonrisa que no esperas ver en la cara de alguien que está muriéndose—solicita otro tema y se marcha. Le pido a DJ LouOw nuestra canción, y nos felicita por la elección. Me meneo un poco al son de la canción interpretada por Jasmine, moviendo la cabeza arriba y abajo cuando me parece adecuado. Rufus me contempla sonriente. Avergonzado, dejo de moverme.

Me encojo de hombros y vuelvo a seguir el ritmo.

Esta vez me gusta que todos puedan verme.

—Lo estoy pasando como nunca, Rufus —observo—. Ahora mismo. De verdad.

—Y yo también, compañero. Gracias por haberme escogido como tu Último Amigo —dice Rufus.

—Gracias por ser el mejor Último Amigo que alguien que nunca ha salido del armario podría desear.

Llaman al escenario a la morena de antes, quien pasa a interpretar «Try a Little Tenderness», la canción de Otis Redding. Nuestro turno es el siguiente, y nos mantenemos a la espera plantados en los cochambrosos, pegajosos escalones del escenario. Becky está llegando al final, y los nervios de pronto me atenazan. ¡Falta menos de un minuto! Me llevo la impresión de mi vida cuando DJ LouOw finalmente anuncia:

—¡Rufus y Matthew, al escenario!

Sí, se equivocó al decir mi nombre, al igual que Andrea, la chica de Muerte Súbita, hace muchas horas, tantas horas que tengo la impresión de que fue otro día. Hoy viví una existencia entera… y este momento es mi último bis.

Rufus sube los escalones a paso rápido; lo sigo atropelladamente. Becky me desea buena suerte con la más dulce de las sonrisas; rezo por que no sea una Fiambre, y si resulta que lo es, espero que deje este mundo sin tener que arrepentirse de nada.

—¡Lo has hecho de maravilla, Becky! —la elogio.

Me giro y veo que Rufus está arrastrando un par de taburetes al centro del escenario, pues nuestra canción es bastante larga. Buena idea, pues las rodillas me tiemblan al atravesar el escenario con la luz del foco en los ojos, mientras me zumban los oídos. Tomo asiento a su lado, y DJ LouOw hace que un empleado venga a ajustar los micrófonos. De pronto me siento importante, como si estuvieran haciéndome entrega de la espada Excalibur en el fragor de una batalla en la que mi bando llevase las de perder.

Comienza a sonar «American Pie», y la gente vitorea, como si todos tuvieran claro que se trata de nuestra canción precisa, como si supieran bien quiénes somos. Rufus aprieta mi mano y la suelta al cabo de un segundo.

—*A long, long time ago*… —empieza a cantar—. *I can still remember…*

—*How that music used to make me smile*…–continuó. Los ojos se me humedecen. Noto una calidez en el rostro; me corrijo: la cara me arde. Veo que Lidia está siguiendo el ritmo con su cuerpo. Ningún sueño podría recoger la intensidad de

este momento.

—… *This’ll be the day that I die… This’ll be the day that I die*…

En la sala ahora se respira otro ambiente. No tan solo porque me sienta seguro de mí mismo, a pesar de que no consigo afinar, no. Lo que sucede es que nuestras palabras les están llegando de verdad a los Fiambres entre el público, atravesando la piel hasta llegar al alma, un alma que está desdibujándose por momentos —como una luciérnaga que se apagara—, pero que sigue estando muy presente. Algunos de los Fiambres están coreando la letra; si en este local los dejaran, seguro que sacarían los mecheros para enarbolarlos en el aire. Los hay que lloran, otros sonríen con los ojos cerrados, sumidos en recuerdos bonitos, o eso quiero suponer.

A lo largo de ocho minutos, Rufus y yo cantamos sobre una corona de espinos, sobre el whisky y otros licores, sobre una generación perdida en el espacio, sobre los maleficios de Satanás, sobre una chica que cantaba blues, sobre el día en que la música murió, sobre muchas, muchísimas otras cosas. Termina la canción. Respiro hondo mientras todos aplauden con entusiasmo, y estoy respirando su amor. Siento redobladas energías al coger de la mano a Rufus, quien está haciendo una reverencia. Lo arrastro hasta la parte posterior del escenario y, una vez que estamos detrás del telón, le miro a los ojos. Sonríe, como si tuviera claro qué es lo que va a pasar a continuación. Y no se equivoca.

Beso al chico que me hizo vivir el día en que ambos vamos a morir.

—¡Por fin! —exclama Rufus cuando le doy ocasión de respirar. Me besa a su vez y pregunta—: ¿Cómo es que tardaste tanto en decidirte?

—Sí, sí, lo sé. Lo siento. Sé que no hay tiempo que perder, pero tenía que estar bien seguro de que eras tal y como me parecía. Lo mejor de morir es contar con tu amistad. —Nunca imaginé que un día encontraría a una persona a la que pudiera decirle estas palabras. Unas palabras genéricas pero que a la vez no pueden ser más personales. Lo nuestro no puede ser más privado, pero me muero de ganas de compartirlo con todo el mundo, y algo me dice que esta es la sensación que todos andamos buscando en la vida—. Para que lo sepas: aunque nunca hubiera llegado a besarte, me has brindado la vida que siempre ansié.

—Tú también me has estado ayudando mucho —dice Rufus—. Durante los últimos meses me he sentido perdido, completamente perdido. Y anoche me sentí más perdido que nunca. No soportaba estar siempre sumido en las dudas, estar siempre tan rabioso. Pero me hiciste mucho bien, más que ninguna otra persona en el mundo, y me ayudaste a ser yo mismo otra vez. Hiciste que sea mejor persona, colega.

Estoy a punto de besarlo otra vez, pero aparta sus ojos de los míos y observan entre el público, en un punto situado más allá del escenario. Su mano aprieta mi brazo. Su sonrisa de pronto es más ancha.

—Llegaron los Plutones —anuncia.

HOWIE MALDONADO

17:23 horas

Los de Muerte Súbita llamaron a Howie Maldonado a las 02:37 de la madrugada para informarle que va a morir hoy.

Sus 2.3 millones de seguidores en Twitter son los que más dificultad tienen en asumir la noticia.

Durante la mayor parte del día, Howie estuvo recluido en la habitación de su hotel con un grupo de guardias de seguridad al otro lado de la puerta. Armados, todos ellos. La fama lo llevó a tener este tipo de existencia, pero no va a servirle para seguir con vida. Los únicos autorizados para entrar en la habitación son sus abogados, para arreglar la cuestión del testamento, así como su agente literario, quien necesita que Howie firme un último contrato aunque ya no tenga tiempo de empezar a escribir el libro pendiente. Es curioso que este libro no escrito vaya a tener más futuro que el propio Howie.

Durante las últimas horas, Howie estuvo respondiendo a las llamadas telefónicas de otros famosos y hablando con su pequeña primita, cuya popularidad en la escuela está vinculada al éxito de Howie. También estuvo con otros abogados y con sus padres.

Los padres de Howie viven en Puerto Rico, isla a la que volvieron después de que la carrera artística de su hijo despegara de verdad. Howie estuvo insistiendo en que se quedaran en Los Ángeles, donde ahora vive, y se ofreció a pagarles hasta el último gasto y capricho, pero a sus padres les tiraba demasiado San Juan, la ciudad donde se conocieron. No puede evitarlo y se dice que sus padres, si bien van a sentir mucho su muerte, se las arreglarán perfectamente para salir adelante en su ausencia. Se han acostumbrado a vivir sin él, a contemplar su vida a distancia, como si fueran unos simples fans.

Como si fueran unos desconocidos.

Howie ahora se encuentra dentro de un coche con otras dos desconocidas. Dos mujeres que trabajan en *Infinite Weekly* y han venido a entrevistarlo. Solo aceptó la entrevista en atención a sus fans. Tiene claro que, aunque le quedaran diez años más de vida, los fans nunca se cansarían de saber más detalles de su vida. Se desviven por leer «contenidos», por usar la palabreja predilecta de sus representantes y relaciones públicas. Por saber qué nuevo peinado lleva. Por ver su foto en las portadas de las revistas. Por leer cada uno de sus tuits, sin que les importen las faltas de ortografía.

Anoche envió un tuit con una foto de lo que iba a cenar.

Y ahora acaba de enviar el último tuit de todos: *Gracias a todos por esta vida*. Con una foto de su rostro sonriente, tomada por él mismo.

—¿A quién se propone ver antes de que llegue el momento? —pregunta la mayor de las dos mujeres. Sandy, si entendió bien. Sí, Sandy. No Sally, como la primera relaciones públicas que tuvo. Sandy.

—¿Esta pregunta es parte de la entrevista? —quiere saber él.

Howie tiene por costumbre responder a las preguntas de los entrevistadores con el

piloto automático puesto, mientras se entretiene mirando qué hay de nuevo en Twitter o Instagram. Pero hoy le resulta completamente imposible corresponder a tantísimas muestras de admiración y amor, entre las que se cuentan mensajes enviados por la propia autora de la serie de Scorpius Hawthorne.

—Podría serlo —indica la tal Sandy. Levanta la grabadora y agrega—: Usted decide.

Howie preferiría que su relaciones públicas estuviera a su lado en este momento, para decirle a la periodista que la pregunta no es procedente; pero ya le extendió un cheque con una suma generosa, dispuso que la acompañaran a su habitación en el hotel y se despidió indicándole que se mantuviera alejada de él, como si estuviera infectado con un virus capaz de transformar a las personas en zombis.

—Paso —contesta Howie.

La gente no tiene por qué saber que se dispone a ver a su mejor amiga de la niñez y su primer amor, Lena, quien acaba de llegar en avión desde Arkansas para verlo por última vez. La chica que hubiera podido ser algo más que una buena amiga si él no hubiera dado el salto a la fama. La chica a la que en su momento añoraba tanto que solía escribir su nombre por toda la ciudad, en cabinas telefónicas y mesas de cafeterías, sin firmar nunca con su nombre. La chica que hoy está encantada con la vida normal y corriente que lleva con su marido.

—Muy bien —dice Sandy—. ¿Qué es lo que más lo enorgullece de cuanto hizo en la vida?

—Mi obra artística —responde Howie, combatiendo el impulso de bostezar de aburrimiento.

Delilah está mirándolo fijamente, como si reconociera esta mierda de respuesta como lo que es. Howie se sentiría intimidado de no estar embelesado por sus cabellos tan bonitos, que recuerdan a una aurora boreal, y el pequeño vendaje en su frente, que parece cubrir una herida sacada de una película de Scorpius Hawthorne.

—De no haber sido por sus papeles como Draconian Marsh, ¿dónde cree que estaría en este momento? —pregunta Sandy.

—¿Literalmente? Otra vez en San Juan, con mis padres.

Profesionalmente, pues… ¿quién sabe?

—Tengo una pregunta mejor —interviene Delilah. No hace caso a la irritación perceptible en el rostro de Sandy y añade—: ¿De qué cosas se arrepiente?

—No le haga caso a esta chica —dice Sandy—. Está despedida, y voy a hacer que se baje del coche en el próximo semáforo.

Howie se vuelve hacia Delilah.

—Estoy encantado con lo que he hecho en la vida. Pero no sé quién soy, más allá del usuario de una cuenta de Twitter y el malo en una serie de películas comerciales.

—¿Qué cosas cambiaría? —pregunta Delilah.

—Me digo que no tendría que haber hecho esa otra tonta comedia para jóvenes del tipo tontito. —Howie sonríe, sorprendido de conservar algo de humor en su último día de vida—. Me digo que tan solo tendría que haber hecho aquello que me llenara personalmente. Como las películas de Scorpius Hawthorne. Una buenísima adaptación al cine de los libros originales. Pero tendría que haber aprovechado el dinero para pasar más tiempo con las personas que son importantes para mí. Con la

familia y los amigos. Caí en la trampa de obsesionarme por ser original, por reinventarme, para que me dieran otros papeles, sin encasillarme en el de tipo experto en magia negra. Joder, vine a Nueva York para encontrarme con un editor, para hablar de un libro que no va a estar escrito por mí.

Delilah mira el ejemplar del libro de Howie sin firmar, situado entre ella y su jefa.

Su antigua jefa, posiblemente. No está claro.

—¿Qué lo hubiera hecho feliz?

Lo primero que le viene a la cabeza es el amor, lo que resulta tan sorprendente como un relámpago en un día claro. Howie nunca se ha sentido solo, porque en cualquier momento podía meterse en Internet y verse inundado de mensajes. Pero el afecto de millones de desconocidos no tiene nada que ver con la intimidad con una persona muy especial.

—Mi vida es una espada de doble filo —dice. A diferencia de lo que hacen tantos otros Fiambres, no está hablando en pasado, como si su existencia hubiera terminado —. Estoy donde estoy porque todo fue muy rápido en mi vida. Si no me hubiera hecho tan famoso, quizá me habría enamorado de alguien que me correspondería con amor. Quizá me habría comportado como un hijo de verdad, y no como una especie de cajero automático para mis padres. Quizá habría podido tomarme el tiempo para aprender español, a fin de conversar con mi abuela sin necesidad de que mi madre hiciese de traductora.

—Si no hubiera conocido el éxito pero hubiera disfrutado de todas estas cosas, ¿le habría resultado suficiente? —pregunta Delilah, quien a estas alturas está sentada en el borde del asiento. La misma Sandy se muestra interesada en escuchar la respuesta.

—Eso creo…

Delilah y Sandy abren mucho los ojos, y Howie no llega a terminar la frase.

El volantazo provoca que Howie cierre los ojos mientras tiene la sensación de que el pecho se le hunde, como sucede en las montañas rusas tras subir a lo más alto, llegar al punto de no retorno y precipitarse hacia abajo a una velocidad increíble. Con la diferencia de que Howie esta vez tiene claro que la cosa no va a terminar bien.

17:36 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a esta pandilla de chavales, quienes están viviendo el momento convencidos de que sus vidas nunca van a terminar mientras sigan vivos. Corren por las calles, sin hacer caso del tráfico, como si fueran invencibles, como si nada tuvieran que temer de los rápidos coches o de la policía. Dos de ellos rompen a reír cuando un automóvil choca contra otro, el conductor pierde el control, y el vehículo va a estrellarse contra un muro. El tercero no presta atención; está demasiado ocupado en llegar cuanto antes al lugar donde se encuentra su objetivo, en sacar la pistola metida en la pequeña mochila.

DELILAH GREY

17:37 horas

Delilah sigue viva. Pero no le hace falta comprobar el pulso de Howie para saber que él no lo está. Vio con claridad el golpe de su cabeza contra la ventanilla reforzada, oyó el ¡crack! horroroso que nunca va a poder olvidar…

Su corazón late desbocado. En un mismo día, el día en que la llamaron para informarle de que hoy va a morir, Delilah no solo sobrevivió a la explosión cercana a la librería, sino también a este accidente automovilístico provocado por tres jóvenes que iban corriendo por la calle.

Si efectivamente tenía previsto llevársela consigo, la Muerte contó con dos oportunidades para hacerlo.

Delilah y la Muerte no van a encontrarse hoy.

RUFUS

17:39 horas

No quiero soltarme de la mano de Mateo, pero tengo que abrazar a mis amigos. Me abro paso entre la multitud, empujando a Fiambres y a otros a los lados para llegar junto a los Plutones. Se diría que todos pulsamos las teclas de «pausa» en el mismo preciso instante y que le damos a la de «play» en el mismo segundo exacto, poniéndonos en movimiento a la vez como cuatro coches en un semáforo en verde. Nos abrazamos en grupo, formando un abrazo del sistema planetario plutoniano, justo lo que llevo anhelando desde hace quince horas, desde que salí huyendo de mi propio, maldito funeral.

—Os quiero a todos, amigos míos —proclamo. Ninguno de ellos responde con una broma sobre lo gay que suena eso. Hace tiempo que dejaron los chistes de mariquitas. Están corriendo un riesgo al encontrarse aquí, pero hoy es el día en que hay que correr riesgos, y si no, que me lo digan a mí—. No hueles a calabozo, Tagoe.

—Tendrías que ver el tatuaje de presidiario que me hice —responde Tagoe—. En ese calabozo vimos de todo.

—No vimos una mierda —desmiente Malcolm.

—La mierda no tiene nada que ver con vosotros —digo.

—Ni siquiera os condenaron a un mísero arresto domiciliario —se lamenta Aimee —. Es una vergüenza.

Nos soltamos del abrazo, pero nos mantenemos muy juntos, como si la multitud estuviera obligándonos a apretarnos unos contra otros. Los tres me miran fijamente. Se diría que Tagoe quiere acariciarme. Malcolm parece estas mirando a un fantasma. Da la impresión de que Aimee quiere abrazarse conmigo de nuevo. No permito que Tagoe me trate como a un cachorro indefenso, tampoco trato de asustar a Malcolm vociferando ¡buuu!, pero sí me abrazo a Aimee con todas mis fuerzas.

—Lo siento, Ames —le digo. No sabía que lo sentía hasta que he visto su cara—. No tendría que habértelo escondido de esa forma. No en mi maldito Último Día.

—Yo también lo siento —responde Aimee—. Tan solo me importa una persona en el mundo, y siento haber estado tratando de jugar a dos bandas. No hemos estado juntos tanto como debiéramos, pero tú siempre vas a ser el más importante. Incluso después de…

—Gracias por tus palabras.

—Y siento haber dicho algo tan evidente —añade.

—Todo está bien —zanjo.

Soy consciente de que he ayudado a Mateo a vivir su vida, pero él a su vez me ha ayudado a rehacer la mía. Quiero que me recuerden como la persona que soy en este momento, y no por ese estúpido error que cometí. Me vuelvo, y veo que Mateo y Lidia están el uno junto al otro. Cojo a Mateo por el codo y lo acerco hacia mí.

—Os presento a mi Último Amigo, Mateo —digo—. Y esta es su amiga del alma, Lidia.

Los Plutones les estrechan la mano a Mateo y a Lidia. Los sistemas planetarios

están entrando en colisión.

—¿Estáis asustados? —pregunta Aimee.

Tomo a Mateo de la mano y asiento con la cabeza.

—Sí. Nos queda poco en este mundo, pero por lo menos supimos ganar la partida a tiempo.

—Gracias por cuidar de nuestro compi —dice Malcolm.

—Os nombramos Plutones honorarios, a los dos —indica Tagoe. Se gira hacia Malcolm y Aimee, y agrega—: Tendríamos que haceros unas insignias especiales.

Les cuento a los Platones cómo ha ido mi Último Día, en detalle, y les explico la razón por la que mis fotos en Instagram ahora son en color.

«Elastic Heart», de Sia, llega a su final.

—Es el momento de ir para allá, ¿no os parece? —dice Aimee, señalando la pista de baile.

—¡A por ello! —dice Mateo, adelantándoseme.

MATEO

17:48 horas

Cojo a Rufus de la mano y le conduzco hacia la pista de baile mientras un joven negro llamado Chris termina de subir al escenario. Chris explica que va a interpretrar una canción compuesta por el mismo titulada «The End». Es un rap que trata sobre los últimos adioses, sobre las pesadillas de las que nos gustaría despertar, del inevitable abrazo de la Muerte. Si no estuviera junto a Rufus y nuestros mejores amigos, me sentiría deprimido. Pero, en su lugar, estamos bailando, otra cosa que nunca supuse que haría: no simplemente bailar, sino bailar con alguien que está desafiándome a vivir.

El ritmo corre por mi cuerpo mientras sigo los pasos de los demás, moviendo la cabeza arriba y abajo, contoneando los hombros. Rufus hace una parodia del Harlem Shake, ya sea para impresionarme o para hacerme reír, y la verdad es que me impresiona y me hace reír, porque hace gala de una fantástica seguridad en sí mismo, digna de admiración. Cubrimos el espacio existente entre los dos, con las manos todavía en el aire o en los costados, pero el hecho es que estamos bailando el uno frente al otro. No siempre de forma sincrónica, pero qué más da. Cada vez hay más gente en la pista de baile, y nuestros cuerpos ahora están prácticamente juntos. El Mateo de ayer hubiera encontrado todo esto claustrofóbico, pero el de hoy tan solo quiere seguir así para siempre.

Suena otra canción, y es súper rápida, pero Rufus me refrena llevando su mano a mi cadera.

—Baila conmigo.

Pensaba que estábamos bailando juntos.

—¿Es que lo hago mal? —pregunto.

—No, lo estás haciendo genial.Quise decir que bailemos un lento.

El ritmo es cada vez más acelerado, pero ponemos las manos en el hombro y la cintura del otro; mis dedos se hunden un poco en su carne, y es la primera vez que estoy tocando a una persona de esta manera. La música es rápida, pero estamos bailando un lento y, aunque hoy he vivido unos momentos muy intensos, me resulta difícil sostenerle la mirada a Rufus; está claro que nunca en la vida me había sentido tan íntimamente ligado a otra persona. Acerca el rostro a mi oído, y me veo sumido en una extraña sensación: por un lado me alegro de escapar a su mirada, pero también extraño sus ojos y la forma en que me mira, como diciéndome que soy perfectamente aceptable, más que aceptable de hecho.

—Ojalá tuviéramos un poco más de tiempo… —dice finalmente—. Me encantaría ir en bici por calles desiertas contigo, gastar cien dólares en un salón recreativo y llevarte a Staten Island en el transbordador para que probaras mis helados preferidos.

Acerco mis labios a su oído.

—Me gustaría ir a Jones Beach, correr por la playa y entrar en el agua contigo, hacer tonterías con nuestros amigos bajo la lluvia. Pero también me gustaría disfrutar

de noches tranquilas y charlar contigo mientras miramos una película mala.

Lo que quiero es que los dos tengamos una historia en común, algo que vaya más allá de la pequeña ventana temporal que nos fue concedida, gozar de un futuro todavía más prolongado, pero de pronto me siento abrumado por el factor evidente y gigantesco que no me atrevo a mencionar. Hago que mi frente descanse sobre la suya; los dos estamos sudando.

—Tengo que hablar con Lidia.

Vuelvo a besar a Rufus, y de nuevo estoy abriéndome paso entre la gente. Me coge la mano por detrás, siguiéndome por el pasillo que voy trazando con dificultad.

Lidia ve que llegamos cogidos de la mano en el mismo momento en que Rufus me la suelta. Sujeto la de mi amiga y la llevo a los servicios, donde hay un poco más de tranquilidad.

—No me pegues una bofetada, por favor —digo—, pero está claro que me gusta muchísimo Rufus, y que yo le gusto muchísimo a él, y siento mucho no haberte dicho nunca Rufus es el tipo de persona que me gusta. Me decía que necesitaba más tiempo para aceptarme tal como soy, creo que me entiendes, por mucho que nunca vi nada malo o feo en todo esto. Creo que estaba a la espera de que apareciese una razón, una razón de verdad: algo bonito y maravilloso que facilitara que me reconociera como soy. Ese algo es Rufus.

Lidia levanta la mano.

—Aún tengo ganas de pegarte una bofetada, Mateo Torrez. —Pero lo que hace es rodearme con sus brazos—. No conozco a ese Rufus y no sé hasta qué punto le conoces después de un solo día, pero…

—No conozco su vida en detalle. Pero lo que me hizo sentir a lo largo de este único día— es más de lo que creía merecer. No sé si lo que estoy diciendo tiene algún sentido.

—¿Y qué voy a hacer sin ti?

La pregunta resulta del tipo complicado y es la razón exacta por la que estaba empeñado en que nadie supiera que voy a morir. Hay preguntas que para mí son de imposible respuesta. No puedo deciros cómo vais a sobrevivir sin mí. No puedo deciros cómo tenéis que llevar luto por mí. No puedo convenceros de que no hay razón para sentiros culpables si un año os olvidáis del aniversario de mi muerte u os dais cuenta de que han pasado días, semanas o meses sin que hayáis pensado en mí.

Lo único que quiero es que viváis.

De la pared cuelgan rotuladores de muchos colores, con la tinta reseca en muchos casos, unidos a unos ganchos por cordeles elásticos de goma. Encuentro uno de vistoso color naranja que funciona y, de puntillas, llego ante un espacio en blanco, donde escribo: *MATEO ESTUVO AQUÍ Y LIDIA SE ENCONTRABA A SU LADO, COMO SIEMPRE*.

Me abrazo a Lidia.

—Prométeme que vas a superarlo.

—Eso sería una terrible mentira.

—Pues miénteme, por favor —la insto—. Vamos, dime que la vida sigue, que continuarás adelante. Penny te necesita al cien por cien, y yo necesito saber que vas a tener la energía suficiente para cuidar de la futura líder mundial.

—Maldita sea, yo no…

—Algo está pasando —digo.

El corazón de pronto me late a mil. Aimee está de pie delante de Rufus y los Plutones, y hay tres tipos que están gritándoles como si ella no existiera. Lidia me agarra la mano con fuerza, como si tratara de hacerme recular un poco, para salvarme la vida antes de que pueda verme arrastrado a este follón. Tiene miedo de encontrarse obligada a verme morir, y yo también lo tengo. El fulano más bajito, el que tiene moratones en la cara, saca a relucir una pistola. Pero ¿quién estaría dispuesto a cargarse a Rufus de esta manera?

El tipo al que Rufus le pegó una paliza, claro.

Todo el mundo ha reparado en la pistola, y la sala se convierte en un pandemonio. Corro hacia Rufus, chocando con los que huyen despavoridos hacia la salida. Me derriban, la gente me pisotea, y así es como voy a morir, un minuto antes de que Rufus caiga acribillado, es posible que en el mismo minuto justo. Lidia no hace más que gritar que se detengan y se aparten de mí; finalmente me ayuda a levantarme. Aún no ha resonado disparo alguno, pero todo el mundo se mantiene apartado del círculo de la acción. Es imposible abrirse paso entre esta estampida, no puedo llegar hasta Rufus y me va a ser imposible volver a tocar su cuerpo en vida.

RUFUS

17:59 horas

Estoy por dirigirme a Aimee, pues me digo que seguramente los trajo ella aquí, pero no, Aimee se encuentra entre mi cuerpo y su pistola. Tengo claro que ella hoy no va a morir, pero eso tampoco la hace a prueba de balas. No sé cómo se las arregló Peck para encontrarme y presentarse en este lugar, con estos matones y la pistola, pero estoy a punto de irme al otro barrio.

No hay tiempo para pensar en idioteces; está claro que no voy a poder hacerme el héroe.

No me resigno a lo que está por llegar. Si antes me hubieran estado apuntando con una pistola, antes de conocer a Mateo y reunirme con mis amigos los Plutones, entonces seguramente hubiera pensado que qué más daba, que apretasen el gatillo de una vez. Pero mi vida ahora insiste en ponerme la muerte difícil.

—Ya no sueltas mierda por esa bocaza, ¿eh? —A Peck le tiembla la mano.

—No lo hagas. *Por favor*. —Aimee menea la cabeza con desesperación—. O tu vida también se habrá acabado para siempre.

—Ahora suplicas que le perdone la vida, ¿eh? ¿Y yo? Yo te importo una mierda, eso está claro.

—Está claro que, si lo haces, tu vida va a importarme una mierda.

Mejor que no le diga estas cosas, si lo que pretende es calmarle, pues serán causa de problemas si al final siguen juntos.

Se me ocurre la idea de esconderme detrás de Malcolm un segundo y abalanzarme sobre Peck, pero me digo que no serviría de mucho.

Mateo.

Está yendo hacia Peck por detrás. Le miro y niego con la cabeza. Peck repara en mi gesto, se gira. Echo a correr hacia él, pues la vida de Mateo ahora está en peligro. Mateo le pega un puñetazo a Peck en la cara, lo que me resulta completamente increíble, y el golpe está lejos de derribar a Peck, pero nos da una oportunidad. Uno de los colegas de Peck se dispone a propinarle un derechazo a Mateo, como para arrancarle la cabeza de los hombros, pero se detiene en el último segundo, como si le reconociera. No entiendo bien qué es lo que pasa, pero Mateo consigue retroceder. Peck se lanza a por Mateo, y yo voy hacia Peck, pero Malcolm se me adelanta y lo arrolla a él y a su compadre como lo haría un tren expreso, levantándolos del suelo mientras la pistola se escurre de la mano de Peck y aplastándolos contra la pared. La pistola no se dispara al chocar contra las baldosas, por ahí no hay peligro.

El otro amigo de Peck corre en busca del arma, pero le estampo una patada en el rostro cuando se agacha para recogerla, y Tagoe se echa encima de él. Me quedo con la pistola. Puedo borrar a Peck de la faz de la Tierra; hacer que Aimee se libre de él para siempre. Lo encañono, y Mateo se hace a un lado. Mateo está mirándome con la misma expresión que vi en su cara después de que tratara de escapar de mi lado. Como si yo fuera un elemento peligroso.

Vacío el cargador de la pistola.

Todas las balas se estrellan contra la pared.

Sujeto a Mateo, y salimos volando, porque Peck y los suyos vinieron con la idea de matar, y somos los que tenemos más probabilidades de acabar con una cuchillada en el cuello o un balazo en el cráneo.

El día está resultando movidito en lo que a mis adioses respecta.

DALMA YOUNG

18:20 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Dalma Young porque no va a morir hoy. Si lo hubieran hecho, Dalma habría pasado el día con su hermanastra. Y quizá también con un Último Amigo… al fin y al cabo, es la creadora de esta aplicación.

—Hazme caso. No te interesa trabajar para mí —le dice Dalma a su hermanastra mientras cruzan la calle unidas del brazo—. Yo misma estoy harta de este empleo. Lo que empezó como algo divertido ahora es un trabajo que me ocupa todas las horas del mundo.

—Sí, pero estoy harta de hacer de becaria —contesta Dahlia—. Ya que en el mundo de la tecnología estás obligada a trabajar de lo lindo, prefiero tener un empleo de verdad, en el que me paguen el triple de lo que estoy cobrando ahora. —Dahlia es la veinteañera más impaciente en toda Nueva York. Se niega a tomarse las cosas con calma y está empeñada en pasar de una fase de su vida a la siguiente. Apenas llevaba una semana saliendo con su última novia cuando le propuso contraer matrimonio. Y ahora quiere dejar el trabajo de becaria en una empresa de tecnología para conseguir un empleo en Último Amigo—. En fin. ¿Cómo han ido esas reuniones que tenías pendientes? ¿Has llegado a conocer a Mark Zuckerberg?

—Las reuniones han ido la mar de bien —es la respuesta de Dalma—. Twitter posiblemente va a incluir la prestación el mes que viene. Parece que en Facebook van a necesitar un poco más de tiempo.

Dalma está de visita en Nueva York para hablar con desarrolladores de Twitter y de Facebook. Esta mañana estuvo haciendo la demostración de una nueva prestación de Último Mensaje que les permitirá a los usuarios preparar sus últimas actualizaciones y tuits para que su legado en la Red vaya un poco más allá de sus opiniones sobre una película famosa, por ejemplo, o sobre el video viral del perro de un desconocido.

—¿Cuál crees que sería tu Último Mensaje? —pregunta Dahlia—. Yo seguramente pondría esa cita de la película *Moulin Rouge*, eso de que lo más grande que hay en el mundo es amar y ser amados y bla, bla, bla.

—Sí, me di cuenta de que es una de tus citas preferidas, hermanita — dice Dalma.

Como es natural, Dalma estuvo pensando al respecto. Último Amigo se convirtió en un recurso magnífico a lo largo de los dos últimos años, después del perfeccionamiento del prototipo, pero su creadora siempre va a sentirse horrorizada por los once asesinatos en serie vinculados a Último Amigo que tuvieron lugar el verano pasado. Estuvo tentada de vender la aplicación, de lavarse las manos manchadas de sangre. Pero la aplicación tuvo efectos positivos en muchos otros casos; ella misma loo pudo escuchar de dos pasajeras en un vagón del metro esta tarde. Con una sonrisa en el rostro, una de las mujeres le dijo a la otra que se sentía muy agradecida por que hubiera contactado con ella por medio de Último Amigo. La segunda mujer respondió que era una entusiasta de Último Amigo, hasta tal punto que hace pintadas por las calles de la ciudad promocionando la aplicación.

Su aplicación. La aplicación creada por ella.

Antes de que Dalma pueda responder a la pregunta de su hermanastra, dos chicos jóvenes pasan corriendo por su lado. Uno de ellos tiene el cabello rapado y la tez oscura, un poco más clara que la de ella misma; el segundo lleva gafas y tiene el pelo castaño no tan corto y la piel de color canela claro igual que la de Dahlia. El primero de los adolescentes tropieza, el otro lo ayuda a levantarse, y salen corriendo de nuevo, a saber hacia dónde. Dalma se pregunta si también serán unos hermanastros hijos de la misma madre. También pueden ser unos amigotes de toda la vida, siempre metidos en follones, siempre dispuestos a ayudarse el uno al otro cuando hace falta.

También es posible que se hayan conocido hace muy poco. Les contempla mientras se alejan corriendo y responde:

—Mi Último Mensaje sería que tienes que encontrar a tu gente. Y pensar que cada día constituye una vida entera.

MATEO

18:24 horas

Logramos escapar y estamos en la calle, recobrando el aliento con las espaldas contra un muro, como hice después de huir del lado de Lidia. Ansío encontrarme en un lugar seguro, como una habitación cerrada con llave, y no aquí al descubierto, donde siempre le pueden dar caza a Rufus. Él coge mi mano y pasa su brazo por mis hombros, estrechándome con fuerza.

—Gracias por haberle pegado ese puñetazo a Peck —dice.

—Es la primera vez que le pego a alguien —respondo.

Sigo estando muerto de asombro, pues la jornada está siendo una sucesión de primeras veces: la primera vez que canto en público, la primera vez que beso a Rufus, la primera vez que bailo, la primera que pego a alguien, la primera vez que oigo las balas silbar de cerca.

—Pero una cosa: no te recomiendo pegarle un puñetazo a uno con una pistola —añado—. Puede matarte de un tiro.

Contemplo la calle, mientras me esfuerzo en normalizar la respiración.

—¿Me estás criticando por haberte salvado la vida?

—Podrían haberte liquidado de un balazo. Y eso sí que no.

No me arrepiento de nada. Vuelvo atrás en el tiempo e imagino que me muevo un poco más lentamente, que quizá tropiezo y pierdo un tiempo valioso, y un amigo todavía más valioso, cuando las balas hacen trizas su maravilloso corazón.

Estuve a punto de perder a Rufus. Nos quedan menos de seis horas por delante, y si él es el primero en irse, me convertiré en un zombi perfectamente consciente de que su tiempo también se acaba. Esta conexión que establecí con Rufus es inesperada y va mucho más lejos de lo que pensaba cuando lo conocí a las tres de la madrugada.

Este día está siendo increíblemente gratificante, pero, a la vez, todo es imposible, completamente imposible …

Se me nublan los ojos sin remedio. Termino por llorar, porque anhelo vivir otras mañanas.

—Echo a todos de menos —confieso—. A Lidia. A los Plutones.

—Yo también —dice Rufus—. Pero no podemos volver a poner sus vidas en peligro.

Asiento con la cabeza.

—Esta incertidumbre está matándome. No lo soporto. —Noto una opresión en el pecho. Hay una gran diferencia entre vivir sin miedo, como finalmente estuve haciendo, y saber que hay algo de lo que has de tener miedo durante lo que te queda de vida—. Por favor, no me odies por lo que voy a decirte. Quiero volver a mi casa. Quiero descansar en mi cama, en la que me siento completamente seguro, y quiero que me acompañes, y que entres conmigo esta vez. Sé que me he pasado la vida encerrado entre esas cuatro paredes, pero también he hecho lo posible por vivir, y quiero compartir este lugar contigo.

Rufus me aprieta la mano.

—Llévame a casa, Mateo.

LOS PLUTONES

18:33 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a estos tres Plutones, porque no van a morir hoy… pero el cuarto de ellos sí recibió la alerta, por lo que sus compañeros igualmente se sienten abrumados. Los Plutones estuvieron a punto de presenciar la muerte de su mejor amigo, Rufus, a quien llegaron a apuntar con una pistola. El Último Amigo de Rufus surgió de la nada como un superhéroe y golpeó a Peck en la cara, salvándole la vida a Rufus… de momento, por lo menos. Los Plutones saben que no va a sobrevivir a este día, pero por lo menos no lo perdieron a causa de una venganza del tipo criminal.

Los Plutones ahora se encuentran en la acera, junto a la entrada del Cementerio de Clint. Un coche de la policía se detiene en la cuneta, y unos agentes salen y detienen a los miembros de la pandilla sin nombre.

Los dos Plutones varones sueltan unos vítores y esperan que los detenidos vayan a pasar más tiempo entre rejas que ellos hace unas horas.

Por su parte, la chica se arrepiente del papel que desempeñó en todo este embrollo. Pero, a la vez, se alegra de que su novio tan inseguro y tan celoso no haya efectuado el disparo mortal. Su ex novio, mejor dicho.

Ellos no tienen que afrontar la muerte, pero los Plutones saben que mañana todo va a cambiar para ellos. Van a tener que empezar de cero, algo a lo que ya están acostumbrados; la suya fue una juventud más accidentada que la de la mayoría de chavales de su edad. La muerte de su amigo, con independencia de la forma en que tenga lugar, va a acompañarlos para siempre. Una vida no tiene por qué constituir una lección, pero hay vidas que encierran lecciones.

Es posible que hayas crecido en el seno de una familia, pero las amistades las determinas tú. Puede que con el tiempo descubras que es mejor quitarse algunas de ellas de encima. Pero hay otras por las que vale la pena correr hasta los mayores riesgos.

Los tres amigos se abrazan. Un planeta se ha desprendido de su sistema plutoniano. Pero nunca van a olvidarlo.

RUFUS

19:17 horas

Pasamos junto al lugar donde Mateo esta mañana enterró a aquel pajarito, cuando yo no pasaba de ser un desconocido montado en una bicicleta. Tendríamos que ser presa del pánico, del pánico más absoluto, porque muy pronto vamos a desaparecer del mapa también, como unos desechos cualesquiera, pero me las arreglo para conservar la serenidad manteniéndome al lado de Mateo, quien asimismo parece estar bastante entero.

Mateo me precede por el camino al edificio en el que vive.

—Si quieres hacer algo más, Roof, se me ha ocurrido que podríamos ir a ver a mi padre otra vez.

—¿Me acabas de llamar «Roof»?

Asiente con un gesto y esboza una mueca repentina, como si acabara de hacer un chiste de mal gusto.

—Se me ha ocurrido probar a decirlo. ¿Te parece bien?

—Me parece perfectísimamente bien —respondo—. Y tu plan también me parece bien. No me vendría mal descansar un poco antes de ir a ver a tu viejo.

No puedo evitarlo y me pregunto si Mateo no estará llevándome a su piso con intención de que nos demos al sexo, pero, no, es poco probable que en este momento esté pensando en el sexo.

Está a punto de presionar el botón para llamar el ascensor, pero se acuerda de que por hoy está prohibido, y más a estas alturas del partido. Abre la puerta de las escaleras y subimos por ellas con cuidado. El silencio en este momento resulta cortante, paso a paso. Me entran ganas de retarlo a una carrera hasta la puerta de su apartamento, como la que él mismo hizo en la playa, en Jones Beach, pero echar a correr alocadamente por las escaleras es la forma más segura de no llegar nunca a dicha puerta.

—Echo de menos… —Mateo se detiene en el rellano del tercer piso, y tengo la impresión de que va a mencionar a su padre, a Lidia quizá—. Echo de menos la niñez, cuando ni sabía lo que era tenerle miedo a la muerte. Incluso echo de menos el día de ayer, cuando sencillamente era un paranoico pero no estaba muriéndome.

Le doy un abrazo, pues sus palabras lo dicen todo, en un momento en que yo no tengo nada que decir en absoluto. Me devuelve el abrazo un momento, y a continuación enfilamos el último tramo de escaleras.

Abre la puerta del piso y dice:

—No puedo creerlo: traigo un chico a casa por primera vez, y no hay nadie a quien presentarte.

Sería genial que entráramos y resultara que su padre está sentado en el sofá, a la espera de su regreso.

Entramos, y aquí no hay nadie más.

Es lo que espero, al menos.

Paseo por la sala de estar. No voy a esconderlo: estoy un poco nervioso por la

posibilidad de que algún desconocido —o algún conocido—se haya enterado de que el padre de Mateo está en coma y se haya presentado en el piso para ver si puede robar algo. Pero todo parece estar en orden. Miro las fotos escolares de Mateo. En algunas aparece sin gafas.

—¿Desde cuándo llevas gafas?

—Desde los diez años. Solo se rieron de mí una semana, de forma que tuve suerte. —Contempla la foto de su graduación, en la que sale con la toga y el birrete, y se diría que está mirándose a un espejo y viendo una versión alternativa de su persona, propia de algún universo de cienciaficción. Tendría que hacerle una foto, porque la imagen es brutal, pero la expresión en su cara hace que me entren unas ganas incontenibles de abrazarlo—. Me temo que mi padre se llevó una decepción cuando comencé a estudiar por Internet. Estaba muy orgulloso de mi graduación, y seguro que esperaba que cambiase de idea, que dejara las clases por Internet y me matriculara en una universidad de verdad.

—En todo caso, vas a poder contarle todas las cosas nuevas que estuviste haciendo —digo. No vamos a quedarnos mucho rato aquí. Para Mateo es muy importante volver a ver a su padre.

Asiente con la cabeza y dice:

—Sígueme.

Vamos por un corto pasillo y entramos en su cuarto.

—Así que este es el lugar en el que te has estado escondiéndo de mí — comento.

Hay libros desparramados por todo el suelo, como si alguien hubiera entrado a robar. Pero Mateo no parece inmutarse.

—No estaba escondiéndome de ti. —Se acuclilla y empieza a poner los libros en montones—. Tuve un ataque de pánico y tiré todo esto por los aires —explica—. No quiero que mi padre vuelva a casa y comprenda que tuve miedo. Lo que quiero es que piense que lo afronté todo con valentía hasta el último minuto.

Me arrodillo y recojo uno de los libros.

—¿Sigues algún sistema?

—A estas alturas da igual —responde Mateo.

Devolvemos los libros a las estanterías y recojemos algunas cosas más del suelo.

—A mí tampoco me gusta pensar que hayas estado pasando miedo.

—Tampoco fue tan malo. No te preocupes por el viejo Mateo.

Miro alrededor. Hay una Xbox Infinity, un piano, unos altavoces, un mapa en el suelo. Se lo recojo. Estoy alisándolo con el puño, pensando en todos los lugares fantásticos que Mateo y yo hemos visitado juntos hace un rato… y de pronto me fijo en un gorro de Luigi que está tirado sobre las baldosas, entre la cómoda y la cama. Lo recojo también, y Mateo sonríe anchamente cuando se lo encasqueto.

—Aquí está el chico que esta mañana me dejó impresionado —digo.

—¿Quién? ¿Luigi?

El chiste me hace reír. Cojo el teléfono. Mateo no le sonríe a la cámara, sino que está sonriéndome a mí, y eso queda más que claro. No me había sentido tan a gusto conmigo mismo desde que estuve con Aimee.

—Llegó el momento de la sesión de fotos. No sé… Ponte a saltar en la cama o algo por el estilo.

Mateo corre a la cama y se sube de un salto, yendo a caer de bruces. Se levanta y se pone a pegar botes y más botes, girándose hacia la ventana con rapidez, como si de pronto fuera a salir volando al exterior como el proyectil de una catapulta.

No dejo de tomar fotos de este Mateo formidable, irreconocible.

MATEO

19:34 horas

Soy otro Mateo, y Rufus está encantado conmigo. Yo también me siento encantado.

Dejo de pegar saltos y me quedo sentado en el borde de la cama, luchando por recuperar el aliento. Rufus toma asiento a mi lado y me coge de la mano.

—Voy a cantarte algo —digo.

Por un lado no quiero soltarme de su mano, pero por otro lado me prometo usar las mías del mejor modo posible. Me siento ante el teclado y anuncio:

—Esta va a ser una interpretación única. —Miro por encima del hombro y agrego—: ¿Estás preparado para sentirte como una persona muy especial?

Rufus finge no sentirse impresionado.

—Bueno, pues sí, estoy preparado. Un poco cansado después de tanto ajetreo, lo reconozco.

—Ya, pero despierta y prepárate para sentirte una persona muy especial. Mi padre solía cantarle esta canción a mi madre, y el viejo de hecho tiene más voz que yo.

Empiezo a tocar las notas de «Your Song», de Elton John. El corazón me late desbocado, aunque no me siento tan acalorado como antes en el Cementerio de Clint. No bromeo al decirle a Rufus que es alguien muy especial. Estoy desafinando, pero no me importa, y es gracias a él.

Canto sobre un hombre que se dedica a crear pociones en una feria ambulante, explico que mi regalo es mi canción, que estoy sentado en un tejado, con la luz del sol conectada, hablo de los ojos más dulces que he visto en la vida y muchas otras cosas más. Hago una corta pausa, miro de soslayo y veo que Rufus está grabándome con su móvil. Le sonrío. Se acerca y me besa en la frente mientras cantamos juntos:

—I hope you don't mind, I hope you don't mind, that I put down in words… how wonderful life is now you're in the world…

Termino, y la sonrisa de Rufus es una victoria. De pronto está llorando.

—Sí que te estabas escondiendo de mí, Mateo. Lo que yo siempre quise fue tropezarme con alguien como tú… y es un asco que haya tenido que encontrarte por medio de una estúpida aplicación para móviles.

—Pues a mí me gusta la aplicación Último Amigo —respondo. Entiendo lo que quiere decir, pero no cambiaría la forma en que conocí a Rufus—. Por mi parte anhelaba encontrar un poco de compañía, te encontré y tú me encontraste, y decidimos encontrarnos porque el instinto nos lo decía. ¿Cuál hubiera podido ser la alternativa? Ni siquiera estoy seguro de si habría llegado a salir de mi casa; nuestros caminos no tenían por qué cruzarse de otro modo. Y menos en un solo día, el Último Día que nos quedaba. Sí, claro, hubiera estado bien conocernos de otra forma más poética, pero la aplicación facilita el encuentro personal en mayor medida que cualquier otra cosa. En mi caso, tuve que reconocer que estaba solo y quería conectar con otra persona. Lo que no esperaba era esto que está sucediendo entre nosotros.

—Mateo Torrez, tienes razón.

—A veces pasa, Rufus Emeterio.

Es la primera vez que menciono su apellido en voz alta, y espero haberlo pronunciado bien.

Voy a la cocina y vuelvo con un tentempié. Sabiendo que es un poco infantil, jugamos a la vida doméstica. Unto sus galletas con mantequilla de cacahuete —después de que me haya confirmado que no es alérgico—, y se las sirvo con un vaso de té helado.

—¿Cómo fue tu día, Rufus?

—El mejor día posible —responde.

—Lo mismo digo.

Lleva la mano al borde de la cama y agrega:

—Ven aquí, anda.

Me siento a su lado, y nos ponemos cómodos; entrelazamos los brazos y las piernas. Seguimos hablando de nuestras vidas, y me cuenta que cuando se portaba mal, sus padres le obligaban a pasar un largo rato sentado con ellos en la sala de estar; por su parte, papá me decía que fuera al baño para ducharme y calmarme un poco. Me habla de Olivia; le hablo de Lidia.

Hasta que dejamos de referirnos al pasado.

—Este es nuestro espacio seguro, nuestra pequeña isla privada. —Con el índice, Rufus traza un círculo invisible a nuestro alrededor—. De aquí no vamos a movernos. Si no nos movemos, no vamos a morirnos. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Es posible que vayamos a matarnos a abrazos.

—Mejor morir así que vérnoslas con lo que hay fuera de nuestra pequeña isla.

Respiro hondo.

—Pero si por la razón que sea este plan no funciona, debemos prometernos que nos buscaremos y nos encontraremos en la vida después de la muerte. Porque tiene que haber una vida después de la muerte, Roof; es lo único que justifica que podamos morir tan jóvenes.

Asiente con un gesto y contesta:

—Eso está chupado. Haré lo necesario para que me encuentres volando. Si hay que poner rótulos de neón, los pondré. Si hay que desplegar una banda musical, la desplegaré.

—Menos mal, porque es posible que no tenga mis gafas —indico—. No es seguro que vayan a subir conmigo al cielo.

—Estás muy seguro de acerca de esa sala de cine después de la muerte, pero no estás seguro de que vayas a conservar las gafas. Eso no lo entiendo muy bien, diría que tus planes celestiales tienen un pequeño fallo. —Me quita las gafas y se las pone sobre la nariz—. ¡Por favor! Estás medio ciego, Mateo.

—No estás ayudándome demasiado al quitarme las gafas. —Lo veo todo borroso; solo distingo la tonalidad de su piel, sin reconocer sus facciones —. Algo me dice que con esas gafas tienes cara de tonto.

—Voy a tomar una foto. Mejor ven tú también.

No veo nada, pero miro al frente, guiñando los ojos, y sonrío. Vuelve a ponerme las gafas, y miro la foto. Tengo el aspecto de quien acaba de levantarse de la cama. La imagen de Rufus con mis gafas puestas me brinda una agradable sensación de

intimidad, como si nos conociéramos desde hace tanto que esta clase de tonterías nos resultaran más que naturales. Es algo que no deja de sorprenderme.

—Si hubiéramos tenido más tiempo, me habría enamorado de ti. —Lo suelto porque es lo que siento en este momento, lo que he estado sintiendo a lo largo de los muchos momentos, minutos y horas precedentes—. Es posible que ya lo haya hecho. Espero que no me odies por decirlo, pero ahora sé que soy feliz.

«La gente tiene ideas preconcebidas sobre el tiempo que necesitas para estar seguro de decir una cosa como esta, pero yo no voy a mentir, y me da igual que nos quede muy poco tiempo. La gente pierde el tiempo, siempre está a la espera de que llegue el momento adecuado; nosotros no disponemos de ese lujo. Si tuviéramos unas vidas enteras por delante, creo que acabarías hartándote de escucharme decir lo mucho que te amo, porque estoy segurísimo de que eso es lo que nos está pasando. Pero como estamos a punto de morir, te lo voy a repetir una y otra vez: te amo, te amo, te amo…

RUFUS

19:54 horas

—Pues claro, maldita sea. Yo también te amo, y lo sabes. —Hablo tan sinceramente que siento dolor físico al pronunciar estas palabras—. Y que quede claro: no estoy diciéndolo con la idea de acostarme contigo. — Quiero besarlo otra vez, porque me ha resucitado, pero me contengo un poco. Si no tuviera un poco de sentido común, si no hubiera luchado tanto para ser como soy, volvería a hacer alguna idiotez como pegarle a alguien para descargar mi frustración—. Este mundo no puede ser más cruel. Al comienzo de este día, mi Último Día, estaba pegándole una paliza al tipo que estaba saliendo con mi ex, pero ahora me encuentro en la cama con un chico maravilloso al que no hace ni veinticuatro horas que conozco… Vaya una cabronada. ¿Tú crees que…?

—¿Qué?

Hace doce horas, Mateo se hubiera puesto nervioso al hacerme una pregunta; se las habría arreglado para formularla, pero desviando la mirada. Ahora tiene los ojos clavados en mí.

No me gusta nada, pero tengo que preguntárselo, pues es posible que él también esté pensándolo.

—¿Tú crees que el hecho de habernos conocido es lo que va a matarnos?

—Íbamos a morir antes de que nos encontrásemos —responde Mateo.

—Sí, ya. Pero es posible que todo esto estuviera escrito en las estrellas, que fuera nuestro destino o algo parecido: dos chicos se encuentran. Se enamoran. Y mueren. —Siento una rabia incontenible al pensar en esta posibilidad; me entran ganas de soltarle un puñetazo a la pared.

—El nuestro es un relato distinto. —Mateo me coge la mano con fuerza —. No vamos a morir por causa del amor. Ya estaba previsto que hoy fuéramos a morir, pasara lo que pasase. Y tú no solo me mantuviste con vida, sino que me hiciste vivir. —Se sienta en mi regazo, y ahora estamos más cerca. Me abraza con tanta fuerza que su corazón late contra mi pecho. Y sin duda está sintiendo el golpeteo de mi propio corazón—. Dos chicos se encontraron. Se enamoraron. Vivieron. Este es nuestro verdadero relato.

—Y me gusta más que el otro. Pero el final no termina de estar claro.

—Olvídate del final —me dice al oído. Aparta su pecho del mío para mirarme a los ojos—. No creo en muchos milagros, así que más nos vale no esperar un posible final feliz. A mí solo me importan los finales que hemos vivido hoy. El final de mis propios miedos, por ejemplo. Porque dejé de ser una persona temerosa del mundo y de sus habitantes.

—Y yo dejé de no gustarme a mí mismo —digo—. Tú también me hubieras encontrado desagradable.

Los ojos se le anegan. Sonríe y responde:

—Y tú no hubieras tenido paciencia para esperar a que me convirtiera en un valiente. Quizá haya sido mejor arreglar lo que estaba mal y vivir felices durante un

día, en lugar de vivir una larga existencia equivocada.

Tiene razón en todo.

Hacemos que nuestras cabezas descansen en las almohadas de su cama.

Espero que muramos mientras dormimos; me parece que sería la mejor forma de dejar este mundo.

Beso a mi Último Amigo porque el mundo entero no puede estar en nuestra contra, por algo nos unió.

MATEO

20:41 horas

Me siento invencible al despertar. No miro la hora, porque quiero seguir sintiéndome indestructible. Mentalmente, ya estoy viviendo un nuevo día. He salido victorioso de la predicción hecha por Muerte Súbita y soy la primera persona en el mundo que lo consigue. Vuelvo a ponerme las gafas, beso a Rufus en la frente y miro cómo descansa. De pronto me entra los nervios. Llevo la mano a su corazón y me siento aliviado al cerciorarme de que sigue latiendo. Él también es invencible.

Paso por encima de su cuerpo y me digo que tendría ganas de matarme si me viera salir de nuestra tan segura isla particular. Pero quiero presentarle a papá. Salgo del cuarto y voy a la cocina a preparar un té para los dos. Pongo el cazo en el quemador y rebusco entre las infusiones hasta que me decido por un té de menta.

Cuando enciendo el quemador, y el arrepentimiento es absoluto e instantáneo. Aunque tengas claro que muy pronto vas a morir, el estallido de las llamas no deja de tomarte por sorpresa.

RUFUS

20:47 horas

El humo me despierta de golpe. Me ahogo, y el ruido ensordecedor de la alarma de incendios dificulta mi pensamiento. No sé qué es lo que está pasando, pero tengo claro que llegó el momento. Me giro sobre el colchón para despertar a Mateo, pero mis manos no encuentran a nadie en la oscuridad; tan solo dan con mi teléfono móvil, que me llevo al bolsillo de forma maquinal.

—¡MATEO!

La alarma estruendosa ensordece mis gritos, y estoy asfixiándome, pero sigo llamándolo. Por la ventana se cuelan unos rayos de luna, y es lo único que tengo para iluminarme. Tomo mi sudadera y me envuelvo la cara con ella mientras repto por el suelo, en busca de Mateo, quien sin duda se encuentra en el suelo también, lejos del lugar del que brota esta negra humareda. Mi mente se quita de encima la imagen de Mateo envuelto en llamas porque no, eso no puede ser. Resulta imposible.

Llego hasta la puerta de entrada y la abro, dejando que algo del humo negro se disipe por el rellano. Toso una y otra vez, me ahogo y me vuelvo a ahogar, y lo que necesito es aire fresco, pero el pánico me agarrota y promete llevarme de aquí para siempre. Es una puta mierda; no consigo respirar. Llegan unos vecinos, sobre los que Mateo no me contó nada. Hay tantas cosas que aún no tuvo tiempo de contarme… Pero no pasa nada: una vez que lo encuentre, nos quedarán unas cuantas horas más para estar juntos y hablar de todo.

—¡Acabamos de llamar a los bomberos! —exclama una mujer.

—¡Que alguien le traiga agua! —dice un hombre que me palmea la espalda mientras sigo tosiendo con fuerza.

—Mateo me había dejado una nota —explica un tercer desconocido—. Diciendo que iba a fallecer y que no me preocupara por reparar la cocina averiada… ¿Cuándo volvió al piso? Hace un rato llamé, y no me respondió nadie.

Termino de sacarme de encima estas toses, en la medida que puedo, y aparto a este hombre de un empujón cuya fuerza me resulta insospechada. Vuelvo corriendo al interior del piso en llamas y voy directamente hacia el resplandor anaranjado en la cocina. El calor es sofocante, nunca experimenté algo así, ni cuando estuve de vacaciones con mi familia en la playa cubana de Varadero. No sé por qué Mateo no se quedó en la cama, joder… Habíamos cerrado un trato, ¿no? No sé cuál era ese maldito problema en la cocina, pero conociendo a Mateo, estoy seguro de que de pronto tuvo la idea de preparar algo agradable para los dos, algo que ni por asomo vale su vida.

Me adentro entre las lenguas de fuego.

Me dirijo a la cocina, pero mi pie se engancha en algo que es sólido. Me pongo de rodillas y agarro esta cosa, que resulta ser el brazo que esperaba encontrar sobre mi al despertar. Cojo a Mateo, y mis dedos se hunden en su carne reblandecida por el fuego. Lloro de forma incontenible mientras sujeto su otro brazo y saco el cuerpo de las llamas, del humo negruzco, llevándomelo hacia todos esos hijos de perra que no

cesan de gritar desde el rellano pero no han tenido el valor de entrar a salvar a unos chavales.

La luz del rellano ilumina a Mateo de golpe. Tiene la espalda totalmente quemada. Le doy la vuelta, y la mitad de su cara presenta graves quemaduras; la otra mitad es de un color rojo subido. Le rodeo el cuello con el brazo y me pongo a acunarlo.

—Despierta, Mateo, despierta, despierta… —suplico—. ¿Por qué tuviste que levantarte de la cama? Habíamos quedado en que no íbamos a salir de allí…

No tendría que haber salido de la cama; no tendría que haberme dejado solo en este piso lleno de fuego y humo.

Llegan los bomberos. Los vecinos tratan de separarme de Mateo, y suelto un derechazo a uno de ellos, con la esperanza de derribarlo para que me dejen en paz o vayan a parar todos al hogar en llamas de Mateo.

Me dan ganas de soltarle un bofetón para que despierte, pero me digo que no conviene golpear esta cara dañada por el fuego. Pero este estúpido de Mateo no despierta, maldito sea.

Un bombero se arrodilla a mi lado.

—Deje que lo llevemos a la ambulancia.

Finalmente cedo.

—A mi amigo no le llegó la alerta —miento—. Llévenlo al hospital cuanto antes, por favor.

Sigo al lado de Mateo mientras lo meten en el ascensor, lo sacan por el vestíbulo y lo llevan a la ambulancia. Un enfermero le toma el pulso y me mira con lástima. Todo esto es una puta mierda.

—¡Hay que llevarlo al hospital ya mismo! —grito—. ¡Vamos de una vez! ¡Dejen de perder el tiempo con idioteces! ¡Vamos!

—Lo siento. Se ha ido.

—¡HAGAN SU TRABAJO Y LLÉVENLO AL PUTO HOSPITAL DE MIERDA!

Un segundo enfermero abre la puerta posterior de la ambulancia. En lugar de subir a Mateo al interior, lo que hace es extraer uno de esos sacos para cadáveres.

No, por Dios.

Le arrebato el maldito saco y lo tiro a los arbustos, pues los sacos de este tipo son para cadáveres, y Mateo no está muerto. Vuelvo a su lado, asfixiándome, llorando, muriéndome.

—Vamos, Mateo. Soy yo, Roof. Me oyes, ¿no? Soy Roof. Despierta de una vez. Despierta, por favor.

21:16 horas

Estoy sentado en el bordillo de la acera mientras los enfermeros terminan de meter el cuerpo de Mateo en el saco.

21:24 horas

Estoy en la parte trasera de la ambulancia, donde me prestan asistencia médica de camino al hospital. Sentado en el vehículo, vuelvo a acordarme de la muerte de mi familia. El corazón me arde, y no le perdono a Mateo que haya muerto antes que yo. No quiero estar aquí, lo que tendría que hacer es pillar una bicicleta de alquiler y salir pedaleando, aunque me duela respirar. Pero tampoco puedo abandonar a Mateo.

Le hablo al chico metido en el saco, sobre todas las cosas que íbamos a hacer juntos. Pero no puede oírme.

Una vez llegados al hospital, nos separan. Me llevan a cuidados intensivos; se llevan a Mateo en un carrito, al depósito de cadáveres, para que le hagan la autopsia.

Me arde el corazón.

21:37 horas

Estoy tumbado en una cama del hospital, respirando oxígeno del bueno por medio de una mascarilla, mirando los mensajes afectuosos que los Plutones fueron dejando bajo las fotos que subí a Instagram. Ninguno de ellos puso esos emojis llorosos de mierda, y es que mis amigos no son tontos. Me conmuevo al leer los mensajes escritos bajo mi última foto con Mateo:

@tagoeaway: Vamos a vivir la vida en tu honor, Roof! #Plutones4Life #PlutonesForever

@manthony012: Te quiero, hermano. Nos vemos en el más allá. #Plutones4Life

@aimee_dubois: Te quiero y voy a tratar de verte todos los días de mi vida #ConstelacionPlutones

No me piden que me cuide ni nada por el estilo, porque saben lo que pasará, pero queda claro que están a mi lado.

Dejaron comentarios bajo todas mis fotos, diciendo que les hubiera gustado estar a nuestro lado en el Travel Arena, Vive el momento o el cementerio. En todas partes.

Voy al grupo de chat de los Plutones y les envío el texto fatídico: Mateo está muerto.

Todos me envían el pésame en rapidísima sucesión, de una forma que resulta mareante. No me piden detalles, y seguro que Tagoe está mordiéndose la lengua para no hacer preguntas de ningún tipo. Lo cual resulta muy considerado por su parte.

Tengo que cerrar los ojos un momento. No mucho tiempo, porque tampoco me queda demasiado. Por si surge algo inesperado y no llego a despertar, les envío un último mensaje de texto: No sé cómo voy a irme, pero tirad mis cenizas en Althea Park. Y no olvidéis abrazaros en órbita, como nunca. Os quiero a los tres.

22:02 horas

Despierto de la pesadilla de golpe. El Mateo de la pesadilla estaba enteramente envuelto en llamas mientras me culpaba por su muerte, diciéndome que nunca habría muerto de no haberme conocido. Tengo la imagen adherida a la mente, pero consigo sacudírmela de encima: no fue más que una pesadilla; el Mateo de verdad nunca me hubiera culpado de algo.

Mateo ha muerto.

Pero no tendría que haber muerto de esa forma. Tendría que haberse ido salvándole la vida a otro, pues era una persona absolutamente desinteresada, abnegada. Pero termino por decirme que, si bien no murió de forma heroica, sí que murió como un héroe.

Porque está claro que Mateo Torrez me salvó.

LIDIA VARGAS

22:10 horas

Lidia está sentada en el sofá de su casa, comiendo unas chuches, retrasando el momento de acostar a Penny. La abuela de Lidia ya se acostó, agotada después de haber cuidado de la niñita. La propia Penny parece estar un poco más tranquila; no gime ni se queja, como si algo le dijera que su madre precisa un respiro.

Suena el teléfono. Es el mismo número que Mateo usó antes para llamarla, el de Rufus.

—¡Mateo! —responde Lidia.

Penny mira hacia la puerta, pero no ve que Mateo haya llegado.

Lidia espera oír la voz de su amigo, pero no es el caso.

—¿Rufus…? —El corazón se le acelera; cierra los ojos.

—Sí.

Ha pasado.

Lidia deja caer el móvil en el sofá y golpea los cojines con rabia, asustando a Penny. No quiere saber los detalles de lo sucedido; todavía no. Siente que el corazón se le rompe, y no necesita que termine de hacerse añicos por completo. Unos deditos regordetes apartan las manos de su rostro; al igual que hace un rato, a Penny se le humedecen los ojos, porque su mamá está llorando.

—Mamá… —dice la pequeña.

Esta única palabra sirve para que la destrozada Lidia se rehaga momentáneamente. Lo hace por su hija.

Lidia besa a Penny en la frente y recoge el teléfono.

—¿Estás ahí, Rufus?

—Sí —repite él—. Que sepas que lo siento mucho por ti.

—Yo también lo siento mucho por ti —dice ella—. ¿Dónde te encuentras?

—En el mismo hospital que su padre —es la respuesta.

Lidia quiere preguntarle si está bien, pero tiene claro que muy pronto va a dejar de estarlo.

—Ahora mismo voy a visitarlo —indica Rufus—. Mateo siempre quiso decirle la verdad, contarle cómo era… pero no hemos tenido tiempo. ¿Te parece bien que se lo explique a su padre? ¿Encontrará extraño que sea yo el que se lo cuente? Tú lo conoces mejor.

—Tú también lo conoces, a tu manera —dice ella—. Pero si no te sientes con fuerzas para contárselo, puedo hacerlo yo.

—Sé que el hombre no puede oír, pero quiero explicarle que su hijo fue muy valiente —explica Rufus.

«Fue». Mateo ahora pertenece al pasado.

—Entiendo —dice Lidia—. Pero, por favor, cuéntamelo a mí primero.

Con Penny en el regazo, Lidia escucha lo que Rufus le cuenta, todo cuanto el propio Mateo finalmente no tuvo ocasión de contarle personalmente. Lidia se promete que mañana va a montar la estantería que su amigo muerto le regaló a Penny,

que pondrá sus fotografías por toda la sala de estar.

Hará que Mateo siga vivo, de la única forma que tiene para conseguirlo.

DELILAH GREY

22:12 horas

Delilah está redactando la necrológica basándose en la entrevista que hizo a Howie, sin que su jefa finalmente se atreviera a despedirla. Es posible que Howie Maldonado hubiese querido llevar una vida distinta, pero el legado que le dejó a Delilah tiene su importancia: la vida es cuestión de equilibrios. Un diagrama en forma de tarta, en el que las porciones de tamaño similar son indicativas de la máxima felicidad posible.

Delilah estaba convencida de que hoy no iba a encontrarse con la Muerte. Pero es posible que la Muerte tenga otros planes por su cuenta. Queda algo menos de un par de horas para la medianoche. Un período en el que va a comprobar si todo fue una coincidencia o si el destino fatal efectivamente estuvo empujándola a lo largo de toda esta jornada, como unas olas incesantes.

Delilah se encuentra en Althea, una cafetería que lleva el nombre del parque situado al otro lado de la calle, el lugar donde conoció a Victor. Ya casi terminó de escribir el obituario del hombre que hasta hoy tan solo conocía desde lejos, en lugar de encontrarse cara a cara con el hombre al que ama en las que quizá vayan a ser sus últimas horas.

Deja el cuaderno a un lado y juguetea con el anillo de compromiso que Victor se negó a aceptar de vuelta anoche. Delilah decide jugar a un juego. Si la esmeralda cae hacia su lado, cederá y llamará a Victor. Si la piedra apunta hacia el otro lado, entonces se contentará con terminar la necrológica, volver a casa, dormir bien esta noche y dejar todo lo demás para mañana.

Hace girar el anillo sobre la mesa, y la esmeralda termina por apuntar directamente a ella, de forma clarísima y rectilínea.

Toma el móvil del bolso y marca el número de Victor, ansiando con desespero que lo de la llamada de Muerte Súbita efectivamente haya sido una broma de mal gusto por su parte. Es posible que uno de los numerosos secretos que envuelven a Muerte Súbita sea el de que ellos deciden quién muere y quién no, como en una especie de lotería que nadie quiere que le toque. Es posible que Victor se presentara en el trabajo por la mañana y dejase una nota con el nombre de Delilah junto al Ejecutor Ejecutivo de la compañía, diciéndole: «Llévate a ella».

Es posible que el desgarro amoroso pueda matar.

VICTOR GALLAHER

22:13 horas

Los de Muerte Súbita no llamaron a Victor Gallaher, porque hoy no va a morir. A la hora de notificarle a un empleado que llegó su Último Día, el protocolo exige que un administrador haga venir al Fiambre a su despacho «para una reunión». Los demás empleados nunca terminan de tener claro si la persona en cuestión está muriéndose o si la están liquidando; lo que sucede es que la persona, sencillamente, nunca más vuelve a sentarse ante su escritorio. Pero Victor no se siente muy inquieto al respecto, porque hoy no va a morir.

Victor ha estado sintiéndose muy deprimido, más de lo habitual. Su prometida —sigue considerando que Delilah lo es, porque continúa conservando el anillo de la abuela de Victor— anoche vino a decirle que lo dejaba para siempre. Ella explicó que porque no terminaban de ver las cosas de igual manera, pero Victor tiene claro que el motivo es otro: en los últimos tiempos, dejó de ser el mismo de siempre. Desde que comenzó a trabajar en MS hace tres meses, se siente abrumado, hundido, está hecho un verdadero asco. Tiene previsto hablar con el psicólogo en plantilla de la empresa, no ya solo porque Delilah quiere dejarlo, sino también porque la responsabilidad de este trabajo está matándolo: la constante obligación de decir que él no puede hacer nada, todas esas preguntas a las que no puede responder en absoluto. Eso sí, el sueldo está más que bien, al igual que la cobertura sanitaria, y lo que le gustaría es que las cosas volvieran a marchar igual de bien con su novia.

Victor entra en el edificio de la compañía —cuya dirección es un secreto, naturalmente— en compañía de Andrea Donahue, una colega del trabajo que no se detiene a admirar los retratos de antiguos presidentes y prohombres victorianos, sonrientes todos ellos, que adornan las paredes pintadas de amarillo. En las oficinas de Muerte Súbita impera una estética acaso un poco sorprendente, sin concesiones al pesimismo. Decidieron que el espacio fuera diáfano, sin apenas tabiques, luminoso y pintado de colores alegres, como si se tratara de una guardería, para que los heraldos no se volvieran locos al efectuar las notificaciones de Último Día en unos cubículos diminutos y asfixiantes.

—¿Qué tal, Andrea? —pregunta Victor, mientras llama al ascensor.

Andrea está en MS desde el principio, y Victor sabe que necesita el empleo con desesperación, por mucho que en realidad lo deteste; necesita el tan estupendo salario para pagar la cada vez más exorbitante educación de sus hijos y la no menos exorbitante cobertura médica especial, obligatoria porque tiene la pierna hecha polvo.

—¿Qué tal? —saluda ella a su vez.

—¿Cómo está tu gatita?

Los directivos de MS animan a los empleados a conversar sobre trivialidades en los momentos de respiro; son unas minioportunidades para que conecten con quienes siguen teniendo un mañana.

—Todavía sigue en la fase de gatita —responde Andrea.

—Ah, pues muy bien.

Llega el ascensor. Victor y Andrea entran, y él enseguida pulsa el botón del cierre de puertas, para no tener que compartir el espacio con otros empleados, de esos que no cesan de cotorrear sobre las últimas idioteces de la televisión o los chismes sobre famosos durante el trayecto de subida, antes de poner manos a la obra y centrarse en la labor de amargarle la existencia a otros. Victor y Delilah les dan a estos individuos el apodo de «Switches», y es que no pueden verlos ni en pintura.

El teléfono vibra en su bolsillo. Trata de no pensar que quien le llama es Delilah, y el corazón se le acelera al ver precisamente su nombre en la pantalla.

—Es ella —le dice a Andrea, como si su colega profesional estuviera al tanto, cuando Andrea en realidad tiene tan poco interés en su vida privada como él en su gatito. Responde a la llamada—: ¡Delilah! Hola… —En su tono hay algo de desesperación, sí, pero estamos hablando del amor.

—¿Esto es cosa tuya, Victor?

—¿El qué?

—No me vengas con bromas de este tipo.

—¿De qué me estás hablando?

—De la llamada anunciando mi Último Día. Hiciste que alguien me llamara para vengarte, es eso, ¿verdad? Si lo hiciste, tampoco voy a denunciarte. Sencillamente, reconócelo, y nos olvidamos del asunto.

El ascensor está llegando al décimo piso, pero Victor de pronto se siente hundido.

—¿Te llegó la alerta? —Andrea iba a salir, pero se queda en el ascensor. Victor no sabe si es porque está preocupada o por pura curiosidad, y tampoco le importa. Si algo tiene claro, es que Delilah no está jugando con él. Victor sabe cuándo miente por el tono de su voz, y también sabe que, si ella efectivamente lo creyera responsable de una falsa alerta de este tipo, sí que lo denunciaría, casi con toda seguridad—. Delilah…

Ella guarda silencio al otro lado.

—¿Dónde estás, Delilah…?

—En Althea.

En la cafetería donde se conocieron. Ella sigue queriéndolo, comprende.

—No te muevas de ahí, ¿entendido? Ahora mismo voy. —Vuelve a pulsar el botón de cierre de puertas, sin importarle que Andrea se quede atrapada a su lado. Pulsa el botón del vestíbulo una treintena de veces; sigue haciéndolo cuando el ascensor ya está bajando.

—He estado perdiendo el tiempo de una forma lastimosa durante mi Último Día —solloza Delilah—. Pensaba que… Qué tonta soy. Qué tonta soy, joder. He malgastado este día precioso…

—No eres tonta. Estarás bien. —Es la primera vez que Victor le miente a un Fiambre. Sí, mierda, sí: Delilah es una Fiambre. El ascensor se detiene en el segundo piso, y sale corriendo al rellano. Baja por las escaleras de tres en tres escalones, y el móvil de pronto se queda sin cobertura. Atraviesa el vestíbulo a toda prisa, diciéndole a Delilah lo mucho que la ama, que ya está en camino, que ahora mismo llega. Consulta su reloj. Quedan exactamente dos horas, pero ¿y quién sabe?, todo podría terminar dentro de dos minutos.

Sube al coche y se dirige a Althea a toda velocidad.



RUFUS

22:14 horas

La última foto que subo a Instagram es esta en la que aparezco junto a mi Último Amigo, la que tomamos en su dormitorio, en la que salgo con sus gafas puestas mientras él guiña los ojos, sonrientes los dos porque habíamos alcanzado la felicidad, antes de que perdiera a Mateo. Miro las demás fotos, contento a más no poder de que me convenciera de la necesidad de dotarlas de color durante nuestro Último Día.

La enfermera insiste en que me quede en la cama, pero, como el Fiambre que soy, tengo todo el derecho legal a negarme a que me ayuden y cuiden de mí. Y está más que claro que no voy a quedarme en este lugar cuando todavía tengo que ver al padre de Mateo.

Me quedan menos de dos horas que vivir, y no se me ocurre emplearlas de otra forma mejor que haciendo honor al último deseo de Mateo: conocer a su padre, en carne y hueso. Tengo que conocer al hombre que crio y educó a Mateo, el que le convirtió en el chico del que me enamoré en menos de un día.

Me dirijo a la octava planta, seguido por la enfermera tan insistente. La mujer tiene buena intención y quiere ayudarme, lo sé, pero en este momento no ando sobrado de paciencia. Ni siquiera vacilo al llegar ante la puerta de la habitación. Entro sin llamar.

El padre no tiene el aspecto físico exacto que me había estado imaginando, el de un Mateo crecidito, pero sí que se le parece bastante. Sigue completamente dormido, sin saber que su hijo no va a estar a su lado para darle la bienvenida al volver a casa, si es que llega a despertar alguna vez. Me digo que ojalá los bomberos hayan impedido que el fuego se extendiera.

—Hola, señor Torrez. —Tomo asiento a su lado. En la misma silla que Mateo estuvo ocupando cuando se puso a cantar hace unas horas—. Soy Rufus, el Último Amigo de Mateo. No sé si su hijo se lo contó, pero conseguí sacarlo de su casa. Y se mostró muy valiente. —Saco el móvil del bolsillo y me siento aliviado al ver que se enciende como tiene que ser—. Estoy seguro de que se sentiría orgulloso de él, y también sospecho que sabía que su hijo en realidad tenía lo que hay que tener. Tan solo lo conocí durante un día, y también me siento orgulloso de él. Y ahora estoy obligado a estar al lado de su hijo, para que se convierta en la persona que siempre quiso ser.

Busco las fotos hechas desde primera hora del día, saltándome las que tomé antes de conocer a Mateo. Empiezo por la primera imagen en color.

—Hoy vivimos muy intensamente. —Voy relatándoselo todo, mientras paso de una foto a la siguiente: una imagen de Mateo en el País de las Maravillas, tomada de tapadillo, que nunca llegué a mostrarle; él y yo vestidos de aviadores en Vive el momento, en nuestra experiencia con el paracaidismo de pega; el cementerio de cabinas telefónicas donde estuvimos conversando sobre la inmortalidad; Mateo dormido en el vagón, con su santuario construido con piezas de Lego en el regazo; Mateo sentado en su tumba a medio excavar; el escaparate de la Open Bookstore,

pocos minutos antes de que sobreviviéramos a la explosión; el chaval alejándose montado en la bici que le regalé porque Mateo decía que nos mataríamos si íbamos en ella los dos (eso sí, el regalo lo hice después de montar en la bici con mi Último Amigo por primera y última vez); nuestras aventuras en el Travel Arena; frente a la entrada del Cementerio de Clint, donde Mateo y yo estuvimos cantando y bailando, donde nos besamos, de donde salimos corriendo para salvar nuestras vidas; Mateo, dando saltos en la cama para divertirme; y nuestra última foto juntos: yo, con las gafas de Mateo, y él, haciendo guiños de cegato pero sonriendo de felicidad.

Yo también me siento feliz. Incluso en este momento en que vuelvo a sentirme destrozado, la imagen de Mateo consigue repararme de inmediato.

Reproduzco el vídeo, que podría escuchar en bucle.

—Y aquí está cuando se puso a cantarme «Your Song». Según me dijo, usted también solía cantar esta canción. Mateo estuvo cantándola de una forma peculiar, con la sola idea de hacerme sentir muy especial. Y sí que me sentí de esa forma, pero tengo claro que él también estaba cantándola en honor a su propia persona. A Mateo le encantaba cantar, y eso que desafinaba bastante, ¡y qué le vamos a hacer! Le apasionaba cantar y nos quería a todos: a usted, a Lidia, a Penny, a mí… A todos.

El señor Torrez sigue sin abrir los ojos, y el monitor cardíaco tampoco da muestras de respuesta a lo que le estoy contando sobre Mateo. Ni la menor señal, nada. Lo que me resulta desgarrador. El señor Torrez sigue aquí encerrado, sin ningún lugar al que ir. Su suerte posiblemente es peor que la de morir joven. Pero es posible que vaya a despertar. Y entonces va a sentirse la persona más desgraciada del mundo al saber que perdió a su hijo, por mucho que todos los días viva rodeado por millares de personas.

En la cómoda situada junto a la cama hay una foto. Mateo cuando era niño, su padre y un pastel de *Toy Story*. El pequeño Mateo parece sentirse rabiosamente feliz. Ojalá lo hubiera conocido desde la niñez.

Ojalá lo hubiera conocido una semana antes, me digo.

Una hora antes, incluso.

Un poquito más, sencillamente.

En el reverso de la foto está escrito:

Gracias por todo, papá. Voy a ser valiente, y todo irá bien. Sigo queriéndote desde donde me encuentro. Mateo.

Me quedo contemplando la escritura de Mateo. Esto lo escribió hoy, lo trajo a este hospital hoy mismo.

Quiero que su padre sepa qué es lo que su hijo estuvo haciendo hasta el final. Rebusco en el bolsillo y encuentro el dibujo de la bola del mundo, el que hice mientras Mateo y yo estábamos sentados en mi cafetería preferida. Está arrugado y un poco mojado, pero bueno. Abro un cajón de la cómoda, encuentro un bolígrafo y escribo en torno al globo terráqueo.

Señor Torrez,

Me llamo Rufus Emeterio. Fui el Último Amigo de Mateo. Su hijo no pudo ser más valiente a lo largo de su Último Día.

Estuve tomando fotos todo el día, y las subí a Instagram. Tiene que ver cómo vivió hasta el final. Mi nombre de usuario es @RufusPluton. Me siento muy feliz por

que su hijo contactara conmigo en el que podría haber sido el peor día de su vida.

Le transmito mi pésame,

Rufus (5/9/17)

Doblo la nota y la dejo junto a la foto.

Salgo de la habitación; estoy temblando. No me dirijo a ver el cadáver de Mateo. A él no le hubiera gustado que empleara mis últimos minutos en ello.

Salgo del hospital.

22:36 horas

El reloj de arena está a punto de llegar a su final. Me asaltan pensamientos sombríos. Visualizo que la Muerte me sigue los pasos, ocultándose tras los coches y los arbustos, presta a golpear con su guadaña maldita.

Estoy terriblemente exhausto, no solo físicamente; también me siento agotado en el plano emocional. Igual que pasó cuando perdí a mi familia. Un dolor lacerante del que no voy a poder escapar, pues sabemos que no me queda tiempo para hacerlo.

Vuelvo a Althea Park andando, para permanecer allí lo que me reste de año, a la espera de lo que tiene que llegar. Por muy familiar que me resulte este lugar, no puedo dejar de temblar, pues da igual que sepa perfectamente por dónde ando; eso no va cambiar lo que va a suceder muy pronto, prontísimo. También echo en falta a mi familia y a este chaval, Mateo. Y amigos, más vale que haya una vida después de la muerte y que Mateo cumpla lo prometido y me facilite la labor de encontrarlo en este más allá. Me pregunto si Mateo finalmente habrá encontrado a su madre. Me pregunto si le habrá hablado de mí. Si primero doy con mi familia, me abrazaré a ellos con fuerza y haré que me ayuden a localizar a este Mateo perdido. Y luego quién sabe lo que sucederá.

Me pongo los auriculares y miro el video en el que Mateo está cantando para mí.

Veo la silueta de Althea Park, el lugar donde todo va a cambiar.

Vuelvo a fijar la vista en el vídeo, mientras la voz de Mateo resuena en mis oídos.

Cruzo la calle… sin que un brazo se interponga en mi camino y me proteja.

AGRADECIMIENTOS

¡Sobreviví a la escritura de un nuevo libro! Y está claro que no lo conseguí yo solo.

Como siempre, mi agradecimiento más enorme a mi agente, Brooks Sherman, por haber dado luz verde a mis proyectos más disparatados y por haber encontrado los mejores hogares para mis cosas en forma de libro. Nunca voy a olvidar lo ilusionado que se mostró cuando supo que estaba escribiendo una novela titulada *Al final mueren los dos*, o el mensaje de texto que me envió por respuesta a las seis de la mañana tras enterarse de que finalmente había terminado el primer manuscrito. Mi editor, Andrew Harwell, se merece diez mil aumentos de sueldo por ayudarme a convertir esta cosa en forma de libro en «un sombrío juego de Jenga», por usar su propia descripción genial. Las incontables reescrituras de este libro siguieron sin ser fáciles, y no hubiera podido hacerlas en ausencia de la atenta mirada y el reflexivo corazón/cerebro de Andrew.

Muchísimas gracias a todo el equipo de HarperCollins por su acogida. Rosemary Brosnan es una enérgica alegría en este universo que acabo de mencionar. Margot Wood siempre se las arregla para crear una magia lindante con la brujería, de dimensiones épicas. Gracias a Laura Kaplan por todo lo relativo a la promoción, a Bess Braswell y a Audrey Diestelkamp por todo lo relativo al marketing, a Patty

Rosati por todo lo relativo a colegios y bibliotecas. A Jane Fletcher y a Bethany Reis, por hacerme parecer más listo de lo que soy en realidad. A Kate Jackson, entusiasta propagandista de este libro incluso antes de que nos conociéramos. Y a todas las muchas personas cuyas huellas dactilares se encuentran en sus páginas: me muero de ganas de conoceros y aprender vuestros nombres.

A la Bent Agency, con mención especial a Jenny Bent, tan combativa en defensa de mis libros.

Al maravilloso equipo en Simon & Schuster UK, cuyos miembros se han convertido en mi familia al otro lado del Atlántico: Lucy Rogers, Hannah Cooper, Jack Noel, Jane Griffiths, Elisa Offord y Laura Hough. Gracias por haberme recibido, a mí y a mis libros, con amor incondicional.

A mi asistente, Michael D'Angelo, por seguir diciéndome siempre lo que tengo que hacer. Y por esos selfies en los que sale gritando.

Mi círculo de amigos ahora es más amplio, por las palabras que hemos escrito, y eso no puede no gustarme. A mi hermana/esposa en el trabajo, Becky Albertalli, y a mi hermano/falso marido, David Arnold-Silvera, por los chats en grupo y los abrazos grupales. A Corey Whaley, la primera persona con quien hablé cuando tuve la idea inicial de este libro, en diciembre de 2012. Soy rico en amistades increíbles, y entre estas se cuentan las de Jasmine Warga, Sabaa Tahir, Nicola Yoon, Angie Thomas, Victoria Aveyard, Dhonielle Clayton, Sona Charaipotra, Jeff Zentner, Arvin Ahmadi, Lance Rubin, Kathryn Holmes y Ameriie. Y no hay que olvidarse de los amigos que ya estaban ahí antes de *Recuerda aquella vez*, como Amanda y Michael Diaz, quienes llevan sufriéndome desde el mismo comienzo de nuestras existencias, y Luis Rivera, un salvavidas en el sentido literal. Gracias a todos por tener siempre claro en qué momento convenía arrancarme del ordenador portátil para, en último término, facilitar mi regreso a cada relato.

A Lauren Oliver, Lexa Hillyer y toda la gente de Glasstown. No tuve el privilegio de escribir un libro con ellos, pero aprendí muchísimo sobre narrativa al trabajar con este grupo de personas cuyo talento va más allá de lo descriptible.

Gracias por sus tempranas opiniones y recomendaciones a Hannah Fergesen, Dahlia Adler y Tristina Wright, por citar unos pocos nombres.

A mi madre, Persi Rosa, y a mi hermana géminis del alma, Cecilia Renn, mis modelos a seguir en la vida, quienes siempre me han animado a seguir adelante, a perseguir todos los sueños (y a todos los chicos).

A Keegan Strouse, quien ha demostrado ser alguien capaz de darle una impresionante vuelta a tu situación personal en menos de veinticuatro horas.

A todo lector, librero, bibliotecario, educador y malote del mundo editorial que hace lo posible por garantizar la vida del libro. Este universo es un poco más soportable gracias a vosotros.

Y, por último, a todos los desconocidos que se abstuvieron de llamar a la policía cuando les pregunté qué harían si supieran que estaban en un tris de morir. Ninguna de vuestras respuestas inspiró algo en estas páginas, pero supongo que os divirtió que un desconocido os recordara vuestra mortalidad. ¡Ejem!

